

A woman with long dark hair, wearing a white, shimmering, sleeveless dress, stands waist-deep in water. She is looking upwards and to the right, holding a glowing lightning bolt in her right hand. The background is a dramatic, fiery orange and red sky with dark clouds and several bright lightning bolts. A large, circular Celtic knot symbol is superimposed behind her, partially obscured by the text. The overall mood is mystical and powerful.

1 Seré tu
Luz

Presagios 1

Sonia López Souto

Seré tu luz
Sonia López Souto

No alabes el día hasta que haya llegado la tarde;
No alabes a una mujer hasta su pira;
No alabes una espada hasta haberla probado;
No alabes a una doncella hasta que se haya casado;
No alabes el hielo hasta haberlo cruzado;
No alabes la cerveza hasta haberla bebido.

(Proverbio Vikingo)

1

Año 822, Reino de Sussex

—El rey ha muerto. El rey ha muerto.

Los gritos despertaron al niño mucho antes del amanecer, pero en su duermevela, no pudo entender lo que decían. Se sentó en la cama, indeciso y restregó sus ojos para despejarse. Las voces seguían escuchándose en la distancia y se levantó, dirigiéndose finalmente hacia la ventana para intentar averiguar qué había alterado la paz de su hogar a horas tan tempranas. Mientras caminaba sobre el frío suelo, su pequeña mano revolvía todavía más su ensortijado cabello.

Alguien apareció de repente en su alcoba, obligándolo a vestirse, sin darle tiempo a asomarse fuera. Le entregó la ropa que debía poner, mientras más personas llegaban. Nadie le hablaba si no era para darle órdenes y él, como siempre hacía, las obedecía sin protestar. Había sido educado con mano férrea y respondía así como se esperaba que hiciese. Sin preguntas y sin vacilaciones.

—Vamos, muchacho —lo instaban—. Debes prepararte. No hay tiempo.

Lo llevaron escaleras abajo hasta la gran sala principal de la casa, donde se encontraban la mayoría de los hombres de confianza de su padre. Conocía personalmente a cada uno de ellos, a pesar de su corta edad. Su padre siempre lo había mantenido al tanto de todo, según él, preparándolo para el futuro que le esperaba como su primogénito y único heredero. Todos parecían ansiosos y preocupados, hablaban en susurros y no dejaban de vigilar con ojo crítico lo que ocurría a su alrededor. Veía correr de un lado para otro a los sirvientes, arreglando el salón para algún tipo de ceremonia. El niño intentó hacer memoria, pero no recordaba haber oído decir a su padre que harían algo así. Mucho menos a aquellas horas. Lo único que sabía era, que todo aquel ajeteo, empezaba a asustarlo un poco.

—¿Qué ocurre? —se atrevió a preguntar al fin, al no ver a su padre por ninguna parte.

Winoc, el mejor amigo que su padre tenía y su mano derecha, se lo llevó aparte para hablar con él. Era un hombre alto, así que se agachó frente a él, para cruzar sus miradas. Había duda en sus ojos y cierto toque de miedo, que no hizo sino preocuparlo más.

—¿Por qué padre no está aquí?

—Godric, ahora has de ser tan valiente y fuerte como tu padre espera que lo seas —comenzó, vacilante Winoc—. Esta noche ha sucedido algo terrible y muchos querrán apoderarse de lo que te corresponde por ley. Debemos actuar prestos para impedirlo.

—Padre me defenderá —dijo el niño, con convicción—. Siempre ha sido así.

—No, hijo. Tu padre ya no podrá hacer nada más por ti —lo sujetó por los hombros, con sus ojos fijos en él, para asegurarse de que entendía lo que estaba a punto de revelar—. Tu padre ha muerto, Godric. Cayó en batalla hace apenas unas horas. Ahora tenemos que coronarte rey, antes de que sus enemigos sepan lo que ha sucedido e traten de hacer lo mismo contigo, para apoderarse de la corona y del reino.

—Pero padre me ha dicho que todavía soy joven para ser rey —el miedo se apoderó de él por un momento.

—Tu padre ya no estará más aquí, Godric —apretó sus hombros— ¿Lo entiendes? Tu gente ahora depende de ti.

—¿Y si no puedo protegerlos?

—Yo te ayudaré —dejó una mano en su hombro, mientras la otra viajaba hasta su pecho, justo encima de su corazón—. Mi lealtad estaba con tu padre y ahora estará contigo. Juro por mi honor, que mientras me quede un soplo de vida, contarás conmigo para aconsejarte y con mi gente para luchar junto a ti.

Godric miró a Winoc. Era un hombre en la plenitud de la vida, alto y fuerte, forjado en la batalla, pero aún así juicioso y sabio. Decidió que, si su padre había confiado en él hasta el punto de poner su vida en sus manos, también él podría hacer lo mismo. En sus ocho cortos años de vida, jamás había visto equivocarse ni una sola vez a su padre.

—¿Qué tengo que hacer? —la resolución brilló en su mirada y el alivio cubrió la de Winoc.

—Sígueme —lo instó, levantándose del suelo, donde finalmente se había arrodillado para prestar su juramento de lealtad.

Lo acompañó de nuevo al trono, donde estaba todo dispuesto para la coronación, mientras le explicaba lo que se esperaba de él durante la ceremonia. Godric apenas entendía lo que el hombre le decía, pero memorizó cada una de las palabras que debía pronunciar, para no parecer indeciso o temeroso ante sus súbditos. Lograría que su padre estuviese orgulloso de él.

Las siguientes horas se cubrieron de bruma en su mente. Apenas recordaba lo que había pasado, salvo haberse dejado llevar por los demás, seguro de que sabrían qué hacer mucho mejor que él. Su vida estaba cambiando para siempre aquella noche y su mente parecía no querer hacerse cargo de ello por el momento. Nadie lo juzgaría, eso lo sabía, después de todo, no era más que un niño. Pero una voz en su interior clamaba por hacerse oír. Una voz que decía que ya no era un niño, sino un rey. Y justo cuando comenzaba a aceptarlo, lo escuchó a viva voz en boca de sus súbditos.

—¡Larga vida al rey Godric!

Permaneció de pie, impassible, observando a todos los que se habían reunido allí. Algunos lo miraban con esperanza, otros, en cambio, se veían temerosos de lo que fuese a ocurrir después de aquella noche. Muchos de ellos mantenían una expresión de férrea determinación, que le decía que lo seguirían hasta la muerte si eso era lo que el futuro les deparaba. Aún así, fuese cual fuese su actitud ante los recientes acontecimientos, Godric supo que a partir de ese momento dependían de él y de su inexperiencia.

La mano de Winoc, apoyada en su hombro derecho, le infundía un valor que no sentía en aquel momento. Era demasiado joven para gobernar, su padre así se lo había dicho en innumerables ocasiones. Ahora, muy a su pesar, no tendría más opción que aceptarlo e intentar hacerlo lo mejor posible. Por suerte, el rey le había enseñado bien y el niño sabía qué se esperaba de él. Solo deseaba tener el arrojo suficiente como para llevar a cabo tamaña tarea.

—Ya puedes retirarte a tus aposentos si lo prefieres, Godric —le susurró Winoc, después de los vítores—. Lo has hecho muy bien. Hablaremos más tarde, cuando hayamos resuelto todo este caos. Descansa ahora, necesitarás toda tu energía para el nuevo día que se avecina.

Godric asintió, todavía perdido en la neblina en que su mente se había refugiado, y se alejó entre felicitaciones y condolencias. Una extraña mezcla en una extraña noche. Una de las sirvientas lo siguió en silencio hasta sus aposentos y lo ayudó a recostarse de nuevo en su cama.

Le habían concedido unas horas más de sueño, antes de enfrentarse a la dura realidad de su nueva vida, pues apenas empezaba a despuntar el día.

—Lo haréis muy bien, majestad —susurró la joven mientras lo arropaba—. Vuestro padre os enseñó bien todos estos años y seréis un gran rey para vuestro pueblo. Su muerte no será en vano.

Cuando la muchacha se marchó, la mente de Godric se despejó, como los rayos del sol que se abren paso a través de las negras nubes en la tormenta, y comprendió la magnitud de lo que había sucedido aquella noche. Su padre había muerto y no volvería a verlo. Tampoco recibiría consejos de él ni lo vería sonreírle con orgullo. No lo reprendería ni lo corregiría con paciencia, como tantas otras veces había hecho. Había muerto y lo había dejado solo, para gobernar a su pueblo, en medio de una guerra contra el reino de Mercia. Y él no era más que un niño de ocho años. Un niño asustado y solo, que sabía lo que debía hacer, pero que dudaba de su propio valor para llevarlo a cabo.

Cerró los ojos por un momento, como si con ese gesto pudiese borrar aquella fatídica noche. *Nada es sencillo en esta vida, hijo, ni te viene regalado*, escuchó en su cabeza la voz de su padre. *Si quieres algo, has de luchar por ello. Has de merecerlo. Nunca permitas que el miedo te venza o será el fin para ti y tus metas.*

Todavía oía las voces en el salón cuando abrió los ojos. Parecían hablar con urgencia y alzarse unas por encima de las otras. Era evidente que mantenían una discusión y esta no parecía tener una pronta solución. Incapaz de dormir, se vistió de nuevo y bajó, dispuesto a cumplir con su deber. Si la muerte de su padre era un problema para su pueblo, como habían asegurado, entonces él no se quedaría en cama mientras su gente luchaba en su nombre.

—Seré fuerte, padre —susurró, justo antes de entrar en el salón y acallar con su presencia las voces de todos.

—Godric —Winoc se acercó a él—. No deberías estar aquí.

—En eso te equivocas, Winoc. Aquí es precisamente dónde debo estar —dijo con voz firme—. No permitiré que mi pueblo sufra tras la muerte de mi padre mientras yo me escondo en mi alcoba. Ahora soy el rey y me debo a mi gente.

La admiración por el niño que se había convertido en rey creció entre los allí presentes, así como los vítores, y la determinación del pequeño se fortaleció. Para cuando amaneció y el rey de Mercia acampó frente a las puertas de su hogar, Godric ya estaba preparado para presentar batalla.

Año 824, Reino de Sussex

Godric odiaba la guerra. Ya había visto suficientes batallas en dos años de reinado, como para saberlo. A pesar de su corta edad, había estado en todas, más para infundir valor en sus hombres con su presencia y para conservar su lealtad, que por lo que pudiese aportar en aquellos enfrentamientos. Su guardia personal lo mantenía lejos del peligro, pero nada podían hacer para evitar que viese las barbaries que allí se cometían o el dolor que causaban después, ya de regreso en el hogar.

Los consejos de Winoc siempre habían resultado útiles y gracias a ellos habían ganado muchas batallas, pero el rey estaba harto de tener que hacer valer su dominio a fuego y espada en sus propias tierras o contra sus vecinos, dejando tras él, pérdidas humanas y hogares destrozados. Quería la paz. Quería que su pueblo no tuviese que sufrir más penurias ni más miseria. Quería que los niños fuesen niños y que los ancianos fuesen los únicos que supiesen de la guerra.

Winoc le repetía hasta la saciedad que aquello no era posible, que en los tiempos que corrían en una tierra donde convivían siete reinos, no sería capaz de obtener esa paz que tanto ansiaba. Siempre encontraría a alguien que querría imponerse a los demás. Que ambicionaría más de lo que ya tenía y que intentaría arrebatar por la fuerza, lo que no le pertenecía por derecho. En sus incansables discusiones, Winoc ponía como ejemplo a Beornwulf, el rey de Mercia, que llevaba tantos años intentando someterlos a su gobierno. Aquel hombre había sido quien llevó a la muerte a su padre dos años antes y era quien todavía seguía luchando por apoderarse de su pequeño reino, por suerte, sin éxito. Muchos se sorprendían de que no lo hubiese logrado aún, porque los superaba en número y en fuerza.

Y esa era otra razón por la que Godric había trazado un plan, después de que hubiese confirmado cuán ciertos eran los rumores que corrían de boca en boca por todo el país desde hacía tiempo. El suyo era un plan arriesgado, pero también sabía que con él, podría obtener lo que tanto ansiaba. Tal vez no fuese tan definitiva como le habría gustado, pues conocía las limitaciones que la época que les había tocado vivir le imponía, pero disfrutarían de largos años de relativa paz. Motivo más que suficiente para intentarlo, a pesar de la firme oposición de su más fiel consejero y amigo.

—Son solo rumores, Godric —dijo una vez más Winoc, tratando de hacer que viese la locura que, a su juicio, estaba a punto de cometer—. No es posible saber con seguridad que Egbert de Wessex esté creando ese ejército del que hablan. Nadie tiene tanto poder.

—Pero lo tendrá de lograrlo, Winoc —se paseó, intranquilo, por la sala, como cada vez que debía tomar una decisión importante—. Egbert es un rey con ansias de poder. Eso no puedes negarlo.

—No lo hago.

—Comprenderás que esta es nuestra única oportunidad para sobrevivir, entonces. Jamás podremos ganar en dos frentes, Winoc. Mercia está dispuesto a hacernos claudicar a cualquier precio. Casi lo consigue dos años atrás. Si Wessex decide intervenir también, estaremos perdidos, incluso si lográsemos hacerles frente en un primer momento. Aún con tus consejos, soy demasiado joven e inexperto para luchar contra dos ejércitos tan poderosos. No estamos preparados para eso, si apenas podemos contra uno.

Era cierto que su juventud le preocupaba en demasía, aunque había madurado a marchas forzadas desde su coronación. Ya no se sentía un niño. Sus responsabilidades para con su pueblo le habían obligado a olvidar sus anhelos infantiles, para dar cabida a otros más adultos que velasen por el bien de su gente. Salvar la vida de sus súbditos era más importante que cualquier otra cosa y si tenía que someterse a un rey más poderoso, al menos sería uno de su elección.

—Plantaremos mejores estrategias de combate —sugirió Winoc, en un acto desesperado de hacerle cambiar de opinión—. Atacaremos por la noche y a traición como los mercenarios. Buscaremos nuevos aliados, si es necesario...

—No me convertiré en un asesino para proteger a mi pueblo —detuvo a su amigo—. No busco la paz a cualquier precio, sino a uno justo.

—Lo que le vas a ofrecer a Egbert no es un precio justo, Godric —suspiró, frustrado, al no poder hacérselo ver.

—Sé que te cuesta aceptarlo, Winoc —dijo, conciliador—. Pero es lo que se debe hacer.

—No lo es.

—Egbert llegará de un momento a otro —prosiguió Godric, ignorando su protesta—. Y necesito que me apoyes. Si ve fisuras entre nosotros, las aprovechará en su beneficio.

—Estás pensando cederle voluntariamente el reino, Godric —lo acusó—. Ya se está aprovechando y sin pretenderlo. Tu padre dio la vida por su pueblo y tú pretendes entregárselo a otro rey sin más. Sé que estaría de acuerdo conmigo en que esto es una locura.

—Mi padre me daría la razón, Winoc —sonrió con calma—. Él, mejor que nadie, sabría ver que debo hacerlo, precisamente, por el bien de mi pueblo. Por nuestra supervivencia.

Winoc se removió, inquieto, sopesando todas sus alternativas. Conocía al muchacho, pues eso era todavía para él, y sabía que no había vuelta atrás. Después de dos años bajo sus órdenes, conocía sus ideales y a lo que estaba dispuesto a llegar para alcanzarlos. Puede que al principio se dejase guiar por sus consejos, pero con el paso del tiempo, había empezado a forjar su propio carácter y ya no se sometía como antes. Tomaba sus propias decisiones y una vez hecho, nadie podía obligarle a claudicar.

En eso, era como su padre, salvo por el pequeño detalle de que sus intereses no eran los mismos. El anterior rey de Sussex había dado su vida para defender a capa y espada a su pueblo, pero Godric pretendía alcanzar la paz, entregándolo sin más. Ahora, le estaba dando a elegir entre apoyarlo o darle la espalda y sin embargo, su decisión había sido tomada dos años atrás, cuando prometió a su amigo que cuidaría de su hijo. Solo podía seguirlo a donde fuese y por el camino que hubiese elegido.

—Ahora solo falta saber si tú estarás a mi lado —añadió.

Godric esperaba su respuesta con la entereza de un rey, pero Winoc vislumbró bajo aquella máscara, al niño que una vez fue. Un niño que no había podido serlo más por las circunstancias. Sintió pena por él, como otras tantas veces. Se estaba convirtiendo en un gran hombre y lo admiraba por la fortaleza que demostraba tener día a día, a pesar de no compartir algunas de sus ideas. Y aunque había intentado hacer que entrase en razón apelando al recuerdo de su padre,

sabía que su amigo estaría orgulloso de él. Y de las duras decisiones que le había tocado tomar para salvar a su pueblo. Aún así, no podía dejar de sentir que aceptar lo que Godric pretendía hacer era, de algún modo, como traicionar a su amigo. Tantos años desperdiciados en la guerra, tantas muertes a sus espaldas para defender sus tierras, y ahora todo sería entregado a un nuevo rey de forma voluntaria. El reino de Sussex iba a desaparecer para siempre y Godric parecía no sentir remordimientos, como lo hacía él mismo.

—Te apoyaré, Godric —le dijo, no obstante—. Pero no me gusta la idea.

—Lo sé —lo miró con condescendencia y eso le gustó menos todavía—. Y te lo agradezco.

Ambos sabían que su futuro estaba a punto de cambiar. Godric estaba convencido de que sería para mejor y que era necesario, pero él no se sentía tan seguro, por ninguna de las dos cosas. Después de más de 20 años al servicio de su rey, saber que probablemente Godric acabase siendo un súbdito más al despuntar el día, sería su muerte.

Solo unos minutos después, su conciencia lo estaba martirizando por la decisión tomada, pero cuando se dispuso a retractarse, el anuncio de la llegada de Egbert de Wessex, se lo impidió. O eso se quiso decir a sí mismo, pues sabía que no lo habría hecho, por más que le pesase el quedarse callado. Había jurado a su padre protegerlo y acompañarlo en su camino y eso haría con todas las consecuencias. Aunque hubiese preferido alejarse del lugar, para no presenciar las negociaciones que acabarían con su hogar, tal y como lo conocía, se obligó a permanecer junto a Godric, tal y como había prometido, para apoyarlo.

El rey de Wessex imponía con su sola presencia. No porque triplicase la edad de Godric, sino también por su tamaño. A su lado, su rey solo parecía el niño de debería haber sido y Winoc creyó que caería ante él sin siquiera poder presentar batalla. Vio el fin de Sussex mucho antes de que alguno de ellos hablase y con unas condiciones ínfimas para los suyos. Vio la caída de un reino pequeño pero poderoso, al que había amado siempre, en manos de un rey naciente, que tal vez no hubiese sido capaz de conquistarlo, por más que Godric pensase lo contrario. ¿Cómo lo convenció de aceptar su palabra de que aquello era lo que Sussex necesitaba? No era más que un niño.

Y sin embargo, Godric lo sorprendió en cuanto dieron comienzo a las negociaciones. Supo estar a la altura, aún teniendo las de perder, y no dio su brazo a torcer por más que el otro lo apretase y usase toda su experiencia para obtener el reino sin perder demasiado en el proceso. A lo largo de la mañana, su percepción sobre su rey fue cambiando de tal modo, que dejó de ver al niño con el que había estado discutiendo unas horas antes. Godric se había convertido en todo un hombre a sus ojos de la noche a la mañana.

3

Año 871, condado de Sussex

Casi medio siglo atrás, Godric se había convertido en conde de Sussex en compensación por haber claudicado en favor del rey de Wessex y por haberle jurado lealtad por iniciativa propia. No habían sido unas negociaciones fáciles, pero terminaron satisfaciendo a ambas partes.

Winoc, quien había sido en el pasado el mejor amigo de su padre y un gran consejero para él después, había dudado del resultado de aquella decisión e intentó rebatirla en más ocasiones de las que Godric podía recordar. Sin embargo, solo dos años más tarde pudo entender que había sido un acierto, cuando Egbert ocupó por la fuerza los reinos de Kent, Surrey y Essex en una única y decisiva batalla que se llevó a cabo en Ellandun y que supuso la desaparición de los tres. Godric sentía que había sido una pérdida innecesaria de vidas humanas, pero no había estado en su mano impedirlo.

Etelred, que sucedió a Egbert años después, le había concedido mayor libertad como gobernante de Sussex, al ver que no ansiaba más poder del que ya poseía. Había recompensado su lealtad incuestionable y sus sabios consejos, con una hegemonía mayor sobre el condado. Así era como administraba sus tierras, con estrategias bien planificadas y unos acuerdos tácticos que le permitían vivir sin usar las armas, salvo en los casos más necesarios, por lo que mantenía solo un pequeño ejército, suficiente para no parecer débil y defender sus fronteras si hacía falta. Conocía de primera mano lo que una guerra le hacía a un pueblo y no quería eso para el suyo. Desde hacía años, había logrado mantener un remanso de paz en su hogar, con algún conflicto menor inevitable, que no suponía mayor inconveniente a su pueblo.

—Se acerca alguien, mi señor.

Godric estaba supervisando las recientes ampliaciones acaecidas en su castillo cuando escuchó el grito del centinela. Era uno de los pocos que contaba con una fortaleza hecha enteramente de piedra. La mayoría había amurallado sus hogares en un intento de protegerlos, desde que las incursiones de los hombres del norte comenzaron, pero él quería más seguridad para sus hijas, en compensación por el escaso ejército que poseía.

Sus dos únicas hijas habían llegado demasiado tarde a su vida, cuando ya creía que sería imposible engendrar herederos. Había amado a su primera esposa con locura, pero no fue suficiente para que le diese hijos. Durante veinte años habían disfrutado de su amor, tratando de que su esterilidad no les afectase. Pero lo hizo, con su difunta esposa. La mujer, que se había ido marchitando con los años al ver que no le podía dar los hijos que necesitaba, se había quitado la vida después de que él renegase una y otra vez de repudiarla para buscar otra esposa que sí pudiese. Se había alejado de él de forma drástica y cruel, para darle la libertad que se negaba a aceptar. Después de tantos años, aún le dolía recordarlo.

Tardó cinco años en casarse de nuevo, igualmente enamorado. Había sido afortunado al

encontrar a dos hermosas mujeres, tan distintas la una de la otra, que habían sabido cómo conquistar su corazón. Y le habían proporcionado felicidad, ambas a su modo. Su segunda esposa le dio además, dos regalos maravillosos. Dos hijas bellas y perfectas a las que amaba sin condición. Le hubiese dado también el tan ansiado heredero si no hubiesen muerto ambos en aquel terrible y complicado parto.

Godric se sintió tan abrumado por la pérdida, que se negó a casarse de nuevo. Desde entonces, había estado criando solo a sus hijas y aunque sabía que las consentía demasiado, no podía, ni quería, evitar hacerlo. La pequeña se parecía mucho a él y estaba muy orgulloso de ella, pues jamás le daba motivos de preocupación, sino que más bien le facilitaba el trabajo. Pero su primogénita, en quien recaía la responsabilidad de procurarle un sucesor, era un poco caprichosa y temperamental. Aún así, no podía amarla menos que a la otra.

—¿Cuántos son? ¿Reconoces a alguno? —le gritó de vuelta, dirigiéndose hacia él.

El centinela miró de nuevo al horizonte, antes de regresar su atención a él. Lo vio negar con la cabeza. Estaba tan pálido, que se preocupó y ordenó cerrar las puertas, incluso antes de ir al parapeto a comprobar por sí mismo quién había causado semejante reacción en su centinela.

—Se parecen a los bárbaros de los que tanto hablan, mi señor —le dijo el hombre en un susurro, una vez a su lado.

Comprendió de inmediato. Nadie tenía buena opinión de los hombres del norte, con sus salvajes costumbres y su interés por conquistar sus tierras, así fuese a sangre y espada. En Sussex por el momento, solo conocían sus fechorías por habladurías, pero eran lo suficientemente explícitas como para atemorizarlos.

La muerte del rey Etelred en la batalla de Marton, en abril de aquel mismo año, estaba todavía reciente en la memoria de todos. El miedo se había instalado en el reino desde entonces, y ni Alfred, su hermano y sucesor, había logrado eliminarlo. El caos fue tal, que apenas pudo organizar las tropas, antes de que los daneses atacasen de nuevo en Wilton, solo un mes después. Wessex fue derrotado una segunda vez y Alfred tuvo que negociar la paz con los bárbaros. Ahora gozaban de un periodo de paz, pero sabían que sería solo cuestión de tiempo que los tuviesen bajo asedio una vez más. Aquellos hombres eran insaciables y parecían vivir por y para la guerra.

—No son muchos —intentó tranquilizarlo—. Yo hablaré con ellos.

—No pretenderéis salir ahí fuera, mi señor —el hombre lo observó con consternación y Godric reprimió una mueca de disgusto.

El miedo irracional a lo desconocido, basado solo en los comentarios de terceras personas, que en la mayoría de los casos ni conocían, le apenaba. Si se hubiese dejado llevar por las habladurías cada vez que debía tomar una decisión, o por el pánico, probablemente no estarían teniendo aquella conversación. Habría llevado a su pueblo directo a la desgracia.

—Permaneced alerta —pidió, antes de dirigirse al portón de la muralla.

Atravesó la pequeña puerta lateral y se encaminó hacia los hombres, sin montura ni armas. No pretendía hacerse ver más de lo que era, pues no lo necesitaba. La seguridad que emanaba de él por sus años de experiencia era suficiente protección. Se plantó frente a ellos, con actitud desafiante, sabiendo que vacilar podía suponer la diferencia entre el éxito y el fracaso. Y nunca le había gustado perder.

A medida que estos se acercaban, pudo apreciar lo jóvenes que eran. Rondaban la veintena, como mucho, aunque su corpulencia podía dar origen a confusión. El que, a su parecer era el líder del pequeño grupo, desmontó y se acercó a él con las manos desnudas.

—Buenas tardes —su fuerte acento delataba su origen extranjero, y sin embargo, no podía sino

admirar el hecho de que se hubiese decidido a aprender su idioma—. Mi nombre es Leif Erickson.

Godric lo estudió detenidamente antes de hablar, intentando discernir si lo podía considerar un hombre confiable o por el contrario, debía tener cuidado de él. Había desarrollado aquella técnica con los años y casi nunca se equivocaba en sus conclusiones. El hombre, o más bien muchacho, permaneció estoico ante su mirada, sin bajar los brazos en ningún momento, hasta que decidió que era amigable y le ofreció su mano cordialmente.

—Yo soy el conde Godric —se presentó— ¿En qué puedo servirlos?

Leif estrechó su mano con seguridad y le sonrió abiertamente. Aquella sinceridad en su gesto reafirmó la primera impresión del conde. No venían buscando batalla y eso le agradó.

—No es sencillo encontrar a alguien dispuesto a hablar con nosotros —admitió este.

—Me temo que la reputación de vuestro pueblo os precede —asintió.

—Y de esa reputación venimos huyendo precisamente —confesó—, pero veo que tampoco será fácil.

—¿En qué puedo servirlos? —repitió.

—Queríamos hablar con vuestro rey, pero me temo que es un hombre de difícil acceso. No puedo decir que me sorprenda, habida cuenta de las circunstancias —también él lo estaba estudiando con discreción—. Y hemos oído decir que vos sois muy cercano a él y que sois un hombre razonable. Pensamos que, tal vez, podríais ayudarnos.

—Tal vez —admitió a medias, con curiosidad—, si me contáis cuales son vuestras intenciones con respecto a ese encuentro.

—Tenemos una petición que formularle.

Godric sopesó las opciones. Podía exigirle que le hablase allí mismo o darle la bienvenida a su hogar y comentarlo con más tranquilidad en un lugar menos expuesto. Parecían suficientemente amigables como para hacerlos pasar, pero temía la reacción de su gente, tan cerrados de mente en muchos sentidos. Y también estaban sus hijas. No quería exponerlas al peligro sin necesidad, aunque no creía que lo fuesen a estar en ningún momento.

—Creo que podríamos compartir una cena —sentenció al final—. Y vos podríais contarme sobre esa petición.

—Será un honor para nosotros compartir la mesa con vos —se inclinó en una reverencia—, conde Godric.

—Sed bienvenidos —les señaló el castillo antes de dirigir su mirada a los centinelas—. Abrid el portón. Vamos a entrar.

Vio la consternación en sus rostros después de sus palabras y supo, sin necesidad de mirar atrás, que su invitado también lo había hecho. No obstante, este permaneció en silencio, mientras esperaban a que las puertas se abriesen. Los tres vikingos que habían quedado atrás se acercaron a ellos a una señal del cabecilla y lo saludaron con una leve inclinación de cabeza.

—Me temo que soy el único que habla vuestra lengua —le explicó Leif—. Por el momento.

—Con uno es más que suficiente —le aclaró—. Por el momento.

No le pasó desapercibida la sonrisa del joven, así como tampoco lo hizo la palidez en los rostros de quienes se cruzaban de camino al interior del castillo. Chasqueó la lengua con disgusto y movió la cabeza con pesar. No era así como pretendía que diesen la bienvenida a sus invitados, pero sabía que no podría hacer mucho más por ahora.

—Al menos no huyen —susurró Leif, lo que llamó su atención.

—Demasiados rumores —se sintió en la necesidad de disculparlos.

—Es comprensible, no los culpo —asintió.

A pesar de disgustarle la reacción de su gente, sintió cierto alivio al comprobar que sus hijas no estaban en el gran salón cuando dio paso a los norteños. No estaba seguro de su reacción y prefería hablar con ellas antes de presentarlos, si llegaba a hacerlo. Todo dependería del tiempo que fuesen a quedarse y de lo que entrañase la petición a su rey.

—Todavía faltan un par de horas para la cena —les informó—. Tal vez os apeteciese asearos un poco y descansar hasta entonces. Parece que habéis hecho un largo viaje hasta aquí.

—Os lo agradecemos. Llevamos días cabalgando, preguntando por vos en los pocos lugares donde se atrevían a hablarnos. Ha sido un viaje... interesante.

—Y nadie os ofreció su hospitalidad —sentenció, seguro de que el joven jamás lo admitiría, aunque lo pensase—. Hilda, muéstrales el camino.

La mujer, siempre risueña y complaciente, se acercó a ellos con una actitud abierta y distendida. Precisamente la había elegido por eso. La conocía y sabía que los atendería como correspondía, fuesen quienes fuesen. Hilda no tenía miedo a nada ni a nadie y eso era algo que le gustaba de ella. Por ese motivo le había pedido que lo ayudase con el cuidado de sus hijas, tras la muerte de su segunda esposa.

La vio alejarse con ellos, parlotando sin cesar, y sonrió. Aquello que su pueblo le había negado a sus invitados, se lo entregaría Hilda con creces y para cuando terminase con ellos, estarían deseando alejarse de Sussex.

Mientras tanto, empezaría a planear la velada de aquella noche, que resolvió, sería íntima y tranquila. Quería conocerlos un poco más, antes de tratar el tema que los había llevado hasta él. La presencia de los suyos podría resultar desastrosa, sobre todo al ver la desconfianza con que los habían recibido.

Y aunque había pensado en presentarles a sus hijas, decidió en el último momento que no acudirían a la cena. Eran demasiado jóvenes e impresionables. Sabía que a Lynna no le supondría un problema mantenerse lejos de ellos, pues se había encerrado en su alcoba en el mismo momento en que los había visto. Parecía tan asustada, que se prometió ir a hablar con ella más tarde. En cambio Ivalyn, había protestado, después de que les dijese que no las quería cerca mientras permaneciesen en el castillo. Sentía curiosidad por los hombres del norte.

Los pocos hombres que se había decidido a convocar a la cena habían ido abandonando la cautela a medida que avanzaba la velada. Al final de la misma, ya habían logrado mantener una conversación banal pero relajada con sus invitados. Leif había sabido incluir a sus hombres, de forma natural, traduciendo con rapidez para todos ellos y Godric se había sorprendido al descubrir su vena divertida. Cuanto más tiempo pasaban juntos, menos le recordaban a los bárbaros de los que tanto hablaban en los últimos tiempos.

—Hablemos de esa petición vuestra ahora —pidió, después de que sus hombres abandonasen el salón y los dejasen solos. Aquel era un tema que prefería mantener en privado.

—Tal vez deba explicaros primero de donde provenimos —le dijo Leif— para que podáis entender el porqué de la misma.

—Os escucho —lo aleccionó.

—Venimos de un país donde las luchas de poder y las traiciones están al orden del día —hablaba con cautela, eligiendo cada una de sus palabras cuidadosamente—. Soy el cuarto y último hijo de uno de los hombres más poderosos del país y por tanto, me he visto rodeado de toda esa locura desde mi más tierna infancia. No es algo que haya podido elegir ni que desee. No quiero formar parte de juegos de guerra, donde la posibilidad de morir a manos de tu propia familia es lo más habitual. Quiero vivir tranquilo y en paz, sin tener que vigilar mis espaldas en todo momento.

—Os entiendo —asintió, comprensivo—. Pero aquí también estamos en guerra. Vuestras espaldas estarían igualmente en peligro.

—Tengo la intención de negociar eso —le confesó—. Tal vez pueda llegar a un acuerdo con vuestro rey para mantenerme al margen de la guerra entre mi pueblo y el vuestro. No deseo entrar en más conflictos, sino hallar un lugar al que poder llamar hogar y donde vivir en paz.

Le recordaba tanto a sí mismo, que se emocionó. También él había ansiado la paz por encima de todo desde que se convirtió en rey. Y la había logrado, en cierta medida. Al menos la mayor parte del tiempo. Leif Erickson parecía un hombre honorable y sincero, tan directo como él mismo, y se estaba planteando seriamente el ayudarlo con Alfred. Observó a sus cuatro invitados y vio una honestidad que difícilmente podría encontrar en algunos de sus vecinos. Asintió para sí mismo, antes de continuar.

—¿Qué es lo que proponéis?

—A nuestra llegada, descubrimos una isla frente a Rye, creo que así se llama el pueblo — Godric asintió y Leif continuó—. Está deshabitada, por lo que sería perfecta para nosotros. Somos hombres de mar y nos agrada la idea de estar rodeados por él.

—No es más que un pedazo de tierra salvaje y yerma —no pretendía desanimarlos, pero debía hacerles saber tal vez no lograsen vivir en ella por mucho tiempo.

—No lo será más —negó—, si vuestro rey nos concede la oportunidad de asentarnos en ella.

—No seré yo quien os lleve la contraria —permanecería incrédulo por el momento— ¿Qué le daréis a cambio? Alfred es un hombre ambicioso. Razonable, pero ambicioso.

—Cualquier cosa que nos pida, salvo luchar por él. No escapamos de las guerras en nuestra tierra para someternos a otras aquí.

—No será fácil de lograr —mientras hablaba, calculaba las posibilidades—, pero estoy dispuesto a ayudarlos. Lo que pedís no es excesivo, por lo que tal vez podamos hacer que no os exija demasiado a cambio.

Continuaron hablando hasta tarde sobre todas las opciones que tenían y sobre el mejor momento para proponerle aquel trato al rey. Cuando Godric descubrió a Ivalyn espiándolos, fingió no verla. Veía el miedo que le inspiraban los vikingos, pero también la curiosidad por saber más sobre ellos. En muchas ocasiones se había lamentado de que no fuese varón, pues habría sido un gran líder y gobernante. Sin embargo, el destino había decidido concederle dos hijas y, aunque las amaba en igual medida, también hubiese preferido que Ivalyn fuese la mayor de ambas.

Un par de días más tarde, había logrado audiencia con el rey y partía con los vikingos rumbo al corazón de Wessex. Sabía que la misiva que había enviado despertaría su interés y no se opondría a atenderlos. Y aunque el plan inicial había sido que viajasen solos, Godric decidió acompañarlos para interceder por ellos. No solo era buen negociante, sino que conocía las debilidades de su rey, por lo que podría serles de mucha utilidad.

Durante aquellos dos días de espera había podido conocerlos mejor y había comprobado que su intuición no le había engañado con respecto a ellos. Quería que se quedasen en aquella isla y quería tenerlos como aliados en un futuro, pues aunque lograsen su propósito de no luchar para su rey, tarde o temprano acabarían haciéndolo. Así como él había tenido que hacerlo en alguna ocasión también. Estaba convencido de que cuando se sintiesen parte de la tierra, cuando la considerasen su hogar y la viesan peligrar, actuarían en consecuencia. Defender lo que era de uno formaba parte de la naturaleza humana.

Puede que en su tierra no lo hubiesen visto de ese modo porque, en el fondo, no tenían nada que considerar como propio. Era el hijo menor de un gran hombre, sí, pero como tal, no poseía

nada en propiedad. Si el rey les concedía aquella isla desértica y austera y la convertían en su hogar, algo que todavía no era capaz de visualizar ni en sus mejores pensamientos, les pertenecería. Sería más que la tierra de sus padres. Sería su tierra. Su isla.

Se proponía hacérselo ver de igual modo a Alfred. La paciencia era una de sus virtudes y apelaría a ella. En unos años, aquellos hombres del norte serían una gran aportación a su causa, si sabían cómo tratarlos. Darles un incentivo para quedarse y después atraerlos con la excusa de defender lo propio.

Con ese pensamiento había abandonado su hogar, dejando a su hija de 11 años a cargo de todo. A pesar de su corta edad, era más capaz que otros. Más de lo que lo era él, cuando se convirtió en rey aquella fatídica noche hacía ya medio siglo. Le recordaba tanto a sí mismo que asustaba. Quería que disfrutase de su infancia, algo que a él no se le había permitido, pero para su desdicha, Ivalyn había cambiado hacía ya tres años. Siempre había sido una niña risueña y optimista. Cantaba a todas horas y animaba a los demás con su espontaneidad. Después de la terrible experiencia que había vivido a los 8 años, había dejado de cantar y a veces la notaba, incluso, taciturna. No había dejado de ser alegre y seguía viendo lo bueno en los demás, pero ya no tenía aquella actitud infantil que la caracterizaba y había decidido hacerse cargo de muchas de las responsabilidades que corresponderían a su hermana por ser la primogénita.

Sabía que debería haberlo impedido, pero no se vio capaz. Eso había evitado que su joven hija sucumbiese a la desesperación y al miedo. Nunca hablaba del tema, pero sabía que las pesadillas continuaban plagando sus sueños por las noches. Era una joven fuerte y valiente. Responsable y dinámica. El orgullo de cualquier padre.

Lynna, aunque era capaz de cumplir con sus obligaciones al igual que su hermana, era todo lo contrario a ella. Caprichosa e infantil. Un poco egoísta y desafiante cuando no lograba lo que quería. Se valía del gran corazón de su hermana menor para delegar en ella aquellas tareas que le disgustaban, aunque su corazón no era menos grande que el de la otra. Eso lo había hecho bien, porque debía admitir que en lo demás, siempre las había consentido, temeroso de que la falta de una madre que las amase, pudiese afectarles de alguna manera. Pero tampoco había hecho diferencias entre ellas a la hora de criarlas y sin embargo, habían desarrollado sus propias personalidades a lo largo de los años. Y la mayor era más inconsciente y despreocupada de lo que sucedía a su alrededor. Había intentado involucrarla en los deberes que un día serían los suyos, pero mostraba muy poco interés. Era joven todavía, pero que Ivalyn fuese tan dispuesta, lo condicionaba a desear que ella también lo fuese.

—Escuché decir que tenéis dos hijas, conde —la voz de Leif lo trajo de regreso al presente—. No creo haberlas visto.

—Son jóvenes —sonrió al pensar en ellas—. Apenas unas niñas.

—Entiendo entonces que las protegáis con tanto celo.

—Son mis tesoros —asintió—. Lo más importante que tengo y por lo que lucho cada día. Quiero ofrecerles una vida mejor de la que yo tuve.

—Algún día espero poder hacer lo mismo —añadió Leif—. Tener a alguien a quien proteger y dejar un legado libre de maquinaciones e inquinas.

—Tarea hartó difícil, me temo.

—No hay nada imposible en esta vida, conde. Os lo aseguro.

—El entusiasmo juvenil —rió—. Lo perderéis con el tiempo.

—No se trata de eso, sino de ir a por lo que uno quiere y lograrlo. Os lo demostraré con la isla, si vuestro rey nos concede lo que le pedimos.

—Estaré encantado de verlo, muchacho.

Cuanto más tiempo pasaban juntos, más interés sentía por Leif y su gente. Y si lograba convencer a Alfred de que les permitiese quedarse, mantendría el contacto con ellos y les ayudaría en sus inicios. Aunque solo fuese por saber si realmente podían lograr en la isla, todo cuando le había dicho Leif que harían. Tenía sus dudas al respecto, pero el joven parecía tan convencido de ello, que estaba dispuesto a esperar para comprobarlo.

—Lo veréis —le había sonado a promesa y Godric supo que aquel sería el inicio de una interesante relación entre ellos.

Año 877, condado de Sussex

—No puedes hacerme esto, padre —Lynna estaba histérica—. No quiero.

—Eres mi primogénita, Lynna. No tienes elección. Harás lo que te diga y lo harás porque es lo correcto. Por el bien de tu pueblo.

—Es totalmente injusto.

Lynna salió del salón, furiosa con su padre y el mundo. Le gustaban los privilegios de ser la hija de un conde, pero no sus responsabilidades. Al menos no aquella en concreto. Y Godric sabía que era culpa suya, por haberla consentido desde pequeña, pero ya no podía hacer nada para remediarlo. Si al menos se pareciese un poco más a su hermana.

—¡Qué voy a hacer con ella! —suspiró, impotente mientras la veía huir.

Lynna entró en la habitación de su hermana pequeña, hecha una furia. Pequeña, por distinguirlas, pues se llevaban tan solo dos minutos. Y a pesar de tener su misma edad, Ivalyn siempre había sido su confidente y consejera. A sus 17 años, era más sensata y responsable que muchos de más edad. Incluso más que ella, a pesar de ser gemelas y haber sido criadas de igual modo.

—¡Padre quiere casarme con el bárbaro!

Se dejó caer en la cama de su hermana, ocultando el rostro entre los almohadones. Estaba lo suficientemente asustada por lo que su padre pretendía como para ponerse a llorar, pero aún así se negó a hacerlo.

—No hables así de él, Lynna —se sentó a su lado y le acarició el cabello para consolarla—. Sé que no te gusta esta situación, pero esta vez no podrás evitarlo. Tenemos muchos privilegios por ser quien somos y eso conlleva ciertos sacrificios. Y ofrecer una alianza beneficiosa para nuestro pueblo a través de un matrimonio de conveniencia es uno de ellos. Ya lo sabíamos. No sé por qué te afecta tanto ahora.

—Porque se trata de ese hombre, Ivy —la miró un segundo, antes de ocultar de nuevo su rostro bajo el almohadón— No quiero ser la esposa de un bárbaro del norte por muy beneficiosa que sea la alianza para nuestro pueblo.

—No creo que sea para tanto —le restó importancia—. Un hombre es un hombre, venga de donde venga. Además, sabes que el rey lo tiene en gran estima. Y padre también. Ha ayudado mucho estos últimos años en la lucha contra los daneses. Eso ya es bueno de por sí.

—Ponle ropa elegante y dale un castillo, si quieres, pero seguirá siendo un salvaje. Por eso quiere padre que me case con él. Sabe que vencerá a cualquier enemigo.

—Porque es un gran guerrero.

—Porque es un bruto y un asesino.

—Lynna, será mejor que dejes de pensar esas cosas —la reprendió por sus palabras—. Vas a

tener que desposarte con él, te guste o no. Es tu obligación como primogénita del conde.

—Odio mis obligaciones —gimió, desconsolada—. Y odio a padre también por elegir a ese hombre como mi esposo.

En los últimos años, Lynna había empezado a hacerse cargo de la mayoría de las responsabilidades que eran propias de su estatus como primogénita, aunque intentaba delegar en Ivalyn aquellas con las que todavía no se sentía cómoda. Así había sido siempre, pues su hermana pequeña solo buscaba su tranquilidad.

—Ese hombre es como nuestro padre —le recordó—. No busca guerra y no quiere luchar si no es necesario. Eso ya lo aleja de la definición de bárbaro que te empeñas en imponerle. Tal vez si te das la oportunidad de conocerlo mejor, compruebas que no es tan malo como crees.

—Tengo miedo, Ivy —la miró de nuevo—. Tendré que irme pronto a un lugar donde no conozco a nadie y donde viviré en medio de una horda de bárbaros el resto de mis días. Me moriré antes de la boda. Lo sé.

—Lynna, eres una exagerada —se mordió el labio inferior, para reprimir una carcajada—. Ni vivirás allí para siempre, ni va a ser tan malo como te empeñas en verlo. Cuando lo conozcas un poco...

—No, seguro que es peor —la interrumpió—. Estoy asustada, Ivy. Y nada de lo que me digas hará que me sienta mejor.

Ninguna hizo mención a la razón por la que Lynna regresaría al castillo, pues temían que se cumpliera. No estaban preparadas para imaginar una vida sin su padre, aunque eran conscientes de su edad y de que había rebasado todas las expectativas.

—No quiero ir —continuó—. Tendré que dejar atrás todo lo que conozco y a todos cuántos amo. Me moriré sin vosotros.

—Hablaré con nuestro padre para que me permita acompañarte —dijo, después de un momento de reflexión—. Le diré que quiero ayudarte con los preparativos de la boda. Tendré que volver en unos meses, pero al menos estaré a tu lado hasta que te adaptes.

—¡Oh, gracias! —la abrazó—. Eres la mejor, Ivy.

—No cantes victoria —sonrió—. Primero debo convencerlo.

—Sé que podrás —había alivio en su voz.

Cuando Ivalyn prometió hablar con su padre durante la cena, Lynna insistió tanto en que no se tranquilizaría hasta saber que iría con ella, que acabó por salir en su busca en aquel mismo instante. Bajó por las amplias escaleras de piedra, observando de vez en cuando por las ventanas, por si lo veía fuera. El campo de entrenamiento, al igual que las caballerizas, situados en la parte de atrás del recinto amurallado, eran algunos de los sitios más probables para encontrarlo.

Mientras buscaba a su padre, el recuerdo de Leif Erickson volvió a ella. Lo había conocido durante aquella única visita a su padre hacía ya seis años. No era un hombre fácil de olvidar. A pesar de que era joven por aquel entonces, le había parecido el gigante de cabello dorado y ojos oscuros más impresionante que había visto jamás. Esos ojos, negros como una noche de tormenta, habían perturbado sus sueños durante meses. Claro que era una niña impresionable por aquel entonces. Y su hermana también. Ella lo había temido en aquel momento y lo seguía haciendo, incluso cuando ya habían pasado años y el norteño había demostrado que era más civilizado que sus vecinos, los daneses. Su hermana seguía viendo al bárbaro que la asustó, cuando era una niña, con su imponente presencia.

Ivalyn le había oído decir a su padre que los primeros años desde su llegada habían sido duros. No solo porque le tuviesen miedo, algo que, por su experiencia, entendía, sino que su

procedencia había hecho que desconfiasen de él en todo momento. Incluso con el beneplácito del rey y la ayuda constante de su padre, se había tenido que esforzar en ganarse la confianza de sus vecinos. Tal vez hacer renacer la isla donde se asentaron, cuando todos la creían estéril, le ayudó, porque después de ver los resultados, muchos se interesaron por aquellas novedosas técnicas de agricultura y ganadería. En unos pocos años, Leif Erickson se ganó tanto la admiración como el respeto de muchos. Aquellos que no lo hacían, seguían temiéndolo, algo que tampoco los perjudicaba.

Su padre sabía que una alianza duradera con él, le daría el apoyo y la fuerza necesarios para mantener a su pueblo a salvo en una tierra cada día más hostil. Su padre no servía para la guerra y por eso, había decidido ofrecer el título de conde a Erickson, a través del matrimonio. El rey había estado de acuerdo con él, a pesar de su inicial reticencia a ofrecer el condado de Sussex a un extranjero, porque había entendido los beneficios. Aquel matrimonio le daría lo que tanto había buscado, desde que Leif le consiguió la mejor flota de barcos que jamás había soñado tener a cambio de una isla a la que no había otorgado valor alguno hasta ese entonces. Una flota que habían aprovechado durante los dos últimos años, cuando los daneses quisieron conquistar Wessex una vez más, al dar por finalizada la tregua. Ese mismo año, en Exeter habían tenido mucha suerte, gracias a la tormenta que retrasó a la flota vikinga, y les otorgó la ventaja que les llevó a la victoria y que les estaba permitiendo gozar de un nuevo periodo de paz.

Recorrió parte del castillo antes de dar con él en el salón, conversando con algunos de sus hombres. Aquel era un recinto amplio, ricamente decorado y con enormes ventanales por los que entraba suficiente luz natural para no necesitar emplear los candelabros durante el día. A pesar de que su padre tenía un cuarto privado donde atender sus asuntos, rara vez lo utilizaba. El salón era acogedor y luminoso, más apto para mantener a la gente relajada y animada mientras hablaban. El calor de la gran chimenea central ayudaba bastante a mantener el ambiente en días tan fríos como aquel.

Su padre estaba sentado en la mesa principal, la que presidía el salón y la única que no se desmontaba después de los banquetes que solían dar tan a menudo como la ocasión lo ameritaba. Las demás mesas auxiliares solían ir añadiéndose según la afluencia de invitados en el castillo. Sus hombres, sentados frente a él, le daban la espalda a ella, aunque sabía perfectamente quienes eran. Y también de qué estaban hablando. La decisión de su padre de ceder el condado a Leif Erickson no había sido bien acogida por algunos de los lores leales al conde, y estaban dando problemas.

—Lord Irwin no parece demasiado feliz últimamente —oyó decir—. Creo que esperaba que su hijo ostentase el título algún día.

—Lo sé —respondió su padre, con calma—, lo mismo que la mayoría de los que han rechazado abiertamente este compromiso. Lord Irwin es un hombre avaricioso y egocéntrico. Ser buen negociante no lo hace apto para ostentar el título. Jamás le ha preocupado el pueblo, sino es para llenar sus arcas. Y su hijo solo es una marioneta en sus manos. No les cederé el condado mientras pueda evitarlo.

—Aquellos que se han opuesto al matrimonio, lo han hecho porque no desean ser gobernados por un extranjero, por muy beneficioso que sea comerciar con él o tenerlo de su lado en la batalla. Han rechazado la invitación para asistir a la ceremonia de compromiso como protesta.

—No me importa si no les gusta —repitió Godric—. Haré lo mejor para el pueblo, no para unos pocos, que ocuparían mi puesto con gusto si les diese la oportunidad, así fuese acabando con mi vida.

Su padre la descubrió cuando trataba de escabullirse sin ser vista para no interrumpir una reunión, que se le antojaba mucho más importante que su petición. Aunque seguramente, su hermana no lo viese de ese modo.

—Ivalyn, hija, acércate.

—No importa, padre —se disculpó en la distancia—. No interrumpáis esta reunión por mí. Hablaré contigo más tarde.

—Acércate, cielo —insistió—. Será bueno escuchar tu opinión. A menudo has demostrado ser mejor consejera que alguno de los presentes.

Las risas resonaron en el salón, pues nadie se había sentido ofendido, porque su padre no había faltado a la verdad. Aunque la opinión de las mujeres solía estar reservada para las labores del hogar o en relación a la familia, a Ivalyn siempre le había gustado mantenerse informada y había ayudado a su padre en más de una ocasión en algunos asuntos, que otros considerarían inadecuados para ella. Era una joven práctica y sensata, herencia de su padre, y daba su opinión con total franqueza, defendiéndola con fiereza en caso de ser necesario.

Godric hubiese deseado que Lynna se involucrase de igual modo en los asuntos del condado, pues era quien ocuparía su lugar un día, pero no había sido capaz de inculcarle el mismo interés por sus labores como líder. Y por ese motivo había elegido a un hombre tan fuerte y seguro como Leif para acompañarla en aquel arduo camino.

—Comentábamos el actual descontento de algunos lores, mi señora —le informó uno de los hombres de su padre.

Lo observó por un momento, pensativa. Era joven, aunque unos años mayor que ella, y sin embargo, era más alto que su hermano Dunstan, el actual lord Wynne. Ambos tenían un cuerpo atlético, mantenido en forma con disciplina y entrenamiento constantes. Su cabello castaño desmerecía frente a unos increíbles ojos grises, que la miraban con respeto.

—Os he oído, Colla, pero no podemos permitir que el enfado de unos pocos, determine el futuro de un pueblo —dijo, mientras se acercaba y se sentaba junto a su padre—. Necesitamos más protección y un poder militar que satisfaga al rey. Y Leif Erickson es el único al que todavía no ha conseguido reclutar para su causa. No hemos coincidido en persona, pero a juzgar por cómo habla mi padre de él, sé que es un hombre que cumple su palabra y necesitamos gente leal, ahora que el peligro está al acecho desde tantos frentes.

—Estamos de acuerdo en eso, mi señora, pero el descontento es por haber ofrecido el condado a un extranjero, cuando hay lores con hijos casaderos, que han demostrado su lealtad desde hace más tiempo.

—No importa a quien elija mi padre como su sucesor —negó—, siempre habrá quien esté en desacuerdo. No se puede contentar a todos, así que hemos de quedarnos con la mejor opción, que en este caso, es Erickson. Ha demostrado que será de gran ayuda para los intereses del rey al crear una flota de barcos casi indestructible para él. El rey sabe que es hora de exigirle más y este matrimonio será la excusa perfecta para ello.

—Tal vez debería haberle ofrecido una alianza de otro tipo —sugirió su padre, aún sabiendo su respuesta, pero queriendo probarla—. Tierras u oro, quizá.

—Erickson no participará en una guerra que ha estado evitando desde hace años, por más tierras o por oro, padre. Las tierras se pierden y el oro se gasta, pero un matrimonio es una alianza duradera. Y la familia, un buen motivo por el que involucrarse.

—Tan sabia como siempre —le sonrió su padre, orgulloso.

—Y hablando de matrimonios —se sintió un poco cohibida, raro en ella—, necesitaba hablar

contigo de algo, padre.

—Bien —miró a los presentes a modo de despedida—, si me disculpáis...

Uno a uno, se fueron retirando tras saludarlos. Ivalyn era consciente del honor que suponía que la incluyesen en sus reuniones y tuviesen en cuenta su opinión. También sabía que a muchos les habría gustado que fuese la primogénita, pensamiento que no la complacía, pues no deseaba relegar a su hermana del lugar que le correspondía ocupar por nacimiento.

En los últimos años, Lynna había estado haciendo un gran esfuerzo en interesarse por los asuntos del condado, aún cuando decía que aquello no era cosa de mujeres, pero sabía que todavía tenía un largo camino por recorrer. Aceptar aquel matrimonio solo era un paso más, por eso, ir con ella era una buena solución. Estando a su lado, podría ayudarla a asimilar aquel cambio en su vida.

—Tú dirás, hija —la alentó su padre cuando se quedaron solos.

—Lynna ha venido a hablar conmigo. Está un poco nerviosa.

—Un poco nerviosa —sonrió por la benévola descripción de su hija—. Yo diría que está desquiciada. Hemos tenido una gran discusión. No sé que voy a hacer con ella.

—Creo que solo está asustada, padre —negó—. Hemos escuchado tantas terribles historias sobre los daneses, que Lynna teme lo que su futuro esposo representa, a pesar de que él no sea como ellos.

—Supongo que tienes razón —suspiró—, como siempre. Erickson es un hombre juicioso y leal. Podría haber conquistado la isla por la fuerza y sin embargo, prefirió hacer un trato, demostrando una nobleza de la que carecen los daneses. Se ha ganado no solo mi respeto, sino el del rey. Y el de muchos otros. Sus logros me han decidido a elegirlo como sucesor, no su fuerza bruta; si acaso algún día accede a usarla, pues es tan reacio como yo a ello.

—Me temo que Lynna no lo ve de esa forma —le dijo, con pena.

—Tendrá que hacerlo —alzó la voz, sin pretenderlo, impaciente—. Es mi primogénita y hará lo correcto. Por una vez en su vida, se hará cargo de sus responsabilidades sin protestar por ello.

—Y lo hará, padre —Ivalyn sabía que aquellas palabras encerraban una advertencia para ella también—. Pero he pensado que, tal vez, si yo la acompañase, no se sentiría tan sola en la isla. Además, sé que podría animarla a conocer mejor a su prometido antes de la boda. Y podría ayudarla también con los preparativos —había ido añadiendo ventajas sin descanso, deseando poder convencerlo—. Sería algo temporal.

Su padre la miró intensamente por un momento. Seguramente trataba de descubrir si bajo su ofrecimiento había algo más que el deseo de ayudar a su hermana a adaptarse. No era la primera vez que Ivalyn cumplía con las obligaciones de su hermana antes de que su padre lo pudiese impedir, motivo de la muda advertencia que le había lanzado antes. Sin embargo, justo en el momento en que supo que su padre cedería, no pudo evitar sonreír.

—Con esos argumentos, no puedo negarte nada, hija —la abrazó— ¿Por qué no será tu hermana un poco más como tú? La adoro tal y como es, pero me facilitaría tanto las cosas con ella.

5

Tan solo dos días después, un pequeño grupo a caballo entró en el castillo. No era el primero ni sería el último, pues ese día celebraban el compromiso de Lynna con Leif Erickson. Ambas jóvenes podían verlo desde la torre donde se habían refugiado para espiar a los invitados. Habían descubierto aquel lugar de niñas y desde entonces, solían subir a observar desde las alturas a todos los que llegaban, antes de bajar a recibirlos junto a su padre.

A la cabeza de aquel grupo en concreto, iban tres hombres fuertes y altos. Ivalyn supuso que el del centro era el prometido de su hermana, más por la posición que por su aspecto, aunque su cabello era igual de rubio que como lo recordaba. Si pudiese ver mejor sus ojos, estaría totalmente segura de cuál de ellos era porque nunca los había podido olvidar. Lo que podía certificar era que los otros dos eran hermanos. Aunque, para ser sincera, en la distancia todos se parecían bastante. Un cuarto jinete se les unió poco después, cabalgando al trote para darles alcance, y comenzó a dudar de su primera impresión sobre el anterior, pues aquel hombre tenía el cabello todavía más dorado.

Los observó mientras conversaban entre ellos. No podía oír lo que decían, por la distancia, pero se notaba una conexión entre los cuatro que iba más allá de una simple deferencia hacia su jefe. Era más bien camaradería y pura confianza. En tal medida, que no podía asegurar cuál de ellos era el cabecilla del grupo.

—Son gigantes, Ivy —Lynna parecía asustada—. Más de lo que esperaba. Podrían partírnos por la mitad con sus manos.

Ivalyn no pudo evitar reír ante aquella ocurrencia, olvidándose así, de su propio interés en descubrir quién de ellos era Erickson. Sabía que a su hermana le asustaban los nórdicos, pero no pudo evitar su reacción y se ganó una mirada furibunda de Lynna.

Regresó su atención a los cuatro hombres y tuvo que admitir que eran mucho más altos que cualquiera de los hombres que ambas conocían. Más corpulentos también. Viéndolos, podía entender que describiesen a los daneses como bestias sanguinarias. Si compartían origen, era una posibilidad factible que compartiesen constitución también. Por suerte para ellos, su sed de sangre no era algo que tuviesen en común.

—Lynna, no exageres —aún estando de acuerdo con ella, trató de restar importancia a sus palabras para no asustarla más. Se iba a casar con unos de ellos y no la beneficiaba temblar de miedo con solo verlo de lejos.

—No me mires así. Sabes tan bien como yo que es cierto.

Sin pretenderlo, al reír más alto, atrajo la mirada de aquellos a los que habían estado observando furtivamente. De repente, se toparon con la mirada del más rubio de todos ellos, el que había llegado en último lugar, sobre ellas mientras avanzaba hacia el interior del castillo.

Lynna tiró de su hermana para ocultarse de semejante escrutinio y se cubrió el rostro con las manos, enrojecido por la vergüenza. Ivalyn, en cambio, solo podía lamentar no haber visto bien sus ojos, ansiosa por saber si era el prometido de su hermana o no.

—Mira lo que has hecho con tu risa, Ivy —la acusó Lynna—. Ahora saben que los estábamos observando.

—Tampoco es el fin del mundo —la abrazó para darle consuelo—. Vamos, bajemos. Deberíamos estar recibiendo a los invitados con padre y no espiándolos.

Todavía reía cuando salió al patio del brazo de su hermana. La mayoría de los presentes se volvió hacia ellas. Ambas jóvenes eran idénticas. Al menos, a simple vista. Pero si las observabas con detenimiento, podías apreciar ciertas diferencias entre ellas que las hacían únicas. Lynna era un poco más alta y esbelta que su hermana gemela, que poseía unas curvas más acentuadas. El cabello castaño de Ivalyn, en cambio, no podía competir con el color caramelo de su hermana, pero su poca gracia se veía compensada con unos perspicaces ojos verdes claros, que brillaban cada vez que sonreía. Los de Lynna, eran más oscuros y recordaban a la húmeda pradera primaveral. A pesar de aquellas leves diferencias entre ellas, decían que ambas se parecían a su madre, aunque ninguna de las dos la recordaba. Había muerto cuando todavía eran muy pequeñas, al dar a luz a su tercer hijo: un varón que habría de heredar el condado, pero que tampoco sobrevivió a su madre.

Pero la verdadera diferencia entre ellas estaba en su carácter. Lynna era infantil y superficial en muchos aspectos. También era impulsiva y terca, aunque sabía ser encantadora cuando le interesaba. Ivalyn era curiosa, creativa, sensata y muy servicial. Tal vez demasiado, pues su hermana mayor, por dos minutos, solía aprovecharse de ella para que le hiciese las tareas que más le desagradaban, cuando eran pequeñas, aunque la alegría innata de Ivalyn y su positivismo le habían ayudado a eliminar, en los últimos años, algunas de esas costumbres. Sobre todo después de que su padre les prohibiese hacerse cargo de las tareas de la otra. Pero a pesar de sus diferencias, el pueblo las amaba por igual, pues ambas tenían un corazón gentil y un alma pura.

Se unieron a su padre, sin ser conscientes de toda la expectación que habían creado, para dar la bienvenida a los invitados, uno a uno, como venía siendo costumbre desde que tenían recuerdos. El conde usaba aquel acto, no solo para mostrar cierta deferencia hacia sus invitados, sino como un modo de hacer que se sintiesen cómodos y acogidos en su hogar. Era otra de las tantas estrategias que había usado a lo largo de su vida y que tantos beneficios le habían acarreado.

Ivalyn observó a su hermana mientras hablaba animadamente con Deniel, el hijo de lord Irwin. Había crecido con ellas y ambos jóvenes habían conectado desde el principio. El padre de Deniel poseía las tierras contiguas a las suyas, así que se pasaba gran parte del día en el castillo. En su infancia, había aprendido a apreciar su compañía, pero eso fue antes de descubrir que aquel interés que mostraba ni era tan genuino ni tan desinteresado como les había hecho creer. Deniel solo pretendía gobernar Sussex algún día y para ello, necesitaba a Lynna. Ahora le resultaba tan evidente, que verlo hablando con su hermana y coqueteando con ella, aún sabiendo que no tenía ninguna posibilidad, le enfermaba. Hacía tiempo que la relación entre ellos se había vuelto tensa e Ivalyn había intentado abrir los ojos a su hermana también, pero Lynna se negaba a creer que, quien consideraba su mejor amigo, fuese tan ruin como ella le decía. A falta de pruebas, no podía hacer nada más para alejarla de él.

—Buenos días, Deniel —lo saludó cuando le llegó el turno.

—Buenos días, Ivy. Tan hermosa como siempre —el tinte irónico en su voz restó sinceridad al halago—. Lástima lo de tu hermana. Me refiero a que se tenga que marchar lejos. Este lugar no será lo mismo sin ella, desde luego.

—Desde luego —murmuró con la mandíbula tensa.

—La echaré de menos.

—No me cabe la menor duda, Deniel —no abandonó su sonrisa, aunque lo que menos le apetecía era mostrar simpatía hacia él—. Pero no te apures, regresará algún día. Junto con su esposo.

Sintió el gesto enfurecido que le regaló al alejarse, como un pequeño triunfo y le ayudó a soportar de mejor talante el saludo a lord Irwin. Para él, las gemelas no merecían más que unas palabras de cortesía fingida, pues habían supuesto una piedra en su camino hacia el trono desde el momento en que nacieron. Porque ambos, padre e hijo, buscaban lo mismo, aunque Deniel hubiese sabido disimularlo mejor.

Se parecían mucho, tanto en carácter como en físico. Eran altos, si no se comparaban con los hombres del norte, y tenían el cabello oscuro. Los ojos de Balfour eran marrones, demasiado simplones para una mente tan retorcida como la que tenía. Había sabido aprovecharlo en su beneficio, al menos hasta que conocían su verdadera personalidad y sus ansias de poder. En cambio Deniel, tenía unos dulces ojos azules que le conferían a su rostro una inocencia que no tenía en absoluto. Eso la había desconcertado cuando descubrió cómo era realmente. Y aunque no quería creer que todo en su infancia juntos había sido falso, ya no podía confiar en él.

El siguiente en saludarla fue Mael, el hijo de lord Alden y otro vecino suyo, al que podía contar como amigo. Su hermana Annick y él se habían criado en el castillo también con ellas y ambos eran personas confiables y de buen corazón. Así como la sonrisa que regaló a Deniel había sido forzada, a Mael se la dedicó sin reservas.

—Hola, Spunky —le dijo él, imitándola. Así solía llamarla desde el día en que, siendo todavía niños, la había encontrado junto al río blandiendo, de forma tosca, una espada de madera que alguien había olvidado en el campo de entrenamiento. Se había reído de ella una semana entera, hasta que Ivalyn se vengó de él, con una exasperante insistencia para que le enseñase a usarla. Aquellas largas tardes los habían unido más todavía.

—Hola, Mael. Hacía mucho que no nos deleitabas con tu presencia.

—He estado bastante ocupado —se encogió de hombros—. Las cosas no andan precisamente calmadas últimamente.

Ivalyn sabía a qué se refería, pues su padre la mantenía informada a petición suya. Mael era cuatro años mayor que ella, pero ya formaba parte de la pequeña guardia de su padre desde hacía tres. Lord Alden era leal al conde y por tanto, su hijo también. Había estado vigilando a los lores desde que se anunció el compromiso de su hermana, algo que, sumado a los continuos intentos de los daneses de traspasar las fronteras de Wessex, los tenía bastante atareados.

Lo observó un momento y pudo ver que estaba cambiado. No en su aspecto, que seguía siendo el mismo de siempre, tan perfecto y bien cincelado. Sabía que las mujeres suspiraban por su moreno y atlético amigo, pero lo que notaba ahora, era un cambio más profundo, más permanente que un simple físico trabajado por la espada. Mael había madurado. Sus responsabilidades habían ido en aumento y con ello, su compromiso con la defensa de Sussex. Aún así, todavía brillaba en sus ojos azules aquella picardía que ella recordaba, la misma que lo hacía bromear con todos y reír a todas horas.

En eso, se parecían mucho. Tanto, que el año anterior, su padre les había propuesto unirse en matrimonio, creyendo que aceptarían. Sin embargo, su negativa fue directa, tajante y dicha al mismo tiempo por ambos, de modo que al conde no le cupo duda alguna de que ninguno de ellos deseaba aquella unión. Su amistad era mucho más importante para ellos que cualquier otra opción. Se consideraban más hermanos que amigos, en realidad, y pensar en un matrimonio entre ellos les

resultaba incómodo.

—Lo sé —todavía mantenían las manos unidas—. Me preocupa también.

—Pues no debería —le guiñó un ojo—. Hoy es un día para celebrar.

Después de besar sus manos a modo de despedida, dejó su lugar a su hermana, otra gran amiga de las gemelas. Tan leal y sincera como su familia.

—Annick —no pudo evitar abrazarla de la emoción—. Te he echado de menos.

Annick era más rubia que su hermano, aunque tenía sus mismos ojos azules. Sin embargo, Ivalyn veía tanta bondad e inocencia en ellos, que siempre temía hacer o decir algo que la rompiera. Desde pequeñas, había sentido la imperiosa necesidad de protegerla, a pesar de que tenían la misma edad. Sin llegar a comprender cómo había sucedido, se había hecho cargo de mantener a salvo a su hermana y a su amiga de malas influencias o, al menos, lo había intentado. Con Deniel había fracasado.

—Y yo a ti —se quejó su amiga—. Con Mael y padre tan ocupados, me han tenido cautiva en mi propio hogar. ¡Qué te parece!

—Que han hecho muy bien, aunque eso signifique no poder vernos —le sonrió.

—Al menos hoy podremos ponernos al día. Estoy deseando hablar con tu hermana con más calma. Estará tan emocionada.

Ivalyn solo acertó a sonreír. Jamás se le ocurriría describirla de aquel modo, sino más bien como aterrada, aunque nadie más lo diría porque se estaba comportando como la doncella a punto de comprometerse que se suponía que era. Tal vez toda aquella atención sobre ella hacía que ya no le pareciese tan terrible su situación.

O sí, pensó, en el mismo instante en que vio cómo Leif Erickson la saludaba. Lynna menguó considerablemente bajo su atenta mirada, si es que aquello era posible, y su rostro palideció, aunque no abandonó la sonrisa. Un punto a su favor, considerando lo asustada que se veía en ese momento. Ivalyn supuso que el hombre había notado el terror que le había causado, porque apenas le dirigió un par de palabras y se alejó de ella. Vio como su hermana suspiraba aliviada en cuanto se vio libre de él.

Y de repente, se encontró alzando los ojos más arriba de lo que jamás habían ido nunca para mirar a alguien a los ojos. Leif Erickson era tremendamente alto. Y nada tenía que ver con que ella fuese más bien baja, porque no conocía a nadie capaz de superar en altura al hombre.

Su cabello largo y tan rubio como recordaba, lucía despeinado por el viaje, pero no le disgustaba, pues le daba un aspecto más mundano. Su cuerpo era fuerte y musculoso, podía notarlo a través de su camisa de lino. Estuvo tentada de tocar su pecho para comprobar si era tan duro como parecía, pero frenó el impulso a tiempo, avergonzada de sus propios pensamientos.

Observó su rostro, entonces, tan perfectamente equilibrado. No se veía rudo, a pesar de que todo su aspecto hacía pensar en los bárbaros que intentaban hacerse con el control de la isla y de los que solo había escuchado habladurías. Y sus ojos, de un negro penetrante, podrían clamar peligro, pero en cambio, reflejaban calma y una fortaleza, que iba más allá de la fuerza bruta. Algo en lo que no había reparado seis años atrás, cuando los vio por primera y última vez. Era probable que aquel detalle le hubiese evitado tener pesadillas, por su causa, durante varias noches seguidas. Y ahora sabía, también, por qué su padre había decidido interceder por él ante el rey y por qué lo quería como yerno.

En general, le causó una buena impresión y no entendía por qué su hermana se había puesto tan pálida al hablar con él. No se lo veía más salvaje, ni menos civilizado de lo que podían serlo sus convecinos.

—Espero haber pasado la inspección —le sonrió.

Ivalyn se sonrojó al comprender que había estado observándolo con tanto descaro, que el hombre se había dado cuenta. Por un segundo apartó su mirada. Fue tan solo una pequeña vacilación, pero suficiente para que la sonrisa del vikingo se ampliase.

—Lo lamento. No pretendía ser tan desconsiderada.

—No tienes que disculparte, estoy acostumbrado a que la gente me estudie para decidir si soy o no de fiar debido a mi origen —se acercó ligeramente a ella— ¿Soy de fiar?

—Yo diría que sí —sonrió, tratando de tranquilizar a su alocado corazón—. Pero no soy de las que juzga por el aspecto exterior, aunque os lo haya parecido. Tendría que conoceros mejor para decidirme.

—Entonces tendré que esperar por la sentencia final.

—De todas formas, os pido disculpas de nuevo, por haber sido tan grosera con vos.

—Disculpas aceptadas. Pero no te tortures demasiado por ello —ya se retiraba, cuando regresó sobre sus pasos y se inclinó hacia ella—. No recuerdo haber escuchado tu nombre.

—Ivalyn —se apresuró a presentarse, avergonzada de nuevo por haber olvidado sus modales—. Ivalyn de Sussex.

—Un placer, Ivalyn de Sussex.

La joven sonrió sinceramente ante la educación del hombre. Si no supiese sobre su pasado, simplemente hablando con él, nadie sería capaz de creer que pudiese haber llegado a aquellas costas, dispuesto a saquear y asesinar, como lo hacían sus congéneres. Ella no podía, ni aunque lo intentase, verlo matando por el simple placer de hacerlo. Sí, defendiendo lo que era suyo.

Tuvo que admitir que su padre había sabido elegir a quién cedería el condado. Sería un gran aliado para el rey y para su propio padre. Y un buen gobernante también, llegado el momento.

Cuando se terminaron las presentaciones, se acercó a Lynna, solo para descubrir que seguía tan pálida como antes, y decidió que antes de la cena, tendría una pequeña charla con ella.

6

—Me sorprende que no echase a correr en cuanto le dio la mano —Arik tenía un pie sobre el banco bajo la ventana y apoyaba un codo en su rodilla mientras observaba a sus compañeros.

—No es la primera vez que alguien se asusta al ver al jefe, Arik. No deberías burlarte de la pobre muchacha —la sonrisa de Olin desmentía la seriedad de sus palabras.

—Pues no sé, Olin, se la veía muy pálida. No me extrañaría nada que se haya escondido en alguna parte, temblando de miedo.

Estallaron en carcajadas, algo que habían estado haciendo desde que la recepción terminó y acomodaron a Leif en aquella alcoba dentro del castillo. Ellos dormirían en el barracón, con los demás soldados, pero no les molestaba. Al igual que no les había preocupado el hecho de ser excluidos de las presentaciones formales. Presenciarlas resultó mucho más entretenido, sobre todo al ver el miedo que Leif le inspiraba a la que sería su esposa. Ahora se dedicaban a bromear sobre el asunto, para exasperación de su jefe. Sin duda, aquello era más divertido que tratar con los aburridos lores de Sussex.

El cuarto que le habían asignado era grande y espacioso, y con un enorme ventanal por el que entraba mucha luz. Recogida hacia un lado, estaba la gruesa cortina con la que se cubría durante la noche, para alejar el frío. Aunque pequeña, en comparación con el resto de la estancia, la chimenea calentaba el ambiente de forma agradable. Leif no había traído mucho equipaje, pues no pensaba permanecer tanto tiempo en el castillo, pero no por ello dejó de admirar el guardarropa, tan finamente tallado. Su vista se paseó por las paredes también, que estaban embellecidas con grandes telares bordados con maestría, que representaban escenas de la vida del castillo. Y el frío suelo de piedra, se hallaba cubierto de esterillas y alfombras tejidas en vivos colores, dando un toque acogedor a todo el conjunto. En comparación con su adusta y austera residencia en la isla, podía comprender por qué los llamaban bárbaros. Nunca habían necesitado tanto lujo a su alrededor y se preguntó que opinaría su prometida del que sería su nuevo hogar por un tiempo. Y si podría llegar a considerarlo como propio cuando descubriese que no se parecía en nada al lugar dónde había crecido.

—Dejadlo ya —pensar en el miedo que había inspirado a Lynna, lo ponía de mal humor y comenzó a pasearse por la habitación como un animal enjaulado.

Nunca le había importado que lo temiesen, pues le daba ventaja, pero que su prometida no se hubiese atrevido ni a mirarlo a los ojos para hablarle, lo había inquietado bastante. Después de todo, compartirían mucho más que unas palabras corteses tras su boda. Y aunque en su momento había dudado de la decisión del conde de enviarla a la isla con ellos después de formalizar el compromiso, ahora podía ver las ventajas. Al parecer, Godric ya había intuido el miedo que inspiraba en su hija y había creído conveniente que se fuesen familiarizando poco a poco.

Y si intentar borrar la expresión de pánico en su rostro le parecía una empresa casi imposible en aquel momento, pensar en que tendría que ayudarla también a adaptarse a un nuevo estilo de vida, lejos de las comodidades a las que estaba acostumbrada, solo lo frustraba más. Empezaba a creer que no debería haber aceptado aquel compromiso antes de conocer a la muchacha, pero ya era demasiado tarde para arrepentimientos. Había dado su palabra y cumpliría. No solo estaba en juego el ofender al conde y al rey, sino su propio honor. Y para él, nada era más importante.

—Vamos, muchachos, esto no tiene ninguna gracia. La muchacha se va a convertir en la esposa de Leif. Si es que consigue llegar al altar y pronunciar sus votos.

—¿Tú también, Olsen? —lo reprendió el aludido, mientras los otros dos reían.

Olsen era el mayor de todos y el más sensato. Aunque circunspecto se asemejaba más a lo que era en realidad. Parco en palabras y falto de espontaneidad, pocas veces lo había visto sonreír, menos aún reír. Quien lograra semejante hazaña, tendría su admiración por el resto de sus días. Y por ese motivo, tampoco era dado a las bromas. Aunque al parecer, aquella era una ocasión especial.

Sin embargo, tal y como había dicho su amigo, no era gracioso, sino preocupante. Porque no podía vivir con una mujer asustadiza, que lo rehuiría hasta en una conversación normal. Eso sin pensar en cuando tuviesen que compartir algo más íntimo.

—Venga ya, Leif —la ligera curvatura en sus labios amenazaba con ser una sonrisa en breve—. Admite que tiene su gracia. Poca, pero la tiene.

Pero él seguía sin vérsela.

—Siempre puedes cambiarla por la otra —Arik volvió a la carga, pues la mirada asesina de Leif no lo amedrentaba—. No parecía asustada.

—Cierto —Olin sonreía abiertamente, algo que lo diferenciaba de Olsen, su hermano—. Qué manera de mirarte. Incluso dejé de respirar hasta que te dio el visto bueno.

—Nadie notaría la diferencia —continuó Arik, refiriéndose al hecho de ser gemelas.

—Nadie salvo tú, claro —Olin rió más alto, acompañando a su amigo. Y sus carcajadas se escucharon más allá de los muros del castillo.

Nunca les había importado si los consideraban ruidosos cuando salían de la isla, pues les gustaba reír y bromear entre ellos. Era camaradería, algo que los mantenía unidos más allá de alianzas y promesas. Igual que la toma de decisiones. Aquello era cosa de todos, ya que como la gran familia que formaban, les afectaban a todos por igual. Y aunque no todos los jefes vikingos aceptaban esas condiciones, Leif siempre los había hecho partícipes de cada hecho importante. Ahora, gracias a ello, eran mucho más que un pueblo a las órdenes de un jefe. Eran iguales.

Por ese motivo habían discutido juntos, meses atrás, el aceptar o no la propuesta del conde de Sussex. A lo largo de aquellos años, habían demostrado no necesitar ninguna alianza para subsistir, pues eran lo suficientemente fuertes e independientes como para que alguien pensase siquiera en meterse con ellos. Ni los daneses, que tan atemorizados tenían al resto, se atrevían. Su promesa al rey, de proporcionarle una gran flota de barcos vikingos, había sido cumplida hacía ya dos años y su deuda había sido saldada.

Sin embargo, Leif ansiaba mucho más. No solo deseaba poseer la tierra que se le había dado en pago por la flota, sino también formar parte de ella. Deseaba no sentirse más un extranjero en el que ya consideraba su hogar, por muy apreciado que fuese. El trato del conde le estaba ofreciendo esa posibilidad, aún cuando sabía que aceptar les acarrearía más responsabilidades para con el rey de las que habían querido asumir seis años atrás. Si para obtener el reconocimiento del pueblo y sentirse uno más, debía implicarse en los problemas del rey con los daneses, lo haría con gusto. Sus compañeros lo sabían y por eso lo apoyarían hasta el final. Querían sentir que pertenecían a ese lugar también y que no eran más los hombres del norte, los vikingos amistosos.

Habían abandonado su tierra natal, huyendo de rencillas entre clanes, de incursiones y saqueos en lugares donde, en ocasiones, no tenían ni cómo defenderse, de traiciones e inquinas. Ninguno de ellos había deseado aquella vida y habían llegado en busca de paz. Durante seis años, habían logrado mantenerse al margen de la guerra que se libraba en la isla, pero eso había impedido su total integración en ella. Y por eso, cuando el conde les ofreció una alianza, no dudaron en aceptar, incluso si ello les obligaba a regresar a las armas. Y en esa ocasión lo harían para defender su tierra de los invasores. Por primera vez, iban a estar en el bando correcto.

—Ya que no pensáis hacer nada útil aquí —dijo Leif, cansado de pensar en lo que aquella decisión les acarrearía a él y a su gente—, vayamos a inspeccionar el exterior del castillo. Veamos qué clase de gente hemos decidido tener como aliados.

Él ya sabía la respuesta, no obstante. Conocía sus debilidades, ya que nunca se las había ocultado, pero conocía sus puntos fuertes también. El conde era un hombre muy prudente y juicioso, que había logrado mantener un reducto de paz en su hogar, a pesar de las circunstancias. Se había ganado su respeto por ello, y también por poseer una mente tan brillante como la suya. Tal vez no pudiese aportar una gran fuerza defensiva a la alianza, pero le entregaría aliados fuertes y preparados, a pesar de su reducido número. Y, sobre todo, leales hasta la muerte.

—Como sean como tu prometida, mejor nos hubiéramos quedado tal y como estábamos.

Olin y Arik todavía reían cuando todos salieron del castillo, rumbo a las caballerizas y el campo de entrenamiento. Los que se cruzaban en su camino, en especial las mujeres, los observaban con clara curiosidad. Se habían acostumbrado a llamar la atención allá donde fuesen, y no solo por su lugar de procedencia, que generaba más desconfianza que interés, sino por su

tamaño y la ferocidad que su aspecto desprendía. Los hombres solían mantenerse alerta en su presencia, al menos hasta que descubrían que no traían malas intenciones. Las mujeres sentían, en cambio, mucho más que curiosidad al mirarlos. Había deseo en sus ojos al admirar sus cuerpos, cincelados por la actividad física diaria, y sus rasgos exóticos, herencia de su procedencia nórdica.

Arik era el más joven, aunque aventajaba en altura a la mayoría de ellos. Sus penetrantes ojos azules, enmarcados con espesas y largas pestañas, hacían las delicias de las mujeres. Y no solo sabía el efecto que causaba, sino que se aprovechaba de ello. Era un conquistador y disfrutaba de las atenciones femeninas casi tanto como de una buena broma.

Olin y Olsen eran hermanos y no había que fijarse mucho para verlo, pues Olin era un calco de su hermano, con menos años encima. Ambos tenían los ojos claros y el cabello largo y rubio, aunque Olin mostraba una tonalidad más oscura. La espesa barba de Olsen contribuía a que su aspecto amenazante se intensificase, en contraposición al rostro de su hermano pequeño, tan desenfadado y atrayente.

Leif, sin embargo, emanaba integridad por todos los poros de su piel. Era tan guapo como sus compatriotas, pero la seguridad y tenacidad que veía en su mirada podían intimidar incluso a la más aventurera de las mujeres. Pocas se atrevían a acercársele, si él no las alentaba de algún modo primero.

En cambio, suspiraban cada vez que Arik les dedicaba, a todas ellas sin excepción, una de sus miradas sugerentes y llenas de promesas, que probablemente, no cumpliría más allá de un par de noches. Y aunque Olin no se quedaba atrás, el más joven siempre dejaba, al menos, a media docena de conquistas a su partida.

—Algún día te meterás en un lío, Arik—Olsen lo miraba con rictus serio en cada ocasión en que prodigaba sus atenciones a más de una mujer en el mismo lugar. Estaba convencido de que en aquella visita no sería tan diferente, aunque también sabía que su advertencia caería en saco roto.

Su máscara de impasibilidad le era inherente y rara vez la abandonaba. Olsen era un hombre inflexible y decidido, que no se amedrentaba con facilidad ni se permitía mostrar sus sentimientos abiertamente. Tal vez los años habían contribuido a ello, pero la experiencia, sin duda, había sido la más influyente en la forja de su carácter arisco.

—Si es con ella, no me importará en absoluto—sonrió a una joven de cabellos castaños que lo miraba embelesada y cuando le guiñó un ojo, la muchacha suspiró de manera audible.

—Los hay que no cambian, hermano—Olin palmeó la espalda de Olsen—. Arik es un caso perdido en cuanto a las mujeres se refiere.

—Es imposible que este cuerpo—se señaló mientras hablaba— sea para una sola mujer, Olsen. Sería egoísta no compartirlo con todas.

—Sería más sensato que no lo compartieses.

Después de recorrer, con admiración, parte del perímetro amurallado del castillo, llegaron al campo de entrenamiento, en la parte posterior del mismo. No había actividad alguna, pues se estaban preparando ya para el gran banquete, así que pudieron estudiarlo a su antojo. El lugar estaba dividido en secciones de tierra, donde habían dispuesto dianas para practicar con arco y unos pocos muñecos de cuero y paja contra los que blandir las espadas. Había también otra pista en un lateral, con varios objetivos colgantes, que seguramente usarían para cargar sobre ellos a caballo. Era bastante completo, aunque tan reducido, que ni la cuarta parte de sus hombres podría entrenar allí. No necesitaban ver a los soldados en acción para saber cuáles serían sus carencias. La más significativa, su limitado número.

—Me temo que es peor de lo que pensaba —murmuró Olsen.

—Está claro por qué el conde necesita una alianza fuerte. No sé ni cómo han podido conservar sus tierras tantos años —Olin estaba de acuerdo con su hermano.

—El conde es un buen estratega —Leif sintió la necesidad de justificarlo—. A lo largo de los años, ha conseguido mantener la paz con acuerdos y alianzas, sin necesidad de recurrir a las armas en ningún momento.

—Algo digno de admirar, sin duda —Olsen los miró a todos con calma—, pero me temo que los tiempos están cambiando y las promesas ya no bastan. Las lealtades fallan en aras del poder. Se avecinan batallas que el conde no podrá ganar solo con astucia e imagino que ahí es donde entramos nosotros.

—Para ganarlas por él —lo acusó Olin.

Era la antítesis de su hermano en cuanto a carácter. Varios años más joven, era impetuoso e impulsivo. Algo que tenía en común con Arik, por lo que siempre se estaban metiendo en líos. Aunque la cordura de Olin, tal vez debida a su hermano, evitaba siempre que sus enredos llegasen demasiado lejos.

—No —insistió Leif—. Para ganar con él. Me ha ofrecido un matrimonio con su primogénita para que nos involucremos legítimamente. Y como ya he dicho, es un gran estratega. Sabía que el oro o las tierras no nos habrían tentado porque no necesitamos más de lo que ya tenemos. En cambio, nos ha ofrecido lo único que no rechazaríamos: la pertenencia por derecho a este lugar.

—Lástima que su hija no lo vea de igual modo —rió Arik por lo bajo para retomar las burlas.

El joven vikingo era el más jovial y despreocupado de todos ellos y sin embargo, jamás desatendía sus obligaciones. Disfrutaba de las bromas y solía explotar la misma hasta que encontraba otra mejor.

—Basta, Arik —Leif lo reprendió por enésima vez, a sabiendas de que no serviría de nada—. Regresemos al castillo. Tenemos una cena a la que asistir.

—Olin, ¿qué te apuestas a que la muchacha ni aparece? —Arik no pudo resistirse a lanzar una última pulla, sin importarle la advertencia en la voz de su jefe.

Las carcajadas se elevaron por el aire de nuevo.

7

—Se están riendo de mí, Ivy. Lo sé. ¿No los oyes?

Aquellas últimas risas, tan cerca del castillo, habían llegado al cuarto de Lynna a través de la ventana. Era la alcoba más amplia del castillo y la mejor situada, pues permitía tener una visual de gran parte de los exteriores sin necesidad de salir de ella. Había pertenecido a su padre, como heredero al trono, y ahora era suya por la misma condición.

La enorme cama con dosel se encontraba en el medio, pegada a una pared decorada con los colores de su padre. El gran armario, cerca de la ventana, estaba también junto a la puerta que daba a un pequeño baño privado. Suponía un lujo contar con uno, pero cuando se lo había pedido a su padre después de oír hablar a un viajero que pernoctó en el castillo sobre él, este había sido incapaz de negárselo.

El tocador, junto a la puerta de entrada, tenía un enorme espejo en el que Lynna veía el reflejo de su hermana, a la que miraba con cara de preocupación. La vergüenza coloreaba de rojo sus mejillas también.

—Lo dudo —Ivalyn le sonrió con infinito cariño.

Había acudido a verla en cuanto hubo terminado de organizar la cena e impartir las órdenes necesarias para que todo fuese perfecto aquella noche. Y aunque su hermana era la primogénita y, por ende, debería ser la encargada de semejantes tareas, Ivalyn había asumido tiempo atrás aquella responsabilidad porque necesitaba sentirse útil y tener la mente ocupada en todo momento.

Sabía que Lynna estaba nerviosa por la cena, o más bien, por lo que vendría después de ella. Desde el final de la recepción, no había vuelto a salir de su alcoba y eso la preocupaba. Si decidía encerrarse de ese modo cuando estuviesen en las tierras de su prometido, les resultaría imposible conocerse y su hermana jamás perdería el miedo que ya había demostrado tenerle.

—Relájate, Lynna —continuó al escucharla bufar—. No tienes que estar asustada de...

—Asustada no, Ivy. Estoy aterrada —la interrumpió—. ¿No has visto lo grande que es? Podría aplastarme sin pestañear. ¡Oh, Dios! En nuestra noche de bodas me partirá en dos. Ahora sí estoy segura de ello.

Ivalyn dejó de recoger su cabello un instante, para observarla a través del espejo. No sabía si reír por su ocurrencia o temer que lo estuviese pensando de verdad. Si era lo último, tenía mucho trabajo por delante para desechar cada una de las renuencias de su hermana por aquel matrimonio. En ocasiones como aquella, se sentía mucho más mayor, a pesar de ser gemelas.

—Lynna, por favor, no exageres. Vale, tienes razón en que es muy alto y fuerte —admitió, al ver su gesto de incredulidad—, pero no creo que sea un bruto. A mí no me lo pareció. Además, es muy guapo. No puedes negarlo.

—Oh, qué bien —pintó de ironía sus palabras—. Me aplastará un hombre guapo. ¡Qué alivio!

Ivalyn rió esta vez, sin poder evitarlo. Su dramatismo la divertía, aún cuando sabía que estaba sufriendo de verdad por esas ideas locas que se le estaban pasando por la cabeza. Se mordió el labio para extinguir su risa y trató de apaciguarla nuevamente, aunque podía ver reproche en su

mirada todavía, por lo que había considerado una ofensa.

—He hablado con él y no creo que le interese aplastar a nadie —aunque no lo pretendía, sonó a burla.

—¿Y eso lo has decidido después intercambiar unas cuantas frases con él o es tu naturaleza optimista quien habla por ti?

—No suelo equivocarme al juzgar a la gente —le reprochó que lo tomase como una nueva ofensa—. Y lo sabes perfectamente.

—Pues que sepas que eso no me sirve de consuelo, Ivy —miró su reflejo en el espejo y luego suspiró—. Se supone que hoy debería ser la noche más especial para mí, pero no creo que vaya a poder disfrutarla.

—¡Pero qué voy a hacer contigo, hermana! —la abrazó con fuerza—. Si tan solo pudieses ver a la gente con mis ojos...

Permanecieron abrazadas, reconfortándose en silencio, pues a pesar de bromear sobre sus miedos infundados, Ivalyn sufría por Lynna. Se había convertido, sin planearlo, en una especie de madre para ella. Era su conciencia, su límite en sus emociones extremas y su apoyo en sus momentos bajos. Con gusto se habría cambiado por ella, solo por no verla padecer de ese modo por un matrimonio que creía que la haría infeliz.

—Trata de no pensar en ello —le dijo finalmente—. Disfruta de la cena y baila un poco. Si hoy no quieres hablar con tu prometido, no lo hagas más allá de lo necesario para no resultar descortés con él. Todavía hay tiempo para conoceros antes de la boda, no tienes por qué agobiarte el primer día. Además, sabes que voy a estar contigo hasta que llegue el momento decisivo. Te ayudaré.

—No sé qué haría sin ti, Ivy.

—Te las arreglarías —continuó recogiendo su cabello.

—Estoy temblando.

—Durante la cena, tómate un par de copas de vino —le guiñó un ojo—. Eso te calmará.

—No bromeo, Ivy.

—Yo tampoco —consiguió arrancarle una sonrisa y se sintió mejor. Quizá no estuviese todo perdido. Sabía que su hermana no descartaría sus prejuicios por su futuro esposo aquella noche, pero estaba convencida de que podría lograrlo antes de la boda, con su ayuda.

Cuando terminó de peinarla, la observó en el espejo y le sonrió. Estaba preciosa con aquel recogido que enmarcaba su rostro y la túnica que había elegido hacía resaltar sus oscuros ojos verdes.

—Deja el ceño fruncido en tu alcoba —añadió— y serás la envidia de las demás mujeres esta noche, hermana.

—Tendré que tomarme ese par de copas para lograrlo —Ivalyn rió y su hermana se le unió, al fin.

Rota la tensión, salieron de la habitación, rumbo al gran salón. A buen seguro, su padre estaría esperándolas para dar comienzo a la velada. Siempre era el primero en llegar y el último en irse, para asegurarse de que todo estaba como debía. Bajaron las escaleras enganchadas por sus brazos y charlando animadamente. Ivalyn pretendía mantener ocupada a su hermana, para que alcanzar su lugar en la mesa no se convirtiese en un tira y afloja entre ellas en cuanto se encontrasen con su prometido. La conocía y sabía que era una posibilidad bastante factible.

Sus ojos se desviaron hacia el nórdico nada más franquear la puerta, pero por suerte, Lynna estaba centrada en responder a su pregunta y ni siquiera lo vio. Un intenso sonrojo cubrió sus

mejillas cuando sus miradas se conectaron y le sonrió con timidez, antes de centrar su atención en lo que su hermana le estaba diciendo. Achacó su reacción al descaro con que lo había observado durante la bienvenida. Todavía se sentía avergonzada por eso.

Cuando su padre las vio, les sonrió con infinito amor. Y, como cada vez que eso sucedía, Ivalyn se sintió afortunada por tener un padre tan afectuoso como él. Se acercaron y se colocaron en sus respectivos lugares, después de besar su mejilla a modo de saludo. A su padre nunca le habían molestado esas muestras de cariño y se las ofrecían con gusto cada vez que tenían ocasión.

Godric golpeó la copa varias veces para que los invitados guardasen silencio. Una vez que obtuvo su atención, comenzó a hablar.

—Antes que nada, muchas gracias a todos por estar aquí en un día tan importante para nuestra familia y por querer celebrarlo con nosotros. Es todo un honor para mí, anunciar el compromiso de mi primogénita con Leif Erickson, a quien muchos conocéis ya por haber...

Continuó el discurso, pero Ivalyn dejó de escucharlo tras las primeras palabras porque ya las conocía. Le había ayudado con eso. En cambio, lo observó mientras hablaba. Su padre siempre había sido un hombre fuerte, con un porte regio, a pesar de no ser tan alto como la media. Su cabello había perdido el brillo de antaño, dejando paso a blancas y espesas canas. No lo veía tan mayor, tal vez por el amor que le tenía y su miedo a perderlo, pero decían que estaba viejo y aún así, irradiaba vitalidad. Su espíritu combativo y su deseo de paz por encima de todo, lo habían mantenido alerta y en forma. Todo cuanto había logrado, se lo había otorgado su inteligencia y no a la fuerza bruta que desgastaba y consumía la energía de quien la usaba. Tal vez debido a eso, estaba sobreviviendo a todos sus coetáneos.

Ivalyn lo admiraba por no ser uno más entre todos esos hombres que preferían la violencia para solucionar los conflictos. En ocasiones, no había otro camino que la guerra, pero se sentía orgullosa de que su padre siempre agotase las demás vías, antes de lanzarse de cabeza a la batalla.

—Y sin más dilación, que empiece el banquete —dijo, alzando su copa en un brindis por los futuros novios.

Un rugir de voces se alzó con fuerza, en el salón y ya no cesó en lo que duró la cena. Había demasiada gente en un lugar donde todos querían hacerse oír, sobre todo, cuando llevaban unas copas de más en su haber. Pero a pesar del alboroto, Ivalyn disfrutaba de aquellas veladas, aunque para ella supusiesen un trabajo extra.

Su hermana se sentó a la derecha de su padre, tal y como dictaba el protocolo por ser la primogénita. Ella cedió su lugar a la izquierda, al invitado de honor; en esta ocasión, el prometido de Lynna. Sabía que eso supondría un descanso para su hermana, pues hablar con él, por encima de su padre, sería incómodo para ellos. Claro que este parecía encantado de poder compartir unos momentos con su padre. Nunca había tenido ocasión de verlos juntos, más allá de aquella primera vez en que los vikingos se presentaron en su hogar con una petición de ayuda y ahora estaba comprobando que mantenían una agradable complicidad y un entendimiento que solo resaltaba lo que tenían en común: su deseo de paz por encima de todo. Leif encajaría bien en su familia, si su hermana le daba la oportunidad de demostrárselo.

Le hubiese gustado participar en la conversación, pero prefería pasar desapercibida en aquella ocasión. Después de su descarada inspección cuando se conocieron y de su inoportuno sonrojo al verlo de nuevo en el salón, creyó más prudente mantenerse al margen. Se había puesto en ridículo suficientes veces en un día ante él.

—Tu padre me ha dicho que el banquete es obra tuya, Ivalyn. Mis más sinceras felicitaciones.

Está todo delicioso —se sobresaltó al oír su voz, pues no esperaba que le prestase atención. Se suponía que debía estar pendiente de su hermana y de su padre.

—Gracias —le respondió, después de aclarar la garganta. Su corazón se había acelerado también y no lograba calmarlo—, pero el mérito no es mío, sino de los cocineros.

—Dudo que los cocineros hayan organizado todo esto —señaló el salón—. No te quites mérito.

—Simplemente he dado las órdenes oportunas —no se sentía cómoda con los halagos y mucho menos por cumplir con su deber. Lynna era la que más los disfrutaba y sabía cómo aceptarlos sin sonar presuntuosa por ello—. El mérito es de quien hace el trabajo, no de quien lo exige.

—Está bien —sonrió—. Veo que no te gustan los cumplidos.

—No aquellos que no merezco —se encogió de hombros.

Leif sonrió de nuevo. Le agradaba aquella muchacha, sincera y directa. Sabía que no debía ser tan informal en su trato con ella hasta que se lo pidiese explícitamente, pero deseaba aquella confianza. Desde que lo había estudiado con un descaro poco disimulado al conocerse, decidió que le gustaba su carácter abierto y desinhibido y que no podía sino tratarla de tú a tú, como a una más de los suyos, por muy incorrecto que le pareciese al resto del mundo aquella familiaridad. Ahora estaba descubriendo que se sentía muy a gusto hablando con ella también. No como con su hermana, su prometida, con la que apenas había sido capaz de intercambiar más de dos palabras sin que a la muchacha le temblase la voz. Se había puesto pálida al verlo y ni una sola vez lo había mirado a los ojos. Y sin embargo, no parecía tener reparos en mantener una animada conversación con el hombre junto a ella, con el que mostraba demasiada complicidad.

—Tu hermana parece encontrarse mejor —no estaba dispuesto a admitir que le molestaba que coqueteara con otros. No porque sintiese celos, pues no se conocían todavía y era imposible que tuviese sentimientos de semejante calibre hacia ella, sino porque iba a ser su esposa y le debía cierta lealtad. O al menos respeto. El mismo que él también le dispensaría.

—Sí, bueno, a veces exagera un poco sus reacciones —obviamente, la defendería y Leif no esperaba otra cosa. Ivalyn era una mujer con una marcada lealtad hacia los suyos. Otro rasgo más a destacar—. Tened en cuenta que se ha enterado mucho después que vos del matrimonio, así que todavía no ha tenido tiempo de asimilarlo. Y en el fondo, todas las mujeres soñamos con casarnos por amor, aunque sepamos desde pequeñas que no será posible.

—Ahora mismo no parece muy afectada por eso —ambos miraron en su dirección para observarla.

—Deniel siempre ha sabido entretenerla bien —notó cierta amargura en el tono de su voz, pero no supo interpretar el motivo—. Somos amigos desde pequeños y nos conocemos bastante ya.

—Deniel —sonó a pregunta, pues no recordaba quién era, aunque creía haber escuchado aquel nombre en alguna ocasión.

—El hijo de lord Irwin —mientras lo nombraba, señaló disimuladamente al hombre alto y con incipiente calvicie que estaba hablando a voces, como si tuviese derecho a ser más escuchado que el resto.

Leif lo estudió detenidamente por un momento y llegó a la conclusión de que era un hombre simplón y fanfarrón que se daba de importante. No había tenido el gusto, o disgusto, de conocerlo todavía, aunque había oído historias sobre él que le decían que su aspecto no iba a la par de sus ambiciones.

—No lo subestiméis —le dijo ella, adivinando sus pensamientos.

—¿No debería? —la miró con interés.

—En realidad, estas cosas debería decíroselas mi padre —un ligero rubor cubrió sus mejillas, mientras se recostaba en el respaldo de su silla.

—En la mayoría de las ocasiones, las mujeres tenéis una opinión más acertada —la invitó a continuar.

Ciertamente, el conde había hablado con él de la situación actual con los lores cuando habían tratado los términos de la alianza, pero sentía curiosidad por saber lo que opinaba ella del asunto. Desde su llegada al castillo, había oído numerosos rumores acerca de Ivalyn y deseaba saber qué tenían de ciertos.

—Mi padre siempre dice eso —le sonrió, mientras se sentaba de nuevo erguida y orgullosa en la silla—. Está bien. Lord Irwin es un hombre de lealtad cambiante. Siempre irá con el que le haga ganar más. Y aunque parece poca cosa a simple vista, en realidad es un gran estratega como mi padre, solo que falto de los escrúpulos que mi padre sí tiene. Desde que tengo uso de razón, no recuerdo un solo día que no haya deseado ocupar el lugar de mi padre. Además, no le importa usar los métodos más viles para alcanzar sus fines. Sé que ha intentado congraciarse con el rey para que, llegado el momento, le ofreciese el condado a él, ya fuese por matrimonio con mi hermana, cosa que ya no puede ser, o por renuncia de mi padre. Obligada, por supuesto. Por suerte, no ha tenido mucho éxito por el momento, porque el rey sabe que mi padre gana batallas sin llegar a las armas y eso lo convierte en un excelente aliado. Lord Irwin jamás se enfrentará directamente a mi padre sin el favor del rey, pero la amenaza que suponen los daneses para el reino podría cambiar las tornas y proporcionarle lo que tanto ansía. Si mi padre no puede ofrecer un ejército al rey que le ayude a ganar, tal vez pierda su ventaja frente a lord Irwin. El rey es justo, pero ambicioso y no dudará en beneficiar a quien lo apoye del modo en que él quiere que lo hagan.

A Leif le gustó la forma tan natural en que trató la cuestión de sus compatriotas. La mayoría intentaba evitar ese tema cuando hablaban con él, como si esperasen que los defendiera. Pero a él jamás le habían gustado sus prácticas crueles e inhumanas ni sus ansias de obtener por la fuerza, lo que podían lograr con diálogo y entendimiento.

—Vuestro compromiso con mi hermana conseguirá apaciguar al rey y le asegurará a mi padre la continuidad como conde de estas tierras, pero me temo que os habéis granjeado nuevos enemigos entre los lores de la zona. Al menos de aquellos que pretendían el puesto que ostentáis vos ahora. Están tan furiosos con mi padre porque entregará las tierras a un extranjero, que ni han venido a la cena hoy, a modo de protesta. Lo que no comprenden es que ya no sois ningún extranjero. Ni aunque no desposaseis a mi hermana. Los años que lleváis viviendo aquí y lo que habéis hecho por el rey, os convierte por derecho propio, en uno de los nuestros. Por desgracia, hay gente tan obtusa que no ve más allá de sus narices ni de sus propios intereses. Empezarán una disputa que solo fraccionará las fuerzas del rey contra los daneses. Al menos hasta que el matrimonio ya sea un hecho consumado y no haya duda sobre quien gobernará estas tierras. O eso quiero creer.

Leif estaba tan fascinado con el modo en que hablaba Ivalyn, con tal pasión que hasta le brillaban los ojos, que no la habría interrumpido ni aún queriendo hacerlo.

—Pero a mi modo de ver, el problema real al que se enfrenta mi padre, no son ellos, sino lord Irwin —continuó hablando—. Es muy astuto y no mostrará sus cartas antes de tiempo. Estoy segura de que está detrás de las revueltas, manejándolos e incitándolos desde las sombras, para no perder los privilegios que ahora tiene y que necesitará en un futuro para intentar derrocar a mi padre, si llegase a cometer algún error. Mi padre conoce su avaricia y su egoísmo, pero lo

subestima. Cree que si lo mantiene cerca, podrá controlarlo y eso es totalmente falso.

—Algo me dice que no permitirás que tu padre se descuide con él —no pretendía que sonase como una pregunta, pero tampoco le sorprendió que ella respondiese igualmente.

—Ojalá pudiese hacerle ver que debe intensificar la vigilancia sobre él y no sobre los demás lores. Si no lo hace, se llevará una sorpresa con él, y no precisamente agradable. Es el más peligroso, porque no conoce límites. Tiene mil caras y venir a la cena, a pesar de que todo el mundo sabe de su oposición a vuestro matrimonio, es una muestra más de su astucia. Estoy segura de que no trama nada bueno. No me fio de él.

—¿Y su hijo?

—Deniel es igual de ambicioso que su padre —su mirada se ensombreció y la curiosidad de Leif por la relación que existía entre ellos aumentó—, aunque creo que solo es un títere en sus manos. Siempre ha estado más pendiente de mi hermana que de cualquier otro en el grupo que formábamos. Pensaba que era porque tenían mucho en común, pero con el tiempo descubrí que lo hacía por ser la primogénita. El interés que mostró jamás fue genuino, sino impulsado por su padre, en vistas a una futura unión entre ellos que pondría Sussex en sus manos.

—Un plan ambicioso —con cada palabra pronunciada, Leif se sentía más fascinado por ella.

—Sí, pero Deniel no me preocupa tanto como su padre. Esta noche se ve más desesperado porque se le está escapando de entre los dedos la oportunidad de ser conde algún día, pero no hará nada al respecto.

—Pues yo diría que lo está intentando todo —Leif los observó de nuevo y comprobó que seguían hablando animadamente, absortos el uno en el otro. Ahora que Ivalyn le había abierto los ojos, le gustaba menos aún que estuviese tan cerca de su prometida.

—No son más que palabras —le restó importancia—. Además, esta noche será la última vez que la vea antes de la boda. No podrá hacer mucho más que soñar con lo que está a punto de perder.

—Entonces, a quien hay que vigilar es a su padre, según tú.

—Yo lo haría —se encogió de hombros—. Pero no soy el conde.

—Bien podrías serlo.

En ese instante, una muchacha menuda se acercó y susurró en el oído de Ivalyn, sin dejar de observarlo a él, con un interés poco disimulado. Después de eso, la joven hija del conde se disculpó y se marchó con ella. Había estado tan entretenido escuchándola, que no se dio cuenta que el banquete ya casi había finalizado. En su tierra natal, las mujeres también participaban de la política y tenían voz y voto propios, a veces con más fuerza que algunos hombres, pero Ivalyn era la primera mujer ajena a su pueblo que conocía, desde su llegada, capaz de tratar temas de gran importancia con tal sensatez y realismo.

—Veo que habéis tenido una profunda conversación con mi hija —Godric lo miraba con una amplia sonrisa; el orgullo se reflejaba en sus ojos—. Es una lástima que no sea muchacho. Sería un gran conde.

—Eso me ha parecido.

Ivalyn regresó poco después y se acercó a Lynna. Al inclinarse sobre ella, su ondulado cabello, que había dejado suelto aquella noche, cayó en una suave cascada castaña por su costado. Leif vio cómo más de un hombre la observaba, admirado. No solo tenía la evidente belleza de su hermana, sino unas cualidades personales que la hacían irresistible a ojos de todos.

—Lynna, ¿tocarías el arpa si te lo pido?

—¿Qué? ¿Por qué?

—El bardo que contratamos no se encuentra en condiciones de actuar en este momento —dijo con fastidio—. El muy cretino se ha pasado con el vino. Y los músicos se están preparando todavía. Solo serán un par de canciones, por favor.

—No creo que pueda, Ivy —dijo, nerviosa—. Hay demasiada gente.

—Yo sé que puedes —la animó—. Por favor, Lyn.

—Me prometiste que no tendría que tocar —la desesperación tiñó sus palabras. Amaba tocar el arpa, pero solo para la familia o un reducido grupo de amigos.

—Lo sé y lo siento. No te lo pediría si no fuese importante —se lo pensó, antes de añadir—. Imagina que es como un obsequio de tu parte para tu prometido. A todos les encantaría escucharte.

—Ojalá pudieses cantar conmigo —se lamentó, pues sabía que no podía pedirselo. Habría supuesto un alivio para ella que compartiesen aquel momento.

—Sabes que lo habría hecho encantada si pudiese, Lynna —se disculpó—. Añoro cantar contigo.

—Y yo contigo —suspiró, resignada a hacerlo sola.

Desde que su padre le había dicho, dos días antes, que aquella noche anunciarían su compromiso con el vikingo de sus pesadillas, le parecía que todo iba de mal en peor. Sentía que le habían puesto una soga al cuello y se empeñaban en tirar de ella hasta asfixiarla. Aún así, se dejó guiar por su hermana hasta el arpa, que siempre adornaba un rincón del salón; estratégicamente situado, para que al usarlo, los presentes pudiesen observarla sin problema. Lynna se sentó frente a él y acarició sus cuerdas con cuidado de no sacar ninguna nota todavía. Estaba tan nerviosa, que temía errar en alguna nota y quedar en ridículo delante de su prometido y de todos los demás. Sería tan vergonzoso.

—Tú puedes —le susurró su hermana, antes de dejarla sola.

Inspiró profundamente para serenar su loco corazón y cerró los ojos. Cuando sus manos dejaron de temblar, los abrió y comenzó a tocar. El salón se vio envuelto en una dulce melodía que fluía como un torrente invisible entre los invitados. Cada sonido, cada nota, los transportaba a un lejano lugar, a través de antiguas historias tocadas con verdadera pasión. Porque Lynna adoraba el arpa y siempre ponía el corazón y el alma en ello.

Aunque no cantaba, porque era Ivalyn la que había sido bendecida con una dulce e hipnótica voz, todos los presentes conocían la canción que había elegido y recordaban su letra también. Nadie parecía dispuesto a decir nada, pero estaban pendientes de la reacción del conde ante tan desacertada elección, pues narraba la historia del amor malogrado por las maquinaciones de un rey déspota y despiadado, de una pareja de amantes.

Ivalyn comprendió que su hermana intentaba hacerle saber a su padre lo disgustada que estaba por obligarla a desposarse con un hombre al que temía, en contra de su voluntad, pero le horrorizaba el modo y el momento que había elegido para hacerlo. Con tantos testigos de su muda protesta, no podría salir nada bueno de allí. Contuvo el aliento y observó a su padre, temerosa de lo que pudiese estar pensando en ese momento. Jamás lo había visto tan furioso, al menos no con ellas. Lynna se arrepentiría de aquella insensatez, en cuanto terminase de tocar y descubriese el enfado de su padre.

Cuando terminó, el salón entero permaneció en el más absoluto de los silencios. Deniel fue el primero en comenzar a aplaudir y, poco a poco, los demás lo acompañaron. *Como no*, pensó Ivalyn con rabia. Aunque no lo hubiese hecho por él, no desperdiciaría la ocasión de unirse, a su modo, a la protesta.

Lynna vio cómo Ivalyn la instaba a seguir, pero había cometido el error de mirar hacia su

padre y el enfado en sus ojos la había puesto todavía más nerviosa. Consciente de que había errado con la canción, apenas rozó el arpa con sus dedos, estos se le enredaron en las cuerdas y un horrendo sonido salió de ellas.

—Lo siento —susurró la disculpa antes de intentarlo de nuevo y fracasar otra vez. Ahora se arrepentía de su arrebato, pero ya era tarde.

Ivalyn sabía lo que estaba pasando por la mente de su hermana en ese momento. Tenía un gran corazón, pero su impulsividad le impedía, en ocasiones, valorar las consecuencias de sus actos antes de hacer algo. Se sentía mal y había querido expresarlo a través de la música, pero no había sabido elegir el momento para hacerlo. Si consiguiese, al menos, tocar de nuevo, podría diluir la tensión que ella misma había creado.

La miró esperanzada, y le sonrió, intentando transmitirle su ánimo. Sin embargo, cuando falló por tercera vez y vio las lágrimas de impotencia en sus ojos, supo que no podía permitir que todos la viesen derrotada. Y aunque no quería hacerlo, su corazón le ganó la batalla a su mente y comenzó a cantar.

Su voz era un don, pero también una maldición. Al menos así lo sentía, cada vez que sufría las consecuencias por cantar. Por eso había decidió no volver a hacerlo. Sin embargo, ver sufrir a su hermana le parecía un buen motivo para romper su juramento por una noche. Su sonrisa de alivio y de gratitud le bastó para saber que había hecho lo correcto, a pesar de todo.

Antes de que Ivalyn decidiese abandonar el canto, solían pasar largas horas inventando sus propias canciones. Lo habían empezado cuando eran niñas, como un juego, pero al hacerlo, se sentían más unidas que nunca. Eran dos mitades que se fundían y se completaban. Tal y como estaba sucediendo en aquel momento.

Me siento tan pequeña

En la inmensidad de un mundo sin ti.

Somos mitades de una misma pieza,

Rotas por una distancia obligada.

Te extrañaré cuando te hayas ido

Y mi corazón llorará por ti.

Tu ausencia dejará un gran vacío

Que partirá en dos mi alma.

Si sientes que no puedes hacerlo,

Cierra tus ojos y piensa en mí.

Borra de tu mente el miedo

Y recuerda que tu gemela te ama.

Sabré que estarás bien donde vayas,

Si al marchar, una sonrisa me regalas.

Al terminar, las muchachas se abrazaron, llorando, y los vítores no se hicieron esperar. El reproche oculto en la primera actuación se olvidó por lo emotivo de la segunda. Y los nervios de Lynna se disiparon un poco al comprender que, ni el tiempo ni la distancia, podrían separarla de su hermana y que siempre podría contar con ella.

—Gracias, Ivy —le susurró al oído—. Te quiero mucho.

—Y yo a ti, Lyn. Eso no va a cambiar por más lejos que te vayas.

Y entonces se desmayó.

8

Se despertó con un intenso dolor de cabeza que nada tenía que ver con que su hermana no hubiese podido frenar a tiempo su caída, sino con la parte de su don que odiaba y que lo convertía en una maldición. Podía soportar cualquier cosa, por más dura que resultase, pero lo que venía después de cantar era demasiado, incluso para ella. La razón por la que se negaba a cantar, a pesar de lo mucho que le gustaba hacerlo.

—¿Estás bien? —su hermana le sostenía la cabeza en su regazo, cargada de preocupación su mirada.

—Sí —acertó a decir, mientras intentaba incorporarse, sin lograrlo.

—No debiste hacerlo —se lamentó Lynna—. Esto es culpa mía.

—No —acarició su mejilla—. No te culpes.

—Es la verdad —insistió—. Por si no hubiese hecho suficiente daño con la elección de la primera canción, ahora tú...

Godric llegó hasta ellas antes de que pudiese continuar. Cuando ayudó a Ivalyn, sus ojos la interrogaron en busca de una confirmación de lo que había sucedido mientras permanecía inconsciente. El recuerdo de la visión la abrumó y frunció el ceño, negando, al intentar comprender el mensaje oculto. Estaba pálida cuando susurró al oído de su padre.

—El rey huía hacia los pantanos. Y pronto, me temo.

Creía haber hablado lo suficientemente bajo para que solo él la oyese, pero también Leif lo había hecho y lo supo en cuanto sus miradas se cruzaron. Apartó la suya e intentó disimular su consternación con una encantadora sonrisa, que regaló a todos mientras hablaba en voz alta.

—Estoy bien, solo ha sido la emoción del momento. No todos los días se promete mi única hermana. Disculpad mi debilidad.

Leif continuaba mirándola fijamente, mientras instaba a todos a que continuasen bebiendo y disfrutando de la velada. La música comenzó a sonar a una señal suya, para desviar la atención de su persona y así poder desaparecer discretamente, pero él la siguió con la mirada hasta perderla de vista tras una puerta. No podía quitarse de la cabeza sus últimas palabras. *Disculpad mi debilidad. Y un cuerno*, pensó. Ivalyn de Sussex era cualquier cosa menos débil.

Lynna pidió perdón a su padre en cuanto se quedaron a solas y decidió que la velada se había terminado para ella. Se sentía avergonzada por haber provocado el desmayo de su hermana y por haber dejado en evidencia a su familia con su insensatez, no quería añadir más errores a una noche que no parecía querer mejorar. En un acto de valentía, se acercó a su prometido y se despidió de él, deseándole una agradable velada. En cambio, a Deniel, después de lo sucedido, tan solo le dirigió una disimulada mirada cómplice antes de abandonar el salón.

Cuando el ambiente se relajó un poco, Ivalyn reapareció sin que nadie se percatase de ello y se unió a la celebración. O al menos eso creyó, porque no sintió la mirada que alguien puso sobre ella desde el mismo momento en que entró de nuevo.

—Una noche interesante —Olsen bebía con sus compatriotas, a un lado del gran salón,

observando cómo algunos bailaban al son de la música.

—Una mujer interesante —sugirió Arik.

—¿Cuál de ellas, Arik? —inquirió Olin, sabiendo a quién se refería.

—Supongo que las dos —le sonrió, divertido.

Leif no había vuelto a hablar desde la actuación de Lynna. El intento de vengarse de su padre con su música, por obligarla a casarse con él, no le había molestado. Una canción no cambiaría su compromiso, aunque le habría gustado averiguar si detrás de aquel enfado había algo más escondido. Sobre todo, después de lo que Ivalyn le había dicho sobre Deniel Irwin. Ella le había restado importancia a lo que él había visto, alegando que se conocían desde pequeños y que no haría nada para impedir aquel matrimonio, pero si estaba tan segura de que debían cuidarse del padre, por qué no hacerlo del hijo también. Al menos él, no pensaba subestimar a ninguno de ellos. Alguien que se valía de los deseos de su padre para enmascarar, posiblemente, los suyos propios, debía ser considerado igual de peligroso que su progenitor.

Pero en ese momento, no estaba pensando precisamente en Lynna o en Deniel, sino en las palabras que Ivalyn había susurrado a su padre. Y en lo que supondrían, pues si eran lo que él creía, se avecinaban malos tiempos y su entrada en la contienda sería más pronto que tarde. Era posible que ni pudiese celebrar sus esponsales antes de que tuviesen que partir a la guerra.

—Sigo diciendo que la pequeña es más apta para la alianza —prosiguió Arik, ajeno a los pensamientos de su jefe—. Cuando vea dónde vivimos, saldrá huyendo. O se muere directamente, para no tener que casarse.

—Dale un voto de confianza, hombre —dijo Olin—. Según he oído por ahí, se acaba de enterar del compromiso. ¿Qué harías tú si te obligasen a casarte con alguien que ni has podido elegir?

—Soy un hombre —frunció el ceño—. Nadie me obligaría a nada.

—Ella es mujer y no puede negarse —le recordó su amigo.

La muchacha a la que Arik había dedicado una de sus más insinuantes miradas horas antes, se contoneó hacia ellos. Había escuchado el final de su conversación y creyó entrever en ella, la posibilidad de acercarse y tal vez, captar la atención del guapo vikingo.

—El conde quiso casar a Ivalyn el año pasado —la miraron todos a una y se sintió cohibida por un momento—, pero se negaron los dos.

—¿Con quién? —Arik preguntó, pero todos sentían curiosidad.

—Con el hijo de lord Alden —señaló hacia el joven que bailaba con Ivalyn en ese momento.

La pareja se sonreía y parecía mantener una amena conversación al tiempo que se movían entre los demás bailarines sin dificultad alguna. La familiaridad con que Mael sujetaba a Ivalyn por la cintura y el modo relajado en que ella se dejaba llevar, les hacía pensar que podía haber mucho más que complicidad amistosa entre ellos. Sin embargo, quien los conocía, sabía que lo único que habían compartido en su vida era confianza ciega en el otro y una amistad inquebrantable.

—Es tan necia —continuó hablando la joven, sin percatarse de que sus palabras no gustaban—. Podría haber tenido al hombre más guapo y valiente de todo Sussex, pero se negó a desposarse con él. Aunque yo creo que fue él quien dijo que no y ella fingió estar de acuerdo por no sentirse rechazada. A lady Ivalyn le costará encontrar esposo porque habla y se comporta como un hombre. Si hasta sabe usar una espada. ¿Para qué diablos querría una mujer aprender semejante habilidad?

—¿Para defenderse? —sugirió Arik al momento.

—¿Para proteger a su familia? —continuó Olin.

—¿Por qué le gusta? —añadió Olsen.

Al escucharlos, la joven comprendió que había hablado demasiado y se sonrojó intensamente. Bajó la cabeza, emitió una inaudible excusa y se alejó, tan apurada, que tropezó con todo a su paso.

—Arik, desde luego tienes muy buen ojo para elegir siempre a la más simple de las mujeres del lugar —rió Olin, después de que la muchacha desapareciese de su vista.

—Menos complicaciones para mí —se encogió de hombros.

—Eso por descontado.

—Muchachos —Olsen llamó su atención, golpeando a su hermano con el codo y señalando hacia la pista—, algo me dice que el buen conde se ha equivocado de prometida. Definitivamente, debería haber ofrecido a la pequeña.

Las carcajadas se escucharon por encima de la música y la algarabía de voces, y retumbaron en los oídos de Leif mientras avanzaba, decidido, hacia la joven que había llamado su atención tantas veces desde que fueron presentados aquella mañana. No se molestó en mirar hacia sus compañeros, porque su único objetivo era volver a hablar con ella y no quería que algún otro se la llevase antes de darle alcance. Se decía a sí mismo que solo quería enterarse de la verdad sobre lo que les había dicho la joven sajona, porque no quería admitir que saber que había estado a punto de comprometerse con aquel hombre le molestó. Así como lo hizo el cariño que le había mostrado durante el baile.

—Tienes una voz preciosa, Ivalyn de Sussex.

—Gracias —la había sobresaltado nuevamente y retrocedió un paso al descubrirlo tan cerca cuando se dio la vuelta—. Mi padre dice que es un don que me legó mi madre. Supongo que tiene razón, como siempre.

Además de inteligente, sensata y eficiente, era modesta. Una nueva cualidad a añadir a una larga lista que crecía cada minuto. Cuanto más conocía de ella, más le agradaba. Se sentía muy intrigado y la buscaba con la mirada constantemente, solo para saber qué estaba haciendo y con quien. Y quería creer que Lyna sería igual, una vez abandonase su recelo inicial a hablarle, porque le irritaba que pareciera dispuesta a evitarlo a toda costa. Y sobre todo, porque temía obsesionarse con la hermana, si resultaba que el único parecido que tenían era el físico.

—Y tu hermana toca el arpa maravillosamente —añadió, sin faltar a la verdad—. Aunque debería elegir mejor las piezas.

—No os lo toméis a mal —una vez más, la defendió—. Estoy segura que se siente lo suficientemente mortificada por lo que ha hecho, como para no volver a actuar sin pensarlo primero.

—Que indulgente por tu parte.

—Os aseguro que es una mujer increíble. Pero un tanto compungida en ocasiones —rió—. Cuando la conozcáis, veréis que sus virtudes abundan en detrimento de sus defectos.

Intentó convencerse a sí mismo de nuevo de que se había acercado a ella para sonsacarle información, pero finalmente, tuvo que admitirse que su compañía le agradaba demasiado. Después de observarla un instante más, decidió que las preguntas podían esperar.

—Y mientras eso no sucede —le sonrió—, tal vez me concederías un baile. Admito que esta parte de las veladas no me interesa demasiado, pero puesto que es la fiesta de mi compromiso, me siento en la obligación de hacer un esfuerzo.

—Estaré encantada de acompañaros, mi señor —su sonrisa le iluminó el rostro y lo dejó sin aliento por un momento—. Y descubriréis que bailar puede ser muy agradable si elegís bien la

pareja. No hay nada que me guste más que bailar.

—Tal vez cantar —aventuró.

—No, milord. No suelo cantar —la sonrisa desapareció al momento y Leif se arrepintió de haber sacado el tema—. Me ha traído más desgracias que alegrías, así que prefiero no hacerlo.

—¿Puedo preguntar por qué? —preguntó, aún así, curioso.

—Es una larga historia con un contenido de lo más desagradable —volvió a sonreír, como si aquello que la había incomodado ya no existiese o lo hubiese enterrado en lo más hondo de su mente—. Y quiero conseguir que disfrutéis del baile, contároslo no ayudará a mi propósito.

Lo arrastró al centro del salón donde bailaban más parejas y se sujetó a él con firmeza. Leif sintió un ligero cosquilleo inesperado allí donde las manos de su menuda compañera de baile lo tocaban y sin pensarlo demasiado, la acercó más a él. Si lo percibió como algo incómodo, no lo demostró. Siguió explicándole los pasos del baile, mientras lo dirigía por la pista, danzando. Apenas notaba los pequeños toques que daba con sus manos para indicarle hacia dónde debían ir. A su lado, parecía un bailarín experto.

Por el rabillo del ojo, vio cómo sus camaradas se sorprendían de que no la hubiese pisado todavía y aunque la sonrisa pícaro de Arik no le presagiaba nada bueno, en aquel momento no le importó. Lo único en lo que quería concentrar su atención era en la joven que tenía entre sus brazos y en el olor a rosas que desprendía. Seducía sus sentidos y los embotaba de tal forma, que aunque la joven hablaba con él todo el tiempo, no sabía lo que estaba diciendo. En cambio, era consciente de sus movimientos y de cómo el vuelo de su falda rozaba sus piernas en cada giro. Estaba seguro de que Ivalyn no pretendía provocar ninguna reacción de ese tipo en él, pero no pudo evitar excitarse igualmente, algo que lo contrariaba por ser, precisamente con ella, con la hermana de su prometida. Sin duda, era un mal presagio para su matrimonio. Y por eso se separó casi de inmediato de ella al finalizar la canción.

—Ha sido muy instructivo, Ivalyn de Sussex —aclaró la garganta, al notar lo ronca que sonaba su voz. Había estado a punto de besarla—. Gracias.

—Estoy a vuestra entera disposición si deseáis repetir, mi señor.

Aquellas palabras amenazaron con destruir el poco control que aún le quedaba, cuando su propia mente quiso imaginar lo que ella no había insinuado. Se giró bruscamente, después de inclinarse levemente ante ella a modo de saludo y caminó en dirección opuesta, tratando de no caer en la tentación de regresar y acabar lo que había estado a punto de hacer. Salió fuera del castillo en busca de aire fresco, y un poco de cordura, y para cuando regresó, pudo comprobar que ella continuaba ejerciendo de anfitriona. A falta de la verdadera protagonista, se había hecho cargo de las obligaciones de esta y uno a uno, todos sus amigos pasaron por sus expertas manos.

Y aunque tuvo que recordarse que era la hermana de su prometida en muchas ocasiones, no pudo evitar admirarla. Era una mujer increíble y el hombre que la desposase sería muy afortunado. *De haber querido, podría estar ya casada*, recordó. Aunque al final, no se había acordado de preguntarle sobre eso ni creía que fuese a tener ocasión de hacerlo más adelante. No se arriesgaría a entablar una relación más íntima con ella, por más que fuese a convertirse pronto en parte de su familia.

Durante el resto de la noche intentó ignorarla, concentrándose en las conversaciones que mantenía con el conde y sus hombres, pero seguía buscándola constantemente con la mirada. Vio cómo aceptaba cada petición de baile, sin perder la sonrisa en ningún momento y hablando con todos, sin hacer distinciones, salvo con Deniel Irwin. Aunque no se negó a bailar con él, la sonrisa abandonó su cara. La tensión entre ellos era palpable, incluso para quien no supiese que no se

agradaban el uno al otro.

Horas después, cuando hubo bailado con todos y cumplido su deber como anfitriona no oficial de la velada, se acercó a ellos y rodeó a su padre por la cintura, para después depositar un beso en su mejilla. El hombre la abrazó y sonrió, con el orgullo pintado en su rostro. Estaba claro que amaba a sus hijas, pero sentía cierta predilección por la más joven.

—Me temo que es hora de retirarme —les dijo a todos, en general—. Mi cuerpo no soportará más bailes. Ha sido un placer, no obstante. Nos vemos mañana, caballeros.

Besó a su padre en la mejilla por segunda vez y le susurró algo al oído que lo hizo sonreír mientras asentía. Después dirigió un gracioso gesto despedida a todos los presentes, que asintieron hacia ella también, y abandonó el salón con paso cansado pero decidido.

—Tenéis una hija estupenda —dijo Olsen en cuanto la vio desaparecer por la puerta—. Las dos lo son.

Se corrigió al instante para no menospreciar a Lynna, pero sabían que no había comparación. Al menos, no aquella noche.

Realmente, esperaban poder conocer mejor a la prometida de su jefe antes de la boda y poder considerarla una más de su familia, o sería un tanto incómodo convivir con ella.

9

—Te has perdido una gran noche, Lyn.

Ivalyn estaba tumbada boca arriba en la cama de su hermana, jugando con un rizo de su abundante cabello. Su vestido se desparramaba a su alrededor, sin ocultar sus torneadas piernas en absoluto. *Una postura nada aceptable*, habría dicho su padre si la viese, pero no le importaba porque nadie, salvo su hermana, podía hacerlo en ese momento. Era temprano todavía y había decidido comprobar si estaba más animada.

—Bueno, por poco la estropeo con mi estúpida canción, así que no me arrepiento de haberme ido.

—¡Oh, Lynna!

—No me mires así, Ivy. Ya bastante mal me siento. No soy como tú, yo me vuelvo tonta en las situaciones que me superan.

Ivalyn rió con ganas. Su hermana, como siempre, tan exagerada. Pero la adoraba y no quería verla sufrir. Se levantó y la besó en la frente con cariño antes de sujetarle las manos entre las suyas. Intentó levantarla del banco bajo la ventana en el que se había sentado cuando ella llegó.

—Paseemos —le pidió—. Todavía tenemos tiempo antes del desayuno.

—No quiero.

—Venga, te vendrá bien salir fuera y respirar aire puro.

—¿Cuál? ¿El de los establos o el de la forja? —blanqueó sus ojos, pero le sonrió.

—Cualquiera de los dos —le devolvió el gesto—. Ya sabes que si no nos matan, nos harán más fuertes. Te vendrá bien reunir más fuerza.

La arrastró fuera ignorando sus protestas. A pesar de que ya estaban en pleno invierno, la mañana se presentó cálida y seca. *Perfecta para un paseo matutino*, pensó Ivalyn emocionada. Hacía tiempo que no se escabullían del castillo y menos aún fuera de la muralla que lo cercaba, porque los tiempos en que vivían no lo permitían ya. Sin embargo, en aquella ocasión, Ivalyn decidió que no pasaría nada si transgredían un poco las normas de su padre. Lynna lo necesitaba.

El ruido de la fragua, las voces de aquellos que entraban y salían del castillo, el chocar de las espadas en el campo de entrenamiento, los relinchos de los caballos en los establos, todo ello formaba parte de su vida diaria e Ivalyn lo disfrutaba, al igual que la calma en los días que prefería quedarse dentro, leyendo o bordando. No era habitual que una mujer supiese leer o escribir, pero había comprobado, en más de una ocasión, que su padre no hacía las cosas como el resto de la gente. Y siempre se había alegrado por ello.

Esa mañana, el ajetreo era mayor pues después del desayuno, habían organizado una cacería para abastecer las despensas, menguadas por el abundante banquete ofrecido por el conde. Los lores y sus séquitos partirían de regreso a sus tierras una vez finalizada y recordarlo puso de nuevo nerviosa a Lynna, porque sería una de las que abandonarían el castillo, sabiendo que no regresaría en mucho tiempo.

Esa era otra de las cosas que su padre no hacía como los demás, pues lo habitual habría sido

que se trasladase a las tierras de su prometido después de la boda. Sin embargo, había acordado enviarla antes para que el cambio fuese más gradual, pues la conocía bien y sabía lo difícil que le resultaba adaptarse a nuevas rutinas.

Ivalyn apretó su mano y decidió alejarse del bullicio. La llevaría al río, donde podrían estar solas y hablar de todo un poco para que Lynna se relajase y olvidase que en breve se iría lejos de su hogar para convivir con desconocidos que se convertirían en su nueva familia después de la boda. Además, le apetecía mucho visitar su lugar predilecto en el río, aquel que habían encontrado por casualidad una calurosa tarde de verano en que habían decidido ir a bañarse con sus amigos.

Ivalyn y Mael iban delante, corriendo, como casi siempre. Eran los más activos del pequeño grupo que formaban. Annick, Lynna y Deniel los seguían de cerca, pero más pausados. Deniel estaba bromeando con las dos, como siempre hacía. Era muy zalamero. Ivalyn siempre creyó que le salía solo hasta que, años más tarde, descubrió sus verdaderas intenciones.

Cuando Mael y ella llegaron al río, no pudieron frenar a tiempo y se precipitaron al agua entre accesos de risas incontrolables. Al intentar subir a una gran roca que sobresalía en la orilla, esta se desplomó con gran estruendo, arrastrándolos de nuevo al agua. Por suerte, ninguno sufrió daños graves, salvo un par de rascaduras, pero descubrieron con asombro, que en el hueco que había dejado la roca, había una entrada a una cueva, que se convirtió en su refugio, en un lugar donde dar rienda suelta a su creciente amistad sin miradas cargadas de reproche ni reprimendas por un comportamiento más que censurable. Allí eran ellos mismos, un grupo de cinco, que disfrutaba bromeando y riendo juntos. Habían dejado de ir cuando sus responsabilidades aumentaron, pero Ivalyn todavía recordaba aquellas maravillosas tardes que habían pasado juntos, antes de que las intrigas y el ansia de poder de algunos corrompiese su inocencia.

—Hacía muchos años que no veníamos —Lynna se veía encantada con la sorpresa.

—Lo sé. Pensé que estaría bien volver, por los viejos tiempos.

—Los viejos tiempos —suspiró—. Ojalá todo fuese como entonces. La vida era más sencilla y despreocupada.

—Sí —también ella lo echaba de menos, en ocasiones, cuando las cosas se complicaban en su día a día y el estrés podía con ella.

Y aunque la había llevado a allí para hablar, permanecieron en silencio, tumbadas en la cueva, sumidas en sus propios pensamientos. Puede que recordando ese tiempo que añoraban, o tal vez, solo pensando en el futuro que se avecinaba.

—Podría quedarme aquí para siempre, Ivy.

—Podrías —sonrió, segura de ello—, pero no debes.

—¿Por qué no? —suspiró de nuevo.

—Porque no puedes huir de tus obligaciones eternamente, Lynna. En algún momento tendrás que hacerte responsable del papel que te ha tocado representar y actuar en consecuencia.

—Echaré de menos tus consejo-reprimendas, hermanita —rió bajo.

—Pero todavía no —se incorporó para besar su mejilla—. Vas a tener que aguantarme un tiempo más. No me iré hasta haber comprobado que eres feliz en tu nuevo hogar.

—Entonces te quedarás conmigo para siempre.

Regresaron al castillo, más tranquilas y relajadas. La actividad, antes frenética, había cesado, pues ya era la hora del desayuno. Ivalyn fue directamente a la cocina para supervisar los últimos detalles. Había ido antes de subir a ver a su hermana, pero le gustaba volver a veces, sin previo aviso, para comprobar que se cumplían sus órdenes.

—No os preocupéis, milady. Está todo listo.

—Bien, comenzad a servir. Querrán empezar pronto con la cacería para poder regresar a sus hogares antes del anochecer. Después vendré a hablar contigo, Norma. Estaré fuera un tiempo y quiero darte algunas indicaciones. Por el bien de mi padre y del castillo —bromeó al final.

—Sí, mi señora —le sonrió, segura de saber sobre qué hablarían.

Ivalyn era una mujer exigente pero justa. Jamás pedía más de lo que pudieran darle, pero si alguien no explotaba todo su potencial, ella se encargaba de sacárselo fuera. Los sirvientes no obedecían por miedo, sino por respeto.

Vio cómo depositaban las bandejas en las mesas, repartiéndolas entre todas, para que a nadie le faltase de nada. Los comensales empezaron a comer, entusiasmados, y en cuanto comprobó que estaban servidos, decidió sentarse a disfrutar de su propio desayuno. Y como no era una ocasión tan formal como la noche anterior, cuando vio a su hermana sentada entre su padre y su prometido, treta seguramente orquestada por su padre, buscó algún otro con quien compartir mesa. Al final, se sentó junto a Annick y Mael.

—Como siempre, Spunky, una comida inmejorable —Mael la rodeó con su brazo atrayéndola hacia él en el banco.

—Para ti toda la comida es inmejorable, Mael. Jamás he conocido a un hombre que coma tanto como tú —rió, cogiendo un panecillo caliente y untándolo con miel—. No sé dónde lo metes.

—Mael sería capaz de comerse los restos de la noche anterior y decir que son deliciosos —Annick quería contribuir a la broma.

Cierto era, que los restos nunca se guardaban. La mayoría de los lores solía tirarlos a los cerdos, pero allí los repartían, después de pasar una inspección previa para asegurarse de que no les entregaban comida en mal estado, entre los menos afortunados. Desperdiciar el alimento por no haberlo podido comer el día anterior, le parecía un sacrilegio.

—Lynn timer parece muy contenta —le susurró, después— ¿Se encuentra bien? Ayer no pude hablar con ella.

—Creo que el viaje le asusta un poco, Annick —la excusó—. O más bien, el hecho de que no volverá a casa en bastante tiempo.

—A mí también me asustaría —asintió—. Pero su prometido no se parece en nada a esos hombres del norte de los que hablan todo el tiempo en casa. Se ve amable y considerado. Además, es muy guapo. Tu padre ha sabido elegir bien.

—Supongo que sí.

Miró hacia su hermana. Seguía pálida, pero al menos estaba hablando con él. Tal vez no le fuese tan mal, después de todo, en su nueva vida. Si conseguía perderle el miedo, podrían llegar a ser felices. A ella no le hubiese importado desposarse con él. Le parecía encantador. Un poco intimidante a primera vista, pero te olvidabas de ello al hablar con él tan solo unos minutos.

—Supongo que la echarás de menos —Mael la regresó al presente.

—Me voy con ella, Mael.

—No me lo habías dicho. ¿Para siempre?

—Claro que no —le sonrió, parecía afectado por sus palabras— Solo hasta después de la boda. Lynna está tan nerviosa con todo esto, que decidí acompañarla para ayudarla con los preparativos. Ya sabéis cuánto le cuesta adaptarse a los cambios.

—A mí no me importaría ir con ella —Annick se sonrojó al hablar.

Ivalyn siguió la dirección de su mirada y se encontró con Arik, el guapo y pícaro vikingo, que según había oído, había levantado más faldas en una sola noche que muchos allí en un mes. Sonrió a su amiga, pero decidió que debía aclararle que pensar en aquel muchacho era mala idea. Y

mucho menos de ese modo.

—No eres su tipo —le susurró para que Mael no la oyese—. Bueno, en realidad sí. Pero es que todas son su tipo, me temo.

—¡Oh! Yo... —se sonrojó todavía más—. No lo decía por eso.

En realidad lo había hecho, pero no discutiría con ella con su hermano delante. No quería avergonzarla. Además, sabía que no pasaría nada entre ellos por más que suspirara ahora por él. Lo había visto.

—Tengo que irme —se levantó, provocando que Mael la imitase—. He de hacer algunas cosas antes del viaje.

—Te echaré de menos, Spunky.

Mael la abrazó sin previo aviso, pero no le molestó. Siempre sería su más querido e íntimo amigo, aunque no se hubiesen visto mucho en los últimos meses. Le correspondió apretando su cintura y sintió las lágrimas en sus ojos, amenazando con dejarla en evidencia delante de todos. Parpadeó varias veces y lo miró.

—Volveré antes de lo que crees —le dijo, tratando de no delatarse con la voz—. Y te aseguro que te arrepentirás de que no me haya quedado más tiempo con ellos.

—Eso nunca, Spunky —la abrazó de nuevo, alzándola hasta que sus pies no tocaron el suelo.

—Suéltame, granuja —la oyeron reír—, que me aplastas.

De todos los presentes en el gran salón, solo los invitados de honor se extrañaron de aquella muestra de espontaneidad. Quienes conocían a la pareja sabían que eso era habitual. Por situaciones como aquella, el conde les había propuesto un compromiso, pensando que sería de su agrado.

Mael le dio un sonoro beso en la mejilla, antes de dejarla en el suelo. Cuando Ivalyn se retiraba, no pudo evitar darle una fuerte palmada en el trasero, a lo que ella respondió con otra protesta y una carrera para alejarse.

—Son incorregibles —suspiró Godric—. Disculpadlos. Cuando están juntos son como niños pequeños.

—Son como hermanos —susurró Lynna, pretendiendo salir en defensa de su hermana, como tantas otra veces había hecho con ella.

—Sí, como hermanos —repitió él.

Leif notó en el conde cierta desilusión y pudo entenderlo. Una boda entre su hija pequeña y el hijo de su mejor amigo, habría sido, no solo beneficiosa para ambas familias, sino seguramente un deseo cumplido para ambos hombres. Los lazos fraternales entre los jóvenes debían ser realmente fuertes, si se habían negado a aceptar un prometedor matrimonio en aras de su amistad. Y aunque aquello no le afectase personalmente, se sintió conforme de que hubiesen decidido rechazar la propuesta.

Tras el desayuno, marcharon a la cacería. Muchos estaban deseando regresar a sus hogares en cuanto las despensas del conde estuviesen reabastecidas y por ese motivo, Ivalyn ocupó parte de aquel tiempo en supervisar las raciones que cada familia llevaría en su camino de vuelta al hogar. Fue de un lado a otro, para mantener su mente ocupada y no pensar en que esa misma tarde también ella se alejaría de su padre.

No quería abandonar a su hermana, pero tampoco podía pensar en no ver a su padre en un tiempo y no sentirse mal. Él era su mayor apoyo, quien la comprendía y le daba libertad para actuar según ella creía que debía hacer. Quien la aconsejaba en sus momentos de duda y quien la animaba cuando decaía. Lo echaría mucho de menos, pero sabía que su hermana la necesitaba más

ahora.

Lynna seguía encerrada en su cuarto, lamentando tener que irse lejos de su hogar. Podía imaginar que estaría rezando para que sucediese algo que retrasase su partida y suspiró, frustrada. No sabía qué hacer con ella, salvo acompañarla e instarla a hablar con su prometido para que viese que no era tan mal hombre como ella creía. Y aunque no cejaría en su empeño, temía que no fuese suficiente. Sintió crecer la ansiedad y decidió acudir a los establos, pues cepillar y alimentar a los caballos siempre la había tranquilizado. En ese momento lo necesitaba más que nunca.

—Ojalá pudiese mostrarle el mundo a través de mis ojos —le susurró al caballo, mientras lo cepillaba—. Vería que nada es tan malo y que solo hay que ponerle empeño. Pero no te preocupes, se me ocurrirá algo. No voy a desistir tan fácilmente y ella lo sabe.

—¿Sabías que los caballos pueden entender lo que les decimos?

Ivalyn se sobresaltó al escuchar una voz detrás de ella. No esperaba encontrarse con nadie allí y ahora se sentía ridícula por haber estado hablando con un animal. Era una costumbre que tenía desde pequeña y le ayudaba a despejar la mente, aunque siempre se había guardado de que alguien la oyese.

—Creía que estabais en la cacería —miró a Leif, una vez recuperada del susto.

—Y lo estaba —se acercó, tirando de las riendas de su montura—, pero mi caballo ha sufrido un pequeño percance. Nada grave, pero necesitará algo de tiempo para recuperarse.

Ivalyn notó, entonces, que cojeaba al caminar. Observó cómo Leif lo liberaba de la montura y revisaba su pata con cuidado, para no hacerle más daño. Vio cómo le trataba la herida sin vacilar, seguro de lo que estaba haciendo y pudo imaginarse que aquella no era la primera vez lo hacía. Su mente curiosa quiso de repente, saber más del vikingo y su gente. Le fascinaban las diferencias entre sus culturas que había visto ya y quería saber cuántas más habría.

—Me temo que tendremos que posponer el viaje al menos un par de días —su voz la sobresaltó de nuevo.

No lo esperaba, pero comprendió que le había hablado porque ella no había dejado de observarlo durante todo el proceso. Bajó la mirada, avergonzada y terminó de cepillar el lomo del caballo.

—Podéis quedaros el tiempo que sea necesario —dijo, finalmente—. No debéis preocuparos por eso.

—No lo hacía —su respuesta la obligó a mirarlo. Su sonrisa invitaba a ser imitada.

—¿Serán suficientes un par de días?

—No es grave —observó la pata de nuevo, como queriendo asegurarse—. Es probable que mañana esté recuperado, pero prefiero prevenir. El viaje será largo y me dolería tener que sacrificarlo si recae.

—Cierto —se mordió el labio, antes de hablar de nuevo—. Sabéis mucho de caballos.

—En mi pueblo es costumbre que cada quien cuide de sus animales —la sonrisa no abandonó sus labios—. Y de sus tierras también. Eso te hace más consciente de su valor real.

—Es una buena costumbre —palmeó a su caballo antes de guardarlo en su cubil.

—Tú misma lo haces —señaló, al ver cómo trataba al animal.

—Solo cuando necesito pensar —negó.

—¿Algún problema?

—Nada que no pueda solucionar —sonrió.

—Te creo capaz de todo. Eres una mujer increíble —dio un paso hacia ella, cuando su caballo

le golpeó la espalda al moverse, inquieto—. Muy interesante.

—Para nada —inconscientemente, su mano viajó al morro del caballo de Leif para tranquilizarlo.

A pesar de no conocerlo, sentía que no habría problema en hacerlo. Nunca había tenido miedo de los animales, pues se entendía bien con ellos. Acarició al caballo, que cabeceó y se acercó más para recibir sus atenciones, mientras ignoraba de forma deliberada la mirada de Leif sobre ella.

—Tienes buena mano con los animales —estaban muy cerca el uno del otro—. Arvak no suele dejar que lo toquen sin una presentación formal primero.

—Arvak —lo miró, perdiéndose por un momento en la profundidad de sus ojos negros.

—Así se llama uno de los corceles de la diosa Sòl —le explicó—. Arvak y Aslvid remontan cada día los cielos, huyendo de Sköll. Es un lobo que desea devorarlos, al igual que a la diosa. Se dice que son los cabellos resplandecientes de los caballos los que iluminan el día.

—Creía que os habíais convertido al cristianismo, como parte del trato que habéis hecho con el rey —no pretendía censurarlo, era curiosidad.

—No se puede olvidar en unos años toda una vida de creencias.

—Eso es cierto —asintió.

No le pasó desapercibido que había evitado responder e imaginó que probablemente su conversión no había sido del todo real. Y aunque debería escandalizarse por ese engaño, en realidad no le molestaba, sino que hacía crecer su interés en ellos.

Arvak, viendo que había dejado de prodigarle caricias, la empujó con el hocico. Era un caballo enorme, con mucha fuerza, así que el sencillo gesto la desplazó a un lado, quedando a escasos centímetros de Leif. Las manos de este la sujetaron para que no terminase en el suelo y un escalofrío la recorrió, del mismo modo en que había sucedido durante el baile que compartieron la noche anterior.

—Es tarde —le dijo, alejándose, avergonzada—. Debo regresar al castillo. Informaré de que preparen más alcobas para vuestros hombres.

—No será necesario. No les molesta estar en los barracones.

—No —negó—, si os vais a quedar más tiempo, dormiréis en el castillo. Después de todo, pronto seremos familia.

Tal vez necesitase decirlo en voz alta para no olvidarlo, aunque creía que era mejor evitar quedarse a solas con él de nuevo, por su propio bien. No era adecuado que sintiese tanto interés en un hombre que no sería para ella, sino para su hermana.

—Lo que tú decidas estará bien, Ivalyn.

Incapaz de hablar después de escuchar su nombre en labios de Leif, asintió y regresó al castillo, controlando su paso para que no resultase tan evidente que estaba huyendo de él.

Dos días más tarde, cuando se disponían a marchar a sus tierras, ya se había convencido de que solo había sido producto del momento y de la admiración que despertaban en ella Leif y sus hombres. Le habían sorprendido la confianza y la lealtad que se profesaban, como si los lazos que los uniesen fuesen más fuertes que los de una familia, pues sabía que no estaban emparentados, salvo dos; le había gustado ver el modo en que se protegían los unos a los otros durante la batalla, pues habían estado practicando con los hombres de su padre aquellos días; y sobre todo, se había sentido atraída por las historias que les habían contado por la noche, tras la cena, sobre su pueblo y sus leyendas. Se sentía atraída por una cultura de la que no sabía nada y se le antojaba casi tan misteriosa como ellos.

Durante el desayuno, apenas logró contener la ansiedad, aunque supo disimularla. Aún así, en

cuanto pudo excusarse sin parecer descortés, salió del salón, dispuesta asegurarse de que todo estaría bien hasta su regreso. Después de dar la orden de subir al carro su equipaje, corrió a la cocina para repasar una vez más las instrucciones que le había dado a Norma sobre qué servir en su ausencia, pues conocía a su padre y sabía que no cuidaría su alimentación si ella no se hacía cargo. Desde que empezó a ocuparse del castillo a sus tiernos ocho años, la salud de su padre había ido mejorando y a pesar de sus años, se veía fuerte y enérgico. Quería que siguiese así cuando ella volviese.

—No importa lo que te diga, Norma —insistió—. No tiene permiso para entrar en la cocina. Me encargaré de recordárselo antes de irme para que no te dé problemas.

—No os preocupéis, milady —le sonrió ella—. Sabré hacerme valer.

Cuando salió al patio exterior, su hermana ya la esperaba junto a la carreta cubierta. Parecía nerviosa y le sonrió para tranquilizarla, antes de acercarse a su padre y despedirse de él. Lo abrazó, le dio un beso en la mejilla y le susurró algunas advertencias al oído, que aunque lo hicieron reír, tuvo a bien no contradecir. Después fue con su hermana y subió con ella en el carro donde viajarían.

—¿Vuestra hija menor también viene? —Leif se había sorprendido al ver todos los baúles que habían cargado, pero no había dicho nada pues, poco sabía él de lo que necesitaba una mujer como Lynna. Y no quería parecer grosero y desandar lo poco que habían podido avanzar en su precaria relación.

—Sí. Me temo que tendréis que soportar a la pequeña también. Cuando se trata de mis hijas no puedo decir que no —se encogió de hombros—. Acompañará a su hermana para ayudarla en la organización de la boda y, por qué no decirlo, en la adaptación. Dios sabe que la necesitará.

Leif no dijo nada y dio la orden de partir en cuanto subió en Arvak. Le alegraba y aterraba en igual medida, saber que Ivalyn de Sussex viviría en su hogar durante un tiempo.

10

—No puedo soportarlo, Ivy. El movimiento me está matando —se cubrió la boca con las manos por enésima vez, para controlar las arcadas. Su tez, clara de por sí, lucía todavía más blanca en ese momento—. Creo que voy a vomitar.

Hacía varias horas que habían salido del castillo, pero el traqueteo de la carreta le había revuelto ya el estómago al inicio del viaje. Nunca le había gustado viajar, porque no le sentaba bien. Las pocas ocasiones en que su padre les había permitido visitar a sus amigos, Ivalyn había tenido que convencerla de que fuese con ella.

—Relájate, Lynna o será peor —acariciaba su espalda, tranquilizadora—. Cierra los ojos e intenta dormir.

—¿Cómo voy a dormir con este vaivén? —la miró suplicante.

—Cierra los ojos —insistió.

—Cuéntame algo, Ivy —le pidió—. A ver si me entretengo.

Ivalyn se sentía impotente al ver el rostro pálido de su hermana, pues sabía que nada podría evitarle el malestar. Habían pasado por aquello unas cuantas veces en el pasado.

—¿Sobre qué quieres que te hable? —preguntó. Su prometido y su gente le parecía buen tema, pero sabía que eso no la ayudaría a relajarse, así que prefirió que ella eligiese.

—Me da igual —gimió, cuando una nueva arcada acudió a ella—. Lo que sea que me haga olvidar que el suelo no se está quieto.

Entonces, pensó en todas aquellas noches de tormenta, cuando eran pequeñas, en las que ambas se abrazaban asustadas y en las canciones que cantaba para calmar sus miedos. Aunque todavía tenía fresca la visión de la cena de compromiso, no pudo sino cantar para ella.

—Por ti, Lynna —susurró, mientras le acariciaba el cabello—. Solo por ti.

Cierra los ojos, mi dulce niña

Cierra los ojos para descansar.

Yo estoy aquí, velando tu sueño,

Nadie jamás te perturbará.

Duérmete ya, duérmete ya

Tu hermana pequeña te protegerá.

Cierra los ojos, mi dulce amiga

Cierra los ojos para reposar.

Yo de tu lado nunca me iré

Cierra los ojos para soñar.

Duérmete ya, duérmete ya

Tu hermana gemela tu sueño velará.

Duérmete ya, duérmete ya

Tu hermana pequeña te protegerá.

Los ojos de Lynna se cerraron poco a poco y sus labios dibujaron una sonrisa aliviada justo antes de quedarse dormida. En cambio, Ivalyn no fue capaz de alejar las imágenes que se proyectaron en su mente en cuanto terminó la nana. Era como si pudiese oír el aullido del lobo a través de sus visiones, tan real y tan efímero al mismo tiempo. Sabía que no tardaría en ver a ese lobo, pero le perturbaba no saber dónde o en qué circunstancias porque único que sabía era que su hermana estaría involucrada en ello. La había estado tocando mientras cantaba.

Al abrir los ojos tras su desmayo, miró hacia su hermana, preocupada. Se veía relajada y conservaba la sonrisa en los labios, y rezó para que eso no cambiase en breve. La cubrió con una de las mantas y cotilleó por la abertura trasera de la carreta, intentando olvidar su visión.

Le entusiasmaba la idea de conocer el que sería el nuevo hogar de su hermana. E incluso el camino hasta la isla. Le hubiese gustado montar a caballo, para poder disfrutar del paisaje, pero su hermana no habría accedido nunca. Si la carreta la mareaba, el caballo era mucho peor. En eso no podían ser más distintas.

Al asomarse, solo pudo ver árboles. Altos árboles que apenas dejaban pasar la luz del sol. Sabía que era de día, pues no hacía ni una hora que el sol había estado entrando a través de la tela de la carreta, pero cada paso que daban los dirigía hacia la oscuridad del bosque. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal, recordando al lobo de nuevo. Aquel era un lugar donde podrían encontrarse a uno fácilmente. O a varios.

—No es un paisaje muy alentador.

Leif la estaba observando. La había oído cantar, a pesar de que apenas había sido un susurro. Tenía una voz fascinante y casi sin darse cuenta, se había ido acercando para poder apreciarla mejor. Ahora que Ivalyn se había asomado, apenas unos centímetros separaban a su montura de la

parte de atrás de la carreta.

—Es bastante sombrío —se estremeció de nuevo y sacudió su cabeza—. En la oscuridad se esconde el peligro.

—¿Le temes a la oscuridad? —habría jurado que nada la asustaba.

—Prefiero no enfrentarme a ella, a ser posible —se cubrió con la manta que había arrastrado con ella al acercarse al fondo de la carreta, para desviar su mirada y que Leif no supiese que no era tan indiferente a la oscuridad como intentaba hacerle creer—. Vivimos tiempos oscuros y no es fácil ignorarla, por desgracia.

—Cierto —admitió él—. Yo espero que podamos escapar de la oscuridad de este bosque antes del anochecer, al menos.

Un nuevo escalofrío recorrió su columna y el lobo regresó a su mente. Se sacudió aquel pensamiento antes de hablar de nuevo con Leif. De nada le serviría preocuparse por algo que no podía controlar. Había aprendido aquella lección siendo todavía una niña.

—Nunca había estado aquí —hablar la entretendría.

—Hemos avanzado mucho en unas pocas horas porque el camino era bastante transitable, pero atravesar el bosque nos va a retrasar. Los carros son muy pesados y anchos para moverse con facilidad entre los árboles. De todas formas, dudo que tu padre te hubiese dejado llegar tan lejos alguna vez. He visto cómo os protege a ti y a tu hermana.

—Tiene miedo de que nos suceda algo por el camino. Después de todo somos las codiciadas hijas del conde —le sonrió, con pesar, pues aquel hecho había limitado mucho su vida—. Para vos será distinto, imagino.

—No me importa viajar, pero no me gusta. Parece como si llevase toda una vida haciéndolo.

—Pero así es, si no me equivoco —lo miró con curiosidad—. Llegar a estas tierras desde vuestro hogar ha debido ser toda una odisea.

—A veces me pregunto dónde estará mi hogar —una sombra cruzó su rostro, pero desapareció tan rápido, que Ivalyn creyó haberlo soñado—. Allí de donde vengo o aquí donde decidí quedarme.

—El hogar está donde os dicte el corazón, mi señor, pues las tierras se abandonan, se intercambian o incluso se pierden, las casas se pueden destruir y la gente en ocasiones te traiciona. No es fácil elegir un lugar donde vivir, pero si el corazón es feliz, ahí es donde debéis estar.

—Eso es muy bonito, pero poco práctico —no pretendía burlarse de ella, pero no era de los que se fiaban del corazón para tomar decisiones tan trascendentales.

—¿Poco práctico? —sonrió, sin ofenderse por lo que había dicho—. Poco práctico es atarse a un lugar que no te llena. Poco práctico es seguir un camino que no ves correcto, aunque todos te digan lo contrario. Poco práctico es vivir con gente a la que no aprecias o en la que no confías.

—Pero de eso encontrarás vayas donde vayas. Nunca vas a poder tener un hogar, si basas tus criterios en eso.

—Un día —dijo, después de pensar en ello— os despertaréis y pensaréis *me siento bien en este lugar*. Entonces, sabréis que habéis encontrado vuestro hogar al fin, aunque haya algo que no os guste del todo.

—¿Y si nunca llega ese día?

—Supongo que tendréis que aprender a querer el lugar donde os hayáis asentado —se encogió de hombros—. Pero diría que si estáis pensando en involucraros en los asuntos de esta tierra después de seis años en ella, viviendo con... independencia, será porque os sentís a gusto aquí.

¿O me equivoco?

—Es posible que no os equivoquéis —le sonrió, dándole la razón.

—No os arrepentiréis de amar estas tierras —suspiró, soñadora—. Y a su gente. Hay muchas personas que merecen la pena por aquí.

—¿Tanto como para enamorarse? —no pretendía ser tan curioso, pero aquel suspiro le pareció sospechoso.

—Supongo —se encogió de hombros una vez más—. Algún día.

—Entonces, ¿nunca has estado enamorada?

—Yo, caballero, estoy enamorada de la vida —su amplia sonrisa iluminó su rostro.

Quiso decirle que no era lo mismo, pero se había entrometido de más en aquel asunto, así que cambió de tema. No quería dejar de hablar con ella, pero sí sobre algo tan delicado como el amor. Tampoco él se había enamorado nunca, ni creía que eso fuese para él. Sabía cuál era su responsabilidad para con su gente y que el amor no tenía cabida en su mundo. Al menos no ese amor del que se escuchaba cantar y que lo removía todo en tu interior. Ese amor por el que se cometían locuras. No, el suyo no sería así, porque Lynna no despertaba sentimientos de esa índole en él. El suyo sería un amor forjado día a día, con confianza y respeto mutuo. Aprenderían a quererse con el tiempo. O esperaba que así fuese, porque su prometida no parecía dispuesta a hacer aquel esfuerzo por el momento. Y aunque la presencia de su hermana podía ser un inconveniente para él, agradecía que estuviese allí para ayudar, porque ya no sabía qué más hacer para que Lynna perdiese el miedo.

Una hora más tarde, decidieron detenerse para comer y permitir a los caballos descansar. Todavía les quedaba un largo trayecto por delante por culpa de la carga que arrastraban con ellos. Si hubiesen ido solos, lo habrían recorrido en un solo día, pero con los carros, tendrían que pernoctar en el camino. Solo esperaba poder salir del bosque antes de la noche. Nunca le había gustado aquel lugar y odiaba tener que ir por él cada vez que acudía a Sussex o los alrededores.

Lynna se despertó al sentir que paraban y miró a su hermana, entre desconcertada y asustada. No recordaba haber cerrado los ojos tras la canción de Ivalyn ni había estado allí para velar su desmayo después. Y aún así, no se atrevió a preguntar sobre la visión. No quería saberlo.

—¿Hemos llegado? —dijo, en cambio.

—No creo —miró fuera—. Me parece que hemos parado para comer algo. Será mejor que bajemos, nos vendrá bien estirar las piernas un poco.

Olsen se apresuró a ayudarlas cuando Ivalyn apartó la tela que cubría el carro y les indicó dónde sentarse. Lynna se acobardó al ver su rictus serio, pero Ivalyn correspondió a sus indicaciones con una sonrisa de agradecimiento, lo que frunció todavía más el ceño del hombre.

—Parece que a alguien no le gusta sonreír —le susurró a su hermana una vez sentadas, para rebajar la tensión.

El sitio no era cómodo ni acogedor, pero teniendo en cuenta donde se encontraban, no podían pedir mucho más. La comida sería rápida pues nadie quería permanecer allí mucho tiempo, se veía en sus rostros, cargados de impaciencia.

—¿Falta mucho todavía? —Lynna se atrevió a preguntar, aunque su voz sonase en un simple susurro. Su curiosidad había podido más que su miedo, aunque se acercó ligeramente a Ivalyn después, como si ella le infundiese valor. O la protegiese de la respuesta.

—Tendremos que pasar la noche fuera —Leif fue quien respondió—. Pero si todo marcha según lo planeado, llegaremos a la isla mañana antes del anocheecer.

—¡Oh! —la desilusión se reflejó en su voz.

—¿No estás ansiosa por ver dónde vas a vivir? —Ivalyn intentó animarla—. Yo me muero de curiosidad.

Hablaba bajo para que solo su hermana pudiese escucharla, aunque en realidad todos lo hacían. Eran incapaces de no prestar atención a ambas mujeres. Iguales en apariencia, pero con un carácter diferente.

—Tú al menos podrás regresar a nuestro hogar cuando quieras —susurró de vuelta Lynna.

—Vamos, Lyn. No seas melodramática —chocó su hombro con el de su hermana—. Admite que tienes tantas ganas de llegar como yo. Sé que es así. Eres mi mitad, ¿recuerdas?

—Tu mitad mala —su sonrisa desmentía su propio reproche.

—Esa es mi hermana, la alegre —rió con ella, rodeándola con un brazo y depositando un beso en su mejilla después.

Se miraron, todavía sonriendo. Ivalyn había conseguido animarla con su comentario, al menos hasta que levantaron la vista y los hombres allí presentes intentaron, en vano, disimular que no las habían estado observando. Ivalyn sonrió todavía más y Lynna se ruborizó. No podían ser más distintas.

Cuando Leif dio orden de reanudar la marcha, Lynna corrió al interior de la carreta, agradecida de poder alejarse de nuevo de todos. Ivalyn, en cambio, se fue retrasando mientras miraba a su alrededor. Parecía inquieta por algo.

—¿Algún problema, preciosa? —Arik se había acercado a ella, antes de que Leif pudiese hacerlo y este apretó la mandíbula al verlo.

—Me preguntaba si habría algún caballo que pudiese montar yo. Es mi primer viaje largo y no quiero perderme nada.

—Me temo que no tenemos ninguno disponible —le guiñó un ojo—, pero podéis cabalgar conmigo, si queréis. Será un placer para mí compartir montura con vos.

La diversión brillaba en sus ojos, confiriéndoles un azul más intenso, y su sonrisa era espléndida. Sin duda aquel era un hombre atractivo y fascinante, sin embargo, había algo en aquella apostura que le incitaba a ser cautelosa con él. Se lo había advertido a Annick y ahora era ella quien debía tenerlo presente, aunque se prestase a participar en aquel juego. Asegurándose de no sobrepasar límites, podría resultar incluso divertido.

—Si prometéis mantener las manos lejos de mí, tal vez acepte —le dijo, con su mejor sonrisa.

La risa de Arik era una auténtica locura para los sentidos de cualquier mujer y podría seducir a miles tan solo con ella. Y ese pensamiento fue suficiente para que el embrujo se rompiera para ella. Ivalyn de Sussex no sería tan fácil de camelar.

—No deberíais decirme eso, preciosa, porque me tentáis a no cumplir mi promesa.

—En ese caso, tendré que conformarme con ver el paisaje desde la parte de atrás del carro como hasta ahora —suspiró exageradamente, provocando una nueva carcajada en él. Le gustaba su hilaridad, pero tendría que medir sus palabras, pues los hombres como él veían una invitación en cada gesto, por inocente que fuese este.

—Yo te llevaré. Si todavía deseas ir a caballo, Ivalyn.

Leif se había acercado a ellos en cuanto vio las intenciones de Arik. Lo tenía en gran estima, pues era un gran guerrero y aún mejor amigo, pero conocía su fama con las mujeres y no iba a permitir que sedujese a Ivalyn. Probablemente, el conde no se lo perdonaría jamás.

—Gracias —le sonrió ella.

Esa si es una sonrisa arrebatadora, pensó Arik, que se alejó en cuanto percibió la intensa mirada de Leif sobre la muchacha. Y aunque su jefe debía casarse con la hermana, estaba

deseando ver qué sucedía entre esos dos, cuando empezasen a convivir a diario en la isla. Porque veía que su amigo estaba tomando en demasiada cuenta a la pequeña de las gemelas.

—Esto va a ser muy interesante —le dijo a Olin, mientras veía a su jefe rodear la cintura de Ivalyn, antes de dar orden de reanudar la marcha—. Se admiten apuestas.

—Te apuesto una docena de botellas de hidromiel a que te estampará el puño en la cara como te vuelvas a acercar a la muchacha —rió Olin, mirando en la misma dirección que su amigo.

—Yo os apuesto esas mismas botellas a que Arik no tendrá nada que hacer con ella —dijo Olsen muy serio—. Es más, estoy seguro de que Leif no tendrá ni que pegarle para alejarlo. Se bastará ella sola.

—Hecho —sonrió—. Doce botellas para Olin si Leif me pega y doce para Olsen si ella me rechaza.

—¿Y tú?

—Yo no necesito botellas, amigos míos. Yo la tendré a ella en mis brazos antes de que acabe el año —una sonrisa de anticipación apareció en su rostro. Ya imaginaba las posibilidades y eran más que prometedoras.

11

A pesar de todo cuanto lograron avanzar durante la tarde, la noche se les estaba echando encima y no conseguirían salir de bosque a tiempo. Al comprender que debían pernoctar allí, Leif maldijo por lo bajo para no despertar a Ivalyn, que se había dormido en sus brazos hacía ya un par de horas. Habían estado conversando animadamente hasta que el cansancio pudo más que ella.

La observó de nuevo, totalmente relajada en su regazo. Se sentía bien allí, pues encajaba a la perfección en el hueco de sus brazos. Las largas pestañas rozaban sus sonrosadas mejillas. Tenía una nariz pequeña y bien cincelada, y unos labios tentadores. Algunos mechones rebeldes los rozaban, llamando la atención de sus ojos hacia ellos. Apartó el cabello con cuidado de no despertarla e incapaz de resistir el impulso, acarició su mejilla. Tenía una piel tersa y suave.

A pesar de haber disfrutado de la conversación con ella, sabía que no había sido una buena idea invitarla a cabalgar con él. Sentir el menudo cuerpo de Ivalyn contra el suyo, el balanceo de sus caderas al trote del caballo, el roce de su cabello en sus brazos, había sido una auténtica tortura. Había tenido que recordarse que no era su prometida, la que lo rehuía como si fuese una plaga, sino su hermana. Y sin embargo, habría pasado por aquella tortura mil veces más, con tal de evitar que Arik se le acercase.

En cuanto frenó al caballo, Ivalyn se despertó. Por un momento no supo donde estaba, tan profundo había sido su sueño y su frente se arrugó. Cuando logró enfocarlo, la sonrisa iluminó su bello rostro una vez más. Al menos, su prometida tenía el mismo rostro. Y si algún día le permitía conocerla, estaba seguro de que sería igual de atrayente que su hermana. Eso le facilitaría las cosas para tratar con Ivalyn y lo que le hacía sentir desde que se habían conocido.

—Vamos a acampar —le explicó.

—¿En el bosque? —su ceño se frunció, mientras se enderezaba en la silla y lo observaba todo con ojos asustados.

—Me temo que sí —la ayudó a bajar del caballo, antes de comenzar a montar el campamento con el resto.

Ivalyn corrió a la carreta donde estaba su hermana, pero no tardó en regresar con ella, para intentar ayudar en lo que pudiesen. Algo que no les permitieron, a pesar de las enérgicas protestas de la hermana pequeña.

—¿Cómo has podido cabalgar con él? —le dijo Lynna en susurros, en cuanto estuvieron lo suficientemente aisladas de todos ellos— ¿No te asusta?

—Es un hombre bastante civilizado, Lynna —su miedo irracional a su prometido la divertía, pero intentó no reírse, porque aquello solo conseguiría empeorar más la situación—. Si te permitieses conocerlo, lo comprobarías tú misma.

—No creo que pueda —lo miró con temor en la distancia.

—Tendrás que hacerlo. Pronto será tu esposo.

—No me lo recuerdes —gimió.

—Alguien tiene que hacerlo —la miró con enfado—, porque parece que tú te empeñas en

evadirte de la realidad.

—Sabes que no es eso lo que hago —se defendió—. Solo necesito tiempo para asumir que tengo que casarme con él.

—¿Cuánto más tiempo necesitas, Lynna? Porque si tardas más, lo asumirás en el altar. Y para entonces te estarás casando con un desconocido. Padre no te ha enviado a su casa como un castigo, sino para que os vayáis conociendo. Ya va siendo hora de que lo aceptes y actúes en consecuencia.

No le gustaba discutir con su hermana, pero en ocasiones como aquella, no podía evitarlo. Estaba siendo tan irrazonable, que la ponía frenética. Y por eso, cuando llegó la hora de la cena, ni se molestó en intentar entablar una conversación en la que Lynna pudiese participar. Esa noche tendría que apañárselas sola. Pero nadie habló, estaban demasiado tensos por tener que pasar la noche en el bosque.

Lynna inspiró profundamente un par de veces, como intentando tomar valor, antes de disculparse con todos y retirarse al interior de la carreta para dormir. Ivalyn intentó convencerla de que se quedase junto al fuego, pero todo fue en vano.

—Estarás más caliente cerca del fuego, Lynna —le había dicho.

—Prefiero tener intimidad y no calor, Ivy. Buenas noches.

—Cabezota —había murmurado por lo bajo, entregándole también su manta—. La necesitarás más que yo.

Como había dormido durante la cabalgata, Ivalyn no tenía sueño todavía, así que se quedó sentada junto al fuego, removiendo las brasas con un palo largo que encontró a su lado. Siempre, desde pequeña, le había fascinado el fuego, aunque solo fuese porque alejaba la oscuridad.

—Deberíais dormir, preciosa —Arik se había sentado a su lado sin que lo notase y le sonreía con aquel encanto, tan típico en él—. Mañana será un día muy largo.

—Podré con ello —le sonrió de regreso, antes de ruborizarse—. Me temo que no recuerdo vuestro nombre.

—Arik Knutsen, para serviros —le regaló una graciosa reverencia, que la hizo sonreír nuevo.

—Puedes ir a dormir, Arik. Yo haré la primera guardia.

—¿Vuestro nombre? —Ivalyn lo miró, sin dejar de sonreír.

—Olin Adamsen, mi señora. Para serviros.

—Y aquel que está allí —señaló a Olsen— es vuestro hermano.

—Muy observadora, mi señora.

—Tonterías —rió—. No hace falta ser muy listo para ver el parecido.

—Su nombre es Olsen, preciosa —Arik no quería quedar relegado a un segundo plano, ahora que tenía una apuesta que ganar.

—Arik, Olin, Olsen y Leif —repitió lentamente—. Gracias. Creo que es suficiente por esta vez. Cuando lleguemos, me pondré con el resto.

—¿Acaso pensáis aprenderos los nombres de todos nosotros? —rió Olin—. Os advierto que somos muchos.

—A mí me sobra tiempo —se encogió de hombros—. Ahora que no estoy en el castillo, solo tengo una responsabilidad que atender, así que voy a centrar mi energía en planear una boda perfecta para mi hermana, pero aprovecharé mis tiempos de descanso para conocer a vuestros hombres.

Conversaron por unos minutos más antes de que los hombres se fuesen retirando poco a poco para descansar. Se turnarían durante la noche para mantener el campamento protegido. Cuando

Ivalyn estaba dispuesta a hacer lo mismo, un ruido la alertó. Miró a Olin, que era el encargado de la primera guardia, tal y como había dicho, y vio que él también lo había oído. Permaneció en silencio cuando Olin llevó su dedo índice hasta su boca. Para ser un hombre tan alto y corpulento, se movía con mucho sigilo. Y con rapidez, pues en un par de zancadas se encontraba a su lado.

Lentamente, la colocó a su espalda para protegerla del siguiente ruido que oyeron. Pisadas. *Demasiado débiles para ser humanas*, pensó Olin. Ivalyn leyó sus labios. Un animal, le había dicho. Se estremeció al recordar el lobo de su visión. Pero si era un lobo, ¿no debería haber aullado ya?

Como si hubiese escuchado sus pensamientos, el lobo gruñó desde lo profundo del bosque. Olin golpeó el pie de Arik para despertarlo y casi instantáneamente, el guerrero estaba en pie, formando una barrera protectora delante de ella. Olsen y Leif no tardaron en unirse a ellos. Para cuando oyeron de más pisadas, ya habían formado un círculo a su alrededor. Se sintió completamente segura.

Se oían cada vez más cerca y las hojas caídas se movían en el bosque. Estaba segura de que los lobos, pues debía haber más de uno, los estaban cercando también. Los vikingos estaban más que dispuestos a enfrentarlos, pero ¿cómo podrían luchar contra ellos? Eran animales salvajes, muy peligrosos para un puñado de hombres. Por más que su tamaño intimidase a cualquiera.

—Han de estar muy hambrientos —susurró Arik—, si se acercan al fuego de esta forma tan descarada.

—Estad preparados —advirtió Leif.

La pregunta de Ivalyn, de para qué debían prepararse, murió en sus labios cuando un par de enormes lobos saltaron hacia ellos mostrando sus dientes. El gruñido que salía de sus gargantas heló la sangre en sus venas. Los vikingos cerraron el círculo instantáneamente.

Más lobos salieron de las sombras. Diez, contó, contra tan solo cuatro, pues los demás dormían en los carros, ajenos al peligro. No los habían despertado porque no era más que campesinos, que no equilibrarían demasiado la balanza aunque estuviesen allí y no en los carros. *Los carros*, pensó horrorizada, su hermana estaba en uno de ellos.

Antes de poder advertirles sobre ella, sucedió todo, tan rápido que apenas logró registrarlo. Los lobos atacaban con sus dientes afilados y sus largas garras, pero los guerreros frustraban una y otra vez su avance, con sus espadas. Y ella, histérica, solo era capaz de rezar para que a ningún lobo se le ocurriese buscar una comida más fácil de obtener en los carros, mientras los vikingos, la iban llevando tras ellos, para alejarla del peligro en cada ataque de los lobos. Parecía un baile mortal en el que no quería participar, pero en el que se veía obligada a hacerlo. Aún así, no podía ignorar que aquellos hombres la estaban protegiendo a riesgo de sus propias vidas y les estaba agradecida. Contra todo pronóstico, consiguieron herir a algún lobo y los hicieron retroceder poco a poco hacia el bosque. Si no le hubiese preocupado tanto que pudiesen ir a los carros, en cuanto comprobó que sabían lo que hacían, habría disfrutado del espectáculo. Puro músculo y espadas contra dientes y garras. Una batalla digna de ser contada.

Pero cuando todo estaba por finalizar, ocurrió lo que había temido. La gente empezó a bajar de los carros, alarmados por el ruido de la batalla y su hermana estaba entre ellos. Ivalyn la vio al instante, pues no había dejado de mirar en aquella dirección desde que el primer lobo asomó su enorme cabeza.

—Lynna —gritó.

Y supo que había sido un error, en el mismo momento en que un gigantesco lobo negro, idéntico al de su visión, que había quedado rezagado en la huída, vio a la indefensa muchacha. Era

una presa demasiado tentadora como para dejarla escapar, tras el fracaso que habían sufrido a manos de los vikingos. Saltó sobre ella e Ivalyn gritó de nuevo, pero el lobo no llegó a tocarla. Un gruñido lastimero salió de sus fauces y huyó cojeando hacia el bosque. Ivalyn miró entonces a su derecha y se encontró con Olin, sudoroso y agitado, con un segundo puñal en su mano, apuntando hacia el lugar donde había estado el lobo segundos antes.

—Gracias —le susurró, antes de correr hacia su hermana y abrazarla con fuerza. Estaba temblando. Ambas lo hacían— ¿Estás bien, Lyn? ¡Qué miedo he pasado!

—Ivy —apenas conseguía hablar, asustada por haber estado a punto de morir a manos de aquel lobo inmenso.

—Shhh —la abrazó más fuerte y se deslizaron hasta el suelo. Tampoco sus piernas las sostenían—. No tienes que decir nada, ya está. Se acabó. Estamos a salvo.

—Quiero irme a casa —susurró—. Odio todo esto.

—Todo va a estar bien, Lynna. Pronto llegaremos a casa.

—Quiero irme a la nuestra.

Ivalyn la apretó contra el pecho, pero sintió que su corazón se encogía al pensar que tal vez, aquella aventura había superado a su hermana. La ayudó a levantarse pasados unos minutos y se acercaron al fuego en silencio. En ese momento, no era capaz de consolarla, por más que deseara hacerlo. Nada de lo que dijese lograría quitarle el miedo del cuerpo, puesto que también ella estaba aterrada.

A pesar de que el resto de la noche había transcurrido sin incidentes, nadie había podido dormir ya. Permanecieron sentados alrededor del fuego, sin decir nada. Ivalyn abrazaba a su hermana con fuerza y acariciaba su cabello, temiendo que le sucediese algo si la soltaba. Había estado cerca, muy cerca, de perderla.

Miró varias veces en dirección a Olin a lo largo de la noche y le sonrió con gratitud, cuando él le devolvió la mirada. Se había ganado su admiración y su afecto en el mismo instante en que le salvó la vida a Lynna. No lo olvidaría mientras viviese.

Apenas amaneció, abandonaron raudos aquel lugar. Esta vez, Ivalyn permaneció junto a su hermana en la carreta. Después del susto que se habían llevado por la noche, no le molestaba perderse el paisaje. Su preocupación estaba ahora en el deseo de Lynna de regresar a su hogar. Lo poco que habían podido avanzar hacia la aceptación de su compromiso, se había perdido con el ataque del lobo. ¿Acaso lo creía una premonición?

—Lo vi —le dijo, una vez dejaron atrás el bosque.

—¿Qué viste?

—Al lobo. Después de cantarte.

—¡Oh, Ivy! —la abrazó—. No debiste hacerlo.

—No importa, Lynna. Habría sucedido de igual modo.

—¿Qué viste en la celebración de mi compromiso? —Lynna jamás le preguntaba por sus visiones porque les tenía miedo, aún así, no pudo contenerse esta vez.

—Pues...

—No, no me lo digas —se retractó al momento—. Si tiene que ver con nuestro padre o con alguna de nosotras no quiero saberlo.

—Vi a nuestro rey huyendo por el pantano —continuó, mirando al vacío, como si pudiese recrearlo por el simple hecho de hablar de ello.

—Eso es terrible. ¿Sabes cuándo ocurrirá?

—Pronto, supongo. Había nieve.

—Yo no podría soportar tener un don como el tuyo, Ivy —la abrazó de nuevo—. No deberías volver a cantar. Ni siquiera para mí.

—No importa, Lyn. Me gusta hacerlo.

—Pero lo de después...

—Lo que viene después no siempre es malo —le sonrió—. A veces, veo cosas buenas también.

—¿Cómo qué? —no se lo creía.

—¿Recuerdas aquella tarde en la cueva, hace ocho años, cuando canté para Annick?

—Sí —sonrió—. Le dijiste que la habías visto casarse.

—Ví mucho más que eso —sonrió—, pero no quise decírselo. A veces, es mejor descubrir las cosas por sí solas.

—¿Sabes con quién se va a casar? —abrió la boca, asombrada.

—Sí y sé que tendrán, al menos, un niño precioso.

—¿Y quién es?

—¡Ah, no! —negó—. No voy a decírtelo. Te quiero mucho. Lyn, pero no eres capaz de guardar un secreto como ese aunque tu vida dependa de ello.

—Vamos, Ivy.

—Solo diré que es alguien a quien conocemos muy bien.

—¿Deniel? —su voz sonó rota.

—No —intentó no sonar muy ruda—. Es mayor que nosotros.

El alivio que vio en los ojos de su hermana la preocupó. Hasta ese momento había creído que Deniel era el único interesado y que ella solo lo veía como un amigo, pero aquella mirada activó sus alarmas. Frunció el ceño antes de hablar.

—¿Te gusta Deniel?

—No —su repentina rigidez desmentía sus palabras—. Para nada.

—Sabes que tienes que casarte, ¿verdad, Lyn? Con el hombre que eligió nuestro padre para ti.

—Lo sé. Deniel no me gusta, solo es un amigo —se recostó en la carreta—. Voy a dormir un poco. Creo que me estoy mareando de nuevo.

Y así, dio por finalizada la conversación, dejando a una cavilosa Ivalyn mirando hacia su espalda.

12

La tarde estaba apenas comenzando cuando llegaron a Rye. Allí les esperaba el barco que los llevaría a la isla. Ivalyn trató de no mirar hacia su hermana mientras embarcaban, pues cada vez que lo hacía, la congoja en su rostro aumentaba su inquietud. No podía olvidar el alivio que vio en su rostro cuando le dijo que no era Deniel quien desposaría a Annick, ni cómo había reaccionado cuando la interrogó sobre él después. Las dudas la carcomían por dentro, pero no quería hablar más del tema porque, si sus sospechas eran ciertas, nombrarlo solo se lo recordaría más a su hermana. Y esa no era buena idea.

La travesía fue corta, pues no estaban tan lejos de la costa, pero Ivalyn disfrutó del viento en su cara y del olor a mar, e incluso cerró los ojos para intensificar sus otros sentidos. El balanceo del barco la relajaba y por un momento, olvidó sus preocupaciones y una sonrisa escapó de sus labios.

Cuando desembarcaron, fueron conducidas al asentamiento que los vikingos habían levantado en el otro extremo de la isla. El más fértil, les habían dicho, pero lo que más sorprendió a Ivalyn fue la fortaleza que servía de vivienda. Había esperado que fuese un impresionante castillo, digno de los guerreros más intrépidos y poderosos, pero se equivocó. En realidad, parecía un enorme barco puesto del revés y no pudo evitar inclinar la cabeza para tratar de averiguar si estaba en lo cierto. No vio la sonrisa de sus compañeros de viaje o se habría sonrojado por su gesto.

Tomó a su hermana del brazo y la arrastró detrás de los hombres hasta el interior de la casa, para descubrir nuevamente, que era muy distinta a lo que conocían. El suelo, de tierra, no era plano, sino que seguía el nivel del terreno en una curva suavizada por la mano del hombre. Las paredes de los paneles verticales eran de madera, al igual que los pilares que sujetaban toda la estructura. Una gran cantidad de ellos. Había una chimenea para calentar el lugar y para cocinar. Las llamas reflejan la luz contra las oscuras paredes, pues no había ventanas, sino respiraderos en el techo, que filtraban la luz del día y el humo. Las paredes habían sido adornadas con hermosas tapicerías, seguramente para suplir la falta de ventanas, y el cuarto estaba iluminado por las lámparas de aceite de hígado de bacalao y los utensilios de cocina estaban impecablemente limpios y ordenados, listos para ser usados en cualquier momento. También había un equipo para tejer y otras herramientas para la artesanía, todo en un mismo espacio. Al parecer, pasaban gran parte del día juntos en la gran casa. Algo que pudo imaginarse al ver también, los anchos bancos situados a lo largo de las paredes y cubiertos de gruesas pieles, que les proporcionaban un buen aislamiento contra el suelo húmedo, como más tarde les explicaron.

Siguieron avanzando hasta un gran salón, dejando atrás la zona comunitaria. El sitio del jefe, dijeron que se llamaba. Y en él, se exhibían los mayores lujos y comodidades de la casa. Contaba con dos entradas, una meridional, que era la entrada principal, y otra norteña, que llevaba a la granja. Estaba lleno de muebles tallados a mano y tapicerías tejidas ilustradas. Había una enorme chimenea justo en el centro, que daba calor a todo el cuarto. En un extremo del mismo pudieron ver el alto asiento del jefe y el de su esposa, que no tardaría en ocupar Lynna. Y aunque Ivalyn

estaba segura de que su hermana también estaba pensando en eso, no se atrevió a mirar hacia ella todavía, porque temía ver su reacción ante el que sería su nuevo hogar, tan diferente a todo lo que conocían. Se limitó a escuchar las explicaciones que les dieron y a disfrutar de sus descubrimientos.

Según dijeron, en ese salón se realizaban los grandes banquetes y las reuniones. Y era, también, donde se hacía mayormente la vida en común, junto con el lugar para la artesanía. Más allá de él, estaban las habitaciones privadas del jefe y de su guardia, así como otras muchas que utilizaban sus huéspedes. En aquel caso, ellas dos. Y al fondo, se encontraban el almacén y el establo, que era el cuarto más grande de la casa, para asombro de Ivalyn. Les habían dicho que los animales permanecían allí en invierno y por eso debía ser tan espacioso.

De nuevo fuera de la casa, pudo ver que había un cercado donde los animales domésticos podían pastar tranquilamente. Y había gran variedad de ellos, lo que las sorprendió a ambas: cerdos y ovejas, vacas y cabras, caballos y pollos. Su padre obtenía todo lo que necesitaba para el castillo abasteciéndose en el pueblo o con los tributos que debían pagarles. E incluso con la caza. Pero nunca se le habría ocurrido criar animales, como hacían aquellos hombres. No solo eran los mejores guerreros, sino también unos excelentes granjeros, artesanos y al parecer, cualquier cosa que se propusiesen.

¿Lo sabría su padre cuando las envió a allí? Seguramente, pues había ido a visitarlos en innumerables ocasiones, después de que el rey les entregase aquella tierras. Ivalyn comprendió que aquel era el verdadero motivo por el que su padre había insistido en que su hermana conviviese con ellos incluso antes de la boda. La suya era una cultura totalmente diferente y a su hermana le iba a costar adaptarse. Después de ver aquello, supo que su estancia allí se ampliaría más de lo que tenía previsto en un principio.

Las acomodaron en habitaciones contiguas, para que estuviesen cerca e Ivalyn comprobó una vez más que allí todo era diferente. Pero aunque austero, le parecía un cuarto con cierto encanto. La cama ocupaba gran parte del espacio. Era enorme y tenía dosel, que además de impedir que la luz la despertase temprano, la salvaría también de los mosquitos en verano. Aunque esperaba no tener que quedarse tanto como para acabar comprobando su efectividad. El armario, junto a la ventana, era grande también, excesivo para su escaso vestuario, pero le gustó el modo en que lo habían embellecido con aquellas tallas florares, fiel reflejo de las reales. Su ebanista era verdaderamente diestro.

Al otro lado de la alcoba, había una pequeña mesa con un espejo diminuto y una jofaina para las abluciones matutinas. Justo a su lado, había una pequeña chimenea que calentaba el local. O lo habría hecho si estuviese encendida. No tenía baño propio, pero no le importó. El cuarto era suficientemente amplio para que le llevasen la bañera cuando la necesitase. Por un momento, pensó en su hermana y en lo horrorizada que estaría con todo aquello, acostumbrada a las modernidades que su padre había adoptado para ellas. Decidió que hablaría con ella antes que nada, por más curiosidad que tuviese por explorar el entorno.

Salió de su alcoba y llamó a la puerta de su hermana. Entró sin esperar su permiso, como hacía siempre, y la encontró en medio de la habitación, de espaldas a ella, completamente rígida. Podía imaginar lo que estaba pensando de aquel lugar y se mordió el labio inferior ligeramente, antes de enfrentarla. Vio el espanto en sus ojos y deseó poder evitarle aquel mal trago, aunque sabía que no podía.

—¿Estás bien? —sabía la respuesta, pero necesitaba oírlo de sus labios.

—Esto es primitivo —respondió con un hilo de voz.

—Tiene su encanto —intentó animarla—. No es tan moderno como el castillo de nuestro padre, pero es acogedor.

—¿Acogedor? —la miró como si se hubiese vuelto loca—. Es una maldita cabaña.

—Una cabaña enorme —sonrió—. Vamos, Lyn, no es tan terrible. Y piensa que cuando seas la señora de la casa, podrás hacer tantos cambios como quieras.

—No quiero hacer cambios en una cabaña —gimió—. Quiero un castillo, rodeado de una enorme muralla que me proteja. ¿No te has fijado, Ivy? Ni siquiera está cercada. Seríamos masacrados sin problemas si alguien nos atacase.

—Dudo que alguien se atreviese a hacerlo —respondió—. Estamos en una isla, esa es la mejor protección.

—No quiero que te vayas nunca —la abrazó—. Si me quedo sola con estos bárbaros, me moriré.

—Lynna, no son bárbaros —le reprochó su actitud—. Y cuanto antes lo admitas, mejor para todos. Serán tu familia en menos de dos meses, así que ve haciéndote a la idea de que este será tu hogar a partir de ahora.

—Ivy —la desesperación en su voz no la dejó indiferente—, no creo que pueda hacerlo. Estoy tan asustada.

Ivalyn la abrazó, incapaz de decir algo más. Se sentía dividida en ese momento. Por un lado, quería consolarla, pero por otro, la enfadaba ver que no intentaba darles ninguna oportunidad, antes de juzgarlos y condenarlos.

—Vamos —dijo, después de unos minutos—. Iremos juntas.

Tomó su mano con fuerza, más para obligarla, que para confortarla y salieron del cuarto. Un cuarto exactamente igual al suyo, aunque no lo notó en aquel momento, porque la congoja de Lynna había acaparado toda su atención. En el gran salón las esperaban Leif y sus hombres. Estaban junto a la gran chimenea, calentándose. Ivalyn arrastró a su hermana hacia allí a pesar de su reticencia. Solo pensaba en acercarse al fuego para olvidar el frío que había pasado en el viaje. Lynna se mantuvo cerca de ella, pero tan lejos como pudo de los vikingos. Le asustaba estar en aquel lugar, rodeada de hombres a los que temía.

—Esto es vida —suspiró Ivalyn—. Podría quedarme aquí el resto del día.

—Mandaré encender la chimenea de tu alcoba inmediatamente —la voz de Leif parecía encerrar una disculpa—. No contaba con tu presencia en este viaje.

—No os preocupéis —sonrió—. No tengo intención de regresar por el momento a ella. Hay mucho que explorar y muy poco tiempo antes de que oscurezca.

Lynna se excusó poco después, cuando Ivalyn decidió que podía abandonar ya el calor del fuego para salir fuera, y regresó a su alcoba. Su hermana se prometió que hablaría de nuevo con ella más tarde y que no se dejaría avasallar por sus lágrimas. Tendría que dejar de esconderse y enfrentarse de una vez por todas a su futuro como esposa de Leif. Pero ahora prefería descubrir todos los maravillosos rincones que estaba segura que habría en aquel lugar. Al menos los que le diese tiempo antes de que llegase la noche. Y tal vez, si podía describírselos a su hermana, la animase a conocer su nuevo hogar.

Arik se ofreció a acompañarla y decidió que esta vez le daría una oportunidad. Aunque tuviese fama de conquistador, dudaba que intentase seducirla, pues era la hija menor de un conde y jugar con ella le traería consecuencias. Por eso, cuando le ofreció el brazo, lo aceptó con una sonrisa sincera. Los conocería a todos, empezando por él, para poder ofrecerle a su hermana la mejor versión de todos ellos, cuando la obligase a salir de su escondite.

—Me gusta la idea de tener una granja propia —le dijo, después de recorrer los alrededores — ¿Es así en vuestro país de origen?

—A veces —su sonrisa rivalizaba con el mismísimo sol.

—¡Ah! De modo que no os dedicáis tan solo al saqueo y al pillaje —estaba bromeando y Arik supo verlo—. Es bueno saberlo.

—Somos más civilizados de lo que parecemos —se acercó a ella—, aunque si nos gusta algo lo suficiente, intentaremos conseguirlo a toda costa.

—Como todos —rió—. Eso no me impresiona, Arik.

—No pretendía impresionaros, preciosa.

—Sé lo que pretendéis, pero no funcionará. Puede que tenga solo 17 años, pero os aseguro que soy más capaz de resistir vuestros encantos que otras mujeres de más edad y experiencia.

No había perdido la sonrisa en ningún momento y Arik no pudo sino admirarla por su franqueza. Rió ante su osadía, tan directa y sincera, pero aquello solo suponía un nuevo reto para él, porque seguía igual de dispuesto a ganar la apuesta. Observó su boca llena y rosada, que mostraba unos blancos y perfectos dientes; aquellos ojos verdes enmarcados por espesas pestañas largas y que lo miraban con desenfado; su pequeña naricilla, tan coqueta y que encajaba a la perfección en su angelical rostro. Puede que fuese la gemela de su futura señora, pero cuanto más tiempo pasaba con ella, más diferencias encontraba entre ambas. Eso sin contar con su disparate carácter. Ivalyn era todo encanto y desparpajo, mientras Lynna se le antojaba misteriosa y tímida en exceso.

—Si no dejáis de mirarme de ese modo —lo reprendió—, me temo que tendré que explorar el resto del lugar yo sola.

Se mordió dulcemente el labio y los ojos de Arik se posaron allí. Ivalyn retrocedió un paso, no porque le tuviese miedo, sino por precaución. Rió por lo bajo y se giró para romper el contacto con su mirada. Se habría sentido halagada, si no supiese que miraba a todas de igual forma. Los hombres como él no le convenían ni le interesaban.

—Es difícil no hacerlo con una muchacha como vos.

La siguió apresuradamente, pues ya se había adelantado algunos pasos. Vio el ligero, pero inconsciente contoneo de sus caderas y supo que disfrutaría derribando cada barrera que ella levantase entre ambos. Le gustaban los desafíos e Ivalyn se le presentaba como uno.

—Me temo que no puedo creerlos —fingió sentirse decepcionada—. Los hombres como vos tenéis los ojos ligeros, por no decir otra cosa.

—¿Qué hombres? —le siguió el juego. Se estaba divirtiendo mucho con ella.

—Creo —hizo una pequeña pausa para dar mayor dramatismo a sus palabras— que no habéis salido de debajo de la falda de ninguna mujer desde que vuestra madre os parió hace... ¿cuánto?

—23 años.

—¿23 ya? —chasqueó la lengua—. Es hora de que os lo toméis más en serio, Arik. Antes de que os arruguéis demasiado y ya ninguna mujer os desee como esposo.

—Estoy tomándomelo en serio ahora mismo, preciosa.

—¿Por cuánto tiempo? —rió ella, sin creerlo— ¿Cuánto os dura el interés en una mujer que ya se ha rendido a vos?

Arik frunció el ceño porque sabía que no era una simple pregunta, hecha para continuar con la broma, sino que era real y genuina. Ivalyn lo creía un mujeriego, que lo era y nunca lo había negado, pero que lo pensase ella y lo rechazase por eso, no lo hacía sentirse orgulloso.

—¿Os gustaría ir de nuevo en barco? —cambió de estrategia—. He podido comprobar que

disfrutasteis del viaje.

La risa de Ivalyn viajó hasta la casa y Leif se tensó al escucharla. Saber que Arik la había provocado, lo irritaba más de lo que le gustaría admitir. No tenía derecho a sentirse ofendido si Ivalyn dispensaba sus atenciones a otro hombre porque él iba a casarse con su hermana, pero Arik no era un hombre cualquiera, era un conquistador. Y ella una muchacha demasiado dulce e inocente, que caería en sus garras si nadie lo impedía. O al menos eso se decía para convencerse de que actuaba para protegerla.

Salió fuera y se acercó a ellos. Arik estaba apoyado en la valla del cercado y se inclinaba hacia ella con fingido desinterés, mientras le hablaba. Leif conocía aquel brillo de sus ojos y desinterés era lo último que sentía su amigo. Ivalyn lo miraba condescendiente, incluso decía que aburrida. Leif dudó un momento en interceder por ella, pues tal vez no necesitase que la advirtiese sobre él. La joven mantenía cierta distancia entre ellos y parecía no sentirse atraída por el magnetismo innato del hombre.

—Me temo que es un poco tarde —la oyó decir—. Tal vez en otra ocasión, si alguien más decide unirse a nosotros.

—¿Acaso me tenéis miedo?

—Por supuesto que no —rió—. Pero eso no significa que os vaya a ofrecer la posibilidad de arrinconarme en un barco, donde no pueda escapar de vos si os ponéis imposible. No soy idiota.

—Por supuesto que no —le devolvió sus propias palabras, riendo.

Los vio alejarse hacia la playa después, seguramente para que Ivalyn pudiese admirar las vistas. Habían elegido aquella isla, no solo por su buena ubicación y las posibilidades que tenía y que solo ellos parecían ver, sino por las impresionantes vistas de la desembocadura del río y del infinito mar ante ellos. Decidió no inmiscuirse en esa ocasión, pero se prometió vigilar los pasos de Arik. No pretendía ofender al conde, permitiendo que su jovial amigo sedujese a la menor de sus hijas mientras permanecía en su hogar.

Cuando empezaba a caer la noche, regresaron a la casa. Ivalyn tenía las mejillas sonrosadas y el pelo alborotado por la brisa del mar y Arik la miraba embelesado. Olin miró hacia su hermano y frunció el ceño. ¿Sería posible que aquel bribón de ojos azules al final, lograra conquistar a la hija del conde? No querían creerlo, pero, por el momento, parecía disfrutar de su mutua compañía. *Algo tendrá que decir Leif sobre esto*, parecía que decía la mirada de Olsen.

—Iré a ver cómo se encuentra mi hermana —los miró a todos, con la sonrisa todavía en los labios—. Gracias por el paseo, Arik, ha sido de lo más estimulante. Sobre todo, después de tantas horas de viaje en aquel espantoso carro.

—Ha sido un placer, preciosa. Podemos repetir cuando queráis.

—Estupendo —sonrió, entusiasmada con la idea de seguir explorando—. Pero la próxima vez iremos todos juntos. Será más divertido.

La cara de Arik se descompuso cuando ella pronunció aquellas últimas palabras. Olin habría pagado por verla más veces y algo le decía que lo haría. No pudo evitar reírse y Arik lo atravesó con una furibunda mirada, pues a él no le hacía ninguna gracia que aquella pequeña muchacha lo hubiese rechazado de una manera tan sutil. Se había dedicado a provocarla con sus comentarios y a hacerla reír durante la última hora y creía que había conseguido avanzar con ella, pero sus palabras lo desmentían. Estaba claro que no sería una presa fácil, pero él era un cazador experto. Lo lograría.

—Parece que es inmune a tus encantos, amigo —Olin todavía reía—. Eso es un punto para mi hermano, aunque no descarto que Leif te pegue un puñetazo cuando se entere de lo que te

propones.

—Esperemos que no lo haga —lo amenazó—. Al menos no por boca de alguien que conocemos todos. Eso anularía la apuesta.

—No tengo intención de decir nada. Esto es más divertido así.

Finalmente la risa de Olin contagió a Arik. Era un hombre que no podía permanecer mucho tiempo serio, porque no estaba en su naturaleza. Tampoco el rendirse y por eso, después del pequeño fracaso que había sufrido, estaba dispuesto a intentarlo con más ímpetu.

13

En poco tiempo, se estableció la rutina. Ivalyn permanecía fuera de la casa tanto como podía y cada día conversaba con alguien nuevo, pues estaba empeñada en conocerlos a todos personalmente, mientras que Lynna intentaba escabullirse con cualquier excusa para no permanecer entre los vikingos más tiempo del que ella consideraba estrictamente necesario. Lo que no facilitaba la tarea de su hermana de lograr un acercamiento real entre ella y su prometido. Su frustración crecía al mismo ritmo que los intentos de Lynna de mantenerse al margen.

Además, Arik continuaba rondándola con insistencia, a pesar de que nunca le había dado motivos para tener esperanzas con ella. Y aunque creía que no iba en serio con aquel asunto, pues Olin se burlaba continuamente de él por ese tema, siempre intentaba frustrar sus planes sutilmente, para no ofenderlo. También sabía que había algo más en aquel asunto y se proponía averiguarlo.

Había pensado que aquel viaje sería un descanso para ella de sus obligaciones, pero parecía tener más trabajo que nunca, aunque no fuese dirigiendo la casa, sino inventando formas de escapar del asedio de Arik y de hacer que su hermana hablase con Leif.

—No quiero verlos pelear —se quejó Lynna mientras la arrastraba fuera— ¿Qué hay de interesante en eso?

—Yo quiero verlos —ignoró su pregunta—. Llevas dos días encerrada en tu alcoba. Es hora de que respires un poco de aire puro.

—Hace frío —protestó de nuevo.

—Pues abrígate —sonrió hacia ella. No le iba a dar tregua ni le permitiría pensar en cosas negativas. Si quería que disfrutase de su nuevo hogar, debía ser contundente con ella.

Lynna suspiró y se dejó arrastrar hasta el campo de entrenamiento, donde los guerreros practicaban con sus armas. Era un espectáculo digno de ver, incluso para una mujer a la que no le interesaba el arte de la guerra. Tanto torso desnudo en hombres tan altos y atractivos, incitaba a observarlos con la boca abierta.

—¿Qué me dices ahora, Lyn? —bromeó, viéndola observarlos sin ningún disimulo.

Lynna se sonrojó, pero no dijo nada. Ivalyn rió alto y su hermana la fulminó con la mirada porque había logrado captar la atención de los hombres. Ivalyn se limitó a abrazarla y darle un beso en la mejilla, a lo que ella respondió con un sonrojo más intenso.

—A veces me pregunto dónde está tu sentido de la aventura, Lyn —suspiró.

—Creo que te lo has quedado todo tú —se permitió bromear.

—Buenos días —Arik se acercó a ellas para saludarlas. Cualquier excusa era buena para acercarse a la gemela más joven.

—Buenos días, Arik —Ivalyn le sonrió.

—¿Admirando las vistas?

—Desde luego —contestó, divertida, mientras Lynna se limitaba a mirar al suelo para no tener que hablar—. El mar se ve precioso desde aquí.

Arik rió, lo que atrajo más de una mirada hacia ellos. A pesar de los continuos rechazos que

sufría por parte de Ivalyn y de que su orgullo de hombre se llevaba la peor parte, el vikingo disfrutaba de su ingenio. A esas alturas, ya estaba pensando seriamente en empezar a reunir las botellas de aguamiel para Olsen.

—En realidad —abrazó a su hermana para tratar de incluirla en aquella conversación—, queríamos ver qué tan buenos sois los hombres del norte luchando, ¿verdad, Lynna?

—Si tú lo dices —murmuró ella.

—Tengo entendido que vos sabéis usar una espada —Arik ignoró a la hermana mayor. No a propósito, sino porque se sentía incómodo. No le gustaba hablar con alguien que rehuía su mirada todo el tiempo.

—Un poco —se encogió de hombros, cohibida.

—Eso habrá que comprobarlo —dijo, ofreciéndole una mano para que lo acompañase.

—Tal vez en otra ocasión —negó ella, temiendo quedar en ridículo ante todos ellos—. Jamás he luchado si no es con Mael. No creo que sea tan buena idea.

—¿Le diréis eso a un enemigo cuando os ataque? —alzó una ceja, entre curioso y divertido.

—Espero no tener que hacerlo.

—Ve, Ivalyn —susurró Lynna—. Yo estaré viéndote desde aquí.

Lynna sabía que ella era parte del problema. Ivalyn trataba de no separarse de ella cuando estaban rodeadas de vikingos, para que se sintiese segura y su integración fuese más llevadera, pero ella todavía era incapaz de mirarlos a los ojos y no sentir miedo, aún teniendo a su hermana al lado. Sabía cuánto disfrutaba de sus entrenamientos con Mael y quería compensarla por sus intentos frustrados con ella, así que la convencería de que estaría bien si se iba con Arik.

—¿Segura? —le preguntó en el mismo tono bajo.

—Por supuesto —le sonrió para hacerle ver que no había problema con eso—. Dejaré que el sol bañe mi piel como querías, mientras disfruto del espectáculo.

—De acuerdo, entonces —aceptó la mano de Arik y lo siguió hasta el campo de entrenamiento.

Ni llevaba la ropa adecuada ni tenía a mano su propia espada, que Mael había adaptado a su peso y constitución, pero tampoco es que pretendiese impresionar a nadie. Solo quería tomar una espada en sus manos y divertirse. Desde que Mael había entrado en la guardia de su padre, no habían vuelto a practicar y lo echaba de menos.

Arik le entregó la espada más pequeña que encontró, aunque le seguía resultando aparatosa y pesada. Sopesó su equilibrado, tal y como le había enseñado a hacer Mael y la balanceó en el aire después. Sabía que la estaban observando, pero fingió no verlos para no ponerse nerviosa.

—No sé si podré hacer mucho con ella —le dijo a Arik finalmente—, pero lo intentaré. De todas formas, no soy un portento con la espada. Sé lo suficiente para defenderme.

—Eso es lo importante —le aseguró Arik.

—¿Lucharé contigo? —le preguntó.

—Con el jefe —respondió Olin, antes de que Arik se ofreciese—. Siempre has de medirme con él en primer lugar.

—En primero y en último —rió, divertida—. No voy a hacer esto con nadie más o acabaré con los brazos y la espalda destrozados.

Leif se acercó, blandiendo su espada sin dificultad a pesar de ser casi tan larga como ella. Era impresionante verlo, con el pecho desnudo y los músculos de sus brazos contrayéndose con cada movimiento. Apartó la mirada, turbada por la visión. Cada día le costaba más fingir que no sentía interés por él. Que fuese el prometido de su hermana solo lo complicaba.

—Iremos despacio —dijo, atrayendo su mirada de nuevo hacia él—. Y si necesitas parar, me avisas.

—No soy ninguna pusilánime —blandió la espada, ofendida—. Luchemos.

La risa de Arik la hizo voltearse y lanzarle una mirada furibunda. Estaba permitido que ella se quejase del peso de la espada o comentase que se cansaría por tener que usarla, pero no aceptaría que la creyesen menos hábil o menos capaz.

Luego enfrentó a Leif y lanzó su ataque. Su vestido era un problema, pues se enredaba en sus piernas en cada movimiento, pero no dejó de intentarlo. Y aunque le enfadaba saber que Leif se estaba conteniendo por ser ella, no dejó que sus sentimientos le impidiesen concentrarse. Tal y como le había enseñado Mael.

—Jamás te dejes llevar por la ira, Spunky —le había repetido una y otra vez—. Te cegará y entonces serás vulnerable. Respira hondo y controla tus impulsos. Busca debilidades en tu oponente. Eres pequeña y frágil en comparación con cualquier hombre, así que tendrás que valerte de engaños y trampas para vencerlo.

—No quiero hacer trampas —protestaba ella siempre.

—No podrás vencer a un soldado experimentado limpiamente, porque te supera en fuerza y corpulencia. Solo con eso ya habrá ganado.

Mael trataba de enfadarla siempre en cada entrenamiento, para demostrarle cuán fácil era hacerla perder si no se controlaba y gracias a él, había aprendido a mantener a raya sus sentimientos no solo en la liza, sino en su día a día.

Centró su atención en Leif, cuando este la atacó de vuelta, pues dejar vagar su mente tampoco era buena idea. A duras penas, lograba detener sus golpes, incluso cuando no empleaba toda su fuerza contra ella. Su intensa mirada, estudiándola, no ayudaba tampoco. La estaba poniendo nerviosa.

—Controla mis movimientos —le sugirió, después de frenar otro de sus golpes— y aprovecha mi fuerza en tu beneficio. Desequilíbrame para poder atarme con más eficacia.

Le agradeció el consejo con una sonrisa e intentó hacer lo que le decía. En la siguiente ocasión en que él alzó su espada contra ella, no intentó detenerla sino que se apartó hacia un lado y le ayudó con su espada a que esta se deslizase hasta el suelo. Leif vaciló un par de pasos, al no encontrar resistencia, aunque se recuperó rápidamente. Ivalyn sabía que no era rival para él, pero se sintió exultante con aquella pequeña victoria.

—Bien —asintió él—. Otra vez.

La atacó en varias ocasiones más, sin permitirle descansar entre ellas, como había venido haciendo hasta entonces y el cansancio empezó a mermar la rapidez en sus reflejos. Sus movimientos se volvieron más torpes, pero Leif, en cambio, parecía igual fresco que si no estuviese luchando.

—Podemos dejarlo cuando quieras, Ivalyn —le dijo, consciente de que estaba llegando a su límite.

—Estoy bien —negó. Pero un mal paso al pisar su vestido en uno de sus retrocesos, la llevó directamente al desastre: acabó con el trasero en el suelo. Ahora, además de los brazos, le dolerían las posaderas, y al pensar en ello, no pudo evitar reír.

—¿Estás bien? —Leif le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

—Creo que este es el final de la demostración para mí —dijo, todavía con la sonrisa en los labios—. Habéis ganado. Enhorabuena.

—No era una competición —permanecieron unidos por sus manos, uno frente al otro—. Eres

buena ya, pero con un poco de práctica serías incluso mejor.

—Gracias.

—Podría enseñarte, si quieres.

—No tengo intención de entrar en guerra con nadie —rió bajito—. Ya me buscaré un esposo que pueda defenderme mejor de lo que yo lo hago.

En cuando dijo aquello, se arrepintió. No quería hablar con Leif de un futuro esposo para ella, aunque no era algo que tuviese que ocultar. Era un hecho, que algún día tendría que desposarse con alguien. *Y él no es para ti*, se recordó. Retrocedió un par de pasos, separando sus manos en el proceso.

—Gracias por la lección —añadió, sonriendo—. Ha sido muy instructiva.

Regresó con Lynna. Sentía su corazón latir a destiempo y sabía que no había sido por la pelea, pero se negó a mirar hacia atrás, temiendo desmoronarse. *Esto no está bien*, se repetía una y otra vez, mientras se acercaba a su hermana.

—Ha sido impresionante, Ivy —le dijo esta en cuanto la alcanzó.

—Volvamos a casa —la cogió de la mano y la arrastró con ella—. Necesito un baño.

—¿Estás bien? —intentó frenarla, pero no pudo.

—Estoy cansada —la miró, tratando de sonreír— y sudada. Necesito ese baño con urgencia.

—De acuerdo.

No quería hablar de lo que estaba sintiendo en ese momento y menos con ella. Antes debía analizarlo en profundidad y a solas. Con suerte, se convencería de que solo era admiración. Leif era un hombre íntegro y leal, que cuidaba de su gente con gran celo. Era también fuerte, pero comprensivo. Y muy inteligente, además de correcto en todo cuanto hacía. Aquellas eran cualidades que ella siempre había buscado en un hombre. Y era lo que debía estar confundiendo a su tonto corazón.

—En un par de días olvidaré toda esta locura —se dijo a sí misma, una vez sola—. No es más que un hombre digno de admiración. Solo eso.

Se dejó caer en el agua y cerró los ojos para relajarse. Las emociones habían estado a flor de piel durante la lucha y era fácil confundirse de sentimientos. O eso quería creer, pues el otro motivo para sentirse así no era aceptable. No, cuando su hermana estaba prometida a aquel hombre.

Durante el resto de la mañana, decidió evitar a Leif, algo que no le resultaría complicado, porque seguía entrenando con sus hombres. En cambio, se llevó a su hermana a la playa a dar un paseo y disfrutaron de unas horas para ellas solas.

—Admite que esto no es tan malo —dijo, sentadas en la arena, mientras observaban las olas ir y venir.

—Lo único bonito en esta isla —suspiró.

—Eso es porque no le das una oportunidad al resto, Lynna.

—No sé cómo —admitió—. Me asustan, Ivy.

—Llevamos ya un tiempo aquí —la miró, divertida—, ¿no crees que si quisiesen hacernos daño, ya lo habrían hecho? Hasta ahora no he visto que coman gente o que se maten los unos a los otros.

—No te burles de mí —protestó.

—No me lo pongas tan fácil —chocó sus hombros y le sonrió.

—Como si necesitases que te ayudase en eso —bufó.

—Ya sé qué te animará —dijo, de repente.

—¿Volver a casa y olvidar este mal sueño?

—¿Quién es la graciosa ahora? —canturreó—. No, no es eso. Será genial, ya lo verás.

—¿Qué? —por un momento, se dejó contagiar por el entusiasmo de su hermana.

—Es una sorpresa —no pensaba contarle nada y por eso se levantó y le tendió la mano para regresar—. Mañana va a ser un gran día, ya verás.

Cuando alcanzaron la casa, vieron a los niños jugando con un lechón. Lo habían liberado y ahora intentaban atraparlo, pero el animal era tan escurridizo, que no les facilitaba la tarea. Incluso Lynna sonrió al verlos.

—Ivy —gritó una de las niñas—. Ayúdanos a cogerlo.

En cuanto el asustado animal pasó cerca de ella, se lanzó tras él sin pensárselo. El suelo estaba resbaladizo por el barro y cayó de bruces, ensuciando su ropa y sus manos.

—Acababa de bañarme —rió, antes de levantarse y perseguir junto a los niños al lechón. Y aunque Lynna se negó a participar, los vio correr de un lado a otro, con una sonrisa en los labios. Era lo que necesitaba para entender que, si le daba una oportunidad, aquel lugar no sería tan malo para vivir.

—Por allí —gritó uno de los mayores—. Ivy, va hacia ti.

Ivalyn se preparó para atraparlo, usando la falda de su vestido a modo de red. A pesar de ser tan pequeño, tenía bastante fuerza y la tiró al suelo, sin que lograra aflojar su agarre sobre él. La risa amenazaba, en cambio, con hacerle perder el control del animal, pero llegaron en su auxilio y consiguieron evitar que se le escapase.

Todavía reía cuando los hombres regresaron del entrenamiento. La diversión brillaba en sus ojos, al verla tirada en el suelo, embarrada hasta las orejas y con un lechón furioso y pataleante en los brazos. Los niños también reían, pendientes tanto de ella como del animal. Ivalyn les entregó el cerdo para que siguiesen jugando o para guardarlo en el cercado e intentó levantarse, pero solo logró embarrarse más.

—¿Te ayudo? —Leif se adelantó a Arik y le tendió la mano.

—Gracias —todos sus esfuerzos por olvidar lo que provocaba en ella, se fueron al traste en cuanto tocó su mano.

—Incluso llena de barro estáis encantadora, Ivalyn —Arik no parecía dispuesto a dejarse ignorar y se acercó a ellos igualmente.

—El barro es bueno para la piel —rió ella, liberando su mano de las de Leif— ¿No lo sabíais, Arik? Ayuda a mantener una piel suave y tersa.

—No necesitáis nada de eso, preciosa —le sonrió.

—No lo decía por mí, Arik —lo miró con picardía y le pasó la mano por el rostro, embarrándolo, antes de que pudiese retroceder—. Me temo que tendré que darme otro baño antes de comer. Si me disculpáis, caballeros.

Se alejó de ellos, ignorando las protestas de Arik y la mirada de Leif. Si el primero le agudizaba el ingenio, a pesar de que a veces le resultaba agotador, el segundo alteraba sus nervios. Al entrar en casa, deseó por primera vez desde que habían llegado, poder regresar a su hogar y alejarse así del hombre que la confundía. O era ella, que equivocaba sus sentimientos, pues Leif jamás había hecho nada para alentarla.

14

A la mañana siguiente, Leif estaba sentado a la mesa junto a sus amigos, disfrutando de un copioso desayuno, cuando la razón de sus frustraciones entró en el salón. Era como una ráfaga de aire fresco en aquel lugar, algo que no solo él percibía. La muchacha irradiaba alegría constante y atraía las miradas como un imán los metales. Y aunque no fuese su intención, opacaba a su hermana en la mayoría de las ocasiones. O tal vez se debiese a que la otra parecía más dispuesta a pasar desapercibida, que a hacer notar su presencia.

—Buenos días, caballeros —Ivalyn sonreía, como siempre.

Leif pudo ver cierto brillo en sus ojos, que le decía que planeaba algo. Aunque se suponía que su prometida era la hermana y que era a ella a quien debía conocer, había aprendido a interpretar cada gesto y expresión de Ivalyn, mientras que Lynna le seguía resultando un completo misterio.

Las escasas ocasiones en que Ivalyn conseguía convencerla para acompañarlos, la joven apenas hablaba y cuando lo hacía, emitía tantos monosílabos como podía. Sabía tanto de ella como el día de su llegada y eso lo frustraba, porque el día de la boda estaba cada vez más cerca y ni siquiera sabía si tenía algo en común con su futura esposa.

No pedía amor inmediato, pues era evidente que la joven tenía algún que otro reparo por aquella relación, pero esperaba cierto grado de entendimiento entre ellos, al menos. El cariño y la complicidad podían surgir después, cuando lograrse hacerle ver que su miedo era injustificado. Pero si no se dignaba ni a hablarle, nada de eso sería posible.

—Dadle tiempo —le había dicho Ivalyn en más de una ocasión, al ver cómo su hermana desaparecía de su vista en cuanto podía—. Acabará acostumbrándose a vuestra presencia y cambiará. Os aseguro que cuando la conozcáis, os agradará de verdad.

Pero Leif no tenía tanta paciencia. Había intentado demostrarle a su prometida que era un hombre amigable y sin embargo, continuaba percibiendo el miedo en sus ojos cada vez que lo miraba o cada vez que hablaba con él. Sabía que podía ser una muchacha tan alegre como su hermana, porque había visto cómo se comportaba con ella, cuando creía que nadie las estaba observando. Y necesitaba que Lynna confiase en él y se relajase en su presencia, no solo porque fuesen a compartir el resto de sus vidas, sino porque creía que aquella era la única forma de eliminar los sentimientos que su hermana menor le provocaba.

Cada día se sentía más atraído por ella y el asedio sin tregua de Arik no ayudaba a refrenar sus emociones, sino todo lo contrario. Cada vez que su rubio amigo la miraba o le sonreía, una furia incontrolable se apoderaba de él y tenía que apretar los puños fuertemente para no golpearlo. Solo saber que Ivalyn lo rechazaba en cada ocasión impedía que le estampase el puño en la cara. Aún así, le turbaba sentir celos, cuando no tenía derecho a ello, y nada de lo que se dijese, servía de justificación.

Las dos muchachas se sentaron a la mesa para desayunar junto a ellos. Ivalyn estaba radiante, como siempre y Lynna, al menos no temblaba de miedo esa mañana. Parecía más relajada que otros días e incluso se atrevió a inclinar la cabeza hacia él a modo de saludo, antes de apartar la

mirada y centrarla en su plato.

—Me preguntaba si alguien nos podría llevar hasta Rye hoy.

Y ahí estaba esa pícara sonrisa con la que pretendía encandilar a uno de ellos para que le ayudase con sus planes. Leif contuvo el aliento para no suspirar de placer. Si al menos su prometida se pareciese en algo a ella. Eran gemelas, por el amor de Dios. Algo del entusiasmo de su hermana se le debería haber contagiado.

—Yo mismo os llevaré, preciosa. O recuerdo que me debéis un viaje en barco —se apuntó Arik, guiñándole un ojo, ante lo que Leif reprimió un gruñido, no con demasiado éxito. Al menos, no para sus hombres, que sonreían descaradamente.

—En realidad ya tenía a alguien en mente.

—Me duele saber que no ocupo vuestros pensamientos a todas horas —Arik se llevó la mano al corazón.

Lo ignoró a propósito con una simple sonrisa y desvió su mirada hacia el mayor de todos ellos. El único que era más parco en palabras que la propia Lynna. Vieron la alarma en sus ojos aún cuando trataba de disimularlo cuando Ivalyn le sonrió, decidida a recibir un sí de su parte. Tal vez convencerlo no fuese fácil, pero no quería a nadie que no fuese él.

—Si no tenéis demasiado que hacer, Olsen —le dijo—, vos sois ideal para los planes que tengo en mente.

La risa se atragantó en la garganta de Olin, junto con el bocado que había metido escasos segundos antes en su boca, al ver la confusión en los ojos de su hermano. Muy pocas veces lograban sorprenderlo, pero Ivalyn era experta en eso. Con todos ellos. Si no conociese a su hermano, diría que incluso se había sonrojado, pero la barba le impedía descubrirlo.

Arik no fue tan sutil, simplemente se rió en la cara de su amigo. Las bromas habrían durado horas de no ser por Ivalyn, que lo interrumpió después de un par, ansiosa por que aceptase.

—Vuestra discreción es lo que busco —miró con reprobación a Arik antes de continuar—. Otros no saben cuándo cerrar la boca.

—Me lo habéis puesto en bandeja, preciosa —sonreía con picardía.

—Sois demasiado avisado para que necesitéis de mi ayuda. Habríais encontrado cualquier otro motivo para reiros de él. Es lo que mejor se os da.

No había censura en sus palabras, pero Arik supo que una nueva barrera se estaba interponiendo entre ellos. Era una muchacha dura de roer, aunque disfrutaba de su lengua mordaz y de su reticencia a la conquista. Poco a poco y casi sin darse cuenta, aquella muchacha se estaba ganando su admiración. Y lo más impresionante, su amistad.

—Está bien —rió—. Desisto por hoy. Dejaré que Olsen os entretenga. Así comprobaréis cuánto me echáis de menos.

—Pero si yo os echo de menos todo el tiempo —rió—. Rechazar vuestras atenciones supone un desafío. Y yo los adoro.

La franqueza en sus palabras sobre la ineficacia de sus intentos de seducción, le indicó que había fracasado estrepitosamente. Ivalyn no tenía intención alguna de dejarse atrapar en sus redes. Nunca lograría tentarla lo suficiente. Miró a Olsen, que todavía no había pronunciado ni una sola palabra.

—Has ganado, viejo —le sonrió con pesar. Hubiese preferido ganar él.

Se abstuvo de decir más, porque Ivalyn los observaba con curiosidad. Sabía que sospechaba que detrás de sus intenciones había más que el simple deseo de conquistarla, pero no sería él quien se lo dijese. Le guiñó un ojo y ella hizo un mohín.

—¿Nos acompañaréis, Olsen? —decidió que era más importante lo que tenía en mente, que unas intrigantes palabras en boca de Arik y fijó su atención en el vikingo que le interesaba en ese momento.

Olsen miró hacia Leif buscando una confirmación, que obtuvo a través de un ligero asentimiento. A Ivalyn no le pasó inadvertido aquel gesto, como no lo había hecho en otras tantas ocasiones. Puede que entre ellos hubiese una camaradería poco habitual o que el propio Leif les pidiese consejo algunas veces, pero ante todo, era el jefe y sus hombres lo respetaban. Siempre buscaban su aprobación, antes de hacer algo o tomar una decisión.

No pudo evitar que su mirada quedase prendida en Leif por un momento. La seguridad y el magnetismo que irradiaba siempre la atraían, como la miel a las abejas. Cuando se encontraban en el mismo lugar, intentaba ignorar su presencia, pues le despertaba sentimientos que no le correspondían. Sentimientos que no había sido capaz de controlar después de su lucha con espada el día anterior. Había tratado de convencerse de que aquello no era deseo físico, a pesar de que su cuerpo se estremecía cada vez que se rozaban sin querer, sino pura admiración por él, pero había fracasado. E imaginar que su hermana debía cumplir con sus deberes conyugales... bueno, aquello no podían ser celos. No tenía derecho a sentirlos. Puede que solo envidiase a Lynna y le molestase que no mostrase un mínimo de interés en conocerlo. Le hubiera gustado zarandearla y gritarle que debería sentirse la mujer más afortunada del mundo, pero no podía hacerlo porque su hermana sufría. Lo veía cada día. No importaba que lograse sacarle alguna sonrisa con sus tonterías o que intercediese con Leif para intentar acercarlos, pues el miedo de Lynna era tan real y estaba tan dentro de ella que temía no poder arrancárselo.

Por eso, a falta de una semana para su cumpleaños, pensó que tal vez la animase con una fiesta. También llevaba algún tiempo sopesando la idea de comprar regalos para Leif y sus hombres, para agradecerles su buena acogida. Y esperaba que aquello le ayudase a incluir a Lynna un poco más en su vida. Tal vez debía haber empezado por ahí y no haberse centrado tanto en Leif.

Después de que Olsen aceptase acompañarlas, se relajó, pues él era el indicado para ayudarles a mantener en secreto la fiesta. Además, su personalidad tranquila y silenciosa no disgustaba a Lynna, por lo que podría intentar un acercamiento desde ese lado. Si alguno de ellos le mostraba la diferencia con los bárbaros del norte, tal vez su hermana pudiese perder el miedo de una vez por todas.

Justo después del desayuno, partieron hacia Rye y el entusiasmo de Lynna hizo creer a Ivalyn que aquello podría funcionar.

—Estoy deseando hacer algunas compras —le dijo su hermana y sonrió con tal emoción que Ivalyn tuvo que imitarla.

Durante el viaje, Olsen las sorprendió gratamente, pues a pesar de que su rictus perpetuamente serio inspiraba recelo, les había deleitado con una animada conversación. Incluso Lynna se relajó lo suficiente como para contribuir con algunos comentarios.

—Me teníais totalmente engañada, Olsen —le reprochó Ivalyn en una ocasión— ¿Por qué permanecéis siempre en silencio?

Se habían detenido en una pequeña pero impoluta posada para tomar un refrigerio después de recorrer el pueblo entero, hasta encontrar los regalos que buscaban.

—Hablo cuando tengo que hacerlo, milady.

—Pues deberíais hacerlo más a menudo. Es agradable hablar con vos.

—Prefiero escuchar lo que los demás tienen que decir —se encogió de hombros.

—¿Nunca sonreís? —Lynna se ruborizó después de hablar.

—No, si puedo evitarlo.

—Con todo —añadió Ivalyn, para desviar la atención de Lynna—, inspiráis más confianza que otros que sonrían continuamente.

—No es su sonrisa la que provoca ese efecto —sabía de quién hablaba—, sino su comportamiento libertino. Y a pesar de ser un insufrible en la mayoría de las ocasiones, es buen muchacho.

—Me he dado cuenta —le sonrió—. El día que desaparezca su coraza de indiferencia y se implique en serio con una mujer va a romper muchos corazones.

—Os advertiría sobre él, pero creo que no lo necesitáis.

—No es para mí —negó—. O más bien, no soy para él. Pero estoy segura de que llegará el día en que encuentre a la mujer que haga tambalear su mundo y me encantaría estar allí para presenciarlo, aunque temo que no podrá ser.

—Claro que podrás verlo —Lynna volvió a hablar—. No creas que te vas a deshacer de mí tan fácilmente. De nosotros.

Se ruborizó una vez más y su hermana la miró con curiosidad. ¿Se lo había imaginado o Lynna estaba empezando a considerar, por fin, la posibilidad de que podía ser feliz en aquel lugar? Había hablado con Olsen, aquella mañana, más que en las últimas semanas con cualquier otro, a excepción de ella. Y quiso creer que, tal y como había esperado que sucediese, la serenidad de aquel hombre hubiese roto la barrera que había erigido en torno a ella desde que supo de su compromiso.

—No tengo pensado desaparecer completamente de tu vida, Lyn, pero eso no significa que pueda quedarme aquí para siempre.

—Lo sé —sonrió—, pero de momento sí lo harás. Al menos hasta después de la boda.

Ivalyn le correspondió con una sonrisa esperanzada, pero se prometió hablarle en privado, cuando volvieran a la isla, después de comprar también todo un cargamento de telas para el que sería el vestido de novia más impresionante que se hubiese visto jamás. Ivalyn estaba decidida a hacer que la boda de su hermana fuese perfecta. Y no podía haber una boda perfecta sin el vestido perfecto.

Finalmente, necesitaron la ayuda de Arik y Olin para acarrear todas sus compras al dormitorio de Lynna. Ivalyn se aseguró de llevar el paquete donde estaban los regalos a su cuarto personalmente. Y como había esperado, Olsen no dijo nada, por más que los otros lo interrogasen. Sabía que sentía curiosidad por su propio regalo, a pesar de que no les había preguntado por él ni una sola vez, fiel a su discreción. Y no lo habían comprado tampoco, pues tenía algo en mente para él que creía que apreciaría más que cualquier alhaja del mercado. Y no necesitaba gastar monedas para conseguirlo.

Aquella noche, Lynna volvió a sorprenderla gratamente, al acudir a la cena sin necesidad de que le insistiese y cuando trató de mantenerse en la conversación, en vez de eludirla como hacía siempre. La notaba más relajada, incluso podría decir que alegre. Ilusionada era la palabra correcta. Definitivamente, tendría que hablar con ella para descubrir qué había causado aquel cambio. No es que no se alegrase, pero se sentía intrigada.

—He pensado que ya me había regodeado demasiado en mi desgracia, Ivy —le confesó horas después, en la intimidad de su cuarto—. Si he de casarme con él, debo empezar a hacerme a la idea. Ignorarlo no hará que desaparezca, así que...

Ivalyn asintió, feliz de que su hermana entrase en razón por fin. Sabía que a partir de aquel momento, todo iría mejor. Si Lynna le daba una oportunidad a Leif, acabaría por enamorarse de él.

Era algo inevitable.

—Me ha costado abrir los ojos, pero por fin lo he hecho —le dijo.
Pero entonces, ¿por qué sentía que le estaba ocultando algo?

15

Varias noches después, Ivalyn recorría en silencio el gran salón y salía por la entrada principal procurando no hacer ruido. Había intentado dormir en vano, sin entender qué la mantenía en vela. Después de dar vueltas en la cama sin descanso, decidió salir a observar las estrellas, como tantas otras veces había hecho en su hogar. Siempre la ayudaban a conciliar el sueño o, al menos, a relajarse y así olvidar lo que pudiese estar atormentándola. Lo que no sabía era que Leif estaba sentado en el otro extremo del salón, oculto tras las sombras y que la había visto salir.

—No deberías estar aquí fuera —su voz la sobresaltó—. Sola.

Estaba sentada en un pequeño banco de madera que había en un lateral de la vivienda, con su mirada puesta en el cielo. Había estado tan abstraída, pensando en lo que la atormentaba, que no lo oyó llegar. Lo miró sorprendida, pero pronto esgrimió una dulce e inocente sonrisa.

—No podía dormir.

—Yo tampoco.

—Pensé que mirar las estrellas me ayudaría —miró de nuevo hacia el cielo mientras Leif se sentaba junto a ella—. Suele hacerlo.

—¿Qué te impide dormir?

—Cosas —encogió los hombros—. Preocupaciones que, en realidad, no debería tener.

Ese mismo día había recibido una carta de su padre. Algunos de sus comentarios le habían recordado la visión del rey y supuso que aquello era lo que le impedía dormir. Ahora que pensaba de nuevo en ello, tenía sentido. El invierno estaba prácticamente encima y sabía lo que eso implicaba.

—Tal vez yo pueda ayudarte —se ofreció—, si quieres contármelo.

—Es difícil de explicar, la verdad —se ruborizó—. Ni siquiera sé si podríais creer lo que os diga.

—Pruébame.

—Supongo que acabaríais por averiguarlo después de la boda —le dijo, después de pensar en ello—. Seréis como mi hermano y esto no es algo que se pueda ocultar a la gente más próxima a mí.

Jamás la podría ver como a su hermana, pero decidió que ella no tenía por qué saberlo. Prefirió permanecer en silencio y esperar a que le contase aquello que la perturbaba.

—Tengo un don, si es que se le puede llamar así. Cuando canto, después de cantar —se corrigió al momento—, tengo... revelaciones. Visiones de un futuro no muy lejano, para que lo entendáis. Estoy preocupada por algo que vi no hace mucho.

Leif sabía perfectamente de qué hablaba, pero permaneció callado, no porque no tuviese miles de preguntas bullendo en su mente en ese momento, sino porque no quería abrumarla con todas ellas. Tal vez fuese mejor esperar a que ella decidiese si podía confiar lo suficiente en él como para contarle el resto.

—No me creéis, lo veo en vuestros ojos —lo acusó.

—Admito que es una idea difícil de asimilar —le siguió la corriente.

—Es comprensible —admitió, asintiendo—. Si no lo viviese cada vez que canto, tampoco yo lo creería. Podría haceros una demostración ahora mismo.

—No es necesario, Ivalyn —negó—. Una vez me dijiste que preferías no cantar y lo respeto. No pretendo hacerte sentir mal.

—No os preocupéis. No me hace daño, solo me asusta lo que pueda ver. No me importa haceros una demostración para que entendáis cómo funciona. No debería haber secretos entre nosotros ahora que vamos a ser familia —extendió las manos hacia él—. Para que la visión muestre algo de una persona, necesito mantener el contacto con ella. Funciona todavía mejor si canto sobre vos, así que no os riáis por la letra. Nunca había hecho algo así con alguien a quien apenas conozco.

—No es necesario —insistió, nervioso por el roce de sus manos.

Eran tan suaves y cálidas, que deseaba ascender por sus brazos en una caricia y apretarla contra él para comprobar si se sentía igual de bien su cuerpo. Contenerse le estaba resultando realmente difícil. La vio negar con la cabeza y cerrar los ojos, con un ligero rubor coloreando sus mejillas. Le resultaba encantadora, incluso en su faceta más tímida y le inspiraba una ternura que jamás había sentido por nadie. Sentía que debía protegerla y cuidarla, para que ningún mal le afectase. *Es la hermana de tu prometida*, se recordó. Últimamente esa era su frase predilecta.

Desde el norte, envuelto en misterio, ha venido

Por compañeras, la brisa y la bruma

Un navegante intrépido, un guerrero aguerrido

En busca de gloria y fortuna

Valiente e impetuoso, es temido por muchos

Pero la belleza de nuestra tierra lo ha cautivado

Y su hogar, en la isla, ha decidido crear

Aunque extranjero lo sientan algunos

Tiempo ha que pertenece a este lugar

—¿Es así como me ves? —le preguntó curioso.

—Veo una voluntad inquebrantable —le dijo, con repentina timidez—. Y que buscáis el bien

para vuestra gente por encima del propio.

Leif quiso insistir porque sentía que estaba callando mucho más de lo que le contaba, pero Ivalyn comenzó a marearse. Se sujetó con más fuerza a sus manos, que todavía estaban enlazadas y lo miró con ojos atemorizados.

—Ya viene. No me dejéis caer, por favor.

—Jamás —le dijo él, pero ya no lo oyó porque se había desmayado.

Por un momento, Leif se arrepintió de no haber insistido más en que no lo hiciese. Estaba tan pálida y su respiración era tan débil que se temió por ella. Parecía tan frágil entre sus brazos en ese momento. Durante el minuto más largo de su vida, Ivalyn yació en su regazo, completamente laxa. Aunque sus ojos no dejaban de moverse bajo sus párpados.

—¿Estás bien, pequeña?

—Sí —sonrió, con la mirada todavía entre tinieblas, cuando recobró la consciencia. Parpadeó varias veces—. Esta es la peor parte. Razón por la que prefiero no cantar.

—No deberías haberlo hecho, si es tan horrible —se sentía mal por no haberlo impedido—. Te habría creído igualmente.

—Necesitaba hacerlo. Aunque siempre tengo miedo de lo que vaya a ver —su mirada se ensombreció—. A veces es demasiado duro.

—¿Cómo en la cena de compromiso?

—Os disteis cuenta. Eso me pareció —miró a sus pies, intranquila—. No me atreví a preguntároslo por si me había equivocado.

—No te pediré que me cuentes lo que has visto —dijo—, si no me quieres hablar de ello.

—¿De aquella noche o de ahora? —sus ojos buscaron de nuevo los de él.

—De ninguna de las dos.

—He visto una batalla —soltó, tras permanecer un instante en silencio—. Miles de guerreros ensangrentados, luchando entre sí. Y vos estabais en medio, con vuestros hombres.

—Se avecinan luchas —asintió—. Mi compromiso con tu hermana es una garantía de mi participación en ellas. Es hora de que nos involucremos en la defensa de nuestras tierras.

—He visto también la capilla donde os casaréis con mi hermana —le dijo mirándolo a los ojos—, pero estaba vacía.

—Puede que la hayas visto antes de la ceremonia —aventuró, sin saber qué otra cosa decir—. O después.

—No —negó—. Estaba totalmente desprovista de adornos y la sensación era de soledad.

—La visión puede tener cualquier significado —se apresuró a decir al ver cuánto le afectaba aquello—, no necesariamente malo.

No le gustaba ver la preocupación en los ojos de Ivalyn y sentía que debía hacer algo para que su malestar desapareciese, pero se detuvo al notar que se había acercado más para besarla. No tenía derecho a hacerlo. *Es la hermana de tu prometida*, se repitió de nuevo.

—Creo que en este caso la imagen no es lo más importante, sino lo que sentí —negó con la cabeza, como si intentase entenderlo—. Sé que hay más de lo que vi. Es desconcertante.

—No le des más importancia de la que tiene —sujetó sus manos—. Estoy seguro de que no es nada por lo que debemos preocuparnos.

—Tal vez tenga algo que ver con la batalla que vi primero —frunció el ceño, pero una luz de entendimiento brilló en sus ojos al mirarlo— ¿Y si resulta que la boda no se puede celebrar el día que se ha fijado porque la batalla es inminente? ¿Y si tiene que ver con...?

Se detuvo. Leif vio cómo luchaba consigo misma para decidir si le decía el resto o no. Y

comprendió que deseaba que lo hiciese, que confiase en él. En aquel mismo instante, comprendió que más que cualquier otra cosa, deseaba que Ivalyn le contase todos sus secretos.

—¿Con tu visión del rey? —estaba arriesgando mucho al delatarse, pero quería su confianza plena—. Oí cómo le decías a tu padre que habías visto al rey.

—Sí —asintió—. Lo vi huir hacia los pantanos. Me temo que será pronto porque era invierno en mi visión.

Leif reprimió una sonrisa triunfal mientras la escuchaba, porque lo que decía era serio. Ver al rey huir solo podía significar que los daneses los atacarían de nuevo y que por desgracia, en esa ocasión, vencerían.

—¿Tan inminente crees que será?

—Si ambas visiones están relacionadas, diría que sucederá antes de la boda —frunció el ceño de nuevo.

—Lo que nos deja un margen de tiempo demasiado corto —Leif también se preocupó—. Deberíamos avisar al rey, para que esté prevenido.

—No hay forma de explicarle cómo lo sabemos sin descubrir mi don y no quiero que salga a la luz jamás —una nueva sombra cubrió su eterna brillante mirada.

—Temes que quieran aprovecharse de ti.

—Sí.

—Entiendo. Y es perfectamente razonable que desees mantenerlo en secreto.

—Gracias —lo miró, dudando un segundo antes de continuar—. Ahora ya sabéis lo de mi don y respetáis mis deseos de ocultarlo, así que creo que debo contaros el resto de la historia, para que entendáis porqué tantos recelos.

—¿Esa historia tan larga con un contenido de lo más desagradable? —le preguntó.

—Tenéis muy buena memoria —sonrió, sorprendida de que recordase sus palabras exactas—. En cuanto la escuchéis, entenderéis por qué no quiero cantar, aparte de lo obvio, por supuesto.

—Por supuesto —todavía mantenían sus manos unidas, pero ninguno parecía ser consciente de ello. O si lo eran, no pretendían hacer nada para cambiarlo por el momento.

—Tenía ocho años cuando sucedió. Siempre fui muy risueña y cantaba a todas horas. Por aquel entonces, las visiones eran tan fugaces, que ni las recordaba, ni tenía la sensación de caída libre que tengo ahora, ni me desmayaba tampoco. Eran imágenes demasiado rápidas y difusas y la mayoría de las veces, podía, directamente, ignorarlas. Una noche, cantando para los hombres de mi padre durante la cena, sucedió. No sé si hice algo distinto o es que tenía que pasar así al llegar a esa edad o... no lo sé. El caso es que las imágenes vinieron con tanta fuerza y tan nítidas, que no pude detenerlas. Me dolía la cabeza y el salón se empezó a desdibujar ante mí. Cuando desperté, estaba en el suelo con la cabeza apoyada en pecho de mi padre. Me había desmayado, algo que ahora me sucede siempre —Leif no sabía si se había olvidado de su presencia, pues no lo miraba en ningún momento, pero permaneció inmóvil, sosteniendo sus manos, sin interrumpirla—. Era demasiado joven para entender lo que había visto, pero mi padre lo interpretó con bastante acierto, la verdad. Cuando comprobaron que los daneses habían invadido Nottingham y que se disponían a pasar el invierno allí, tal y como predije, el consejero de mi padre por aquel entonces, el hombre en quien más confiaba él, creyó que mi don podría ser de gran utilidad para la causa, pero mi padre se negó a usarme como un mero instrumento de poder y dio aquel asunto por zanjado. No supo ver su codicia y el hombre me secuestró para obligarme a cantar para él. Me ocultó en una cueva muy pequeña y húmeda, donde nunca entraba la luz del sol. Acudía cada noche para amenazarme con hacerme cosas horribles si no le obedecía, mientras recorría Sussex

junto a mi padre por el día, buscándome y fingiendo que se preocupaba por mí. Cuando me rescataron, dijeron que había estado cautiva durante un mes, pero yo lo recuerdo como una eternidad.

Por un momento, Ivalyn dejó de hablar. Tenía la mirada perdida en algún lugar donde Leif no podía alcanzarla e instintivamente la atrajo hacia él para infundirle valor y para hacerle saber que no estaba sola. Ivalyn lo miró, como si acabase de comprender que seguía allí con ella, y le sonrió.

—Mael fue quien me encontró —continuó, todavía abrazada a él—. Él y Annick se habían quedado con mi hermana aquella noche. No podía dormir y salió fuera a observar las estrellas. Eso era algo que solíamos hacer juntos. Entonces lo vio. Al principio no le dio importancia, pues tenía 12 años, qué sabía él de maquinaciones y conspiraciones, pero cuando vio que salía del castillo, decidió seguirlo, por curiosidad. Y fue una suerte que lo hiciese, porque descubrió que había sido él quien me había secuestrado. Regresó al castillo y les contó a nuestros padres lo que había pasado. Me rescataron esa misma noche, aunque apenas recuerdo nada de eso. Tampoco sé qué le ocurrió a él. Para cuando me recuperé, simplemente no estaba y yo no pregunté. Desde entonces, guardamos en secreto mi don.

Pasó un tiempo antes de que Leif comprendiese que había terminado. Todavía la sostenía entre sus brazos y acariciaba su cabello con una mano. Ivalyn se enderezó y puso distancia entre ellos, avergonzada por la intimidad compartida. Alisó su ropa, más para evitar mirarlo, que porque necesitase hacerlo.

—Imagino —Leif rompió el silencio— que esa es la razón por la que no te gusta la oscuridad, My.

—Muy observador —le sonrió— ¿Qué significa My?

—Puede que algún día te lo diga —le guiñó un ojo.

—No es justo —se cruzó de brazos, molesta—. Yo os he contado la peor experiencia de mi vida y vos ni siquiera podéis decirme lo que significa una simple palabra.

Leif fijó su mirada en aquellos tentadores labios, transformados en un tierno mohín. El deseo creció rápido y tuvo que hacer uso de todo su control para no borrarlo con un beso. Cómo le hubiera gustado poder hacerlo.

—Está bien —cedió—. Pero te advierto que tal vez después desees no haberlo sabido.

—Me arriesgaré. No ha de ser tan terrible —bromeó con él.

—Significa *hermosa dama* en mi idioma.

—¡Oh! —un ligero sonrojo cubrió sus mejillas—. Deberíais guardar esos halagos para mi hermana.

—Ella no está aquí —se encogió de hombros, sin dejar de mirarla—. Y no es un halago. Es la verdad.

—Entonces —se mordió el labio—, se lo diréis a todas las mujeres que os parecen hermosas.

—Hasta ahora no lo había usado nunca.

Estaban peligrosamente juntos. Leif se había ido acercando a ella de nuevo, de manera instintiva, pero totalmente inconsciente. Ivalyn no se había movido, directamente, hipnotizada por aquellos ojos negros. Los mismos que le habían provocado pesadillas durante su infancia y que ahora la atraían sin remisión. Pero cuando Leif llevó su mano a la mejilla de Ivalyn, la realidad lo golpeó con fuerza. Estaba totalmente fría. La miró como si fuese la primera vez que lo hacía en toda la noche y pudo ver que solo llevaba un camisón fino bajo una manta pequeña, que no cubría todo su cuerpo y que estaba descalza.

—Ivy, estás temblando de frío —la levantó en sus brazos y la llevó frente a la chimenea del gran salón, que él mismo había estado alimentando hasta que la vio salir fuera—. Deberías haber dicho algo.

—No me había dado cuenta hasta que lo habéis dicho —se excusó.

—Será mejor que te vayas a tu alcoba —le dijo— y te metas en la cama. Entrarás en calor enseguida.

Le estaba frotando los brazos con sus manos mientras hablaba. Ivalyn se apoyó contra él, con inocencia, atraída por el calor que emanaba de su cuerpo. Su intención no había sido provocarlo, pero lo había hecho. Leif detuvo sus movimientos y la miró con deseo. Apretó la mandíbula, para no cometer la insensatez de besarla. Tal vez había comprendido el peligro en su mirada, porque Ivalyn soltó una ininteligible excusa y huyó a su cuarto.

Mejor así, pensó Leif, aunque hubiese preferido que se quedase. Y esa es una señal de alarma que no podía ignorar. Ivalyn no le pertenecía. No era ella quien ocuparía un lugar a su mesa por el resto de sus días, sino su hermana y no debía olvidarlo, porque, de cualquier otro modo, tener a Ivalyn de Sussex cerca acabaría matándolo.

16

El cumpleaños de las gemelas llegó solo una semana después de aquel incidente. Por suerte, la nueva actitud de Lynna le estaba permitiendo a Leif comprobar que su prometida era tan alegre y divertida como su hermana. Y cuanto más conocía de ella, más seguro estaba que, tal vez, podría ser feliz a su lado. Solo tal vez, porque, al contrario de lo que pensaba, los sentimientos hacia la pequeña de las hermanas no habían disminuido al intimar con su prometida. Continuaban tan latentes como antes, o más si cabe, tras aquella noche bajo las estrellas, cuando se había sincerado con él. Y aunque le agradaba la recién descubierta personalidad de Lynna, su cuerpo solo reaccionaba de forma visceral ante la presencia de Ivalyn. Era algo que no podía cambiar, por más que se dijese que en cuestión de físico, eran iguales.

Al principio, ambas jóvenes se habían sentido decepcionadas al saber que su padre no podría acompañarlas en su decimoctavo cumpleaños, pero la planificación de la cena las había mantenido ocupadas y no pudieron evitar que su entusiasmo creciese, hasta el punto de contagiar a los demás. Lo que había empezado como una cena íntima, terminó convirtiéndose en una celebración que duraría todo el día y donde todos participarían.

Como el tiempo, a pesar de que el invierno ya estaba encima, se había mantenido frío pero seco, habían organizado juegos al aire libre, para los que los vikingos aportaron grandes ideas. También se montaron mesas fuera, con comida y bebida en abundancia, para que cada uno fuese tomando lo que quería, cuando quería. Más cómodo y efectivo.

Ambas muchachas recibieron regalos inesperados, la mayoría de ellos hechos por los propios isleños, lo que las impresionó más que si se los hubiesen comprado. Solo por el tiempo que habían tenido que invertir en ello, ya los hacían valiosos. Pero la verdadera celebración, aquella que habían planeado desde el principio, dio comienzo por la noche: la cena en el lugar del jefe. Y aunque eran más de los que ellas habían previsto en un principio, lograron organizarse para comer por turnos y para bailar. La velada transcurrió tranquila y sin sobresaltos, igual que había sucedido durante todo el día. Incluso Lynna participó, algo que la gente de Leif apreció.

Después de incansables horas, los invitados se fueron marchando, hasta quedar tan solo ellas dos y los cuatro vikingos. Habían decidido esperar a estar solos para hacer el intercambio de regalos entre ellos, pues las jóvenes no habían contado con la presencia de tantos isleños y sentían no poder corresponder a su generosidad en igual medida. Ni siquiera les consoló que Leif les asegurase que tanto los juegos como la cena habían sido más que suficiente para ellos.

—Llegó la hora —Ivalyn estaba entusiasmada e incluso Lynna parecía tan ansiosa como ella.

Fue Lynna, la primera en abrir su regalo, el que Leif le había hecho. Sus manos temblaban, mientras desataba el cordel del pequeño paquete. Ivalyn estaba igual de emocionada, observándola, pero la sorpresa en su rostro no pudo rivalizar con el de su hermana, que abrió los ojos, fascinada por el bello anillo de oro y esmeraldas incrustadas, con el que su prometido la había agasajado. Nunca había visto nada igual.

—Lo mandé elaborar para vos en cuanto llegamos —explicó—. Os debía un regalo de

compromiso.

—Es hermoso —le sonrió tímidamente—. Gracias.

Se lo colocó en el dedo y después se lo enseñó a su hermana con la mayor de las sonrisas engalanando su rostro. Ivalyn la abrazó, feliz. En los últimos días, desde que Lynna se había abierto a ellos, habían visto que la unión entre las jóvenes era mucho más fuerte que un simple lazo fraternal. Los gemelos tenían una conexión especial y la estaban descubriendo ahora en ellas.

Olsen le entregó el collar que le había comprado cuando fueron juntos a Rye. Era un obsequio que la propia Lynna había elegido, a petición del hombre, cuando este supo el motivo de su viaje.

—No hay mejor regalo que el que elige uno mismo —le había dicho en Rye, después de que Lynna se negase a decidir cuál quería.

—Muchas gracias, Olsen —sonrió, antes de colgárselo al cuello—. Ha sido una decisión del todo acertada.

Solo Ivalyn sabía la verdad y contuvo su risa, ocultando la boca tras sus manos. Cuando los demás la miraron, se limitó a animar a su hermana a que abriese el siguiente regalo.

—Para cuando sintáis nostalgia —explicó Olin, cuando Lynna vio la talla que le había regalado. Era el castillo de su padre.

—Muchas gracias —las lágrimas bailaron en sus ojos, sin decidirse a salir. Apretó la talla contra su pecho e inspiró profundamente para borrar la pena y la añoranza.

Arik, el bromista del grupo, le regaló una fusta, asegurándole que era necesaria para que Leif no olvidase complacerla en la cama. El intenso sonrojo de Lynna le arrancó una fuerte risa.

—En realidad va a juego con una silla —le confesó después—, pues estoy dispuesto a hacer que améis montar a caballo, mi señora.

Desde que Lynna había decidido dejar de esconderse, Arik también había empezado a incluirla en sus bromas. Y en una de ellas, descubrió que no sabía montar a caballo. Ahora, hacía alusión a la promesa que le había hecho aquel día de enseñarle, aunque ella se había negado.

—No os lo pondré fácil —le aseguró—. Pero gracias por los regalos.

En pocos días, Lynna se había ganado el cariño y el respeto de la gente de Leif y eso se veía reflejado en el trato que le dispensaban. Ivalyn se sentía feliz de ver que todo iba encajando en su lugar al fin, aunque significase que su tiempo en la isla estuviese llegando a su fin.

—Os disteis cuenta —acusó a Olsen, cuando llegó su turno, al descubrir el broche que tanto le había gustado el día en que fueron de compras.

—Sería difícil no hacerlo —se encogió de hombros.

—Muchas gracias —su sonrisa amenazó con borrar la impasibilidad en el rostro del vikingo. Para sorpresa de todos, desde aquel viaje, Olsen se mostraba más comunicativo con las muchachas.

Y aunque Arik había desistido de intentar seducir a Ivalyn, nadie pudo dejar de notar que Olsen se interponía entre ellos cada vez que este le lanzaba alguna pulla. Al parecer, se había convertido en el protector de la muchacha, lo que era motivo de burlas por parte de sus amigos.

Y fue, precisamente Arik, el siguiente en entregar su regalo, con una sonrisa pícaro en los labios, que no anunciaba nada bueno. Le gustaba provocar a Ivalyn pues, aunque ya no pretendía seducirla, disfrutaba igualmente de su ingenio.

—Esto es bochornoso, Arik —sus mejillas estaban totalmente rojas por la vergüenza, como había sucedido con su hermana al oír su explicación sobre la fusta. Solo que su regalo no la necesitaba— ¿En qué estabais pensando?

—Creo que es evidente —rió—. Puede que algún día queráis mostrarme como os sienta.

Le había regalado un precioso, pero sugerente camisón de seda, que apenas cubriría su cuerpo, si decidía ponérselo algún día. Sugerente no era la palabra. Insinuante, tal vez. Indecoroso, desde luego.

—Podéis estar seguro de que eso no va a suceder —lo reprendió. Pasado el sofoco inicial, había comprendido la broma y no pudo evitar añadir algo más—. Aunque mi esposo, cuando lo tenga, os lo agradecerá, sin duda.

La miró ceñudo, antes de estallar en carcajadas después de su último comentario. Por un momento, Arik temió haberse sobrepasado, pero Ivalyn no se dejaba avergonzar con facilidad. Ni siquiera si apelaba a un tema en el que no tenía experiencia. Y con sus bromas, les pasó inadvertido el gesto de Leif al descubrir el camisón. Solo imaginarse a Ivalyn con él, se había excitado al momento y se removió inquieto en su asiento, deseando que nadie descubriese su incomodidad. Inspiró varias veces seguidas, intentando borrar las imágenes eróticas que el regalo de Arik le había traído a la mente y maldijo a su amigo por ello.

Olin le regaló también una talla de madera, pero con la forma de una valquiria, haciendo alusión al día que les había mostrado su capacidad para manejar una espada.

—De modo que así son las valquirias —sonrió, encantada. Aquel día, Olin la había comparado con una y después había tenido que explicarse. Jamás había oído hablar de ellas, pero le resultó interesante conocer su historia—. Me gusta.

Después de agradecer el regalo, se giró hacia Leif para recibir el suyo. Le dedicó una mirada expectante e ilusionada, que casi destrozó el poco control que le quedaba, después de lo del camisón. Cuando sus manos se rozaron, un escalofrío en su espina dorsal le recordó que era peligroso tocarla. Maldijo de nuevo a su amigo por llevarlo hasta el límite con su libidinoso regalo y se gritó, mentalmente, que Ivalyn era la hermana de su prometida.

Ivalyn desenvolvió el paquete sin demora. Abrió la pequeña caja y sacó el colgante de plata, casi con devoción. Nunca había visto nada tan hermoso y tan finamente esculpido. Ni el anillo de su hermana podía competir con él. Pudo distinguir un par de alas a ambos lados de la pieza central, que parecía brillar a la luz del fuego. Era pesado, para su pequeño tamaño, pero al abrirlo, a instancias de Leif, vio que dentro había dos piedras ovaladas y una inscripción que no podía entender.

—Son sílex y pirita —le explicó Leif—. Si las golpeas saltarán chispas.

—Para encender fuego —su mirada se iluminó, al comprenderlo—. No podía haber deseado mejor regalo que este. Muchísimas gracias, Leif.

La complicidad en sus miradas hizo pensar a los demás que Leif sabía algo que a ellos se les escapaba. Lynna era la única que entendía la verdadera razón de aquel regalo, porque le sonreía a su hermana.

—¿Qué dice la inscripción? ¿En qué está escrito?

—Son símbolos rúnicos —respondió Leif, feliz del éxito del regalo—. Dice *Para que ilumines tu oscuridad*.

—Es perfecto —sonrió, mientras lo apretaba entre sus manos, contra el pecho—. Lo llevaré siempre conmigo. Muchas gracias.

—¿Tenéis miedo a la oscuridad? —aventuró Olin.

—Desde los ocho años —le confirmó, sin sentir vergüenza por ello.

Mientras se colocaba el colgante en el cuello, Lynna dejó escapar un gemido, que llamó la atención de todos. Acababa de comprender qué significaba que Leif supiese aquello.

—¿Acaso se lo has contado, Ivy? —la miraba solo a ella, como si en ese momento no hubiese

nadie más en el salón. Había reproche en su voz y puede que, incluso, un poco de miedo.

—Después de la boda seremos familia —sujetó sus manos y sonrió para tranquilizarla—. Merecía saberlo.

—Supongo que tienes razón, pero creía que... Es igual —sonrió—. Si a ti te parece correcto, no me entrometeré.

—¿Nos estamos perdiendo algo importante? —por primera vez desde que estaban conviviendo con Arik, este no sonreía.

—Primero terminemos de abrir los regalos —les sugirió Ivalyn, con una sonrisa conciliadora—. Prometo amenizar la velada con la historia de por qué temo a la oscuridad después. Si vos lo consideraréis oportuno, Leif.

—Son de confianza —asintió.

—Lo sabía —asintió a su vez.

Lynna alargó una mano hacia los regalos que habían comprado y se los entregó a sus dueños uno a uno. Después se sentó junto a su hermana y enganchó su brazo al de ella, apoyando la cabeza en su hombro en un gesto de afecto.

El primero en abrirlo fue Olsen, que se sorprendió al descubrir que lo que tenía entre las manos era un ungüento. Ivalyn sonrió al ver su cara de desconcierto.

—Es para vuestro hombro —explicó—. Veo cuánto os molesta, sobre todo después de ejercitaros tan duramente. Es un remedio familiar, que ha pasado de generación en generación.

—¿Lo habéis hecho vos?

—Lynna —negó—. Se le dan mejor estas cosas que a mí. Yo solo le ayudé a encontrar los ingredientes.

—Gracias —las miró a ambas. Luego se untó un poco en el hombro y la sonrisa que apareció en su rostro dejó a todos anonadados. Nunca en su vida lo habían visto sonreír y mucho menos, de esa manera. Ivalyn, sencillamente, estaba encantada.

—A ver si ahora va a resultar que mi huraño hermano no sonreía por un pequeño dolor en el hombro —rió Olin.

—Sería toda una novedad verlo alegre a partir de ahora —Arik tampoco pensaba desperdiciar aquel momento para burlarse de él.

—Olsen no es huraño —las dos hermanas replicaron al unísono, lo que provocó una nueva e inaudita reacción en el aludido. Su risa cesó toda conversación en la habitación. Si su sonrisa era algo insólito, esto otro los había dejado atónitos.

—Nunca creí que llegaría el día en que te vería reír, amigo —Leif estaba realmente sorprendido.

—¿Qué lleva ese ungüento? —preguntó Olin, tratando de arrebatárselo, sin éxito.

—Nada. Un poco de esto y un poco de lo otro —rió Ivalyn, sin dar más detalles—. Y, por supuesto, mucho amor.

—No os acostumbréis —dijo Olsen, adoptando su habitual rictus serio—. Ya soy mayor para las bromas. Ni las hago ni las soporto.

—Me temía que sucediese algo así —rió Olin—. Pero no le echas la culpa a la edad, hermano, ya eras aburrido y serio de pequeño.

—Al menos podré morirme diciendo que he escuchado tu risa —le dijo Arik, palmeando su brazo. Cuando recibió un gruñido, su risa contagió al resto.

—Dejadlo ya —intervino Olin—, que yo quiero abrir mi regalo.

Lo desenvolvió con impaciencia, curioso por ver qué habían elegido para él. Cuando

descubrió un bello puñal, lo sostuvo en su mano y lo hizo girar con soltura, asombrado de su calidad.

—Para reemplazar el que perdisteis en el bosque al salvar la vida de mi hermana —le dijo Ivalyn.

—Es perfecto —le sonrió, encantado.

—Nunca os di las gracias —se sonrojó Lynna.

—No tenéis que darlas, mi señora. Mi deber es protegeros —las miró—, a ambas.

—Mi turno —los interrumpió Arik, sonriendo y frotando las manos con anticipación.

Si Olin había sido impaciente al abrirlo, su rubio amigo lo superó, pero cuando vio el aro plateado en la caja, su sonrisa abandonó sus labios. Lo giró en sus dedos, estudiando con curiosidad el corazón y la corona, sujetos por unas manos, que tenía grabados. Era bonito pero, lo supo sin necesidad de probárselo, demasiado pequeño para él.

—¿Un anillo? —protestó, evidentemente contrariado—. Ni siquiera me sirve.

—No es para vos —repuso Ivalyn.

—¿Me habéis dado el regalo equivocado?

—El regalo es el correcto, pero el anillo no es para vos —no pudo evitar sonreír al ver su cara de desconcierto—. Es para la dama que decidáis desposar algún día.

—¿Acaso me estáis proponiendo matrimonio, preciosa? —asomó en su mirada la burla.

—Más quisierais —rió—. Tampoco es para mí, Arik. Pero como ya os dije no hace tanto, deberíais empezar a tomaros en serio el cortejar a una única dama. Ese anillo será para la mujer que consiga robaros vuestro corazón.

—¿Y si ya lo habéis hecho vos? —le guiñó un ojo.

—Lo dudo —lo miró un instante, antes de continuar—. Estoy segura que hay una mujer para vos en algún sitio. Una que os haga abandonar esa fachada de mujeriego que, en realidad, no va con vos. Y yo solo espero estar presente el día que suceda. Cómo me voy a reír de vos entonces.

—Tengo demasiado amor para una sola mujer —le divertía la situación.

—Eso ya lo veremos —lo retó.

—Y vos, mi señora, ¿no tenéis nada que decir al respecto? ¿No vais a defenderme?

—Estoy totalmente de acuerdo con mi hermana —le sonrió con timidez.

—¡Oh, vaya! —exageró su gesto de desesperación—. Lo que faltaba. Es como si hubiese bebido demasiada cerveza y estuviese viendo doble.

Las carcajadas resonaron en el salón, cargando el ambiente de un halo de alegre festividad. Ivalyn se sentía aliviada al ver que su hermana empezaba a relajarse frente a los vikingos. Nada era más importante para ella que saber que sería feliz en su nuevo hogar, aunque aquello significase que su estancia no se alargaría demasiado. Estaba contenta por haber contribuido con su granito de arena a hacer que Lynna se integrase en su nueva familia.

Cuando Leif decidió abrir el regalo que su hermana le había hecho, no pudo evitar mirarla. Quería creer que también estaba más cómoda con él ahora.

—Es mi regalo para vos, mi señor —dijo Lynna, con cierto temblor en su voz. Habían discutido sobre aquel regalo en concreto, porque Ivalyn consideraba que era importante que Lynna obsequiase a Leif de forma personal. Después de todo, era su prometido.

—Gracias, Lynna. Es muy bonita.

Leif contemplaba la capa, encantado con ella. Era de buena calidad, caliente, resistente e impermeable. Y su color le ayudaría a camuflarse si fuese necesario. Estaba seguro de que la usaría muy pronto, si las conclusiones de Ivalyn eran acertadas.

—Tengo un regalo para vos —se aventuró a decir Ivalyn, después de que Leif acomodase la capa en sus hombros para ver cuán cómoda era. Se lo entregó con vacilación.

Después de desenvolverla, Leif estudió la pequeña bolsa de tela, sin saber qué debía hacer con ella. La abrió, pero su contenido no ayudó a aclarar sus dudas porque estaba vacía.

—Ivy —fue Lynna quien habló y su voz mostraba incredulidad— ¿No lo dirás en serio? ¿Una bolsa de los deseos? Es cosa de chiquillos.

El sonrojo de Ivalyn se intensificó. Sabía que era una estupidez, pero había estado pensando en cientos de opciones y ninguna la satisfacía lo suficiente. No sabía por qué, pero era importante elegir un regalo perfecto para Leif Erickson y fue así como se le ocurrió lo de la bolsa. Si la encontraba después, podría descubrir lo que quería y si estaba en su mano dárselo, lo haría con gusto. Pero no quería que descubriesen su verdadera intención o se sentiría más avergonzada aún, así que trató de restarle importancia al asunto, fingiendo que lo había hecho por no saber qué darle.

—Ya sé que no es tan útil como una daga o un ungüento —dijo, mirando directamente a Leif —, ni tan bonito como un anillo, pero creo que no hay nada que queráis, que yo os pueda ofrecer.

Cuan equivocada estaba, pues Leif podría darle cientos de ideas, pero sabía que no podría exigir ninguna porque no era la gemela correcta. *Es la hermana de tu prometida*, se repitió por enésima vez, aunque eso no aplacase lo que sentía por ella. Cada día descubría cosas sobre ella que lo atraían más. Y aunque su prometida había decidido enfrentar su destino y empezaba a conocerla mejor, tenía la sensación de que no era más que una mera copia de Ivalyn. No podía evitar preguntarse si ella lo sentiría así también y por eso siempre parecía escudarse en su hermana pequeña. Porque aunque era la mayor, su gemela se hacía cargo siempre de las responsabilidades que deberían recaer en ella. Ya lo había comprobado en el castillo y ahora cada día desde que habían llegado, lo veía también. Ivalyn poseía una fuerza y una presencia que Lynna jamás tendría. Eran gemelas, sí, pero no se parecían en nada. Y se sentía mal por pensar eso, pero no podía evitarlo.

—Tenéis que guardar algo en la bolsa que os recuerde a lo que deseáis conseguir —continuó Ivalyn, haciéndole ser consciente de que le estaba explicando cómo funcionaba la bolsa de los deseos y casi se lo había perdido—. Y debéis esconderla en un lugar transitado. No ha de estar a la vista, pero tampoco tan escondida que no se pueda encontrar o no funcionará. Si después de un mes nadie la ha descubierto, vuestro deseo se cumplirá.

—Ivy —habló su hermana—. Sabes tan bien como yo que no funciona.

—A mí me funcionó —la miró risueña—. Una vez.

—¿En serio? —la mirada de incredulidad de Lynna provocó la risa de su hermana— ¿Cuándo sucedió eso exactamente?

—Hace un par de años —la desafió con la mirada a desmentirlo—. Aquel verano tan caluroso, ¿recuerdas?

—¡Oh! —por su intenso sonrojo, supo que había averiguado cuál había sido el deseo que se cumplió. En realidad lo había pedido para Lynna, pero había funcionado. Y aunque no podía achacarle el resultado a la bolsa de los deseos, lo usaba para martirizar a su hermana con la idea.

—Gracias —Leif intentó desviar la atención de todos de su abochornada prometida—. Es un regalo perfecto, Ivy. Y ya sé lo que pediré.

—Me alegra oírlo —fue su turno para sonrojarse—. Tenía dudas sobre si daros la bolsa era buena idea. Creí que lo considerarías una tontería.

—En absoluto.

Aunque la deslumbrante sonrisa que le dedicó, habría sido suficiente regalo para él.

Era la noche de Reyes y el rey Alfred presidía la mesa en una velada con sus hombres más leales. No todos habían podido acudir aquella noche, pero sí los suficientes y estaba satisfecho.

En el último año no había tenido ocasión de agasajarlos con una cena tranquila, pues cada vez que se reunían había algún plan que llevar a cabo. Los daneses habían estado muy activos hasta la firma del último tratado de paz aquel mismo otoño y ahora gozaban de una pequeña tregua. Por desgracia, sabía que no tardarían en romperla. Así había sido siempre con ellos. Una vez gastaban el botín, volvían a por más.

Alfred buscaba una solución definitiva al conflicto, para que sus arcas no sufriesen los embates de la guerra, pero aparte de echarlos de sus tierras, no veía cómo. No tenía ni la fuerza ni los hombres necesarios para vencer a un enemigo más diestro a campo abierto y las luchas en las fortalezas no le darían la victoria que necesitaba. Su única opción era conseguir más aliados y la boda de Leif Erickson con la hija de su fiel amigo, el conde de Sussex, se los proporcionaría. No le importaba renunciar al condado en detrimento de uno de sus hombres, si ganaba con ello a aquellos vikingos para su causa. Sabía que eso cambiaría las tornas en la guerra.

—Lo más crudo del invierno ya llegó —dijo uno de sus hombres—. Nadie se atreverá a atacar con este tiempo, ni siquiera los daneses. Podemos relajarnos, al menos por unos meses.

—No os fiéis de ellos, Adelmar. Los daneses están forjados en el fuego y en el hielo. Nada parece detenerlos.

—Salvo el oro —repuso otro, dando voz a los pensamientos de muchos de los allí presentes.

—Y mientras les dure —constató Alfred—. No podemos seguir pagando para obtener una tregua efímera o acabarán por vaciar nuestras arcas.

—¿De verdad creéis que Erickson nos apoyará contra sus congéneres? —habían discutido en varias ocasiones sobre su decisión—. Es tan vikingo como ellos. ¿No iría en contra de su deber moral?

—Leif Erickson no se parece en nada a los daneses. No vino a conquistar por la fuerza, sino a negociar. A cambio de las tierras que le otorgué, me consiguió una flota capaz de enfrentar en equidad a los daneses y creo que con eso ya ha demostrado que no le simpatizan. Hará lo que deba, una vez haya desposado a la hija del conde de Sussex.

—Aunque no me guste admitirlo —Edric habló ahora—, cada uno de sus hombres vale por dos o tres de los nuestros. Creo que, aunque solo se prestase a enseñarnos sus técnicas de combate, ya habríamos ganado con ese matrimonio.

—Hará mucho más que enseñarnos, Edric —le aseguró Alfred—. Luchará por sus tierras porque pronto será uno de los nuestros por ley.

De repente, se escuchó el tañido lejano de las campanas en la iglesia y la alerta saltó entre ellos. Muchos ya estaban en pie cuando un joven de no más de diez años entró en el salón, agitado y tan pálido como un muerto.

—Nos atacan, majestad —gritó, en pánico.

Instantes antes había insistido a sus hombres en que no subestimasen a los daneses, pero jamás creyó que atacasen tan pronto. Y menos en una fecha tan importante para ellos.

—Debí imaginarlo —susurró, al comprender que precisamente aquel era el mejor momento para hacerlo. Cuando más vulnerables estarían—. A las armas, mis valientes. Debemos refrenar su avance.

No eran suficientes para acometer tal hazaña, pero no dejarían que Chippenham cayese en manos de los daneses sin luchar. Tal vez, si sus hombres hubiesen podido acudir todos a su llamado, habrían tenido una oportunidad y lo supo en cuanto vio a los daneses arrasando con todo a su paso. Y una horda de fieros vikingos cayó sobre ellos como si se tratase de una plaga, diezmando sus tropas en poco tiempo. Venían a por todas y parecía que lo conseguirían.

Ni siquiera comprendía cómo Guthrum, *el Viejo*, estaba resultando tan contundente. Ya habían luchado en más ocasiones y había ganado, sí, pero jamás una batalla había estado tan desigualada como aquella. Ni aunque Alfred contase con menos hombres. Las fortalezas que había hecho construir desde que se iniciaron los ataques de los daneses, les habían servido como defensa y habían impedido que el avance de los vikingos fuese tan rápido como estos querían. Habían perdido peleas, pero no el territorio. Y en cambio, aquella noche, estaban perdiendo ambos. Habían cerrado las puertas, después de tener que replegarse, pero los daneses parecían decididos a derribarlas con sus arietes. Su fuerza y número hacían peligrar la única barrera que los separaba de ellos.

—Mi señor —Adelmar se situó a su lado, mientras veía cómo golpeaban una y otra vez la puerta. El amanecer estaba próximo—, no podremos aguantar mucho más.

—El pueblo nos necesita —se negaba a huir. Ya habían perdido más en otras batallas, pero siempre habían sabido hacerlos retroceder. Si el oro era lo que buscaban por una nueva tregua en aquel lugar, se lo daría. No podía permitir que se apoderasen de Chippenham.

—Majestad —Edric insistió, junto al resto—, me temo que el pueblo ya ha caído. Y si logran derribar esa puerta, no tardaremos en seguirlo. Esta vez no hay tregua posible. Los daneses no vienen a negociar.

Tenían razón, no obstante, pero Alfred se negaba a creer que perdería una de sus fortalezas en la noche de Reyes. Aquello no auguraba nada bueno para el futuro de Wessex.

—Mirad —gritó alguien, señalando hacia el horizonte.

Y entonces, Alfred las vio. A lo lejos, tres figuras envueltas en un halo de aterrador misterio, realizaban movimientos extraños, como si fuese una danza hipnótica, que instaba a avanzar a los hombres con ímpetu hacia la batalla. Se oía también un cántico que encogía el corazón. No podía entender qué decía, pero se sentía oscuro, peligroso.

—Son brujas —exclamó Adelmar a su lado.

—Imposible —negó Alfred—. Las brujas no existen.

—Son brujas vikingas. Estamos perdidos. Nos matarán a todos.

El miedo corrió entre sus filas, más veloz que el viento, y Alfred supo que no podría convencer a sus hombres de lo contrario. Nadie lucharía ya a su lado, mientras aquellas figuras encapuchadas continuasen con sus cantos y sus bailes. Él no creía en brujerías, pero conocía el poder de la sugestión. Al parecer, Guthrum también lo hacía y aquella noche lo estaba aprovechando en su beneficio. Y no había nada que pudiese decir o hacer para que sus hombres no temiesen aquella visión. Había perdido aquella batalla y por ende, la fortaleza de Chippenham.

—Adelmar —lo llamó—, reunid a tantos hombres como podáis e intentad llevar a lo que queda de nuestro pueblo a un lugar protegido.

—¿Vos que haréis, majestad?

—Lo que deba —no quería dar detalles porque intentarían impedirselo—. Me reuniré con el resto más tarde.

—No podéis ir solo —Edric había comprendido cuál era su plan y habló en cuanto Adelmar desapareció para cumplir las órdenes del rey—. Si al final son brujas de verdad...

—Las brujas no existen, Edric —repitió, mientras bajaba del parapeto y caminaba hacia la salida trasera que había hecho instalar en cada una de sus fortalezas. Una vía de escape por si la situación lo requería. Y en aquel momento tendría que hacer uso de ella, antes que su pueblo, para que nadie descubriese su plan.

—Si lo fuesen —insistió—, no podéis enfrentarlas solo.

—Guthrum está aprovechando nuestro miedo para hacernos claudicar. No se lo permitiré —lo miró—. Iré en pos de esas mujeres y demostraré a mi pueblo que no son más que eso: mujeres.

—Os acompaño —repitió el hombre—. No podéis hacerlo solo, sean o no, brujas.

Alfred asintió y lo guió hasta la puerta. No se llevaron a más de cuatro hombres con ellos, pues pretendían sorprender a las mujeres. Se las llevarían, para demostrar a su pueblo que no eran brujas, sino parte de una treta de Guthrum para infligir miedo entre sus filas.

—Silencio ahora —pidió, una vez en la espesura del bosque.

Rodearían el pueblo, que se había convertido en un mar de sangre y cadáveres, para alcanzarlas por la espalda. Ninguno quiso mirar hacia allí, para que el desánimo no los invadiese. Aquella había sido una de las derrotas más dolorosas que habían sufrido hasta el momento. La más devastadora también.

Quizá creyendo que nadie osaría acercarse a las mujeres, Guthrum se había adelantado junto a sus hombres para participar en la batalla. Tal vez esperaba poder capturar al mismísimo rey, pero este tenía otros planes en mente, como apresar a las mujeres que le habían regalado aquella victoria. Alfred no permitiría que lo hiciesen de nuevo.

Pronto acabaron con los escasos custodios que el danés había dejado con ellas, pero cuando pretendieron capturarlas, no prestaron batalla como habían supuesto, sino que se mantuvieron inmóviles, con la voz muda y la cabeza baja. Ocultaban sus rostros bajo las capuchas de sus capas y Alfred sintió cómo un escalofrío le recorrió el cuerpo entero. No creía en las brujas, pero aquellas lo parecían, a pesar de todo.

—No me dejaré intimidar por su aspecto —se dijo, antes de dar la orden de apresarlas—. Maniatadlas, pero no las dañéis. Tal vez les podamos sacar información útil sobre los planes de Guthrum más tarde.

Se situaron a su alrededor, más para evitar su huida, en caso de que lo intentasen, que para protegerlas y emprendieron el camino de regreso a la fortaleza. No pretendían entrar en ella de nuevo, sino bordearla para alcanzar a su gente, que debería haberse alejado de allí, mientras ellos completaban su misión. Las puertas habían caído tiempo atrás y Guthrum no tardaría en descubrir que Chippenham estaba vacía.

—Deprisa —los apuró, temeroso de que el danés hiciese salir en su busca a sus hombres. Tenía la esperanza de que se conformase con haberse apoderado de la fortaleza, pero con él nunca se podía estar seguro de nada. Guthrum, *el Viejo*, era un hombre imprevisible.

—No puedo creer que lo hayan logrado —se lamentó Edric, mirando por encima de su hombro una última vez, el lugar donde había pasado los últimos años de su existencia. El fuego se propagaba por los tejados de las casas, imparable, consumiéndolo todo a su paso, y el hedor a carne quemada le picaba en la nariz. No habían tenido ninguna posibilidad. Y aunque su rey se

afanaba en decir que aquellas mujeres no habían influido en el resultado, no pudo evitar mirarlas con resentimiento e, incluso odio. Para él, eran tan culpables como el ejército danés. Los vikingos eran escoria y los habría metido a todos en el mismo barco para prenderles fuego, si no hubiese conocido a Leif Erickson y a su gente. Tal vez ellos fuesen la única excepción a una raza de guerreros que parecían haber nacido en exclusiva para hacer el mal.

—Cuidado —advirtió alguien, segundos antes de que una flecha volase sobre sus cabezas. Poco había faltado para que acertase su diana. Pero a aquella le siguieron más, que procedían de la fortaleza.

—Nos han descubierto —gritó Alfred—. Corred hacia el bosque.

—¿Acaso no les importa acabar con la vida de sus propias mujeres? —se escandalizó otro de los hombres que los había acompañado.

—Ni siquiera valoran su vida —respondió su rey, esquivando una nueva flecha—, ¿por qué habían de velar por la de ellas?

Así de salvajes eran los nortehos. Luchaban sin temor a la muerte o, más bien, buscándola. Alfred había oído decir a Erickson que morir en la batalla era el mayor de los honores en su cultura y que hacerlo en la cama, de viejo o enfermo, suponía una humillación entre los suyos. De ahí que algunos incluso luchasen a cuerpo descubierto. No temían a la muerte, la adoraban.

—Basta —gritó, de repente una de las mujeres, blandiendo una vara que ni siquiera le habían visto antes. Tampoco comprendían cómo se había liberado de las ataduras. Pero como fuese, las flechas dejaron de llegar al momento.

—Pero, ¿qué...?

Ninguno pudo terminar la pregunta porque la voz profunda y cargada de veneno de Guthrum se oyó alta y clara desde el parapeto.

—Matadlos a todos u os arrancaré la piel para hacerme un abrigo.

Las flechas iniciaron su asalto, pero habían alcanzado la seguridad del bosque para ese entonces. Y continuaron corriendo, sin entender por qué aquellos hombres habían dejado de disparar cuando la mujer se lo pidió, ni por qué ella los había salvado. Porque lo había hecho, de eso ninguno tenía dudas. Tampoco se detuvieron para arrebatarse la vara, ni para pedir explicaciones, su objetivo era alcanzar los pantanos antes de que Guthrum ordenase su persecución.

—No nos seguirán —oyeron murmurar a otra de ellas, instantes antes de que comenzase nevar.

—Brujería —se escuchó entre los hombres, como un rumor, que logró enfurecer a Alfred.

—Por el amor de Dios, las brujas no existen —bramó—. Os lo demostraré en cuanto atravesemos los pantanos y lleguemos a Athelney. Mientras tanto, mantened la boca cerrada y los ojos abiertos. No quiero caer en una emboscada solo porque creáis que ella ha hecho nevar para que no nos sigan. Estamos en invierno, lo extraño sería que no lo hiciese.

Era escéptico en cuanto a lo que sus ojos habían visto y aún así, sintió un escalofrío cuando sucedió. Puede que no tuviese relación, pero la coincidencia había sido tal, que no podía reclamar a sus hombres que pensasen que ella lo había provocado.

—Es imposible que alguien controle el tiempo —murmuró por lo bajo. En cambio, sus ojos se desviaron hacia las tres mujeres con curiosidad.

Sus ataduras habían desaparecido, dándole a entender de ese modo, que los acompañaban por voluntad propia y no porque las obligasen. Y eso también era algo que necesitaba racionalizar. Erickson había dicho que las mujeres en su cultura eran guerreras al igual que los hombres, por lo que dedujo que las tres debían pertenecer a aquella clase. Quizá la que había ordenado que

detuviesen el ataque era importante en la jerarquía de aquella gente, de ahí que le obedeciesen. Aunque, si era cierto, decía muy poco sobre el honor de Guthrum, al que no parecía haberle importado demasiado que pudiesen en la ofensiva, a riesgo de ser asesinadas por sus propios hombres. Cuanto más conocía de él, menos respeto le merecía. Solo era una bestia con piel de hombre, un demonio sediento de sangre y poder, al que debían detener antes de que lo destruyese todo a su paso.

Athelney los recibió a media tarde, cansados y ateridos, pero ilesos. Tal y como había aventurado aquella mujer, nadie los había seguido en su huída, pero Alfred no estaba feliz. Habían perdido Chippenham y a gran número de soldados y plebeyos. Aquel no había sido un triunfo, sino un fracaso. Un fracaso que no estaba dispuesto a repetir.

—Bien —habló para las tres mujeres, una vez a salvo en la casa comunal. Una de las labores que llevaría a cabo allí, en cuanto descubriese qué sucedía con ellas, era construir una fortaleza en aquel lugar—, ¿cuál de vosotras me contará la verdad sobre vuestra realidad?

Esperaba el mutismo por respuesta, tal vez resistencia antes de que le explicasen cómo habían acabado en el campo de batalla, fingiendo ser brujas, o incluso gritos y protestas por haberlas encerrado en lo que, a todas luces, jamás se podría considerar una celda en condiciones. Pero por el momento, no disponía de ningún otro lugar donde mantenerlas cautivas. Y en cambio, recibió una mirada firme de las tres y una única respuesta de la que parecía la mayor de ellas.

—Honor con honor, respeto con respeto y lealtad con lealtad. Así se ha pagado siempre y así ahora será. Nos habéis liberado de los daneses y os damos las gracias. Os serviremos fielmente, mi señor, hasta haber saldado nuestra deuda con vos.

18

Ivalyn se despertó con una sensación de ahogo que la obligó a toser en busca de un aire que no le faltaba en realidad. Se llevó una mano al pecho y sintió el fuerte latir de su corazón, producto del recuerdo de un sueño que había sentido demasiado real. Un sueño que la asustaba más de lo que jamás querría admitir.

Se levantó en silencio y corrió hacia la salida, sin molestarse en cubrir sus pies o su cuerpo para el frío nocturno. Necesitaba el gélido aliento del viento invernal en su rostro para intentar olvidar lo que había visto en el sueño. Necesitaba borrar la sensación que le había provocado y que le hacía pensar en que no había sido una pesadilla motivada por la ausencia de su padre aquellas Navidades. Porque no se lo había dicho, pero sabía que se estaba preparando para lo que se avecinaba. Para lo que ella había predicho la noche del compromiso de su hermana. Con las primeras nieves, su padre solo aguardaba el momento en que su rey llamase por él. También Leif y los suyos entrenaban más duro cada día desde que les había contado sobre la visión en su cumpleaños. El ataque al rey parecía inminente.

Estaba oscuro, aunque no lo suficiente para sentirse inquieta y aún así su mano tocó instintivamente el colgante que Leif le había regalado, sintiéndose reconfortada por él. Cerró los ojos e intentó olvidar aquel mal sueño, mientras ignoraba cómo el frío se introducía en sus huesos.

—Caerás enferma si sigues saliendo fuera sin un abrigo, My.

Sofocó un gemido al escucharlo porque en ese momento necesitaba el consuelo de un amigo, pero temía que con Leif no fuese tan sencillo. Con él nada lo era, aunque solo podía culparse a sí misma de ello y a los sentimientos que albergaba por él.

—Lo necesitaba —le confesó, sin llegar a mirarlo, ni cuando la cubrió con su propia capa—. He tenido un sueño demasiado vívido esta noche. Se parecía tanto a mis premoniciones, que me asusté. Dios mío, no puedo tenerlas también al dormir. No lo soportaría.

—No debes dejar que te dominen, My. Tú deberías tener el poder sobre ellas, no al revés.

—No las pedí —negó— y no las quiero. No me gusta ser diferente al resto.

—En mi país, existen ciertas mujeres de gran prestigio y reputación por ser hechiceras, brujas, chamanes —le explicó, después de acompañarla al mismo banco donde habían hablado la vez anterior—. Las llamamos völrur y son tratadas con una consideración especial y mucho respeto, por sus dones.

—¿Qué dones?

—Curación, adivinación, premonición —la miró a los ojos—. My, tú temes lo que ocurre después de cantar y por eso te hace daño. ¿Sabías que muchas de ellas usan el canto para una mayor concentración? ¿Y para que su don se potencie? Cuando me contaste lo que te sucedía, pensé en ellas. Quise decírtelo, pero creí que no te ayudaría, sino más bien te asustaría. Creo que lo único que necesitas es aprender a dominar tu poder. Hasta ahora es él quien te domina a ti y...

—Yo solo quiero que desaparezca —lo interrumpió.

—Si pudieses controlarlo, podrías usarlo a tu antojo —continuó, como si Ivalyn no hubiese

hablado—. Las vödur son capaces de influir en ciertos acontecimientos, en la toma de decisiones o en las batallas. E incluso en el comportamiento de los más susceptibles a su magia. No digo que debas hacerlo, pero controlar la fuerza con que llegan tus visiones o el modo en que lo hacen, te daría la calma que parece necesitar.

—¿Influyen en las batallas? ¿Cómo?

—No lo sé. Las he visto alguna vez y hagan lo que hagan funciona, pero no sé cómo lo consiguen.

—¿Acuden al campo de batalla? ¿Caminan entre los combatientes? ¿O se quedan quietas en algún lugar desde donde lo ven todo?

—Algunas caminan y otras solo actúan desde la distancia —le respondió, antes de lanzar su propia pregunta—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque todo lo que me contáis se parece tanto a mi sueño —se abrazó a sí misma para evitar que el miedo la dominase y Leif la rodeó con sus brazos también, por su instinto protector—. Vi a tres mujeres danzando y cantando, en una batalla. Y sentí que me estaban llamando, que ellas también me veían. ¿Y si esas mujeres existen? ¿Y si conecté con ellas de algún modo porque son esas vödur de las que habéis hablado? ¿Y si esa batalla es la misma que profeticé la noche de vuestro compromiso con mi hermana? Porque en mi sueño también estaba nevando.

—Ojalá pudiese ayudarte, My —acarició su mejilla con suavidad, sin ser consciente de que se iba inclinando sobre ella, buscando un beso que no le pertenecía—, pero no tengo las respuestas a tus preguntas. Solo puedo ofrecerte mis oídos para escuchar y mis brazos para consolarte.

—Vuestros brazos no me pertenecen, Leif. Y vuestro consuelo debe ser para mi hermana —se alejó de él, molesta consigo misma por desear que le robase aquel beso—. Estoy cansada. Intentaré dormir de nuevo. Buenas noches.

—Buenas noches, Ivalyn.

Leif no se atrevió a seguirla para comprobar que iba realmente a su alcoba, por miedo a no poder reprimir el deseo de nuevo. Estar cerca de Ivalyn era una batalla constante contra sí mismo y sus sentimientos hacia ella. Cada día lamentaba más haber aceptado aquel compromiso sin conocer primero a ambas muchachas, pero había dado su palabra y no podía sino desposar a Lynna, aún cuando su corazón ya pareciese pertenecer a la hermana menor. Nunca había pensado enamorarse y ahora lo había hecho de la persona equivocada. Y no quería creer que el destino hubiese decidido ser tan cruel con él, pero lo sentía así.

Cuando escuchó el lamento sofocado de Ivalyn en la cocina, supo que todavía no había ido a su cuarto y aunque se prometió no acercarse a ella de nuevo aquella noche, no pudo evitar hacerlo. Llegó a tiempo de ver cómo cojeaba hasta una pared y se apoyaba en ella para masajear su pie y pudo adivinar que se había golpeado con algo en la oscuridad, pues seguía descalza. Lo correcto habría sido irse antes de que ella lo descubriese, pero cuando Ivalyn estaba cerca, lo correcto luchaba en su mente contra lo incorrecto todo el tiempo y no solía ganar.

Ivalyn tuvo que reprimir una risa tonta, que amenazaba con despertar a todos, por su torpeza. Una vez que el dedo dejó de palpar y su risa se esfumó y buscó a tientas lo que había golpeado para poder ponerlo en su lugar. Pero cuando se incorporaba, después de dejar todo donde estaba, la mesa en la que se apoyó se sacudió, provocando que una de las palas que la cocinera usaba para remover las cenizas, se deslizase irremediadamente hacia el suelo. Corrió hacia ella para evitar que el ruido despertase al resto, y como tenía la mente dispersa después del casi beso de Leif, la pala dio un golpe a uno de los cazos colgados en la pared, cuando la alcanzó.

—Qué torpe estoy —murmuró, malhumorada. Pero no pudo decir más, porque algo cayó sobre

su cabeza, sorprendiéndola. Por suerte, no le hizo daño, aunque sus manos temblaron al descubrir que era la bolsa de los deseos de Leif.

Comprendió que aquella pequeña olla que nadie usaría con frecuencia aún estando en un lugar tan transitado como la cocina, era perfecta para esconder la bolsa. Y por un momento no supo qué hacer con ella. Su intención había sido buscarla para intentar averiguar qué deseaba Leif y poder ofrecérselo, si estaba a su alcance hacerlo, pero ahora que la tenía entre sus dedos, no se sentía tan segura de mirar dentro. ¿Y si era demasiado privado? ¿Y si se enfadaba por violar su intimidad? Se suponía que aunque la encontrasen, no debían abrirla, sino devolverla a quien la había escondido. Se mordió el labio, indecisa. Finalmente su curiosidad venció y olvidada toda sensatez, se acercó a las brasas de la chimenea, que se negaban a extinguirse, para mirar su contenido.

—Me temo que ahora no se cumplirá —la voz de Leif la sobresaltó, pero no se giró hacia él, sino que escondió el objeto en la bolsa y se aferró a ella con fuerza. Su respiración se agitó, acompañando al frenético latir de su corazón. ¿Cómo podría ahora volver a mirarlo a los ojos después de aquello? ¿Cómo podría permanecer a su lado un día más, sabiendo lo que deseaba? Era el prometido de su hermana, pero su razón no parecía dispuesta a recordarlo en ese momento.

—No pretendía... —dijo, observando las brasas de la chimenea de forma hipnótica y a sabiendas de que era una mentira lo que estaba a punto de decir. Tal vez por eso no terminó la frase, sino que la cambió por una disculpa—. No debí mirar, lo lamento.

—Y yo lamento que la hayas descubierto —respondió él, con voz ronca.

Ivalyn sentía su presencia junto a ella, pero no se atrevía a mirarlo. Sus manos todavía apretaban la bolsa contra su pecho, ocultándola a ojos de ambos, como si así pudiese olvidar lo que había visto. Pero cuando Leif le tocó el brazo, la invadió un torrente de emociones imposible de ignorar. Cerró los ojos y contuvo sus ganas de abrazarlo y perderse en su calidez. Leif lo entendió como un rechazo y retiró la mano, dejando en ella una sensación de vacío que la lastimó.

—En realidad —habló él de nuevo—, lo que lamento es que no se pueda cumplir.

Ivalyn lo miró, sorprendida por sus palabras, sin saber que aquel gesto sería un error, pues el deseo en los ojos de Leif la golpeó en el centro mismo de su alma. Tenía la mandíbula apretada y los brazos tensos, tal vez de luchar contra el impulso de volver a tocarla. Y sus intensos ojos negros devoraban su rostro con el ansia de quien ve ante sí lo que más desea, pero no puede obtenerlo. Y así era, al parecer, pues lo que Leif había guardado en la bolsa era el lazo que ella había perdido, no hacía mucho, el día en que los niños la invitaron a jugar en la nieve. El viento se lo habían arrebatado y no fueron capaces de alcanzarlo, pero Leif al parecer, lo había hecho y se lo había quedado. Ahora estaba guardado en su bolsa de los deseos e Ivalyn sabía lo que aquello significaba.

Prendida todavía en su intensa mirada, extendió la mano hacia él y la detuvo a escasos centímetros de su pecho, deseando tocarlo, pero sin decidirse a hacerlo. Leif cedió al impulso y le sujetó su menuda mano con posesividad, apoyándola allí donde sabía que quería estar. Ivalyn pudo sentir el rabioso latir de su corazón bajo aquel muro de músculos y el suyo se paró por un instante, debido a la agitación que, saber que era ella quien provocaba aquel efecto en él, le causaba.

—Voy a besarte, Ivalyn de Sussex —susurró— y nada ni nadie me lo podrá impedir. Aquí y ahora, solo estamos tú y yo.

Antes de que pudiese siquiera pensar en detenerlo, la mano de Leif la sujetó por la nuca y la atrajo hacia sus labios, que se apoderaron de los suyos con asombrosa avidez. No fue el beso

dulce y casto que había esperado recibir cuando soñaba de niña con su primer beso, pero su embestida barrió hasta el más leve rastro de decoro en su cuerpo. Se aferró a sus hombros y gimió de placer. Sus piernas temblaron al sentir cómo Leif la ajustaba contra su duro cuerpo. Aquellos labios posesivos devoraban su boca con ansia, haciéndole consciente de su necesidad. Una necesidad que también crecía ahora en ella, a la par del calor que la invadía con cada asalto de su boca. La apretaba fuertemente contra él, como si temiese verla desvanecerse en la oscuridad. Pero Ivalyn no pensaba irse a ningún sitio. Hacerlo habría sido lo correcto, pero toda su determinación se perdió entre beso y beso. Y la necesidad de tener más de Leif iba a la par de las exigencias de este a rendirse ante él.

No protestó cuando la apoyó contra la pared ni cuando sus manos le acunaron el trasero. Tampoco lo hizo cuando la elevó contra la dureza de su entrepierna y se rozó sin clemencia contra ella, arrancándole un nuevo gemido. Y aunque debería haberse sentido horrorizada de un acto tan carnal con un hombre que no le pertenecía, solo podía pensar en el modo en que su lengua invadía su boca y le enseñaba un juego, que amenazaba con llevarla a la inconsciencia cuando respirar dejó de ser una prioridad para ella.

Leif había luchado contra su propio deseo cuando la vio abrir la bolsa, pero el rubor que cubrió su hermoso rostro al comprender que ella era el motivo del mismo, le impidió marcharse sin hablarle. No pretendía hacer nada más que eso, pero cuando Ivalyn se giró hacia él y levantó la mano hacia su pecho, simplemente respondió. En cuanto sus manos se tocaron, sintió aquella energía que fluía entre ellos y que no podía ignorar por más tiempo y la besó como había deseado hacer desde la noche en que bailaron juntos. Al primer roce con sus labios supo que no debería haberlo hecho, pues su sabor lo embriagaba y barría todo el sentido común que pudiese quedarle en el cuerpo. Y aún así, no se detuvo ni cuando la intensidad de su propia respuesta ante el roce del cuerpo de Ivalyn lo asustó.

Se obligó a olvidar que era la hermana de su prometida para disfrutar del único momento que tendría con ella. Se prometió que la besaría y luego la dejaría ir, pues solo quería probar su sabor. Sin embargo, al escuchar sus gemidos y notar su inocente entrega, perdió el control. La llevó contra la pared y apoyó todo su peso contra ella, para sentirla más firmemente. Y a pesar de su diferencia de tamaño, encajaban a la perfección. Podía sentir sus turgentes pechos, apretándose contra el suyo, en un roce que lo enloquecía. La elevó con sus manos y barrió su boca con la lengua, cuando Ivalyn rodeó su cintura con las piernas. La aplastó contra la pared en un intento de fundirse con ella y sintió que se aferraba a sus hombros con fuerza, quizá deseando lo mismo. Sus gemidos lo incitaban a asaltar su boca una y otra vez. Nada parecía ser suficiente para ellos. Sabía que debía detener aquella locura, pero su cuerpo no respondía. Al menos no del modo en que su mente le exigía una y otra vez. Deseaba tocarla en todas partes, pero no se atrevía a ir más allá de su tentador trasero, porque si ponía la mano en cualquier otra parte de su anatomía, estaba seguro de que la poseería en aquel mismo instante.

Y fue la constatación de aquel hecho, lo que le obligó a separar por fin sus bocas. Cuando besó a Ivalyn, no lo había hecho con la intención de seducirla. Se había dejado llevar por el deseo, pero no quería mancillar su honor. Jamás se lo perdonaría, si llegase a suceder. No se atrevía a soltarla todavía, aunque sabía que debería hacerlo en algún momento, y por eso mantuvo los ojos cerrados y sus frentes unidas hasta que su respiración se normalizó.

—Ve a tu cuarto, My —le dijo, mientras la dejaba en el suelo—. O te haré el amor aquí mismo sin importarme que sea tu hermana a la que debo desposar.

Ivalyn no necesitó más aliciente que sus palabras para salir corriendo hacia sus aposentos, sin

mirar atrás. No porque temiese la amenaza de Leif, sino porque desconfiaba de sí misma para controlar el deseo que todavía sentía por aquel hombre. Si permanecía más tiempo junto a él, le permitiría robar su virginidad si así lo deseaba y eso la preocupaba porque, a pesar de todo, seguía siendo el prometido de su hermana.

—Olvidalo, Ivalyn —se dijo, una vez en la soledad de su cuarto—. Leif no es para ti.

Y aún así, soñó con él y con sus ardientes besos hasta que el sol de la mañana la despertó, regresándola a una realidad donde tendría que enfrentar a Leif como si no hubiese pasado nada entre ellos la noche anterior. Se vistió sin prisa, aún cuando su estómago protestaba por el hambre y se paseó después por la habitación, intentando reunir valor para salir fuera y fingir que no había estado en brazos del hombre que le había robado el corazón, aún sin proponérselo.

—Tú puedes, Ivy —se dijo en alto. Luego inspiró profundamente y dejó escapar el aire despacio. Estaba a punto de abrir la puerta, cuando un par de golpes impacientes precedieron a su hermana.

—Ivy —parecía tan preocupada, que se contagió de su nerviosismo aún sin saber qué había ocurrido—, ven rápido. Padre acaba de llegar.

—¿Qué? Pero había dicho que no... —y recordó, entonces, sus visiones y el sueño que había tenido la noche anterior— ¡Oh, Dios! Ha pasado.

Tomó a Lynna de la mano y prácticamente la arrastró hacia el salón. Ya no importaba nada, salvo hablar con su padre, tanto para confirmar lo que ya sabía, como para averiguar lo que había sucedido después de que su visión se hiciese realidad. Al menos estaba segura de que el rey había sobrevivido a aquello que lo había hecho huir.

—Padre —se abrazó con fuerza a él, temblando de pies a cabeza.

Lo había extrañado mucho, más de lo que se había permitido admitir. Sintió cómo respondía a su abrazo, pero no pudo disfrutarlo, porque lo notó temblar también. Se separó de él para mirarlo a los ojos. Temía lo que pudiese ver en ellos, pero tampoco podía ignorarlo.

—¿Qué más ha pasado, padre?

—Ivy —la advertencia en la voz de Godric fue evidente para todos los allí reunidos.

—Aquí puedes hablar en confianza, padre. Se lo he contado —le sonrió, evitando mirar a Leif.

Era consciente de su presencia, aunque lo había sido siempre, desde el día que se le presentó. Simplemente había pretendido ignorarlo, pues era el prometido de su hermana, pero después de aquel beso, ya nada sería igual y ambos lo sabían. Por más que fingiesen ser los de antes.

—Los daneses atacaron Chippenham durante la noche, mientras el rey celebraba la festividad de Reyes. Apenas lograron escapar unos pocos hombres con él.

—Entonces vuestra visión era cierta —sentenció Olin.

—Las visiones de mi hija siempre se cumplen —Godric lo miró—. Lo difícil es saber cuándo.

—Tenía la sensación de que sería pronto —dijo Ivalyn, nerviosa—. Llevo dos noches intranquila, pensando en que tal vez ya había sucedido. Es la primera vez que me afectan de este modo.

—El ataque fue hace dos noches —le recordó su padre, inquieto.

—Tal vez tu don se está haciendo más poderoso, Ivy —susurró Lynna.

—Tal vez —miró de reojo hacia Leif y este le sonrió de forma tan fugaz, que creyó habérselo imaginado.

—El rey está llamando a sus hombres a las armas —dijo Godric, mirando ahora a los vikingos.

Y mientras su padre hablaba, Ivalyn no pudo obviar el significado de la mirada que le lanzó

Leif, como si esperase que ella dijese algo. Pero no lo haría. No quería añadir más preocupaciones a su padre, contándole un sueño que quizá no significase nada. Supo que Leif respetaría su decisión de mantenerlo en secreto porque lo vio asentir.

—Iremos con vos, conde —se ofreció Leif, entonces—. El compromiso con vuestra hija habría bastado para hacerme cumplir la promesa, pero estos últimos meses he podido conocerlas mejor a ambas y lo habría hecho incluso solo para protegerlas.

—Cualquiera de nosotros lo haría —corroboró Olsen, a lo que se unió el resto.

Lynna se ruborizó e Ivalyn les sonrió con afecto. Apretó la mano de su hermana para transmitirle fuerza porque podía sentir cómo temblaba. También ella lo habría hecho, si no tuviese más preocupaciones en su cabeza de las que ocuparse.

—¿Regresaremos a casa? —a nadie pasó inadvertida la esperanza que tiñó la voz de Lynna.

—Estaréis más seguras aquí —respondió Leif.

—Pero si ni siquiera hay muralla exterior.

—Dejaré a algunos hombres para protegeros, pero nadie se atreverá a acercarse y mucho menos atacar. Estáis a salvo aquí, Lynna.

—Erickson tiene razón, hija —su padre lo secundó—. Me sentiré mejor si sé que estáis aquí.

Por un momento, Lynna dejó entrever que sentía el apoyo de su padre a su prometido como una traición, pero Ivalyn fue la única que estaba lo suficientemente cerca de ella como para verlo. Creía que Lynna ya se había hecho a la idea de que su hogar estaba allí, pero aquel gesto parecía desmentirlo y eso la preocupó. Necesitaba averiguar a qué se debía su mirada de reproche, pero tendría que esperar a quedarse a solas con ella.

Mientras Leif y sus hombres se preparaban para su inminente partida, Ivalyn sintió que la ansiedad se apoderaba de ella y la única forma que conocía de calmarse era aislarse del mundo. Necesitaba pensar en lo que había pasado, para poder asimilar lo que estaba por venir. Sin que la vieran, se escabulló fuera de la casa y corrió hacia la playa. Había ido sola en varias ocasiones, desde aquel primer día en que Arik la había llevado. El sonido de las olas la relajaba y le ayudaba a pensar. Y aquel día lo necesitaba más que nunca.

Le aterraba que su visión se hubiese cumplido ya, porque sabía que los llevaría a una nueva guerra. Pero, aunque debería estar preocupada por todos sus seres queridos, que Dios la ayudase a redimirse por ello, solo podía pensar en que Leif pudiese resultar herido o, en el peor de los casos, muerto. Ni siquiera concebía la idea de que aquel hombre dejase de existir.

—Tu padre te está buscando, My.

Su voz era inconfundible, incluso si no hubiese usado el apelativo con el que la llamaba desde aquella noche bajo las estrellas. Cerró los ojos e inspiró profundamente antes de enfrentarlo. Si había ido a la playa era precisamente, para evitar estar a solas con él. Y allí estaban ahora, juntos y solos.

—Ya os vais —no era una pregunta.

—Deberías haberme dicho que estabas preocupada por algo, My. No es justo que te enfrentes a eso tú sola.

—¿Qué habríais podido hacer vos? —se encogió de hombros—. Nada, me temo.

—Tal vez compartirlo conmigo te liberaría de la tensión —se situó frente a ella para buscar su mirada—. Creía que confiabas en mí.

—Lo hago —concedió tímidamente.

—Yo... —parecía nervioso—, lamento mucho lo que sucedió anoche, My. No pretendía faltarte al respeto. Ni a ti ni a tu hermana.

—No tenéis que disculparos por nada, Leif. Sé cuál es mi lugar y debería haberme quedado en él —dijo con firmeza—. En todo caso, la culpa fue mía por no deteneros.

—Créeme si te digo que no habrías podido evitarlo —se mesó el cabello con las manos, inquieto—. Ivalyn, yo...

Pero nunca llegó a decir lo que estaba pensando porque la voz de Arik contuvo su lengua. El rubio vikingo no había reparado en la intimidad del momento y se acercaba a ellos con una espléndida sonrisa en los labios. *Siempre tan alegre*, pensó Ivalyn, incluso en un momento como aquel.

—La has encontrado. Debería haberos buscado primero aquí, preciosa —le guiñó un ojo, sin perder la sonrisa—. Después de todo os trae gratos recuerdos de mi persona.

—Pero qué listo sois, Arik —le siguió el juego—. Me temo que os echaré de menos mientras estáis tan lejos.

—Vaya. Ahora que me tengo que ir, decidís aceptar mis atenciones —la acusó, en broma. Su ocurrente actuación relajó el momento, aunque Ivalyn lamentaría durante semanas que los hubiese interrumpido.

—Así es la vida. Siempre se desea lo que no se puede tener —en cuanto lo hubo dicho, se arrepintió. No se atrevió a mirar a Leif, aunque sabía que sus ojos estaban clavados en ella. Se le erizó el bello del cuerpo y se cubrió mejor con la capa, aunque no era frío lo que sentía—. Será mejor que regresemos ya. Mi padre querrá partir cuanto antes.

Ninguno habló en el camino de vuelta, probablemente inmersos en sus propios pensamientos, pero Ivalyn apuró el paso hasta casi correr. Deseaba llegar rápido, aunque supusiese adelantar la partida de su padre. En cuanto lo vio en la distancia, transformó su paso en carrera, hasta alcanzarlo y fundirse en un fuerte abrazo con él. Necesitaba más que nunca de su fortaleza.

—Ten cuidado, padre —le rogó—. Te necesito vivo por muchos años más.

—Aquí seguiré, mi pequeña —la apretó contra él—. No pienso morir sin conocer antes a mis nietos. Los de ambas.

—Oh, padre —sollozó, sin lágrimas, en su hombro.

Permanecieron juntos mientras Ivalyn atraía hacia ellos a su hermana. Su abrazo a tres demostraba lo unidos que estaban. Siempre habían sido solo ellos, apoyándose en los malos momentos y disfrutando los mejores. Godric besó la frente de cada una de sus hijas y les sonrió con cariño.

—Regresaré, Lynna —le prometió a la mayor, que tenía los ojos llenos de lágrimas—. No me llores todavía.

—Padre —sollozó sin poder evitarlo, contra su pecho, al igual que había hecho su hermana instantes antes, solo que ella sí derramó lágrimas.

Uno a uno, se fueron despidiendo de ellas. Lynna había empezado a llorar y ya no pudo dejar de hacerlo, así que Ivalyn, haciendo uso de la fuerza de voluntad que le quedaba, apretó su mano para darle apoyo, a pesar de que también le estaba fallando el aplomo. Deseaba poder ocultarse en su cuarto y llorar hasta que no le quedasen lágrimas que liberar, pero no quería hacerlo hasta que se hubiesen ido.

Leif se despidió de Lynna con una ligera reverencia y besó su mano, con respeto. Era evidente que no se atrevía a más porque la muchacha estaba demasiado afectada ya. A Ivalyn la tomó de la mano también y se la apretó con fuerza mientras se despedía de un modo más formal a ojos de todos. Y demasiado íntimo a los de ella. Cuando sus miradas se encontraron, Leif le envió un mensaje con los labios, sin pronunciar ni una palabra. *Enmendaré mi error*, le había dicho. Pero,

¿qué error? *Tú*, gritó su conciencia, *tú has sido el error*. Y su corazón se oscureció con aquel pensamiento.

19

La llegada de los vikingos a Athelney fue recibida como alegría, pues ya conocían su pericia en combate. El mismo rey Alfred se encargó de dar la bienvenida al grupo en persona.

—Perdimos a muy buenos guerreros en el último ataque de los daneses, además de la fortaleza de Chippenham y el resto de los hombres están bastante desmoralizados —les dijo, después—. La sangre nueva vendrá bien para renovar sus ánimos.

—Estamos aquí para ayudar —aseguró Leif—. En lo que sea necesario.

—Es bueno oír eso, porque nos disponemos a fortificar Athelney —apoyó la mano en su hombro—. No podemos pasar el invierno sin protección. Si los daneses han actuado a traición en Chippenham y les funcionó, no podemos esperar que no vayan a repetirlo.

—Ayudaremos en ello y si nos lo permitís —añadió—, podríamos mostrar a vuestros hombres las técnicas de lucha de nuestro pueblo. Os serían útiles contra los daneses.

—Toda ayuda será bienvenida —palmeó su hombro y lo liberó después—. Haré que os muestren dónde podéis establecer vuestro campamento hasta que la fortificación esté lista. Godric, quería hablar con vos antes de nada, si no es molestia.

—Como gustéis, majestad —inclinó la cabeza hacia él en deferencia y se excusó con los vikingos, antes de acompañarlo al interior de la casa.

—Vos os quedaréis en la casa conmigo —oyeron que decía Alfred, antes de desaparecer junto a Godric.

Uno de los hombres del rey los acompañó a un descampado, cerca de la casa, donde tendrían suficiente sitio para todos ellos. No esperaban comodidades cuando iniciaron aquel viaje, pero la localización resultó mejor que la de muchos de los leales señores del rey sajón.

—Es evidente que el rey está feliz de que nos hayamos unido a la lucha —dijo Olin, observando el río que discurría junto a la tierra que habían asignado para ellos—. Nos ha dado el mejor lugar. Hay de todo aquí.

—Excepto mujeres —rió Arik, que ante la mirada severa de Leif, añadió—. Tendremos que encontrar algo diferente con qué entretenernos.

—Como trabajar en la fortificación del lugar —dijo Leif por él— o enseñar a los sajones a luchar mejor.

—Me pido eso último —se animó Arik al momento.

—Todos —Leif recalcó la palabra para asegurarse de que entendían lo que decía— ayudaremos en la fortificación. Una vez listas las defensas, nos ocuparemos del ataque.

—Debí quedarme protegiendo a las mujeres en casa —Arik no estaba ni un poco avergonzado al decir aquello, pues aquel no era su estilo.

—¿Quién sería nuestro bufón entonces? —rió Olin, burlándose de él.

—Para eso ya te tenemos a ti —Arik trató de golpearlo con el pie, pero Olin fue más rápido y erró por mucho, desestabilizándose.

—Yo diría que tú eres mejor en eso.

—Cállate, Olin.

—Callaos los dos —rugió Olsen, antes de mirar hacia Leif después— ¿Vas a quedarte con nosotros en el campamento todo el tiempo o piensas aceptar la invitación del rey a trasladarte a la fortaleza, una vez lista?

—No ha sido muy claro respecto a eso —dijo Leif—, pero hemos venido juntos y juntos estaremos. Dejemos la fortaleza para quien se sienta más seguro en ella. Nosotros no la necesitamos.

Olsen asintió y comenzó a dar las órdenes para disponer las tiendas en torno a la de su jefe, como protección extra. Parecían ser bienvenidos en aquel lugar, pero no por ello se confiarían. Sabían que muchos de los lores que acudirían a la llamada de su rey estaban en contra de la unión de Leif con Lynna y no pensaban darles la oportunidad de tratar de evitarla.

—No debes estar nunca solo, Leif —le advirtió horas después, cuando ya habían terminado de organizar el campamento—. No sabemos quiénes están a favor de tu compromiso y quiénes no.

—Godric me pondrá al tanto de eso —le restó importancia al asunto.

—No me fio.

—¿De Godric?

—De quien no te quiere casado con la joven —especificó—. En cuanto el conde nos diga quienes son, les pondremos vigilancia, pero aún así, tú no debes andar solo jamás.

—Si así te quedas más tranquilo —finalmente cedió.

Aunque sabía que Olsen tenía un tanto de razón. Había mucha gente allí y por más que tuviesen localizados a los lores en su contra, no era posible vigilar a cada hombre a sus órdenes. Si se hubiese desposado con Lynna antes de partir, el peligro sería menor. No porque no fuesen a querer acabar con él, sino porque matar a un futuro conde sería más duramente castigado. Cualquier lord se lo pensaría dos veces antes de ir tan lejos.

Y sin embargo, no había pensado en sus esponsales a su partida, sino en Ivalyn y el beso que habían compartido. Había querido decirle tanto en la playa, tranquilizarla con respecto a sus sentimientos, pero Arik se había entrometido sin saberlo y el momento había pasado. Durante la despedida había tratado enviarle un mensaje, pero no estaba seguro de que lo hubiese entendido y aunque estaba dispuesto a explicárselo a su regreso, pensar en que podía acabar muerto en el combate, una posibilidad más real que el asesinato, le inquietaba.

—Debería haber enviado a Arik por delante —murmuró, malhumorado.

—Se acerca el conde —anunció Olin, sacándolo de sus cavilaciones.

—Leif —le advirtió Olsen al ver que caminaba hacia Godric.

—Mientras esté con él, nadie intentará matarme, Olsen —le aseguró—. Y necesito hablarle a solas.

—De acuerdo —gruñó el hombre, aunque no parecía muy conforme con el arreglo.

Leif se reunió con Godric, ansioso por hablarle sobre su compromiso con Lynna. Quería zanjar el asunto antes de empezar con el trabajo o temía no tener ya ocasión.

—Hay un lugar para vos en la casa —habló primero el hombre—. Estaríais más cómodo si...

—Estaré bien junto a mis hombres —lo interrumpió—, pero gracias por el ofrecimiento. Godric, querría hablar con vos de...

—Godric —alguien gritó en la distancia y Leif perdió su oportunidad.

Cenric Alden se acercaba a ellos a grandes pasos, seguido de Mael, su primogénito. Leif todavía recordaba que el conde había querido casar a aquel joven con Ivalyn y aunque le disgustase la idea, no podía negar que habría sido una unión provechosa para todos ellos.

—Cenric, amigo —se fusionaron en un abrazo—. Creía que tardaríais más en llegar.

—Alcanzamos Sussex un día después de tu partida —le explicó—. Quería haber venido contigo, pero no había previsto que fueses en busca de los vikingos primero. Una ayuda más que bien recibida —aquello último lo añadió mirando hacia Leif e inclinando la cabeza a modo de saludo.

—Ya era hora de implicarse más con la tierra que nos ha dado un hogar —dijo Leif en respuesta.

—Mael —Godric saludó al hijo de su amigo, que había permanecido en silencio hasta el momento—, benditos los ojos que te ven, muchacho. Cada día parece crecer más.

—Godric —inclinó la cabeza ligeramente— ¿Cómo están Ivalyn y Lynna?

—A salvo de esta locura —le respondió—, que es más de lo que podemos decir el resto.

—Los daneses no parecen darse por vencidos —asintió Mael.

—Nos encargaremos de hacérselo entender —repuso Leif con seguridad.

—Acabamos de llegar —le dijo Mael— y lo único que se oye son alabanzas sobre vuestras habilidades en la lucha, Erickson.

—No entiendo por qué, pues hasta el momento no las hemos puesto en práctica más allá de nuestra isla —sonrió—. Y podéis llamarme Leif. Creo que es lo mínimo, ahora que seremos hermanos de armas.

—En ese caso, llámame Mael —le concedió.

Y de aquella forma tan particular y poco directa, decidieron que entre ellos habría una buena relación.

—¿Ya os habéis instalado? —preguntó Godric a su amigo.

—En ello están mis hombres.

—Bien, bien. Aunque estoy seguro de que el rey tendrá un cuarto para ti en la casa —apoyó la mano en su hombro, para acompañarlo junto a Alfred. Y se alejaron, dejando a Leif a solas con Mael.

—Cuando se juntan, no hay forma de seguirles el ritmo —dijo este, antes de mirar hacia Leif—. La primera vez que nos vimos, no tuve ocasión de conocer a tus hombres de confianza. Tal vez pueda ser ahora.

—Desde luego —asintió—. De hecho, estamos cerca.

Lo guió hasta el campamento y le presentó a los tres hombres en los que más confiaba. Mael en seguida encajó entre ellos, pues era igual de bromista que los jóvenes del grupo. Y mientras hablaban y se reían juntos, Leif pudo comprobar la fuerza y el magnetismo que el hombre desprendía, tan similar a los de Ivalyn. Estaba claro que habían influido mucho el uno en el otro a lo largo de su vida y no pudo evitar sentir envidia.

—Es una pena que la boda se haya tenido que posponer —las palabras de Mael lo regresaron al presente—. Una celebración así levantaría los ánimos.

—Algunos deberes tienen prioridad —repuso Leif, sin querer decir que a él no le parecía tan mal haberla retrasado.

—No habrá nada que celebrar si los daneses se quedan con las tierras que nos pertenecen —corroboró Mael.

—Los daneses solo buscan el oro fácil —intervino Olsen, que se había mantenido al margen de las pullas de los más jóvenes—. El rey hizo mal al pagar la primera vez porque sentó las bases de un intercambio que solo beneficia a una de las partes.

—Obtenemos la paz —replicó Mael—. Nos beneficia a ambos bandos.

—Obtenéis un aplazamiento de la guerra —concretó él—. Cada vez que se les termine el oro que les dais, volverán a por más. Invadirán un par de fortalezas para obligar al rey a comprar una nueva tregua, recularán a Danelaw y vuelta a empezar.

—¿Y qué pasará cuando el rey se canse de pagar? —asintió Olin—. Que la guerra habrá llegado, pero las arcas estarán vacías. No se puede ganar una guerra sin un ejército bien preparado, pertrechado y alimentado.

—Hay que ponerle fin antes de que sea tarde —concluyó Arik.

—No lo había visto desde esa perspectiva —admitió Mael, sin rastro de vergüenza—, pero tenéis razón. Si vacían nuestras arcas, no podremos hacerles frente debidamente.

—La guerra es costosa —añadió Leif—. Y no solo hablo de lo material. No me gusta desperdiciar las vidas de mis hombres en actos banales, pero es hora de dar el paso y ayudar a liberar nuestra tierra de los invasores daneses. Esta vez nos aseguraremos de que regresen a Danelaw con las manos vacías y no vuelvan.

—Brindaría por eso —dijo Arik, sonriente—, pero no tengo una copa en la mano.

—Pongámosle remedio —sugirió Mael—. A nuestra llegada, descubrí que estaban preparando el asado cerca de la casa. Seguramente haya vino también.

No tardaron mucho en dar con un pequeño alijo de copas y una jarra de vino, que sirvieron para brindar. Leif no estaba seguro de que Mael fuese consciente de lo que había hecho al sugerir a sus hombres que brindasen juntos, pero decidió esperar a que él mismo se diese cuenta con el tiempo. Un vikingo no brindaba con cualquiera lejos de la mesa, donde lo hacía por cortesía cuando otro lo proponía. Con aquel gesto, sus hombres habían aceptado a Mael como un igual entre ellos.

—Me gusta ese hombre —dijo Olin, cuando Mael tuvo que regresar a su campamento—. Deberías mantenerlo cerca una vez te conviertas en el conde y te traslades a Sussex con Lynna.

Nombrar un futuro que ahora se le antojaba tan poco apetecible, hizo que algo en su interior se removiese y se limitó a asentir, inseguro de poder hablar sin delatarse. Y aunque siempre habían tomado todas las decisiones en grupo, en aquella ocasión no les diría nada hasta haber solucionado el problema.

—Creo que iré a buscar al conde —dijo entonces—. Antes no pude hablar con él lo que quería.

—Llévate a alguien contigo, Leif —le recordó Olsen.

—Quiero hablar a solas con él —insistió.

—Pues que se mantengan a distancia —gruñó el hombre—. Maldita sea, yo mismo lo haré, no sea que lo envíes al campamento en cuanto os pierda de vista a los dos.

Leif se limitó a sonreír, mientras movía su cabeza a un lado y a otro. Su amigo se tomaba muy en serio su seguridad y aunque se lo agradecía, en aquella ocasión hubiese preferido ir solo porque el tema que debía tratar con el conde era muy personal. Si el conde reaccionase mal ante sus palabras, no quería que ninguno de sus hombres estuviese allí para verlo.

—Sea lo que sea lo que vayas a decirle —añadió Olsen cuando estuvo a solas con él—, sé que será lo correcto.

—¿De qué estás hablando? —Leif lo miró con curiosidad.

—Quien mantiene su boca cerrada, ve y oye más —dijo—. Sé que no estás conforme con algunas decisiones que has tomado últimamente y diría que están intentando ponerle solución.

—Temo la reacción del conde —admitió.

—Es un hombre sensato, sabrá entenderlo.

—Eso espero.

—También nuestra gente lo entenderá —añadió, después de un segundo en silencio. Leif sabía a qué se refería, después de todo, la decisión no había sido solo suya, sino de todo su pueblo.

—No cambiará en nada nuestro trato con los sajones.

—Desde luego que no —afirmó con seguridad—. Esas dos jóvenes se han ganado nuestros corazones y con ello, nuestra lealtad. Nadie se negará a luchar junto a los sajones, pase lo que pase.

—Olsen —apoyó la mano en su hombro—, tú debiste haber sido el líder de nuestra gente, no yo. Eres sensato, cauto y sabio.

—Soy demasiado gruñón para que me sigan —negó—. Tú tienes todo eso y mucho más. Nuestra gente te sigue porque confía en ti y porque te respeta. No te vayas a menospreciar ahora.

—No lo hago —sonrió—, pero eso no significa que no sepa ver tu valor.

—Repítemelo cuando mi hermano y Arik puedan oírlo.

—¿Eso ha sido una broma? —lo miró sorprendido.

—Jamás bromeo, Leif —su rictus, totalmente serio, no desmentía aquella afirmación—. Ya deberías saberlo.

Pero Leif no pudo replicar, porque escucharon un alboroto cerca de la casa y corrieron para averiguar de qué se trataba. Los hombres que allí se habían reunido no dejaban de hablar entre susurros y observar a quien había salido de la casa junto a su rey. Leif no alcanzaba a ver lo que sucedía, pero Olsen les abrió paso hasta llegar al frente.

Junto a Alfred, había tres mujeres con ropajes oscuros, adornados con pieles, y un cinturón del que colgaba una bolsa de cuero. Una de ellas, llevaba en su mano un bastón que provocó que el corazón de Leif se acelerase.

—Son völr —susurró Olsen a su lado, quizá más sorprendido que él—. Se suponía que habían desaparecido.

—Al parecer, no todas —respondió él. Entonces, recordó el sueño que le había contado Ivalyn y su corazón dejó de latir por un momento. Solo cuando una de ellas clavó sus ojos en él, comenzó a palpar de nuevo.

—Te conozco —la oyó decir en su lengua natal.

20

Alfred se había sorprendido al ver el intercambio de miradas entre las brujas que había rescatado, pues ahora parecía eso y no una captura, y Leif Erickson. No obstante, no se opuso a que se quedasen a solas para hablar, cuando la mayor de las tres se lo pidió. Todavía no confiaba en ellas plenamente, pero unos días antes le habían jurado lealtad ante todos y después de la reacción del vikingo al verlas, le había entrado curiosidad por saber qué querían decirle. Después de aquella extraña reunión, le exigiría a Erickson que se lo contase todo, pues con ellas no se atrevía aún.

Leif permanecía de pie, cerca de la puerta, con ambos brazos cruzados en su pecho, observando a las mujeres en silencio. Olsen, que se había negado a dejarlo solo, había adoptado la misma postura pero desde la puerta y las miraba a todas alternativamente, esperando a que alguna hablase.

Se parecían entre ellas, dando a conocer que eran hermanas y aún así, Leif sentía que eran tan diferentes como la noche y el día. Sus ojos, de un tono verde miel parecían hipnotizar. No solo porque los miraban de forma intensa, sino porque la areola dorada parecía concentrarse en torno a la pupila, dándoles un aspecto sobrenatural. Su cabello variaba entre el rojo oscuro de la mayor, que lucía como una mezcla de sangre y vino; el rojo intenso entre ondas oscuras de la mediana, que luciría como llamas bajo la luz del sol; y el cabello más claro de la menor, que había desprendido tonos cobrizos fuera, pero que ahora era como una luz en las tinieblas, con aquellos brillos rubios. Pero no eran su cabello ni sus ojos lo que las diferenciaba, ni lo que las hacía tan similares, sino el aura que desprendían, entre misterio y sabiduría. Era lo que veía, en cada una de ellas, a su manera.

—No fue más que un sueño —empezó la volva que había hablando antes frente a todos—, pero te vi.

Era joven para ser una volva, aunque se veía muy experimentada, por lo que Leif no tenía intención de subestimarla. A ninguna de ellas, en realidad. Había visto a suficientes völur en su vida para saber que nada escapaba a su control y que lo que hacían o decían tenía un propósito siempre, que revelaban en el momento adecuado. Decidió que lo más sensato era permanecer en silencio hasta que terminase de hablar.

—Has viajado lejos Leif Erickson —continuó y aunque debería haberse sorprendido de que supiese su nombre, no lo hizo—. Tu destino te esperaba lejos de donde el sol te vio nacer. Tampoco la luna te verá morir allí.

—Eso es algo que asumí hace tiempo —respondió, al comprender que la volva no diría nada más si él no colaboraba.

—No tanto tiempo de eso —repuso ella, después de estudiarlo— ¿O me negarás que hasta hace poco todavía pensabas en tu tierra?

—Pensar en ella no implica querer regresar.

—Pero te lo planteabas —esta vez lo sorprendió con sus palabras.

Se sintió incómodo también, pues nadie podía haber averiguado que, hasta que aceptó la propuesta del conde, había tenido dudas sobre la tierra que habían elegido como nuevo hogar. No se sentía parte de ella todavía, a pesar de los años que llevaban allí, y había temido no poder alcanzar nunca ese sentimiento de pertenencia que había buscado al llegar. Se había aferrado al compromiso como un salvavidas, como si le pudiese dar lo que su corazón se negaba a aceptar por sí solo.

—Ya no —sentenció, con firmeza.

—No —la joven se acercó a él y dio una vuelta a su alrededor—. Ya no.

Y aunque no añadió nada más, Leif creyó ver en sus palabras la verdad sobre la razón por la que ya no dudaba en quedarse allí. Empezaba a pensar que era demasiado transparente, porque era imposible que lo hubiese averiguado en un sueño. No podía creer que de verdad fuesen volür.

—¿Qué ocurría en el sueño? —preguntó, con verdadera curiosidad.

—Eso es algo que ya sabes —respondió ella.

—Estamos aquí por ti —añadió la mayor de las tres.

—¿Por mí? —si antes se había sorprendido de que pudiesen leer en su interior con tal facilidad, el sentimiento se había intensificado con esa confesión.

—Guthrum, el Viejo, nos arrebató de nuestro hogar —le explicó— porque ansiaba conquistar un reino que no le estaba destinado y creía que las vödur le conseguiríamos lo que no lograba alcanzar por sí mismo. Nos trajo a esta tierra, sin saber que era a aquí a dónde debíamos venir.

—Si vais a decirme que soy yo quien está destinado a semejante...

—Alfred, el Grande, es y será el rey de Wessex —lo interrumpió.

—¿Entonces, por qué decís que estáis aquí por mí?

—Porque necesitamos que nos lleves ante ella —aquellas palabras no le gustaron en absoluto, pues supo inmediatamente a quién se refería.

—¿Por qué habría de hacer algo así? Ni siquiera sé quiénes sois.

—Mi nombre es Liv —se presentó, entonces ella—. La mayor de las hijas de Anskar Landvik. Y estas son Eline y Maren, mis hermanas. Nacimos con dones especiales y los manifestamos a temprana edad, algo poco habitual entre las nuestras. Nuestro padre nos envió con la última de las vödur que parecían quedar y con ella, hemos estado formándonos, hasta que Guthrum nos secuestró.

—¿Por qué no se la llevó a ella?

—La mató —respondió Eline, la mediana, con evidente enfado—. Y lo hizo a traición.

—Creó que seríamos más manejables que ella —Liv alzó la mano hacia su hermana para hacerla callar. No era habitual en una volva mostrar reacciones ante nadie, pues eso las hacía demasiado humanas.

—Pero se equivocó —aventuró Leif.

—No lo hizo —negó Liv—. Hemos hecho cuanto nos ha pedido, prueba de ello es que estamos ahora aquí, después de que tu rey haya perdido la batalla en Chippenham.

—Y ahora que nos hemos librado de su yugo —habló Maren, la menor de las tres, por primera vez—, ayudaremos a tu rey Alfred a reconquistar sus tierras.

—¿A cambio de qué? —preguntó Leif— ¿De qué yo os lleve después junto a ella? No haré tal cosa sin su consentimiento. Ella no quiere ese don...

—No es algo que tú debas decidir, Leif Erickson —dijo Liv—. Tampoco ella. Es algo que tiene que suceder. Nosotras teníamos que estar aquí en el momento en que tú llegases. Y tú tenías que unírte a tu rey en la lucha para poder ayudarnos después.

—Habláis mucho y no decís nada —intervino Olsen, que había estado en silencio todo el tiempo—. Esto no es más que palabrería barata. No diré que no sabéis amedrentar a los hombres o inducirlos a actos heroicos. Ni que podéis ayudar con las cosechas, las familias, las enfermedades o todo lo que os propongáis, pero eso no os hace ser menos humanas que Leif o que yo. Si queréis ayuda, pedidla directamente y dejaos de palabras vacías. Pero no esperéis que os ayudemos sin más; tendréis que explicaros mejor antes, porque si estáis hablando de quien creo, no os permitiré acercaros a ella sin saber qué intenciones lleváis.

—Eso es lo que digo yo siempre —Eline emitió un gemido de frustración y comprensión conjuntas y sus hermanas la miraron al mismo tiempo—. Es agotador hablar sin decir nada.

—Es la única forma de que nos tomen en serio —le recriminó Liv.

—Sí, ya se ve que nos hacen mucho caso —Eline alzó una ceja y señaló a Olsen como prueba de ello.

—Si estáis en aprietos —se atrevió a intervenir Leif—, no tenéis más que decirlo e intentaremos ayudar. Estoy seguro de que el conde de Sussex e, incluso el rey, harán lo que puedan para solucionarlo.

—Dudo que el conde acepte ayudarnos a encontrarnos con su hija —dijo Eline, dando a entender que sabían más de lo que decían—. La protege con gran celo.

—Siempre dependerá de vuestras intenciones. Es un hombre bastante razonable.

—Eline lleva meses soñando con ella —les explicó Liv, abandonado ya el lenguaje propio de las vö lur, que dice mucho, pero no aclara nada—. Al principio creía que eran solo visiones del pasado.

—De la primera volva —concretó Eline—. Creía que intentaba mostrarme cómo habíamos nacido y cómo habíamos descubierto nuestros dones. Bueno, ella era inexperta y no controlaba sus visiones, así que parecía lógico que fuese eso.

—Pero al llegar a la isla —aventuró Leif, recordando el sueño de Ivalyn—, descubristeis la verdad.

—Ella nos vio en mi sueño —asintió Eline.

—¿Era un sueño? Por lo que me contó, creí que habíais contactado con ella durante la batalla en Chippenham.

—Fue solo un sueño premonitorio que tuve el día antes de la batalla —le explicó Eline—. Al principio creía que estaría allí, pero luego comprendí que era una mera espectadora y que yo la había llevado hasta allí.

—En realidad —habló Liv—, solo Eline la vio en sus sueños. Maren y yo no la hemos contactado en ningún momento. Lo que sabemos de ella es a través de nuestra hermana.

—¿Qué queréis de ella? —preguntó Olsen, siempre tan directo.

—Ayudarla —respondió Maren.

—Ella no quiere ese don —le recordó Leif—. No aceptará vuestra ayuda si tiene que ver con potenciarlo.

—Solo queremos ayudarlo a entenderlo y controlarlo —dijo Liv—. Lo que haga con él después es cosa suya.

—Si quiere aprender a potenciarlo no le diremos que no —añadió Eline, que se ganó una mirada de reproche de su hermana mayor—. Vamos, Liv, no me mires así, sabes que no quedamos muchas vö lur ya, así que cualquier mujer con dones será bien recibida entre nosotras.

—Respetarás su decisión —le advirtió—, sea cual sea.

—Por supuesto —parecía ofendida—. Solo he dicho que sería bienvenida si quisiese ser una

volva.

—Creo que ya ha hecho su elección hace tiempo —aunque Liv no añadió nada más, Leif sintió su mirada sobre él por un segundo y su corazón comenzó a latir con prisa en su pecho. ¿Se estaría refiriendo a él?

—Entonces —habló Olsen de nuevo—, ¿nos ayudaréis a reconquistar las tierras que hemos perdido a manos de los daneses?

Leif admitió que le gustaba cómo había sonado que los incluyese en el conflicto, pues le gustaba saber que ya se consideraban parte de aquel lugar. También él lo hacía por fin y era algo que tenía que agradecerle a Ivalyn. No al conde, como había creído cuando aceptó el trato que le había propuesto, sino a ella. Y aunque no le gustaba la idea de que las völur se le acercasen, le preguntaría igualmente si quería conocerlas. Estaba seguro de que sabrían ayudarla a controlar su don si les daba la oportunidad.

—Lo haremos —le aseguró Liv.

—Pues no hay más que hablar por ahora —sentenció él—. En cuanto los hayamos enviado de regreso a Danelaw, veremos si os llevamos o no ante Ivalyn. Esa muchacha está bajo nuestra protección y no vamos a exponerla al peligro con...

—No somos un peligro para ella —lo interrumpió Eline.

—Eso no lo sé todavía —la desafió, sin miedo—. Si quieres acercarte a ella como dices, primero tendrás que ganarte mi confianza.

—No es así como...

—Siempre me han gustado los desafíos —Eline interrumpió a Liv.

—No soy de los que se dejan engañar fácilmente —le aseguró Olsen.

—Me sentiría decepcionada si lo fueses.

—Está bien —se dio por vencida Liv—. Sea pues así, en vista de que no me haréis caso ninguno de los dos.

En cuanto se quedaron solas, Eline sonrió a sus hermanas.

—Hemos roto unas cuantas reglas hoy. Groa no sería feliz de saberlo.

—Groa nunca era feliz —añadió Maren.

—Eso también es verdad.

—¿Por qué sería? —les preguntó Liv—. Si le hicieseis un poco más de caso en lugar de intentar eludir sus lecciones, tal vez no se enfadaría tanto con vosotras.

—Sus lecciones eran aburridas, Liv —protestó Eline—. A los pocos días de estar con ella, ya sabía más de mis dones que ella de los suyos en sus años de volva.

Liv no podía negarlo, pues era cierto. Sin saber por qué, sus poderes se habían fortalecido con rapidez, mientras Groa se había quedado atrás. Tal vez por eso Guthrum había decidido matarla, porque el día en que llegó a su casa y las cuatro intentaron defenderse, dejó claro que ya no era una amenaza para nadie. Si ellas habían cedido a los mandatos del hombre había sido para evitar la muerte de su maestra, algo que pasó igualmente, una vez fueron encadenadas. Si no se habían rebelado fue porque el danés no les había dicho nada y para cuando lo averiguaron, era demasiado tarde para ponerle remedio. Pero sobre todo, porque ya habían averiguado que su destino las esperaba en aquellas nuevas tierras hacia las que se dirigían.

—Sea como sea —les dijo—, este es un nuevo comienzo para nosotras.

—Uno donde no nos impondrán más normas —asintió Eline, feliz.

—Uno donde no contamos con el respeto de los hombres —les recordó su hermana mayor—. A partir de ahora, no debemos mostrar nuestros poderes ante cualquiera porque la mayoría de los

que aquí moran no los comprenderán y nos tendrán miedo. El miedo es más peligroso que la codicia para nosotras.

—Leif y su gente nos protegerán —les aseguró Maren.

—Pero eso será una vez nos ganemos su confianza —les recordó—. Por el momento, estamos solas.

—No tan solas —susurró Maren.

Un hombre había asomado la cabeza por una puerta, no muy lejos de ellas. Era el mismo que había acompañado a su rey en la batalla para detenerlas y el más reticente a su liberación después de que ayudasen a huir al grupo sin que los persiguiesen.

—Peor que solas —suspiró Liv, que veía en aquel hombre un problema.

—Déjame asustarlo un poco —pidió Eline—. Ya verás cómo deja de poner trabas a nuestra presencia.

—¿Qué acabo de decir del miedo, Eline? —la reprendió su hermana—. Es mejor que me lo dejéis a mí. Volved a la fortaleza ahora, hablaré con él.

—No te vamos a dejar sola —se opuso Maren.

—No me hará daño —les recordó—. Alfred lo dejó claro y él respeta a su rey.

—No me fio —añadió Eline—. No nos ha quitado el ojo de encima desde que su rey nos liberó y les dijo que ahora somos aliados.

—No me importa lo que digáis o penséis —las reprendió—. Lo único que necesita ese hombre es ver que no somos una amenaza para su rey; después, nos dejará en paz. Voy a demostrarle que podemos serles de ayuda, y que lo seremos, de hecho.

—Pero...

—He dicho que me dejéis sola con él —repitió, con más firmeza.

—Ya sabes qué hacer si nos necesitas —bufó Eline, arrastrando a Maren con ella.

—No os necesitaré —les aseguró—. No es peligroso.

El hombre dejó salir a las dos mujeres más jóvenes y cuando se quedó a solas con la mayor, centró su atención en ella. Había algo en aquella mujer que lo atraía irremediabilmente y le preocupaba que le hubiese lanzado algún hechizo. Había sido el que más se opuso a su liberación y temía que estuviese manipulando su mente de alguna forma ahora.

—Podéis acercaros —le dijo ella, con voz suave—. No muerdo.

—Hacéis cosas peores —no obstante, caminó hacia ella—. He sido testigo.

—Aquello no fue por gusto, creedme —replicó.

—¿Por qué habría de hacerlo?

—No tenéis por qué hacerlo, cierto —asintió—, pero hallaré el modo de demostraros que no miento.

—Manipuláis la mente de las personas, no necesitáis demostrar nada. Tan solo metedlo en mi cabeza y listo.

—Las vödur tenemos ciertas normas —comenzó a caminar a su alrededor y Edric se sintió nervioso, pero no hizo nada, salvo mantenerse alerta—. Una de ellas es no usar nuestra magia en beneficio propio.

—¿Qué pasaría si rompieseis una de esas normas? —no pudo evitar que la curiosidad hablase por él.

—Realmente no lo sé —su respuesta resultó tan espontánea, que Edric no pudo sino creerla—. Nadie lo ha hecho nunca. Al menos, no tengo constancia de ello. No pudimos concluir nuestro entrenamiento como vödur antes de que Guthrum nos secuestrase, así que hay cosas que todavía

desconocemos.

—¿Por qué queréis ayudar a mi rey, si antes intentasteis matarlo?

—En aquella batalla no solo luchabais vos contra los daneses, sino que nosotras lo hacíamos para sobrevivir. Guthrum quería vencer a Alfred a toda costa y nos usó, bajo amenaza de muerte. Ninguna quería hacer aquello, pero de negarnos...

—Eso no explica por qué queréis ayudarle ahora —repuso, al ver que no terminaría la frase.

—Nuestro destino está ahora ligado —respondió, después de pensar en la mejor forma de decirlo—. Es nuestro deber ayudar. No creo que lo entendiéis, aunque os lo explicase. De todas formas, no tampoco puedo hacerlo. No me corresponde a mí hablar de ello.

—¿Por qué? —insistió, sin importarle que se hubiese negado a decirlo. Se había acercado tanto a ella, que podía distinguir el dorado de sus ojos, entremezclado con el verde. Parecía danzar, hipnotizándolo.

—Si vuestro rey no vence, lo que nos trajo hasta aquí se perderá y todo habrá sido en vano —intentó hacérselo entender, sin desvelar la verdad de porqué estaban allí—. Todo el sufrimiento, la impotencia, el miedo... No podemos permitir que Guthrum se apodere de estas tierras porque será el final de las mismas. Todo lo que ese hombre toca, lo destruye.

—Ahora me habéis dado una respuesta convincente —Edric sonrió, más tranquilo, y Liv se quedó prendida en su mirada por un instante.

De repente, su mente recibió una fuerte descarga de energía psíquica que nada tenía que ver con sus poderes o los de sus hermanas. Sintió el mareo casi al momento y trató de mantenerse en pie, sin éxito. Se hubiese caído, si los reflejos de Edric no estuviesen tan desarrollados.

—¿Estáis bien? —le preguntó, todavía sosteniéndola.

—Yo... —vaciló, tratando de recuperar su equilibrio—. Creo que sí. Es solo que...

—No debéis caminar sola todavía —la reprendió al ver que lo intentaba—. Podrías haceros daño si...

—Estoy bien —lo interrumpió, soltándose de él.

En cuanto comprobó que no volvería a marearse, se alejó tan rápido como pudo de allí. Necesitaba meditar a solas sobre lo que acaba de averiguar, porque no era algo para lo que prepararían a una volva.

—Esto no es posible —murmuró al verse sola—. No es posible.

21

Liv permaneció sola la mayor parte del día, después de informar a sus hermanas de que necesitaba meditar. Sabía que en cuanto regresase, tendría que darles explicaciones, si acaso no las habían buscado ya por otros medios. Solo esperaba que su intento no tuviese éxito, porque no quería que sacasen conclusiones precipitadas.

Ni siquiera se sentía preparada para decidir qué hacer después de una visión como esa. No era propensa a tenerlas, pues ese don se le había concedido a Eline; incluso Maren podía ver el futuro en sus runas y sus huesos, pero no ella. Era intuitiva y perceptiva, algo que podía usar en su beneficio, pero nada más. Sin embargo, había tenido una visión tan clara, que de no haber ocurrido en tan poco tiempo, se podría haber creído que lo había vivido de verdad.

Puede que Groa no hubiese concluido su entrenamiento, pues llevaba muchos años alcanzar la plenitud de los poderes como volva, pero les había hablado de aquel tema incluso antes de aceptarlas como pupilas en su hogar. *Aquella que no acepte su destino tal y como está escrito, no podrá ser volva*, les había dicho, *no es una opción, sino un requisito para poder iniciar el adiestramiento*. Y así lo habían aceptado.

—¿Y por qué he tenido esta visión, entonces? —se preguntó en alto.

Cansada de no hallar la respuesta, decidió regresar al campamento, y aunque no pudo verlo, supo que alguien había estado merodeando a su alrededor mientras estuvo meditando. ¿Para protegerla? ¿O quizá para espiarla? Sabía que muchos desconfiaban todavía de ellas, pero no podía reprochárselo tampoco, por las circunstancias en que habían sido liberadas. No era sencillo aceptar que un enemigo pudiese ser un amigo después. Incluso cuando ese enemigo no era tal, sino solo una víctima más de la avaricia de un jefe militar que no se conformaba con nada. Muchos todavía creían que traicionarían a su rey en la primera ocasión que tuviesen y por eso el soberano les había sugerido obtener una escolta personal, con sus hombres de mayor confianza, pero ellas lo habían rehusado. No estaban tan indefensas como el rey se creía.

—¿Se puede saber por qué has tardado tanto, Liv?

Eline se interpuso en su camino nada más verla llegar a la fortaleza y Liv se limitó a franquearla porque no quería hablar de ello ante oídos traicioneros. Simplemente le hizo un gesto a su hermana para que la siguiese hasta la alcoba que compartían y esta guardó silencio, aunque de mala gana.

Maren estaba ya en el cuarto, sentada en la pequeña mesa que había junto a la ventana y con sus huesos dispersos en ella. Liv imaginó que había estado probando suerte con su aflicción. Solo esperaba que no lo hubiese logrado.

—Necesito que me aclares algo, Liv —le dijo Maren, sin mirarla.

—Tengo mucho que aclarar —asintió—, pero no solo a vosotras, sino a mí misma. Mi mente es un hervidero de posibilidades improbables ahora mismo.

—Una de ellas —ahora la miró— quizá tenga que ver con el hecho de que he mirado en tu futuro y no veo nada.

—¿Quieres decir que se va a morir? —Eline se preocupó por aquello.

—Nadie se va a morir —concretó Liv—. Al menos no ahora. Se acerca una guerra y no sabemos lo que eso nos deparará, pero no es por eso por lo que no ves nada en mi futuro.

—¿Entonces? —Maren se veía intrigada.

—He tenido una visión —decidió contarles parte del problema, solo para acallar su insistencia y para calmar su propia ansiedad.

—Pero si tú no tienes visiones —bufó Eline, con su carácter acelerado.

—Pues he tenido una —recalcó—. Y no estoy segura de cómo interpretar lo que he visto.

—Si afecta a tu futuro y no te has decidido todavía —supuso Maren—, es posible que no pueda ver nada por eso.

—Imagino que es así —asintió Liv—. Cómo me gustaría tener a Groa aquí para preguntarle sobre mi visión.

—Groa no te habría aclarado nada —protestó Eline—. Ella era de la vieja escuela y siempre hablaba entre brumas.

—¿De la vieja escuela? —Liv la miró divertida.

—Bueno —se encogió de hombros—, si vamos a cambiar algunas cosas a partir de ahora, se podría decir que somos de la nueva escuela. ¿No?

—Y tú que estabas deseándolo, ¿verdad? —le recriminó Maren.

—Claro —bufó de nuevo—, ahora soy la única que protestaba por eso.

—A mí no me gustaba, pero lo hacía porque era lo correcto —replicó su hermana.

—Pues sigue con ello, si te...

—Ya basta —las frenó Liv, a sabiendas de que iban a empezar una pelea verbal que no traería nada bueno—. A veces os comportáis como niñas pequeñas. Me vale que dejemos atrás algunas cosas, pero no vamos a empezar a discutir entre nosotras delante de la gente. Eso no ayudará a que nos tomen en serio.

—Ahora no hay nadie —señaló Eline.

—Si discutís cuando no hay nadie —explicó—, lo haréis incluso cuando lo haya. O cuando os puedan escuchar, aunque creáis estar solas. No sé si sois conscientes de esto, pero muchos ojos nos observan a diario. No les daremos motivos para desconfiar de nosotras, ni para hacernos de menos. Necesitamos ganarnos su respeto porque en su cultura las vödur no deben de existir y por el modo en que nos miran al saber qué somos, no creo que tengan una buena opinión sobre nosotras. Y esto no es una sugerencia, hermanas. Comportaos.

Como si las hubiese regañado, ambas jóvenes asintieron en silencio y no objetaron nada más al respecto. En el fondo sabían que tenía razón y que el respeto, y en ocasiones el miedo, era lo único que tenían para ser imprescindibles en un mundo de hombres como en el que vivían. Aunque las mujeres en su cultura eran más importantes que en otras, la mayoría solo aspiraba a ser esposa y engendrar un heredero, aparte de otros hijos más a los que cuidar. Las vödur siempre habían tenido su propio lugar en aquel mundo, al igual que las guerreras o las mujeres de los hombres más poderosos, pero las nuevas religiones las estaban condenando al ostracismo, pues consideraban a las brujas como seres peligrosos, en contacto con el lado oscuro de la magia, y proclamaban que debían ser exterminadas. Cada vez nacían menos de las suyas y las pocas que había, o se ocultaban o no sabían cómo usar sus poderes y acababan perdiéndolos. Si eran las últimas de su casta, lo harían bien. O al menos lo intentarían.

—No nos has dicho cuál fue tu visión, Liv —le recordó Maren, más tarde.

—Hasta que logre descifrarla —le respondió—, creo que me la reservaré.

—No es justo —protestó Eline.

—La vida no es justa.

—No me vengas con esas bobadas, Liv. Se supone que somos familia, un equipo. No podemos empezar a ocultarnos las cosas.

—No sé cómo manejar mi visión, Eline. Y por desgracia, no es algo en lo que me podáis ayudar. Dadme unos días y después os lo cuento.

—No estás sola —le recordó Maren, apoyando a Eline en eso—. Además, tres mentes piensan mejor que una.

—Os prometo que os lo contaré en un par de días.

No parecían conformes, pero como la vez anterior, asintieron sin decir palabra. Liv era la mayor de las tres y por ende, siempre había actuado como una madre para ellas dos. Era inevitable hacerle caso.

Y mientras hablaban, Maren, que no había dejado de mover sus cartas en ningún momento, pues solía hacerlo, para mejorar su don, cuando estaban a solas, se quedó petrificada al descubrir lo que le decían. No podía creer lo que leía, pero sabía que las cartas nunca mentían.

—Esto tiene que ser un error —dijo, barajando de nuevo y extendiendo las cartas al azar como había hecho antes—. Habláis tanto, que me he desconcentrado.

—Claro —bufó Eline—. Ahora échanos la culpa a nosotras. Asume tus...

—Silencio —la calló su hermana pequeña—. Deja que repita la pregunta.

Por unos minutos, guardaron silencio, esperando que Maren hablase de nuevo con ellas. Liv comenzó a preocuparse al ver cómo palidecía y, aunque no podía leer las cartas, se le daba bien leer el rostro de sus hermanas. Si no se equivocaba, Maren acababa de descubrir lo que les había intentado ocultar. Al parecer, las cartas ya no ocultarían más su futuro. Y no entendía por qué, pues no había decidido nada todavía.

—Lo sabes, ¿verdad? —le preguntó.

—No estoy segura de que sea correcto lo que me están mostrando.

—Tampoco lo era mi visión —concretó su hermana.

—¿Se puede saber de qué estáis hablando? —Eline estaba enfadada, pues se sentía desplazada por ellas.

—Está bien —suspiró Liv, viendo que no podría posponer su explicación un par de días como quería—. Siéntate y os lo contaré.

—Por fin —Eline hizo lo que le pedía y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Cuando hablaba con... ese hombre —ni siquiera sabía su nombre—, me pasó algo extraño. Mi mente comenzó a recibir fuertes señales sobre mi propio futuro, no muy lejano, creo.

—¿Te hizo algo para...? —comenzó a preguntar Eline, pero Maren la hizo callar para que Liv terminase su explicación.

—De repente —siguió diciendo Liv—, me vi en un castillo, haciendo uso de mis dones para cuidar a su gente y siendo respetada y querida por todos ellos... con él a mi lado. Y era feliz. Sentía que aquel era mi lugar, que ese es mi destino. Y no...

—¿Cómo que con él? —Eline la interrumpió— ¿Estás hablando que él te protege como guardia personal o algo así?

—No, Eline —negó—. Estoy diciendo que él era mi esposo.

—No —comenzó a sonreír, creyendo que se estaban burlando de ella—. No. Eso es imposible. Ya sabes que las völur no estamos destinadas a tener una familia. Groa nos obligó a comprometernos a renunciar a los placeres de la...

—Somos de la nueva escuela, ¿recuerdas? —sentenció Maren, usando las mismas palabras que había pronunciado ella poco antes—. Si vamos a cambiar algunas normas, ¿por qué no esa también? No veo nada de malo en que busquemos la felicidad junto a un hombre que nos ame.

—Las vö lur perdemos nuestros poderes si nos unimos a un hombre —le recordó.

—Eso no está demostrado —la contradijo Maren—. Yo creo que el tema es que Groa nos dijo eso porque era la única forma de mantenernos lejos de la tentación que suponen los hombres. Si tienes la mente en otra parte, tu entrenamiento no te ayudará a controlar tus poderes. Es lógico que quieran prohibirnos que...

—Ninguna volva se ha casado jamás, Maren —Eline no la dejó terminar—. Eso tiene que significar algo. ¿O la idea de tener un esposo te impide ver la verdad? No me arriesgaría a comprobar si es cierto o no. Estoy bien con tener poderes que nadie más posee y si renunciar al amor es el pago, que así sea.

—Os recuerdo que me vi usando mis poderes —Liv quiso detener aquella disputa y lo logró—. Estaba con él y conservaba mi magia.

—¿Y por qué entonces no nos permiten tener pareja? —repuso Eline, obcecada con tener razón.

—Las vö lur —Liv trató de hacer memoria y razonar su pregunta— solían ir de pueblo en pueblo para ayudar a quien necesitase de sus servicios. Esa no es una vida que un hombre desee llevar, sin tierras propias, ni un hogar donde asentarse. Tampoco sería sencillo tener hijos en esas circunstancias. Tal vez, solo pensaron que era más fácil decirnos que no podíamos tener familia, que explicarnos que debíamos renunciar a ella por el bien de nuestro trabajo. No muchas estarían dispuestas a seguir el camino de la magia, si supiesen que pueden elegir.

—A nosotras, Groa nos permitió elegir —les recordó Eline, testaruda.

—En realidad no —negó su hermana mayor—. Nos informó de lo que iba a suponer ser una volva y nos dijo que renunciar a todo lo demás era un requisito imprescindible. En ningún momento nos informó de que podíamos negarnos.

Eline pensó en ello y llegó a la misma conclusión. Groa había dicho y hecho muchas cosas de forma que a ella siempre le pareció que tenían elección, pero en realidad, siempre acababan haciendo lo que la volva había previsto desde el inicio. Y comprendió que las había manipulado del mismo modo en que se suponía que ellas debían manipular a los demás cuando ya no estuviesen bajo su tutela.

—Vieja zorra —murmuró.

—Eline —la reprendió Liv.

—¿Qué? No niegues ahora que lo es. Supo manejarnos a su antojo y ni cuenta nos dimos. Y yo pensando que había decidido ser volva por mí misma —se sentía un tanto defraudada, aunque no estaba arrepentida de haber elegido, sin elegir, aquel camino.

—Pues yo me alegro de ser una volva, aunque no haya tenido elección —dijo Maren, dando voz al pensamiento de todas—. Sin mis poderes, no sería yo. Me da igual si Groa me manipuló o no, quiero esto y no lo cambiaría por nada.

—Tampoco yo —asintió Eline, después.

—Ni yo —admitió Liv— ¿Pero dónde deja eso a mi visión?

—En tu futuro —respondió Maren, después de meditarlo—. Eline tiene razón en...

—Para, para, para —la detuvo la aludida— ¿Maren me está dando a mí la razón? Esto es nuevo, no sé cómo sentirme.

—No seas tonta y escucha —protestó su hermana—. Si vamos a cambiar alguna norma, nada

nos obliga a permanecer solas. Ya no vamos a ir de pueblo en pueblo, así que no hay razón para no buscar esposo, si es lo que queremos. Yo no tendría problema en establecerme aquí. De lo que he visto hasta el momento, me gusta todo.

—Excepto la guerra —completó Eline.

—Excepto la guerra —repitió Maren, blanqueando sus ojos.

—Supongo —habló Liv después de un momento en silencio— que no es tan terrible pensar en un futuro teniendo una familia propia. Me había convencido de que no lo necesitaba, que os tenía a vosotras, pero es interesante saber que tengo esa posibilidad.

—Suen a que no lo harás —aventuró Maren.

—Suen a que no sé lo que pasará.

—Si lo has visto, pasará —le aseguró Eline, que parecía emocionada con esa posibilidad ahora. Si su hermana podía, tal vez ella también. Todas ellas podrían tener una vida diferente a la que habían imaginado al ir con Groa.

—Tus visiones no siempre se cumplen, Eline.

—Y tú no las tienes —le recordó—. Si lo hubiese visto yo, podías pensar que no va a pasar, pero no es así. Vas a enamorarte de ese hombre, te guste o no.

Liv frunció el ceño, insegura sobre que no tuviese opción a decidir por sí misma si quería o no compartir su vida con alguien que no conocía y que, hasta hacía unas horas, había desconfiado de ellas por ser brujas. No era empezar con buen pie una relación.

—No le des más vueltas, Liv —le aconsejó Maren—. Lo que vaya a pasar, pasará. Tal vez, mañana tengas otra visión y sea diferente. A veces, no se deben interpretar al pie de la letra.

—¿Qué hay que interpretar ahí? —repuso Eline, incrédula.

—Tal vez la visión solo pretendía decirle que podemos elegir. Tal vez lo usó como referencia a él porque era quien estaba junto a Liv en ese momento —le explicó a su hermana—. Pero tú deberías saberlo ya. Eres quien tiene más visiones.

—Bueno —se encogió de hombros—, me gusta ese hombre para Liv.

—¿Qué? —preguntaron las otras dos al mismo tiempo.

—No me miréis así. Se cree tanto que debe velar por nosotras, que no mira por sí misma. Ese hombre parece suficientemente intenso como para dar un poco de emoción a su vida. Además —sonrió—, me gustaría pensar que yo puedo encontrar también a alguien.

—Una cosa no quita a la otra, Eline —le dijo Liv, abochornada porque su hermana pensase esas cosas.

—Lo sé, pero si yo encuentro a alguien, quiero que vosotras también. Y te desvives tanto por los demás, que te olvidas de ti misma siempre.

—Eso no es cierto —protestó Liv.

—Tienes que quererte más, hermana mayor —insistió Eline.

—En eso le doy la razón a Eline —añadió Maren.

—¿Pero qué pasa aquí? —exclamó Eline— ¿Desde cuándo me das tanto la razón?

—Cuando la tienes, la tienes —se encogió de hombros.

—Creo que me iré a dar una vuelta —anunció—. Esto es demasiado para mí. Necesito despejar la mente.

—Qué graciosa —se quejó su hermana, pero la siguió fuera.

—¿Qué crees que haces?

—Salir también. No eres la única que puede hacerlo, ¿sabes?

Y discutiendo, salieron del cuarto, dejando a una pensativa Liv. ¿Sería posible que las cosas

cambiasen tanto para ellas ahora que habían ido a un país tan lejos del propio? Lo que más le aterraba no era el hecho de que su visión la condenase a enamorarse de un hombre que apenas conocía, sino pensar que realmente podría hacerlo, solo por haberlo mirado a los ojos una única vez, antes de tener aquella premonición.

Leif no podía dejar de pensar en lo que le habían dicho las vödur. Ellas le habían asegurado que sería quien las llevaría con Ivalyn, pero no se consideraba la persona adecuada para hacerlo. A su modo de ver, era el conde quien debía presentarlas, después de todo era el padre. No podía pensar en nadie más adecuado para decidir si su hija debía o no enfrentarse a esas mujeres y a lo que fuesen a querer de ella. Pero no se sentía cómodo delegando ese deber a Godric, a pesar de todo, pues necesitaba asegurarse personalmente de que Ivalyn iba a estar bien. Y aquella certeza era lo que lo impulsó a intentar hablar de nuevo con el conde. Lo había estado postergando, día tras día, desde su charla con las brujas, pero había llegado el momento de hacerlo. De nada serviría retrasarlo, si tenía las cosas claras. En menos de un mes entrarían en guerra y no podía llevarse semejante carga de conciencia con él. *A la guerra hay que ir preparado para todo y con la mente centrada*, solía decir su padre. Y no es que apreciase sus consejos, pues solían estar destinados a la lucha, algo que quería evitar a toda costa, pero cuando se trataba de ese tema, siempre tenía razón. Una mente dispersa era sinónimo de una muerte prematura en la batalla.

—Hazte cargo, Olsen —le pidió a su amigo, cuando vio de lejos al conde, mientras estaban entrenando a un destacamento de soldados. A eso dedicaban gran parte del día ahora y aunque era estimulante ver los progresos que hacían, también era un poco aburrido—. Tengo algo que hacer.

—No te alejes demasiado —gruñó este, pues seguía dispuesto a no dejar que anduviese sin protección por el campamento, por más que nadie hubiese intentando nada contra él en todas aquellas semanas allí. Más aún, la desconfianza inicial se había desvanecido hacía ya tiempo.

—Solo iré a hablar con el conde, amigo —le sonrió—. Cualquiera diría que no te fías de mis habilidades como guerrero.

—Sabes que no lo digo por eso. Muchos aquí....

—Lo sé, Olsen —lo interrumpió, para no tener que oír el mismo sermón de siempre—. Tendré cuidado.

Aunque le divertía el celo con que Olsen lo protegía, conocía el riesgo y estaba siempre alerta. Sobre todo después de la llegada de Deniel y de su padre, lord Irwin, una semana después de ellos. No confiaba en ellos, no solo por lo que le había contado Ivalyn, sino por el modo en que se comportaban ante los demás, como si tuviesen más poder del que realmente les había otorgado el rey tras su ascenso al trono. Y no le gustaba el modo en que cuchicheaban con unos y con otros, como si estuviesen elucubrando sus propios planes, que bien se podían desviar del interés común que los había reunido a todos allí. No podía olvidar que pretendían el condado y que él era el único que se interponía en su camino para conseguirlo. Y aunque el rey había dejado claro a todos sus hombres que las luchas internas de poder se debían dejar a un lado mientras la amenaza danesa pendiese sobre ellos, Leif no estaba seguro de que a Balfour Irwin le interesase demasiado hacerlo.

Por eso, después de descubrir la mirada furibunda de Deniel sobre él en varias ocasiones, y cierto brillo en la misma que le hizo desconfiar, le había pedido a Olin que merodease por el asentamiento de los Irwin por si podía ver u oír algo que les alertase sobre sus intenciones reales.

No había encontrado nada sospechoso hasta el momento, pero sabía que su amigo insistiría hasta asegurarse de que no los traicionarían en el fragor de la batalla, una vez se enfrentasen a sus enemigos.

—Conde Godric —lo llamó, al ver que se dirigía a la fortificación.

—Erickson —saludó, con una sonrisa amigable y aguardó a que le diese alcance—. Os hacía en el campo de entrenamiento.

—Allí estaba —asintió—, pero quería hablar con vos en privado. Si es que tenéis un momento para dedicarme ahora.

—Para vos siempre tengo tiempo —sonrió de nuevo, alentándolo a ir con él al interior del edificio—. En mi alcoba estaremos más cómodos. Hice instalar hace tiempo una mesa y algunas sillas. ¿Habéis desayunado? Puedo pedir que nos lleven algo.

—No será necesario —negó Leif—. A menos que vos queráis comer. Yo ya estoy servido.

—De acuerdo, entonces.

Fueron saludando, en respuesta, a quien se iban encontrando por el camino, como venía siendo habitual, sobre todo para el conde. Leif no era tan popular o si lo era, no todos se atrevían a demostrárselo. Si él no iniciaba la conversación, muchos hombres recelaban hacerlo. Había creído que se debía al miedo que les inspiraba su procedencia, pero después de varias semanas conviviendo, había comprendido que en la mayoría de los casos, se debía a la falta de confianza y al miedo a decir algo que lo ofendiese. Todavía existía la creencia de que hablarles mal de los daneses era como un insulto para ellos y no tenía ni idea de qué hacer para cambiarlo, así que se limitaba a ignorarlo. Había cosas más importantes en qué pensar en aquellos días.

—Vos diréis —Godric lo miró, con curiosidad, una vez instalados en dos sillas, uno frente a otro.

—No sé ni por dónde empezar, la verdad —era un tema delicado. Si lo había estado retrasando, no solo se debía a todo el trabajo que habían tenido, acondicionando el asentamiento y entrenando a los soldados, sino también porque temía que el conde se ofendiese por lo que había hecho. O quería hacer.

—Lo habitual en estos casos —sugirió, con un ligero toque de diversión—, es empezar por el principio.

—Evidentemente —sonrió—. Entonces, creo que debo empezar por el día en que acepté vuestro trato de desposar a vuestra hija Lynna.

—Vaya —su curiosidad había aumentado—, eso no me lo esperaba.

—Yo tampoco, creedme —le aseguró—. Cuando acepté, no pensé que lo que consideraba un buen trato, no lo era tanto.

—¿Me estáis diciendo que romperéis el compromiso? —Godric no sabía cómo tomarse aquella noticia. Había tantas posibilidades si Leif llevaba a cabo esa idea, y no todas buenas, que su ceño se frunció hasta que sus cejas parecieron una sola.

—No —se apresuró, no obstante, a desmentir—. Bueno, no exactamente. No sé cómo decíroslo sin que os ofenda, conde. Esa es la verdad. Le he estado dando vueltas y lo diga cómo lo diga, no sonará bien.

—Probad —lo aleccionó—, porque ahora mismo ya no está sonando nada bien. Pero soy un hombre que prefiere tener toda la información antes de juzgar, así que esperaré a que me digáis qué sucede, para emitir mi veredicto.

—Me conocéis —probó de nuevo—. Jamás os he mostrado una cara que no fuese la mía de verdad. No me gustan las mentiras ni tampoco los engaños y ahora mismo siento que estoy

viviendo entre ambos. Y no porque vos o yo hayamos hecho algo que no debíamos, sino porque las circunstancias desde el día en que negociamos el compromiso y el actual han cambiado drásticamente.

—Os seguís yendo por las ramas, amigo —constató el conde.

—Lo lamento —le dio la razón—. Estoy buscando el modo de decirlo sin perjuicio para ninguna de las partes implicadas.

—Os escucho.

—Cuando acepté desposar a vuestra hija, lo hice con el convencimiento de que convertirme en conde en algún momento del futuro me haría sentir más unido a esta tierra. Perteneciente a ella —añadió, después de pensar en ello.

—Ese era el plan —asintió Godric.

—Nos equivocábamos —replicó—. No ha sido la promesa de más tierras lo que me ha hecho considerar que pertenezco a este lugar, sino una persona. Y no puedo aceptar desposar a Lynna, sabiendo que no es a quien quiero conservar a mi lado por el resto de mis días. Ni siquiera la obtención de un título nobiliario me tienta a seguir adelante, después de comprender que me he enamorado de quien menos esperaba.

—Comprendo —acarició su barbilla, pensativo.

—Nunca pretendí ofenderos —continuó, sin dejarle hablar—, ni tampoco quiero que penséis lo peor de mí cuando os cuente el resto. Desde que he llegado a estas tierras, os he considerado como a un padre y odiaría la idea de que me creáis desleal y libertino. Lo que sucedió jamás fue planeado e hice lo imposible porque no pasase. Pero nadie manda en los sentimientos, ahora lo sé.

—No os juzgaré por enamoraros —lo tranquilizó—. Yo lo estuve en dos ocasiones y es la mayor dicha que un hombre pueda tener, si no se cuentan a los hijos, por supuesto. Y me apena no poder llamaros hijo por derecho, pero os seguiré considerando como tal. Sé que mi hija ha estado bien cuidada en vuestro hogar y no ha sufrido agravio alguno, así que nadie saldrá perjudicado al romper el compromiso. Además, la presencia de mi otra hija hará que nadie dude de vuestra integridad a la hora de tratar a la que hasta este momento considerabais vuestra prometida. Nadie os acusará de nada.

—Jamás la toqué de un modo indecoroso —juró, aunque lamentaba no poder decir lo mismo de Ivalyn. Aún recordaba el sabor de sus labios y la suavidad de su cuerpo, apresado con el suyo.

—Me consta que así fue —asintió el conde—. No diré que no lamento que no vayáis a ser el próximo conde, pero no os obligaré a renunciar a esa mujer, en aras de un matrimonio cuyo objetivo era involucraros en los asuntos del reino, cuando eso es lo que estáis haciendo ya.

—Y seguiré haciéndolo —le aseguró— porque, como he dicho, ella me ha abierto los ojos y me ha hecho ver que ya formo parte de este lugar.

—Sí —suspiró, satisfecho—, eso mismo veía yo incluso antes de ofrecerlos a mi hija como esposa, pero no sabía cómo demostrárselo. Quizá debí ser franco con vos y no tratar de compraros con un título.

—En aquel momento no habría funcionado —sonrió, más relajado—. Pero antes de que alabéis mi cambio de actitud, debéis saber el resto de la historia.

—¿Qué más he de saber? —preguntó—. Amáis a una mujer que ha sabido convencerlos mejor que yo de que este es vuestro hogar. No importa cómo lo ha hecho o quién ha sido. Eso ya no me concierne.

—Me temo que sí lo hace —lo contradujo—. Porque la joven que me abrió los ojos fue vuestra hija.

—Explicaos —le pidió— porque ahora mismo estoy un tanto confuso.

—Hablo de Ivalyn —concretó—. Como os he dicho, no fue algo planeado. Simplemente sucedió. Un día era la hermana de mi prometida y al otro la mujer que me robaba el sueño. Y todavía no sé por qué. No sé si fue por su entusiasmo innato o por el modo en que sabe incluir a todos en su círculo de una manera tan natural. O quizá sea porque se preocupa de los demás, antes que de sí misma o porque busca la felicidad de los que quiere. Y quiere a todo el mundo. Vuestra hija es una bendición y caí rendido ante ella. No tenía ninguna posibilidad de no hacerlo.

—Debí suponerlo —asintió, tras unos minutos reflexionando sobre ello—. Ivalyn y Lynna son muy diferentes, aunque por fuera sean idénticas. Y no puedo decir que me sorprenda, porque su carácter risueño siempre ha encandilado a la gente. También Lynna enamora, pero con vos fue diferente.

—Me tiene miedo —admitió, en voz alta, por primera vez.

—Sí —suspiró, con pesar—. No supe solucionarlo y dejé que lo hiciese mi hija pequeña por mí.

—¿Os culpáis por lo que ha pasado?

—En parte —asintió.

—La culpa es solo mía, conde. Debí poner más empeño en conocer a mi prometida. Estoy seguro de que es tan maravillosa como vuestra hija menor, pero no le di la oportunidad de demostrarlo.

—Seguramente, tampoco ella os dio la oportunidad de intentarlo. Os ha condenado incluso antes de conoceros. Pensé que un tiempo con vos le haría cambiar de opinión, pero vi que no. El día que partimos desde vuestra isla, supe que seguía queriendo huir de vuestro compromiso.

—Pude conocerla un poco mejor en las últimas semanas, pero no fue suficiente. Mi corazón ya le pertenecía a Ivalyn, aunque no lo supe ver hasta que tuvimos que partir.

—Bueno —lo miró del modo en que solía hacerlo cuando se preparaban para tomar una decisión—, ¿qué proponéis? ¿Romper el compromiso únicamente o algo más?

—¿Me estáis sugiriendo que cambie a una de vuestras hijas por la otra? —preguntó a su vez Leif, no queriendo malinterpretar sus palabras.

—Leif —habló con sinceridad—, os ofrecí el condado para manteneros de nuestro lado, pero ahora vos me estáis hablando de amor. Si yo fuese vos, no renunciaría a eso. Pero no cometeré el mismo error dos veces. No os entregaré a mi hija pequeña solo porque vos la améis. No sé lo que siente por vos, pero no influiré en su decisión, ni para bien ni para mal. Si queréis desposarla, tendréis que ganáros su consentimiento. Os estoy dando la libertad de hacer lo que consideréis correcto.

—Os lo agradezco —oír aquello lo liberó. No sabía que había necesitado que el conde aprobase lo que sentía por Ivalyn, hasta que este lo dijo—. No sé lo que pasará, porque no tuve oportunidad de explicarle a Ivalyn lo que sentía por ella antes de venir, pero os juro que no la lastimaré. Aceptaré lo que ella decida, aunque eso la aleje de mí.

—Bien —asintió—. Ahora me toca hablar con el rey. Ya se había hecho a la idea de que seríais el próximo conde.

—Ahora podrá elegir a alguien de su agrado —sugirió.

—No creo que haya nadie mejor que vos, Leif. Y no lo digo porque yo os haya elegido, sino porque sois un hombre íntegro y leal. No abunda de eso por aquí —se quejó.

—Conozco a uno —le dijo— y sin pensar demasiado en ello. Seguramente aparecerán más, si lo meditáis con calma.

—Iluminadme —le pidió.

—Los Alden son una de las familias más leales a vos que he tenido el honor de conocer —le explicó—. Mael es un gran guerrero y excelente estratega. Me consta que se preocupa por vuestras hijas tanto o más que vos. Estoy convencido de que sería un conde más adecuado que yo.

—Ya le ofrecí a una de mis hijas en una ocasión y rehusó.

—Tal vez le ofrecí a la equivocada —sugirió.

—En vista de que con vos también erré de hija —corroboró, con humor.

—Lo habéis hecho bien, conde —lo alentó—. El problema he sido yo.

—Pero lo estáis subsanando y eso dice mucho de vos. Cualquier otro se habría quedado con el condado aún amando a otra mujer.

—Si la otra mujer no fuese vuestra hija menor, a la que tendría que ver igualmente después de mi matrimonio, quizá no hubiese pensado en romper el compromiso.

—Permitidme que lo dude, Leif. Como he dicho, sois un hombre leal y fiel a vuestros principios. No os habríais casado con mi hija, aunque la mujer que amáis no fuese su hermana. Eso es lo que vi en vos cuando os propuse el acuerdo. Y lo mismo que vi cuando acepté ayudaros con el rey hace tantos años. Vuestra integridad es vuestra mejor cualidad, no la perdáis nunca.

—Señor —alguien los interrumpió—, el rey os busca.

—Gracias —asintió hacia él. Una vez a solas con Leif, lo miró y añadió—. Me encargaré de contarle las novedades, pero no habléis con nadie de esto por el momento. Hasta que sepa qué hacer con el título, prefiero que se ignore que el puesto está vacante.

—No puedo mentir a mis hombres —aquella no era una opción para él.

—Habladlo con ellos si lo consideráis necesario —le concedió después de pensarlo—, pero que guarden silencio también.

—Así será.

Cuando Leif salió del cuarto del conde, se sintió más ligero. Había roto el compromiso con Lynna y tenía el consentimiento del conde para ir a por Ivalyn. Tampoco él sabía lo que sentía la joven, pero no cejaría en su intento por convertirla en su esposa, porque sabía que solo hallaría la felicidad a su lado. Amaba a Ivalyn de Sussex y necesitaba decírselo cuanto antes.

23

—Con cuidado —Liv indicó a los hombres dónde dejar al herido—. Aquí.

Desde que el rey les había permitido andar libremente por el lugar, los hombres se habían ido acostumbrando a su presencia. Pero fue solo la primera vez que uno de ellos resultó herido y Liv acudió en su ayuda, que comprendieron cuán bueno era tenerlas cerca. Desde entonces, había estado cuidándolos cada vez que era necesario, logrando de ese modo, que dejaran de desconfiar de ellas. Su estancia en aquel lugar había mejorado notablemente desde entonces.

—Su caballo se desbocó mientras entrenaba con él —le explicaba uno de los hombres que había llevado al herido hasta ella— y lo arrastró por el suelo cuando su pierna se quedó atrapada. Edric logró detenerlo, pero no está bien. No se puede poner en pie y se queja de la pierna.

—Yo me haré cargo de él —asintió—. Dejados solos.

Liv tenía una ligera idea de cuál era el problema. Si no había más daño que aquel, la solución sería sencilla, aunque limitase sus movimientos por un tiempo, hasta que se curase el todo. Observó al hombre herido en cuanto el resto desapareció por la puerta y palpó su pierna para ver si estaba en lo cierto. Cuando escuchó su grito desesperado, al tocar el hueco cerca de su cadera, supo que había acertado.

—Vuestra pierna se ha separado de vuestro cuerpo —le explicó, yendo a por vendas y alcohol. Tendría que hacerle más daño para poder poner la pierna en su lugar y el alcohol le ayudaría a insensibilizarlo un poco—. Debo colocarla, para que podáis seguir caminando en el futuro.

—Haced lo que debáis —gimió el hombre, que apenas mantenía los ojos abiertos por el dolor—. No necesito saberlo.

—Bebed —le pidió—. Debo ir a buscar a alguien me que ayude con lo que tengo que hacer. Sola no puedo.

—Yo lo haré —no había notado la presencia de nadie más allí y se asustó al oírlo.

—¿Qué hacéis escondido en las sombras? —le recriminó ella, segura de que lo había hecho a propósito. Fuese donde fuese, ese hombre nunca andaba lejos. Y si no hubiese tenido aquella visión con él, no le habría molestado que lo hiciese.

—Solo quería asegurarme de que no llegué demasiado tarde —confesó, acercándose a ella.

—Está vivo —repuso ella—. Habéis llegado a tiempo.

—Un hombre que no pueda montar a caballo o luchar nunca más, no os diría lo mismo.

—Necesito que lo mantengáis inmóvil mientras yo recoloco la pierna —le dijo, incómoda con su cercanía.

Después de la conversación que había mantenido con sus hermanas, se había sentido inquieta con respecto a aquel hombre y el futuro que su visión le había mostrado. No porque creyese que era inevitable que se cumpliera, sino por lo que había sentido la primera vez que lo había visto. No había hablado de ello con sus hermanas, porque sería darles la razón, pero aquella noche en que el rey las capturó, mucho antes de que sucediese, se había topado con la intensa mirada del

hombre y no había podido alejarla de su mente desde entonces, incluso aunque la acusación en ella le hubiese taladrado hasta el alma. Por un momento, había contenido la respiración y el mundo se había ralentizado. Podría decir que el instante que habían tardado en darles alcance, se le había antojado una eternidad, pero también le había parecido efímero. No podía explicar el mar de contradicciones en el que había nadado en lo que, a ojos de los demás, no había sido más que un momento.

Desde entonces, había rehusado acercarse a él, salvo el día en que lo vieron espiándolas, después de hablar con Leif. Pensó que aquella era la ocasión perfecta para desechar aquello que le hacía sentir y que le nublabla el sentido común cuando estaba cerca de él, pero había sido justo lo contrario. Después de aquella charla, en la que él parecía haber entendido que no eran una amenaza, ella había descubierto que la amenaza era él. La amenaza a todo lo que siempre había sabido sobre las vödur y el futuro que les aguardaba al abrazar sus poderes. Había renunciado al amor en aras de hacer un bien mayor y aquel hombre había logrado hacer tambalear sus convicciones con su simple mirada. Y desde entonces, había seguido evitándolo, con más ahínco aún, pero con menos éxito, pues él parecía querer estar siempre donde ella iba.

Se concentró en la tarea que tenía por delante y palpó de nuevo en la pierna del hombre hasta dar con el hueco que no debía estar allí. Pudo notar cómo el soldado se tensaba, a pesar de haberse bebido casi toda la botella de alcohol.

—Os va a doler —le advirtió—, pero también sentiréis alivio instantáneo en cuanto la pierna esté en su lugar. Morded esto para...

—No necesito nada —gruñó él—. Hacedlo de una vez.

—Haz lo que te dice, Algar —lo increpó Edric—. No tengo todo el día para sostenerte mientras te haces el valiente una vez más.

El hombre tomó el cuero que Liv le ofrecía y lo agarró con los dientes, esperando a que la mujer actuase. Se sentía abochornado por haberse caído del caballo por querer impresionar a una de las hermanas y no quería que ella lo averiguase. Edric era capaz de contárselo, así que no lo contradujo más. Tenía la intención de marcharse de allí en cuanto su pierna respondiese a sus órdenes, pero no contaba con que el dolor le atravesase la columna vertebral cuando ella tiró de forma brusca y sus ojos se cerraron, al perder el conocimiento.

—¿Algar? —Edric trató de despertarlo, sin éxito.

—Se ha desmayado —le informó Liv, sin inmutarse, mientras usaba las vendas para sujetar la pierna y que el hombre no la dislocase de nuevo intentando caminar—. Debe permanecer el día de hoy en cama. Si está mejor mañana, le permitiré levantarse.

Pretendía ordenarle que lo llevase al lugar donde solía dormir, pero al alzar la vista, vio por primera vez, que Edric también estaba herido. En su frente, la sangre seca rodeaba una brecha, muy próxima a su ceja.

—Estáis herido —señaló lo obvio.

—No es nada —le restó importancia—. El caballo estaba nervioso.

—¿Os ha golpeado? —la sorpresa la hizo mirarlo a los ojos y se perdió en ellos, como cada vez que bajaba la guardia y se permitía admirarlos.

—Solo se defendía —respondió él—. No lo culpo por ello. Llevaré a Algar a su arcón para que permanezca tumbado lo que resta de día. Me haré cargo de que no se levante, no os preocupéis.

—No lo hacía —respondió sin pensar.

—Me alegra saber que tenéis tanta confianza en mí como yo en vos —le dijo él, con una

sonrisa en los labios.

—¿Qué?

—En vuestras habilidades —explicó después, como si hubiese esperado su estupor para decirlo.

—Claro —asintió, ruborizada.

—¿Hay algo más que queráis de mí?

—Yo... no... -se removió inquieta, sin saber si reprenderlo o huir de él.

—Algo que deba hacer con Algar —aclaró. Liv notó un poco de diversión en su voz—, aparte de impedirle que se levante.

—Con eso basta —dijo, alejándose para ir a por más vendas—. Sentaos, os limpiaré la herida.

—Estoy bien —insistió, pero hizo lo que le pedía—. Solo es un rasguño.

—Hombres más fuertes han caído por solo un rasguño —repuso ella, aún enfadada porque había jugado con ella de un modo tan descarado. Y si mantenía aquel enfado, quizá lograrse ignorar lo cerca que tendría que estar de él mientras limpiaba aquel corte.

—¿Sabéis acaso cuán fuerte soy? —preguntó él, en voz suave, cuando Liv se situó entre sus piernas. No por gusto de ella, sino porque él no le permitió ponerse en otro lugar.

—Bueno —replicó—. Fuerte o estúpido, aún no lo he decidido.

—¿Estúpido por qué? —le preguntó, sorprendido.

—Podéis resultar fuerte, y valiente, por haber sido capaz de detener a un caballo desbocado —le explicó— o terriblemente estúpido por haber intentado detenerlo, cuando podía haber pasado por encima de vos. Los animales son imprevisibles.

—Me he criado entre caballos —repuso él—. Los conozco bien y ellos me conocen a mí. Sabía que no me arrollaría, así como sabía que me podía lastimar antes de controlarlo.

—¿Y por qué lo habéis hecho? —inquirió.

—Porque no hay gloria sin riesgo.

Mientras pronunciaba aquellas palabras, levantó las manos hacia ella y la sujetó por la cintura, impidiéndole apartarse. Después, ascendió con ellas por su espalda, sin dejar de mirarla a los ojos. Liv sabía que debía detener aquella locura, pero no se vio capaz. Su toque la paralizó y sus ojos negros le regalaron promesas de algo a lo que había renunciado tiempo atrás.

—A veces —susurró, incapaz de dar más volumen a su voz— no merece la pena correr el riesgo por una gloria efímera.

—A veces —respondió él, levantándose para poder alcanzar su rostro— la gloria no es el mejor premio.

Antes de que pudiese replicar, la sostuvo por la nuca y selló aquellas palabras con un beso abrasador que la dejó temblando en sus brazos. Nunca la habían besado antes y pensó que si algún día alguien lo hacía de nuevo, no sería capaz de borrar el recuerdo de aquel beso. Se había grabado a fuego y deseo en su mente. Pero Edric no parecía dispuesto a detenerse allí, pues la sostuvo en un abrazo eterno mientras su boca la devoraba con ansia y Liv solo pudo responder de un modo cada vez un poco más audaz.

—¿Qué... ha pasado? —la voz de Algar los separó al momento. Parecía desorientado y no llegó a verlos, pero Liv notó cómo su rostro ardía de la vergüenza. Jamás se había dejado llevar de tal modo por ninguna emoción, hasta el punto de olvidar dónde estaba y porqué.

—Eres un blando —se burló Edric, a lo que Liv quiso responder, pero una mirada suya la hizo callar. Comprendió que solo pretendía comprobar que el hombre estaba bien.

—Eso no es cierto, Edric —protestó este, intentando levantarse. Edric se lo impidió, incluso antes de que Liv hablase.

—Debéis permanecer acostado al menos hasta mañana —le informó ella—. Nada de esfuerzos hasta que la pierna mejore.

—Estamos en ciernes de una guerra, no puedo quedarme en la cama.

—Lo harás, si quieres ir a esa guerra —le advirtió Edric—. Traeré a algunos hombres para que me ayuden a transportarte y te quedarás en cama hasta que Liv decida que puedes moverte.

—No...

—Si me desobedeces —interrumpió su protesta—, te enviaré de regreso a casa.

Mientras Edric salía en busca de ayuda, Liv se acercó al hombre, con un cuenco lleno de un líquido que le obligó a beber.

—Os ayudará a soportar el dolor —le dijo.

—Estoy bien.

—En unas horas el dolor regresará —le aseguró— y será más fuerte. Será mejor prevenirlo. Y si necesitáis más de esto, hacedme llamar.

Liv se quedó sola en cuanto se lo llevaron y ocupó el tiempo en limpiar y ordenar sus cosas, no queriendo pensar en el beso que Edric le había dado. Todavía sentía su sabor en los labios y pasó la lengua por ellos. No estaba segura de cómo enfrentarlo de nuevo, ni si se atrevería a mirarlo a los ojos cuando lo hiciese. No sabía cómo tratarlo ni cómo la trataría él después de aquello. Tal vez solo había sido un impulso y la visión no se cumpliría en su totalidad.

-Y tal vez solo intentas convencerte de eso —murmuró para sí, molesta por la forma en que se engañaba a sí misma, fingiendo que tenía todo bajo control. Desde el día en que Guthrum, el Sangriento, se las había llevado por la fuerza, había perdido el control e iba a la deriva. Ni sus hermanas ni ella sabían ya qué esperar de este nuevo destino que les había tocado en suerte. Groa podría haberlas aconsejado, si todavía estuviese viva, pero tenían que encontrarle el sentido solas—. A base de ensayo y error.

Eso solía decirles la mujer durante sus lecciones. *Nadie nace sabiendo y una volva no puede aprender todo de otra, por más años que esté a su lado. Siempre habrá algo nuevo para lo que no la han preparado y ha de seguir adelante a base de ensayo y error, nunca rindiéndose. Las völrur no se rinden, no temen a nada ni a nadie y jamás dejan de ir en pos de su destino, por muy aciago que este les parezca. Y si fallan, lo intentan de nuevo. Una y otra vez, hasta que lo consiguen.*

—Creo que tenemos una conversación pendiente, Liv —la voz de Edric la sobresaltó y dejó escapar un pequeño grito de sorpresa.

—¿Acaso lo hacéis a propósito? —lo reprendió, pues solía asustarla muy a menudo de ese modo, porque siempre estaba allí donde ella iba.

—Me gusta observarte cuando crees que nadie lo hace —Liv no dejó de notar el cambio en la forma en que la trataba y no supo decir si eso le molestaba o le gustaba.

—¿Todavía no os fiáis de mí? —repuso, sin atreverse a hablarle con igual familiaridad.

—Confíe en ti desde aquel día en que me explicaste tus razones para ayudar a mi rey —se acercó a ella lentamente.

—Entonces no hay razón para vigilarme a todas horas —fingió guardar el cuenco en una de las estanterías que habían instalado en aquel cuarto que habían acondicionado para ella. Sabía que era algo temporal, pero por primera vez en su vida, sentía que algo le pertenecía. Aunque no pareciese gran cosa a ojos de los demás, para ella era perfecto.

—Creo que ya sabes por qué lo hago, Liv —sintió su presencia detrás de ella y se giró para mirarlo a los ojos.

—En mi tierra —le dijo, sin saber por qué— las vö lur se mantienen célibes de por vida.

—Pero ahora no estás en tu tierra —rodeó su cintura una vez más y Liv contuvo el aliento ante el contacto—. No puedes negar que también tú lo has sentido.

—¿Sentir qué? —susurró, totalmente seducida por sus ojos negros.

—Que el mundo se detuvo mientras nuestros labios danzaban juntos.

—No os creía un poeta —repuso.

—No lo soy —sonrió—. Tú me inspiras.

—Yo no...

Una vez más, Edric se negó a dejarla hablar y unió sus labios para un nuevo baile. Liv se sujetó a sus hombros y dejó escapar un gemido que hizo crecer el deseo de ambos. Ya no podía negar que su destino se le estaba mostrando en aquel momento, pues sabía que no podría dejar de ansiar sus besos por el resto de su vida. Tal vez por la fuerza de esa certeza, Liv se asustó y detuvo abruptamente el beso.

—Esto no está bien —negó, alejándose de él.

—Lo está —afirmó él, decidido. Cuando se acercó a ella de nuevo y la vio retroceder una vez más, asintió y añadió—. Está bien, lo entiendo.

—¿Qué? —lo miró sin comprender.

—Necesitas tiempo y te lo daré —se dirigió a la salida y, justo antes de abandonar el cuarto, añadió mirándola—. Cuando te sientas preparada, ven a buscarme. Puedo esperar por ti.

La dejó sola, temblando y sin saber si correr hacia él para impedir que se alejase o huir lo más lejos posible para no tener que volver a verlo.

24

—He tenido un sueño —Eline miraba a sus hermanas. Sus ojos se veían oscurecidos por unas profundas ojeras, prueba de que no mentía.

—¿Qué has visto? —le preguntó Liv. Tampoco ella había dormido bien en los últimos días, pero nada tenía que ver con sueños premonitorios o visiones, sino con el hombre que le había robado ya dos besos y que parecía decidido a seguir encontrándose con ella en todas partes, para mortificación suya.

—A ti con Edric —le dijo, seria.

—¿Qué? —un intenso sonrojo cubrió sus mejillas y la miró consternada.

—Es broma, hermanita —rió, llevándose aún así, una reprimenda por la gracia, que no parecía dispuesta a abandonar—. Solo tú sueñas con él, aunque admito que no me importaría que se colase en mis sueños.

—Déjate de tonterías y dinos lo que has visto —le replicó Liv, disgustada.

—Yo he mirado en tu futuro —añadió Maren, sin querer quedarse atrás— y ya aparece Edric en él. ¿Has decidido darle una oportunidad?

—¿Queréis dejarlo de una vez? —se molestó por su intromisión—. Hay cosas más importantes en las que pensar ahora. Llevamos casi cuatro meses preparándonos para una guerra que no parece llegar nunca. No podemos entretenernos con tonterías como el...

—El amor —dijo Eline, cantando la palabra.

—Ya basta —la reprendió.

—Siempre está cerca de ti —añadió Maren—. O sabe dónde estás. Si no te encuentro, solo tengo que preguntarle y él me lo dirá. Es infalible. No sé cómo lo hace porque tampoco descuida sus obligaciones. Eso...

—¿No os dais cuenta de que si el rey pierde esta batalla, los daneses no tendrán piedad con nadie? No solo nosotras estaremos a su merced, sino también el resto del reino. Guthrum no se detendrá ante nadie. Arrasará estas tierras y matará a todo aquel que se encuentre en su camino.

—Guthrum ya no nos tiene a nosotras para ayudarlo —replicó Eline—. No podrá vencer como hizo en Chippenham.

—Tampoco el rey parece tenernos —le dijo ella.

—Eso es mentira —protestó Maren—. Pero no deberías tomártelo todo tan en serio, Liv. También tienes que disfrutar de la vida. Por querer salvar estas tierras, te olvidas de ti misma. Es algo que haces siempre. Antepones el bienestar de los demás al tuyo.

—Eso ya me lo habéis dicho, pero si yo no lo hago, ¿quién lo hará? No veo que vosotras le pongáis demasiado empeño.

—Ya lo haces tú por las tres —bufó Eline.

Liv sabía que se había puesto a la defensiva por sus burlas con Edric, pero no podía evitarlo. Era un tema que todavía no había solucionado y se sentía insegura al respecto. Él no había intentado reunirse a solas con ella de nuevo, pero siempre estaba cerca y se lo hacía saber. No se

decidía en cuanto a que eso fuese bueno o malo para ella. También se sentía mal por ocultárselo a sus hermanas, pues nunca habían tenido secretos entre ellas. Desde que Groa fue asesinada, Liv sentía que no había tomado ni una sola decisión correcta. ¿Cómo confesárselo a sus hermanas?

—Por favor —le rogó—, dejemos el tema y centrémonos en lo que viene ahora. ¿Qué has soñado?

—Habrá una batalla muy pronto —se encogió de hombros, molesta con su hermana todavía—. Pero si el rey quiere ganarla, tendría que buscar más aliados. No somos suficientes.

—Debemos avisarlo entonces —asintió Liv—. Que convoque al resto de sus hombres. Sé que no están todos aquí.

—Voy a consultar las cartas —propuso Maren.

—Maren —la llamó su hermana—, usa los huesos.

Maren abrió los ojos, sorprendida. Aunque las cartas solían decir más que los huesos, estos eran más certeros. Había poder en ellos y Maren solía dejarlos a un lado porque le asustaba lo que pudiese descubrir en sus lecturas. No era tan fácil controlarlos ni mostraban siempre lo que querías saber.

—Eline —añadió la hermana mayor—, deberías usar el canto para ayudar a Maren. Ahora mismo necesitamos más la certeza en los hechos que una cantidad enorme de posibilidades. El rey no debe fallar esta vez.

—¿Qué harás tú? —preguntó Eline, más seria. Las nuevas instrucciones de Liv no eran para tomar a la ligera. Porque no era una lectura normal lo que les había pedido, sino algo mucho más espiritual, más profundo y peligroso.

—Pedirle al rey que reclute a todos cuantos hombres pueda reunir —les dijo—. Y preparar todo lo necesario para atender a los heridos, llegado el momento.

—Te avisaré cuando terminemos —le prometió Maren, nerviosa.

Habían pasado de las risas a la preocupación en un suspiro. Para ellas, aquellos meses en el campamento habían sido como un remanso de paz en medio de tanta guerra y destrucción. Desde el rapto, no habían tenido nada parecido. Habían vivido con miedo y preocupación, hasta que Alfred las rescató. Ahora se lo debían, aunque hubiesen preferido no tener que adentrarse en el mundo de los espíritus para hacerlo.

—Podremos con ello —le dijo Eline, quizá para convencerse también a sí misma.

No era la primera vez que se unían en busca de respuestas. Groa les había enseñado como hacerlo, unos meses antes de que Guthrum se ocupase de destruir su mundo, matándola. Les había dicho que serían más poderosas si combinaban sus poderes, pero les había advertido que no abusasen de ese poder porque los muertos no perdonaban ni concedían treguas a quien no cumplía con su parte del trato. Porque sí, para usar los huesos y el canto de forma combinada, debían viajar al más allá, donde la vida terminaba y los muertos gobernaban. No era un simple lanzamiento de huesos para leer sobre ellos, sino buscar en el origen mismo de la muerte.

—Nunca lo hemos hecho sin la supervisión de Groa —le recordó Maren.

—Si tomamos todas las precauciones, no tiene por qué pasar nada. ¿O quieres renunciar a esa parte de tu potencial solo porque Groa ya no está aquí?

—Creo que preferiría no tener que hacerlo con un tema tan delicado —le dijo—. Si lo hacemos mal, podría suponer la derrota del rey sajón. Y los daneses acabarían con todos.

—Entonces, hagámoslo bien.

—Yo sé que podéis —las animó Liv, con seguridad.

Las dejó solas, después de ayudarlas a acondicionar el lugar y luego se aseguró de que nadie

las interrumpiese, pidiéndole a Leif que uno de sus hombres vigilase la puerta mientras realizaban el ritual. El vikingo era el único que podría entender la importancia de que se completase correctamente, porque había crecido escuchando historias sobre ellas, que asustarían a muchos de los sajones, de conocerlas.

En cuanto vio que nadie las molestaría, acudió con él ante el rey, para informarle sobre lo que Eline había soñado. Necesitaba convencerlo de que buscase más hombres para la batalla que se avecinaba o nada de lo que fuesen a hacer sus hermanas ahora serviría.

—He visto cómo vuestra presencia influía en los daneses —le dijo el rey al darle su sugerencia— y admito que me resultó interesante y curioso, pero no sé si deba fiarme del sueño de vuestra hermana. No quiero ofenderos, pero no creo en la magia.

—Lo comprendo, majestad —respondió ella—, pero no tenéis que creer en ella para que exista. Existe, a pesar de que no creáis. Sé que vuestra fe os impide aceptar que haya alguien, aparte de vuestro dios, que sea capaz de ver el futuro o de influir en él, pero os aseguro que si no nos hacéis caso, perderéis la batalla que se avecina.

—Majestad —Leif se permitió intervenir—, he crecido en una tierra en la que el poder de las völur no se cuestionaba y he visto de lo que son capaces de hacer y predecir. Confío en ellas y si la decisión fuese mía, ya estaría enviando mensajeros para reunir a todos los hombres que pueda.

—Vos habéis vivido inmerso en un mundo que cree en la magia —repuso el rey— y es comprensible que las creáis...

—También yo la creo, Alfred —lo interrumpió Godric—. Sabéis que soy un hombre temeroso de Dios y me pongo en sus manos siempre, pero confío en ellas y, si de mí dependiese, seguiría sus consejos. Hay más de lo que nuestros ojos puedan ver, majestad. ¿Cómo sino somos capaces de creer en Dios?

—Pero ella habla de magia, Godric.

—¿Qué son los milagros, sino un tipo de magia? —repuso—. No perderéis nada con hacer lo que os pide. Ya sea porque creéis en ellas o porque conocéis a vuestros enemigos. Guthrum se siente invencible después de haberse apoderado de Chippenham. Nuestros espías han visto un movimiento incesante de tropas danesas. ¿No es factible pensar que nos superarán en número? Y cuentan con la fortaleza para detener el ataque de nuestro ejército en caso de que ganemos en campo abierto.

—Vos siempre tan sensato, querido amigo —admitió el rey, después de pensar en lo que le había dicho—. Eso tiene más sentido para mí que la premonición de una bruja.

—No me importa si me creéis a mí o al conde —insistió Liv—, pero haced algo pronto. Mis hermanas están intentando averiguar más y me temo que lo que vayan a descubrir solo acelerará nuestra marcha.

—No quiero saber qué o cómo lo harán —negó el rey—, pero convocaré a mis hombres a la guerra e iremos en pos de los daneses, ya sea con la victoria asegurada o con una posible derrota en ciernes. No dejaré que Guthrum, el Sangriento, destruya mi reino.

Liv asintió, comprendiendo que ya no la escucharía más. Salió de aquel cuarto, con la sensación de que había perdido el tiempo con el rey y de que les había pedido a sus hermanas que se expusiesen para nada.

—Liv —Leif la detuvo—, no te martirices por lo que ha dicho el rey. Es un hombre fiel a sus principios y jamás confiará en aquello que no puede controlar. Su fe en ese Dios todopoderoso es inquebrantable, así que no aceptará que haya más fuerzas en este mundo que la suya.

—¿No es también tu dios ahora? —inquirió.

—Mi fe también es inquebrantable —le confesó, después de comprobar que nadie podía escucharlos—. Abrazamos la suya para poder vivir con ellos en estas tierras, pero no puedo olvidar mis raíces. No cuando son parte de mí y cuando he visto y vivido tanto, que hace imposible el no creer en las völur y sus premoniciones. Cuando tus hermanas hablen contigo de lo que han averiguado, me gustaría estar presente. Tal vez sea buena idea ocultárselo al rey y hablar directamente con el conde. Él sabrá convencerlo de que haga lo que debe, sin que sepa de dónde provienen los consejos.

—Nunca nos hemos tenido que esconder —frunció el ceño— y no concibo una vida en la que deba avergonzarme de mis poderes.

—No debéis hacerlo —le aseguró—. Cuando todo esto termine, mi hogar será el vuestro, si así lo deseáis.

—¿Incluso cuando queremos llegar hasta la mujer que amas?

—Sé cuánto odia su don —admitió— y sé que no querrá potenciarlo. Pero no puedo decidir por ella, ni para alejarla ni para acercarla a vosotras. Solo puedo prometeros que sabrá de vuestra existencia y de lo que podéis hacer por ella. Si así lo quiere, os verá. No me opondré.

—Pero estás pensando que se negará.

—Es una mujer sensata como su padre, creo que aceptará escucharos.

—No estamos aquí para obligarla a nada, Leif —se sintió en la necesidad de aclarárselo—, sino para ayudarla a comprender sus poderes. Es ella quien decidirá si quiere controlarlos o apagarlos definitivamente.

—Liv —Eline salió del cuarto donde habían estado encerradas y parecía preocupada—, ven rápido. Maren no despierta.

Liv corrió tras su hermana, con el corazón en un puño, y Leif la siguió. Olin, a quien había encargado la tarea de impedir que las molestasen, estaba arrodillado junto a una Maren inconsciente. Sostenía su mano, con cuidado, mientras con la otra le tocaba el rostro, en busca de una señal de que pronto saldría del trance.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Liv al verla tan pálida.

—Le ayudé con el canto, como me pediste —explicó Eline, que no dejaba de retorcer sus manos, nerviosa—, y todo fue bien. Entró en trance tan rápido que me sorprendió. Pero cuando rematé la canción, no regresó. He intentado traerla de vuelta, pero no hay forma. Groa no nos dijo qué hacer en estos casos porque nunca nos había pasado algo así con ella. Siempre salía todo bien.

—Tranquila —Liv buscó entre sus cosas algo con lo que despertarla—. No es culpa tuya.

—Tampoco tuya —repuso, segura de lo que Liv estaba pensando.

Mientras ellas discutían, Olin no dejaba de murmurar al oído de Maren con la esperanza de que lo escuchase. No sabía si serviría de algo, pues no tenía ni idea de cómo funcionaba la magia que habían practicado, pero si su hermana la había llevado a donde fuese que estuviese con su voz, tal vez la suya pudiese traerla de regreso. ¿Y si simplemente se había perdido? No perdía nada con probar.

—Pero que... —Liv se quedó petrificada al ver cómo su hermana abría los ojos y observaba en silencio al vikingo. Cuando Eline trató de acercarse a ellos, la detuvo. Por alguna extraña razón, no quería romper aquella conexión que habían establecido.

—Me habéis sacado de allí —habló, al fin, Maren— ¿Cómo sabíais lo que teníais que hacer?

—No lo sabía —admitió él, rascando el cabello de la nuca—. Solo seguí mi instinto.

—Dejémoslas solas, Olin —intervino Leif, al comprender que la mujeres necesitaban

privacidad, ahora que la pequeña de las tres había vuelto de entre los muertos. Porque estaba seguro de que así había sido. Ya tendrían tiempo de saber lo que había descubierto, más tarde.

—¿Estaréis bien? —preguntó el hombre a la joven, antes de liberar su mano, que todavía mantenía entre las suyas.

—Sí —asintió esta.

Leif y Olin salieron del cuarto en silencio, mientras las tres hermanas los seguían con la mirada. En cuanto se quedaron solas, Eline enfrentó a Maren con curiosidad.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó.

—No lo sé —admitió ella, ruborizándose al recordarlo.

—A mí no me importa —dijo Liv— mientras haya funcionado.

—Pues a mí sí que me importa —insistió Eline.

—Como he dicho —repuso su hermana mayor—, hay asuntos más serios que tratar ahora. El rey no confía en nuestras premoniciones, así que debemos tener cuidado a la hora de exponerlas.

—Si no nos cree, peor para él —bufó Eline.

—Si no nos cree —añadió Maren—, acabará siendo derrotado.

—¿Has visto algo? —preguntó Liv.

—La casa del que se burla, acaba incendiándose —recitó.

—Ya empezamos —Eline seguía molesta—. Odio que uses los huesos con mis cánticos. Nos pone en peligro a las dos y solo obtenemos acertijos que no podemos descifrar.

—No hay nada que descifrar ahí —sentenció Liv—, está muy claro.

—Ilústrame, oh hermana todopoderosa —se burló Eline, pero fue Maren quien respondió.

—Si el rey no cree en nosotras, su reinado será arrasado por Guthrum, el Sangriento.

25

—Dudo que el rey opine lo mismo cuando lo sepa —Leif se paseaba por el cuarto, inquieto. Liv lo había llamado para contarle lo que Maren les había dicho sobre su nueva premonición con los huesos y no resultaba demasiado halagüeño el futuro que les presentaba si el rey no hacía lo que le pedían. La joven volva había insistido en decírselo igualmente, aunque no la creyese, pero Leif no estaba tan seguro.

—Si no nos hace caso...

—El conde es mejor opción para nosotros ahora —la cortó, al ver que no se rendiría—. Sabrá apreciar lo que habéis averiguado y sabrá decírselo al rey sin que este pregunte de dónde proviene la información.

—Jamás nos hemos escondido —protestó Eline, tal y como había hecho su hermana antes que ella. Leif entendía sus razones y las compartía, pero no era el momento de iniciar una guerra que no ayudaría en nada en la que se avecinaba.

—Leif tiene razón —dijo finalmente Liv, entendiendo lo mismo que él con la protesta de su hermana—. No tenemos tiempo para reivindicar nuestra posición como vödur ahora. Si no hacemos las cosas como dice Leif, no habrá un mañana para nosotros. El conde sabrá convencerlo. He visto cómo lo hace y estoy segura de que podrá llevarlo por el buen camino.

—Entonces, él se llevará el mérito —siguió protestando Eline— y nosotras habremos perdido prestigio. Acabaremos teniendo que escondernos de por vida.

—Una vez ganemos esta batalla —le aseguró Leif—, me encargaré de que se sepa quién advirtió al conde sobre lo que iba a pasar. Pero Liv está en lo cierto, si le decimos al rey que ha sido una visión de Maren, no se lo tomará en serio. No podemos arriesgarnos.

—Estúpidos hombres —murmuró—, faltos de fe. Si supiesen la mitad de las cosas que yo sé, nos venerarían como a diosas.

—Yo lo haría, incluso en la ignorancia, bella —Arik, que estaba a su lado, la escuchó perfectamente y no pudo dejarlo pasar sin decir nada.

—No busco esa clase de veneración —lo miró con rabia por lo que había insinuado, pero se topó con unos ojos de un azul tan intenso, que la deslumbraron por un momento y no pudo añadir nada más.

—Si algún día lo haces —le sonrió Arik—, no dudes en avisarme. Yo estaré encantado de atenderte a cualquier hora del día y de la noche.

Eline se quedó sin habla ante su descaro y cuando quiso responder, ya no era el momento. No estaba acostumbrada a que los hombres no la temiesen al saber que era una volva y menos aún que se le insinuasen de aquel modo. Se lo quedó mirando a pesar de que él ya no lo hacía, sin decidir si le habían gustado o enfadado sus comentarios, hasta que giró de nuevo la cabeza hacia ella y le sonrió por segunda vez. Decidió, entonces, que le irritaba su prepotencia y se prometió que lo ignoraría a partir de aquel momento.

—Hablaré con el conde —sentenció Leif, dándole a entender que había perdido gran parte de

lo que había seguido a su protesta, por culpa de aquel descarado vikingo y bufó, más enfadada todavía—. Él sabrá cómo planteárselo al rey.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Liv.

—Si lo prefieres, lo hago llamar —sugirió—. Así podrá hacerle preguntas a Maren, si lo considera necesario.

—Esa es una gran idea —intervino Eline, que no quería ser excluida.

—Iré a por él —se ofreció Olin. Tanto él como su hermano, y Arik, habían acudido con su jefe al cuarto de Liv cuando esta avisó a Leif de que ya sabían de qué se trataba la visión de Maren. Leif había pensado que al contarles que había roto el compromiso con Lynna, su relación se volvería tensa, pues siempre lo habían decidido todo en asamblea, pero ellos se limitaron a sonreír y bromear sobre el asunto, como si hubiesen estado esperando a que sucediese. Según Arik, el último en enterarse de que amaba a Ivalyn había sido justo el enamorado. Y aunque le aliviaba ver que nada cambiaría entre ellos, le resultaba inquietante pensar en que todos habían visto lo que pasaba entre ellos, incluso antes de que pasase. ¿Y si Lynna también lo había visto y se sentía traicionada por su hermana? Jamás había pretendido enfrentar a las dos gemelas y esperaba estar equivocado, pero no era capaz de dejar de preocuparse por ello.

—Yo lo haré —Olsen salió antes que él, pues estaba cerca de la puerta.

—Este hombre es imposible —Olin negó con la cabeza al verlo salir antes de que pudiese hacer nada—. Tiene que estar siempre en el meollo de todo.

—Sé de uno que es igualito a él —bromeó Arik— y por eso se enfada si no puede hacer él las cosas.

—¿Hablas de mí? —bufó el aludido—. Me da igual quien vaya, pero si me ofrezco, al menos que me deje hacerlo.

—La próxima vez no te ofrezcas —rió Arik—. Así igual te manda ir a ti.

—Cuando no quiera hacer algo, me obligará —se quejó.

—Son como vosotras —susurró Liv a sus hermanas—. No dejan de hablar ni aunque estén diciendo tonterías.

—Gracias, hermana —Eline fue la primera en protestar, pero Maren no se quedó rezagada mucho tiempo.

—Se nota que nos quieres, Liv.

—Mucho —les sonrió—, pero no podéis negar que hacéis igual que ellos.

—Yo no soy ninguna prepotente en busca de alguien que me caliente la cama —bufó Eline, pero solo cuando sus hermanas la observaron con curiosidad, comprendió que había hablado de más—. Se le ve en la cara que es de esos.

—Claro —ninguna se lo creía.

—Es cierto —insistió—. Además, solo hay que verlo para entender que lo tiene tan fácil, que se aprovechará de ello.

—Claro.

—Dejad de repetir esa palabra —protestó—. Me estáis poniendo de los nervios.

—Claro —añadió Maren, solo para fastidiarla un poco más, pero se llevó un golpe de su hermana—. Ay.

—Eso te pasa por molestarme, hermanita —Eline cruzó los brazos en un gesto de protesta.

—Si te estaba dando la razón —se quejó.

—Claro —dijo Eline. Y terminaron las tres riendo.

Así fue como las encontró el conde, que no dudó en sonreír, al verlas tan relajadas. Pensó que tal

vez tenían buenas noticias para él, pero no le duró el buen humor tanto como le hubiese gustado, pues cuando la mayor comenzó a hablar, solo parecía que todo iría a peor.

—Guthrum ha preparado el campo de batalla para no dar tregua a los sajones. El rey necesitará idear algo que le ayude a ganar terreno o no perderlo, al menos.

—Algo encontraremos —respondió Godric, pensando ya en ello, como buen estratega que era.

—Es de vital importancia que ganéis en el campo —continuó Liv—, pero todavía es más necesario que enviéis durante el combate a alguien a la fortaleza de Chippenham para vaciar sus almacenes porque...

—El rey no lo aceptará —la interrumpió—. Eso será como enviarlos a una muerte segura.

—La fortaleza quedará vacía —le aseguró Maren ahora—. Guthrum está tan convencido de que va a vencer, que no dejará a nadie en ella para protegerla.

—¿Por qué no tomarla entonces? —preguntó el conde.

—Porque debéis convencer al Sanguinario de que estáis en el campo. Si sospecha que sabéis lo de la fortaleza, regresará con sus guerreros y entonces sí será una matanza —le aseguró Liv.

—Maren —intervino Leif—, explícale al conde porqué es tan importante que vacíen los almacenes.

—Si lográis encontrar el modo de hacerlo retroceder hacia Chippenham, podréis sitiario —Maren hablaba con calma, pero muy segura de lo que decía—. No tendrán con qué abastecerse y acabarán rindiéndose. Eso es lo que vuestro rey necesita: la rendición incondicional de Guthrum. No más pagos para conseguir una tregua, sino enviarlos a Danelaw y obtener la firme promesa de no internarse nunca más en Wessex.

—Guthrum volverá a atacar en cuanto se reagrupe —negó Godric.

—No lo hará —añadió Eline—, si el rey lo hace bautizar en vuestra fe. Será la promesa que necesitáis para aseguraros de que se quede en su lado de la frontera.

—Bautizarlo —Godric se planteó la idea y no le disgustó. Si conseguían que Guthrum abrazase su fe, podrían evitar que continuase con sus saqueos a las arcas del rey y acabarían definitivamente con la guerra. Era demasiado tentador como para no tenerlo en cuenta—. Alfred sería su padrino y de ese modo ser haría más efectivo. Guthrum no tendría ya ninguna posibilidad de continuar con su guerra contra Wessex.

—¿Hablaréis con el rey? —preguntó Leif—. Si lo convencéis de que envíe a algunos hombres a la fortaleza y encontramos el modo de avanzar en el campo de batalla para que se retiren a la misma en cuanto esté vacía de comida, podremos terminar con la guerra.

—Podrían envenenar las aguas también —sugirió Olsen, que tenía más experiencia en esos asuntos por haber participado en innumerables batallas en su país de origen—. Sin comida y sin agua durarán menos en el sitio.

—Hablaré con él —asintió el conde, después de pensarlo—. Todavía no sé cómo lo convenceré para que lo haga, pero hallaré el modo.

—No tenemos demasiado tiempo —le recordó Maren, por si no lo había entendido—. Debemos partir con la luna llena.

—Eso nos deja pocos días —se alarmó el conde— ¿Estáis segura de eso?

—Totalmente, me temo.

—En ese caso, tengo mucho que hacer —caminó hacia la salida, pero se detuvo antes de salir—. Gracias por vuestra ayuda. Cuando todo esto termine, me aseguraré personalmente de que el rey sepa de dónde ha provenido la información que lo llevó a la victoria.

En cuanto salió por la puerta, Leif se volvió hacia ellas, sonriente.

—Como veis —les dijo—, el conde es un hombre sensato y confiable.

—Y si perdéis, ¿también le dirá al rey de quién fue la culpa? —aventuró Eline.

—Es un hombre con honor, Eline —le aseguró—. Jamás os acusaría si esto no sale bien.

—Esperemos que salga bien —sentenció Liv, para dar por terminada la reunión—. Si me disculpáis, tengo mucho trabajo aquí antes de partir. Habrá heridos y debo estar preparada.

—Nosotras te ayudaremos —se ofrecieron sus hermanas al momento.

—Os dejamos solas, pues —dijo Leif, inclinándose hacia ellas—. Cualquier cosa que necesitéis, no dudéis en pedírmela a mí o a cualquiera de mis hombres. Estamos a vuestra disposición.

Eline no pudo evitar mirar hacia Arik después del comentario, aunque se había prometido no hacerlo, y lo vio sonreír hacia ella con jactancia. Dejó escapar el aire de sus pulmones para no responder con alguna de sus bravatas porque no quería que sus hermanas supiesen lo que les había pasado, pero se prometió vengarse en cuanto tuviese ocasión.

Maren, en cambio, fue más disimulada al ver cómo Olin se iba junto a sus compañeros. Desde que la había traído de regreso de su trance, no había podido dejar de pensar en él y su voz continuaba resonando en su cabeza como un cántico. Le resultaba extraño que solo recordase lo que él le había dicho, pues sabía perfectamente que Eline también la había intentado traer de regreso.

—Bien —Liv las apremió—, si es cierto que me ayudaréis, pongámonos a ello. No sé si tengo aquí todas las hierbas que voy a necesitar, así que empezaremos por hacer inventario. No tengo muchos días para ir por ellas y secarlas.

Y con las instrucciones de Liv, ambas dejaron a un lado a los vikingos y se concentraron en el trabajo que tenían por delante. Aunque no era lo que ellas dominaban, conocían la mayoría de las hierbas que usaba su hermana y algunas de las propiedades que tenían, sobre todo las de aquellas que se podían usar en la cocina. Cualquier mujer sabía sobre eso, aunque muy pocas podrían usarlas para fines medicinales. Liv no solo era buena recordando todo lo que Groa le había enseñado sobre las plantas, sino que sabía cómo aprender por su cuenta. Tenía un don especial para la sanación, que era el que le permitía adivinar todas las propiedades ocultas de una planta, aunque no la hubiese visto antes. Y eso era algo que una simple curandera no podría hacer jamás.

Ya caída la noche, dieron por finalizado el inventario y decidieron ir a la alcoba que compartían para intentar dormir un poco. Sin embargo, Liv les pidió que se adelantasen. Había sido un impulso, pues no podía hacer mucho más allí hasta el día siguiente, que saldría a buscar lo que necesitaba y no tenía. Revisó una última vez la lista de aquellas plantas que le faltaban y cerró los ojos después, buscando una paz mental que le estaba siendo esquiva, aunque no sabía por qué.

—En pocos días saldremos hacia Chippenham —aquella voz a su espalda debería haberla sorprendido, pero no lo hizo. Era como si lo hubiese estado esperando a él precisamente, y solo ahora que había llegado, lo comprendió.

—Lo sé —respondió, sin mirarlo todavía.

—Es posible que...

—No lo digas —lo interrumpió, olvidándose del formalismo por primera vez.

—Que no lo diga, no lo hace menos real —la siguiente vez que habló, lo sintió justo detrás de ella.

—Lo sé —repitió—, pero no quiero oírlo, aún así.

—¿Quiere decir eso que ya lo has pensado mejor? —susurró, tan cerca de su oído, que la obligó a cerrar los ojos y dejar escapar un suspiro.

—Quiere decir que no he dejado de pensarlo desde entonces —confesó, en un acto de valentía

—. Que no he dejado de pensar en ti.

—Bien —la giró hacia él para mirarla a los ojos—, porque yo tampoco he dejado de pensar en ti desde que te conocí.

Y como en las dos ocasiones anteriores, la besó sin dejarle responder a sus palabras. Pero en aquel momento, Liv no quería decir nada, solo dejarse llevar por los sentimientos que Edric despertaba en ella, pues, si algo salía mal en la batalla, quizá ya no tendría ocasión de hacerlo. Y aunque su mente racional le decía que podrían, pues los había visto en su futuro en común, también sabía que las visiones podían cambiar al momento, si alguno de los factores que las propiciaban lo hacían. Por eso, decidió dejar de pensar y disfrutar de aquel momento con Edric, ya fuese el primero de muchos o el último para ellos.

26

Los días se convirtieron en semanas y las semanas en meses y para quienes esperaban noticias, que eran escasas y demasiado vagas, todo aquello suponía una agonía desesperante. Más de una vez, Ivalyn se había sentido tentada a cantar, por si sus visiones le mostraban algo más que aquellas escuetas misivas que su padre le enviaba de vez en cuando, pero el temor a lo que pudiese ver la frenaba siempre.

Incapaz de permanecer ociosa demasiado tiempo y resuelta a dejar de pensar en la descorazonadora promesa que Leif le había hecho al irse, decidió ayudar en la granja. Al principio se habían negado a permitirle andar entre los animales, alegando que era demasiado delicada para realizar esos trabajos, pero finalmente su insistencia y su tenacidad les habían convencido. Era mucho más fuerte de lo que creían y no solo físicamente. Mientras Lynna permanecía la mayor parte del día en su alcoba, bordando o cosiendo, lo único que aseguraba que podía hacer, Ivalyn había aprendido a cuidar de los animales, a cocinar e incluso le habían enseñado a cortar leña, que aunque había sido duro, también había resultado ser muy estimulante. Con él, podía liberar tensiones y dejar de preocuparse por sus seres queridos, entre los que ya incluía a los vikingos.

Pero aquel sentimiento de cariño no iba en una dirección, sino que los que se habían quedado atrás también la admiraban y sentían una gran devoción por ella. Poco a poco, había logrado formar parte de aquella gran familia y más de uno lamentaba en silencio que fuese su hermana la que se habría de convertir en su señora. La hermana melancólica y distante, que solo hacía acto de presencia durante las comidas. La que era correcta y educada, pero tan inalcanzable, que solo su gemela era capaz de llegar hasta ella. Debían admitir que en aquellas ocasiones en que se esforzaba por impresionarlos, lo lograba con creces, pero era tan cambiante que terminaban por preferir a la pequeña y constante Ivalyn. La que se había labrado un sitio entre ellos, sin subterfugios ni halagos. Solo con su encanto y su sencillez.

—Ivy —Britta, una joven de catorce años que la adoraba y seguía a todas partes, la llamó—, ya va a montarla. Si os dais prisa, estáis a tiempo de verla todavía.

Ivalyn, que estaba ayudando en la cocina en ese momento, sonrió y se limpió las manos en el paño de lino que le rodeaba la cintura, antes de salir corriendo de la casa. Había pedido que la avisasen cuando fuesen a montar por primera vez a la hermosa yegua que habían atrapado un mes antes de la partida de los guerreros. Se había enamorado de ella nada más verla y Leif se la había regalado, a pesar de sus protestas. Y aunque ansiaba poder cabalgar sobre ella, había tenido que esperar a que la domasen. Como descubrió más tarde, aquel proceso era lento y trabajoso.

Britta corrió a su lado, con una sonrisa tan amplia como la suya propia. Era una muchacha preciosa, de brillante y suave cabello amarillo como el mismo sol y unos ojos azules tan profundos que atraían hacia ellos la mirada. Era abierta y sincera, por lo que Ivalyn disfrutaba de pasar el tiempo con ella, a pesar de la diferencia de edad. Era una muchacha muy madura para sus catorce años. Había tenido que serlo, pues su madre murió en la travesía que los había llevado

hasta allí y con ocho años había tenido que hacerse cargo de la casa y de sus dos hermanos pequeños. En cierto modo se parecían y quizá Ivalyn la apreciaba más por eso.

Cuando llegaron al recinto donde trabajaban con los caballos salvajes, no necesitó que nadie le dijese que debía permanecer en silencio; lo habría hecho igualmente, solo por temor a que la yegua se encabritase y tirase al jinete. La vio pasearse inquieta mientras relinchaba con brío. El peso de la silla la ponía nerviosa. Britta la sujetó de la mano y sonrió emocionada. Casi parecía tan ansiosa como el animal.

Enar, el joven mozo de cuadra, se acercó con cuidado a ella. Susurraba en su propia lengua. Ivalyn era capaz de entender algunas palabras ya, pues todos solían emplear su propia lengua entre ellos. Sabía que solo intentaba tranquilizar a la yegua y aún así contuvo el aliento cuando la mano del muchacho le acarició el lomo. Lo soltó de nuevo, cuando la apartó, después del resoplido del animal. Cuando lo intentó de nuevo, Enar tuvo más éxito e Ivalyn pudo respirar con normalidad. Casi sentía como si ella misma estuviese allí, tratando de cabalgar sobre ella.

Poco a poco, Enar se fue ganando la confianza de la yegua, hasta que le permitió montarla, y aunque se encabritó por el peso extra, este no se dejó tirar. Se sujetó con fuerza y permaneció en su grupa a pesar de las sacudidas, hasta que la yegua comenzó a cansarse. Fue entonces cuando la exhortó a trotar y, pasados unos minutos, pudo controlarla sin ninguna dificultad.

—Esto ha sido emocionante —le dijo a Gerd—. Domar un caballo es un arte.

—No tiene nada de arte, muchacha —el hombre negó rotundamente—. Constancia y perseverancia. Eso es lo que se necesita.

Era muy difícil impresionar al viejo vikingo y ella lo sabía mejor que nadie, pues se había pasado semanas enteras intentando convencerlo de que le permitiese ayudarle con los caballos. Él se había negado una y otra vez, argumentando que no tenía el temple necesario para ello. Sin embargo, después de verla un día practicando con su espada junto a los guerreros que se habían quedado atrás para proteger el lugar, le concedió que tal vez fuese más capaz de lo que había pensado en su momento, aunque tampoco así la dejó intentarlo.

Y a pesar de ello, había sido él quien la había mandado llamar cuando su yegua estuvo lista para ser montada, pues sabía cuánto ansiaba que llegase ese momento y no quiso que se lo perdiese. A Ivalyn le hubiese gustado darle un beso en agradecimiento o un abrazo, al menos, pero se contuvo porque sabía que Gerd no se lo permitiría. Era un hombre poco dado a las muestras de afecto.

—Espero que esta noche podáis dedicarme un par de horas de vuestro tiempo, Gerd —le dijo, cambiando de tema radicalmente.

—Dedico mis noches a dormir, muchacha —gruñó él, aunque a Ivalyn no la engañó. Sabía que le estaba tomando cariño.

—Lynna y yo hemos organizado una cena —le explicó—. Necesitamos una distracción. No queremos que sea demasiada festiva, pero sí amena, que nos haga disfrutar en compañía. Me han dicho que sabéis muchas historias interesantes y me encantaría que nos deleitaseis con alguna de ellas después de comer.

—¿A qué hora, muchacha? —le preguntó tras meditarlo.

—Al atardecer —sonrió y en esta ocasión no pudo evitar abrazarlo antes de regresar a la casa, no sin ver al viejo gruñón elevando las comisuras de sus labios, en lo que a ella le pareció la sonrisa más extraña, pero más encantadora que había visto jamás.

Puede que no fuese el mejor momento para una gran fiesta, pero lo era para una pequeña reunión de amigos. Con el paso de los meses, Ivalyn había notado que el desánimo imperaba en el

lugar y sentía que todos necesitaban olvidarse por un tiempo de las preocupaciones que no podían evitar. Sobre todo, después de las nada alentadoras noticias que habían llegado el día anterior. Su padre les había escrito que el rey estaba listo para marchar contra los daneses. Había convocado a todos sus hombres, que habían llegado de Somerset, Wiltshire y Hampshire, y se habían unido a las de su padre y a las de Erickson, para recuperar las tierras de las que los daneses se habían apoderado cuatro meses antes. Su padre era optimista y ella necesitaba creer que la victoria era posible. No podía pensar en la otra alternativa.

Y sin embargo, su mente huyó a su control por un momento, y quiso recordar a Leif una vez más. Aunque su padre las informaba de todo lo que podía decirles sin comprometer los planes si la carta resultase ser interceptada por el enemigo, le habría gustado que alguna vez fuese él quien escribiese y no su padre. Pero también era consciente de que no tenía derecho a esperar semejante deferencia de él, pues de hacerlo, debía ser su hermana la destinataria. Ella era solo un error que debía enmendarse a su regreso. Suspiró apenada, sintiendo el peso de aquellas palabras, en su maltrecho corazón. Entendía por qué Leif decía que su beso había sido un error y no podía culparlo, después de todo era a su hermana a quien debería habérselo dado. Pero eso no la consolaba ni la hacía sentir mejor, porque ella no había podido olvidarse de cuánto había sentido mientras estaba entre sus brazos. Cada noche recordaba su sabor, su toque, la pasión con que había derribado sus defensas. Se despertaba anhelante de más, aún sabiendo que jamás lo obtendría.

Pensarlo casado con su hermana y tener que verlo, fingiendo ser feliz por ellos, le iba a resultar demasiado duro. Porque, aunque intentase negarlo, se había enamorado de Leif Erickson, y por primera vez en su vida, deseó haber nacido dos minutos antes que su hermana, no por evitarle un sufrimiento, como otras tantas veces había querido hacer, sino para ocupar su sitio junto al vikingo. Ironías de la vida, Lynna, que debía, no deseaba desposarse con él y ella, que quería, no podía.

—Ivy —la voz de Lynna la sobresaltó—, nos están esperando para comer.

—Ya voy —le sonrió.

—¿Dónde has estado?

—He ido a ver cómo montaban por primera vez a mi yegua —le dijo, por un momento, emocionada.

—No entiendo por qué te interesan esas cosas —el disgusto en la voz de su hermana la divirtió—. No es propio de una dama.

—Ya sabes que yo no hago las cosas como las haría una dama.

—Cierto —le sonrió, pero pudo ver la tristeza encerrada tras aquel gesto.

La misma tristeza que sentía ella. Y la misma preocupación que todos ellos compartían por los que no estaban. Ivalyn la abrazó, tanto para confortarla, como buscando su propio consuelo.

—Todo va a salir bien, Lynna —dijo, antes de arrastrarla hasta la cocina.

Desde que Leif y sus hombres se habían ido, solían comer en la cocina. Era una zona amplia y cálida, donde se sentían más acogidos que en el gran salón. Allí, la ausencia de su jefe no se hacía notar tanto.

—Esta noche celebraremos por fin la cena —añadió, tratando de llenar el silencio que se hizo de repente— ¿No estás emocionada?

—No me siento con muchos ánimos, la verdad.

—Todos estamos igual, Lyn, y por eso que necesitamos algo de alegría —dijo, mirándola con anhelo—. Ahora no vayas a decir que no quieres ir, porque has trabajado tan duro como yo para

organizarla. Necesitamos alejar por una noche, aunque sea, la sombra de la guerra de nuestras mentes.

—Supongo que tienes razón, como siempre. Estoy tan preocupada.

—Yo también —la abrazó de nuevo—. Todos lo estamos. Pero todo saldrá bien.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo siento aquí —se tocó el pecho, cerca del corazón.

—¿Cantarás esta noche?

Sabía cuál era la pregunta real de su hermana, pues ella misma se la había hecho muchas veces los últimos meses. Solo el miedo a ver algo terrible la frenaba. Se miró las manos, nerviosa, deseando y temiendo hacerlo, con la misma intensidad.

—No lo sé —admitió.

—Si tan segura estás de que todo saldrá bien, no deberías temer tus visiones —el anhelo en la voz de su hermana le preocupó.

—Lo pensaré —era lo único que podía concederle. Porque a pesar de lo que había dicho, realmente dudaba de que todo fuese a salir bien. En la guerra todo era posible y la pérdida de los seres queridos era una realidad muy probable. No se creía tan valiente para enfrentarse a una visión de ese tipo y sabía que si lo que descubría era malo, no iba a ser capaz de ocultárselo a su hermana. No quería preocuparla más de lo que ya parecía.

Decidieron ignorar aquella conversación y pasaron el resto del día con algunas de las mujeres, ultimando los detalles para la cena. Muy pocas veces Lynna salía de su alcoba, así que Ivalyn disfrutó de ese momento con ella, en el que volvieron a ser hermanas compenetradas y unidas. Algo que no pasó desapercibido a nadie, pues cuando ambas se unían con un mismo fin, nada podía hacerlas fracasar. Y aquella circunstancia se vio reflejada en el éxito de la cena, donde lograron hacer que todos olvidasen sus preocupaciones por una noche y se centrasen tan solo en divertirse. Las historias de Gerd entretuvieron a adultos y a niños por igual. Ivalyn lo escuchó con verdadero interés, embelesada con los relatos y con la sonrisa pintada en su rostro. Gesto que tampoco pasó desapercibido a nadie.

—Teníamos guardado un obsequio para vos —habló Ada, en nombre de todos, mirando a Lynna, después de que Gerd diese por finalizadas sus narraciones—, para la boda. Pero con todo lo que está pasando, hemos decidido entregároslo ahora.

Quizá por lo que aquellas palabras implicaban, el entusiasmo de Lynna al recibirlo resultó un poco desconcertante para ellos, pero al ver cuán agradecida estaba por el detalle, abriéndolo casi con veneración, nadie dijo nada al respecto. Menos aún, cuando sus ojos se abrieron tanto al descubrir la capa más blanca e impresionante que había visto jamás.

—Es preciosa —sonrió, mientras la colocaba sobre los hombros para ver cómo le sentaba.

—Hemos pensado que era mejor que le dieseis uso. Sería una pena que se estropease por permanecer guardada demasiado tiempo.

—Muchas gracias a todos. La llevaré con orgullo —en aquella ocasión, el comentario se ganó varios gestos de aprobación. Lynna siempre había sabido camelarse a la gente cuando quería. O cuando le convenía.

—También tenemos algo para vos, Ivalyn —añadió Ada, mirándola ahora a ella.

—No era necesario —la sorpresa bañó sus palabras.

El viejo Gerd fue el encargado de hacer entrega del regalo de Ivalyn. La joven tomó el paquete alargado y notó su peso al instante. No era tan pesado como para no poder manejarlo, pero podía imaginar que no sería una capa como la de su hermana. Aunque sus ojos se abrieron tanto como

los de ella cuando se encontró con la bella espada. Estaba claro que había llevado días confeccionarla. Probablemente semanas. Jamás había visto nada tan hermoso. La sujetó por la empuñadura y al balancearla, descubrió que le resultaría fácilmente manejable, a pesar del peso extra que suponía.

—Es demasiado —comenzó a decir, emocionada.

—Nada es demasiado para vos, mi señora —la interrumpió Ada—. Habéis hecho tantas cosas por nosotros desde que habéis llegado, que os lo merecéis más que nadie.

—Ya era hora de que tuvieseis vuestra propia espada, muchacha —Gerd estaba de brazos cruzados, desafiándola a llevarle la contraria. Pero no haría tal cosa—. Una verdadera espada vikinga.

—Me encanta, Gerd —sonrió—. No voy a protestar más por ella. También yo la llevaré con orgullo.

Miró a Lynna, que le sonrió, pero pudo ver cierta tristeza en su sonrisa. Se prometió que hablaría con ella en cuanto tuviese ocasión. Había algo en su rostro que le decía que no era simplemente la preocupación por la inminente guerra lo que perturbaba a su hermana.

—Pareces triste, Lyn —le dijo horas después, mientras le cepillaba el pelo en la intimidad de su alcoba.

—No estamos viviendo tiempo felices, precisamente —se encogió de hombros—. Me gustaría que nada de esto estuviese pasando. Extraño a papá.

—Y yo —suspiró—, pero las cosas no siempre salen como uno quiere.

Ivalyn no pensaba en su padre en ese momento, sino en Leif. Una vez más, en aquellos interminables cuatro meses, su mente vagó hacia él sin poder evitarlo. No lograba entender cómo un simple beso le podía haber causado semejante impresión a su joven corazón. Sabía que desde que había hablado con Leif por primera vez, había sentido una atracción por él que traspasaba la simple curiosidad, y aunque debería haberse sentido ofendida por la familiaridad con que le había hablado desde aquel primer día, en realidad la había hecho sentirse especial. Después de todo, ni siquiera con su hermana lo hacía. ¿Habría sentido también él la conexión? Le hubiese gustado pensar que sí, pero sabía que aunque Leif se hubiese podido sentir atraído por ella en un primer momento, algo que probablemente ella se había imaginado, para él no había sido más que un error. Su beso no debería haber sucedido y con ello, nada de lo que ella había ido sintiendo a lo largo del tiempo que habían compartido en el hogar del vikingo, pues él le pertenecía a su hermana. Pero por más que debería estar de acuerdo con él, no podía olvidarlo. Su corazón enamorado no se lo permitía.

Miró avergonzada a Lynna. Si su hermana descubriese lo que pasaba por su mente, ¿se sentiría traicionada? En el fondo lo dudaba. A pesar de que había aceptado su destino, sabía que su hermana no amaba a su prometido. Ni siquiera le profesaba cariño, pues la realidad era que todavía lo temía. Tal vez no tanto como antes, pero el miedo no había desaparecido y se reflejaba en sus actos. Su mirada baja al hablarle, su voz suave como un susurro y su actitud sumisa.

—¿Has sabido algo de tu prometido? —no se atrevía a pronunciar en alto su nombre ante ella, por si descubría el anhelo en su voz.

Sabía que su padre les escribía cartas a ambas y estaba segura de que eran tan distintas como el día y la noche. Su padre jamás le contaría a Lynna lo que le decía a ella: la cruda verdad.

—Solo recibo cartas de papá —negó.

—¿No le has escrito tú?

—¿Y qué le diría, Ivy? —su voz sonó desesperada—. No lo conozco. No sé de qué hablar con

él.

—Tampoco has hecho mucho por intentar conocerlo —el reproche bañó su tono y no creía haber intentado evitarlo siquiera. Realmente estaba resentida con la actitud de su hermana hacia él. Leif no le había dado motivos para que desconfiase de él, sino más bien todo lo contrario, pero Lynna se empeñaba en ver fantasmas donde no los había.

—¿Crees que no lo sé? A pesar del tiempo que hemos pasado aquí, le sigo teniendo miedo, Ivy. A todos ellos. A todo aquí. No puedo evitarlo por más que lo intente.

—Eso es porque te pasas el día encerrada entre estas cuatro paredes. Si salieses fuera y te esforzases en conocerlos un poco, verías que son iguales que tú y que yo. Solo personas.

—Son primitivos —la contradijo—. Viven en cabañas hechas de madera y crían sus propios animales.

—Son autosuficientes —los defendió, ofendida por las duras palabras de Lynna—. Cada día descubro algo nuevo aquí y es todo tan fascinante. Tú misma lo verías, si les dices una oportunidad.

—Yo no soy como tú, Ivy —las lágrimas resbalaron por sus mejillas—. No podré ser feliz aquí ni aunque pasen cien años.

—Claro que puedes —la abrazó—. Estaré a tu lado tanto tiempo como me necesites, Lyn.

—No es cuestión de tiempo. Simplemente no encajo. Echo de menos las comodidades de nuestro hogar, a nuestro padre, nuestra gente...

—Encajarás —le prometió—. Sal fuera. Ven conmigo y conoce a la gente. Descubrirás que son personas increíbles. Sé que llegarás a quererlos tanto como a nuestra propia gente si te permites intentarlo.

—Tú llegarás a quererlos. Ya lo haces, creo. Eres más fuerte que yo, más abierta y más sencilla. Yo no puedo vivir en un lugar dejado de la mano de Dios.

—Es que no es así —la miró a los ojos—. Lynna, este lugar es precioso. Y la forma en que lo cuidan y mejoran día a día es impresionante. Si tan solo lo vieses con mis ojos.

—Ojalá pudiese —se acurrucó de nuevo entre sus brazos y cerró los ojos, suspirando—. Estoy cansada, Ivy. Apenas duermo desde que estamos aquí. Este matrimonio acabará conmigo en pocos meses.

—No lo permitiré, Lynna —la apretó con fuerza—. Conseguiré que veas este lugar y a esta gente como lo hago yo. No te voy a abandonar. Me quedaré contigo hasta que seas tan feliz como sé que lo harás.

—Entonces no te irás nunca, me temo.

—Shhh —le acarició el pelo—. Descansa ahora. Me quedaré contigo hasta que te duermas.

Nada has de temer,

Tu hermana te protegerá

Yo estoy aquí contigo,

Nada malo te pasará.

*Cierra los ojos y duerme,
Deja que los sueños te invadan.
El descanso llegará por fin,
Entre mis brazos, hermana.*

—No deberías... —la protesta de Lynna huyó de sus labios en un suspiro.

*Duérmete, mi gemela,
Que yo velaré tus sueños.
Nunca te abandonaré,
Por más que me vaya lejos.
No temas, Lynna,
Que yo estoy contigo.
Descansa ahora,
Mañana todo será distinto.
Al comienzo del nuevo día,
Te mostraré el camino.
Aprenderás a querer esta tierra,
Y aceptarás tu destino.*

La besó con cariño antes de recostarla en la cama. La tapó con la suave manta y la observó durante un momento. Parecía vulnerable, incluso en sueños. Deseó una vez más estar en su lugar, no solo por librarla de aquel destino que no quería, sino egoístamente, pensando en lo feliz que

sería ella junto a Leif. Aunque tal vez él no opinase igual, pues así se lo había hecho saber en aquel susurro silencioso.

Suspiró al entrar en su cuarto. Apenas había dado dos pasos cuando la visión comenzó a formarse en su mente. Trató de sujetarse a la cama, pero las piernas le fallaron y cayó inconsciente al suelo.

El amanecer los descubrió en el campo de batalla, frente a un ejército danés dispuesto a ponérselo difícil. Pero no eran tantos como habían pensado en su momento, pues los daneses no habían tenido tiempo de reorganizarse, después de las discrepancias internas que parecían estar sufriendo y que amenazaban con dividirlos. Los informes de sus espías habían asegurado que Guthrum había perdido ya el apoyo de algunos señores, incluyendo a Ivar y Ubbe; y que las fuerzas danesas asentadas en Anglia Oriental y en Mercia se habían negado a acudir a su llamado para participar en la batalla. Y por si eso no fuera poco, los 120 barcos perdidos en una tormenta frente a la costa de Swanage, en Dorset, el año anterior, habían mermado considerablemente las filas de Guthrum. Largas horas había pasado Godric con el rey, tratando de convencerlo de que enviase a un pequeño grupo a la fortaleza para saquearla, pero solo ahora comprendía cuán acertada había sido la decisión. Aunque había muchos daneses, más eran ellos. Los harían retroceder sin gran dificultad y los sitiarían en Chippenham hasta obligarles a aceptar una rendición definitiva e incondicional.

—Espero que estéis en lo cierto, Godric —susurró el rey, no obstante—, porque estoy empezando a pensar que Guthrum no ha traído a todos sus hombres a la batalla, contando con que intentaríamos algo así. Sé que han sufrido muchas bajas, pero aún así, me parecen pocos, para lo que esperaba. Si se han quedado en Chippenham, nuestros hombres morirán.

—Tened un poco de fe, majestad —no pretendía decirle cómo sabía que funcionaría, pero tampoco quería que dudase del plan.

—Guthrum es un arrogante —recordó Leif, que había estado escuchando en silencio su intercambio—. Ha vencido en Chippenham y cree que lo hará aquí, aunque le hayan fallado los demás señores de la guerra. La fuerza bruta le ha funcionado hasta el momento y cuenta con que sea así hoy también, pero nuestra estrategia desbaratará sus planes. No se arriesgará a perder en campo abierto. Si ve que podemos llegar hasta él, regresará a la fortaleza para protegerse y pedir una tregua como ha estado haciendo todos estos años.

—Pero esta vez lo sitiaremos —continuó Olsen—. Cuando vea que se ha quedado sin alimentos y sin agua potable, claudicará en vuestro favor, majestad.

—Y le obligaré a bautizarse —asintió el rey, más seguro a medida que sus hombres repasaban el plan—. De ese modo, no podrá alzarse contra mí sin que los demás reinos acudan en mi ayuda. Pero aún así, mientras esperaban a que alguno diese el primer paso, Alfred no pudo evitar sentirse tentado a pactar con Guthrum una vez más, para impedir las muertes que sabía que se producirían aquel día. Tenía la sensación de que su reinado era un baño de sangre y que su legado sería un país fragmentado y dolido por las constantes guerras en las que se había visto envuelto. También en eso lo había tenido que convencer Godric, asegurándole que una tregua sería como sentenciar a su gente a la conquista danesa. Guthrum no querría más oro, sino la corona. Había inflado su orgullo al conquistar Chippenham y ya no se conformaría con menos que la rendición absoluta de los sajones. En aquella ocasión, solo había una salida: el enfrentamiento en la batalla.

—Empecemos —sentenció, una vez creyó haber dado tiempo suficiente a la avanzadilla a

llegar a Chippenham—. Dad aviso a nuestros hombres de que formen el muro defensivo. Resistiremos la oleada enemiga y le asestaremos tanto daño como nos sea posible mientras avanzamos.

—Haremos que huyan —añadió Leif, antes de enviar a sus hombres a dar el aviso al resto. No había querido involucrarse en aquella guerra en su momento, pero ahora estaba deseando defender lo que era suyo. Y no pudo evitar pensar en que se lo debía a Ivalyn. Lucharía por ella, para poder volver a su lado y decírselo. Para confesarle su amor y procurar que se quedase a su lado, como su esposa. Si sobrevivía a aquel día, no aceptaría un no por respuesta. Dedicaría cada día de lo que le quedase de vida a convencerla de que serían felices juntos. Porque lo serían.

Poco después de que los guerreros formasen el muro con sus escudos, las tres jóvenes vödur se situaron junto al rey. Su presencia pretendía ser solo intimidatoria, pues Alfred les había pedido no intervenir en la contienda. A pesar de haber confiado en ellas cuando las conoció y le aseguraron que le ayudarían a ganar, no creía en sus poderes, o tal vez solo le asustaban, por eso prefería que no hiciesen nada. Sin embargo, Leif les había dicho después en privado que, de considerarlo necesario, ignorasen las órdenes del rey e hiciesen lo que debían. Creía en ellas, al igual que Godric, que asintió al verlas, recordándoles así que estaba de su lado si decidían usar sus poderes durante la batalla. *Toda ayuda será bienvenida*, les había dicho él, después de que el rey se negase a usarlas como arma.

Y los daneses atacaron, cuando Guthrum dio la orden, con voz fuerte y firme, pero lo hicieron con cautela, tal y como habían previsto. Temían a las vödur, que una vez les habían ayudado a vencer a ellos. La simple visión de las mismas amedrentaba al más valiente de los vikingos, pues sabían de lo que eran capaces. Se habían criado oyendo sus historias y gracias a ello, los sajones pudieron robar metros a los daneses poco a poco, causando más bajas de las que recibían. No fue una batalla fácil, a pesar de todo; ni corta, aunque así lo habían creído en un principio; fue dura, cruel y sangrienta. Sin embargo, al atardecer, los hombres de Guthrum comenzaron a flaquear y este los hizo volver a la seguridad de la fortaleza, creyéndose el vencedor, igualmente, pues buscaría la tregua con una nueva negociación con el rey de Wessex.

—Lo hemos logrado —gritó el rey eufórico, pocas horas después, cuando el sitio estuvo completado y los daneses quedaron encerrados, sin que supiesen lo que les esperaba en la fortaleza.

El rey había apostado hombres en torno al lugar para evitar cualquier intento de fuga y lo estaban celebrando en un banquete improvisado, usando la comida requisada. Ahora solo era cuestión de esperar a que la desesperación de los daneses los obligase a la rendición absoluta.

—Estaba seguro de que venceríamos, majestad —le dijo Godric, igual de satisfecho que él.

—Confieso que he tenido mis dudas, amigo —dijo el monarca, sin dejar de sonreír—, pero el plan ha salido a la perfección.

—Contábamos con una ayuda inestimable —el conde había prometido otorgarles el mérito a las vödur si salía bien y pensaba cumplirlo.

—Los hombres de Leif han inclinado la balanza en...

—No me refiero a ellos —lo interrumpió—, aunque también les debemos mucho.

—¿Entonces?

—Ciertas jóvenes —le explicó— me mostraron el camino a la victoria y las consecuencias de no seguirlo. Confié en ellas y acerté.

—Godric —el enfado del rey era evidente, pero el conde no le permitió seguir hablando.

—¿Qué importa cómo haya sido? —continuó hablando—. Hemos vencido y estamos a un paso

de obtener la paz duradera que tanto queremos. No podéis negar que todo ha salido mejor de lo esperado.

—Me habéis hecho ir a la guerra en base a la visión de una mujer que ni siquiera entiende de...

—No continuéis esa frase, majestad —lo interrumpió Leif esta vez—. Si no creéis en ellas, no os lo reprocharé, pero he visto suficientes muestras de su poder a lo largo de los años como para respetarlas. No permitiré que nadie las desprecie solo porque lo que ellas hacen choque con sus propias convicciones.

—Vos también creéis en Dios ahora —sentenció el rey— ¿O acaso vuestra conversión a la fe ha sido una mentira?

—Crear en Dios no está reñido con creer en ellas —repuso Leif—. Esto no es cuestión de fe, sino de sentido común y de compromiso. Nos han ayudado a vencer, no solo con sus visiones, sino con su presencia en el campo de batalla. Esa es la única verdad, os guste o no.

—Alfred —Godric intervino de nuevo—, ¿pensáis que Dios no aprobaría lo que hemos hecho?

—Desde luego que no lo haría.

—Si así fuese, no habría permitido que venciésemos con tan pocas bajas en nuestro haber, querido amigo. No os estoy pidiendo que ahora que sabéis de lo que son capaces, recurráis a ellas, sin embargo, me siento en la obligación de recordaros que prometieron ayudaros a derrotar a Guthrum a cambio de haber sido liberadas y es lo que han hecho.

—Les he ofrecido un lugar en mi isla —dijo Leif—. Ni siquiera tendréis que volver a verlas si no queréis, pero les debéis el reconocimiento por lo que han hecho, al menos.

—Tampoco tiene que ser público —añadió Godric—. Solo hacedles saber que estáis al corriente de todo y que les agradecéis su ayuda. Incluso ahora están todavía en ello, cuidando a nuestros heridos. Aseguradles que aquí estarán a salvo y que no es necesario que busquen un nuevo hogar, hagan lo que hagan con esos dones que Dios ha tenido a bien concederles.

—Siempre habéis sabido cómo engatusarme, Godric —suspiró el rey, al oír sus últimas palabras. Tal vez no fuese cierto, pero eso le ayudaría a reconciliarse con esas fuerzas que no entendía y que le asustaban. Era un hombre de fe inquebrantable y no se sentía cómodo con la idea de que alguien que no creía en su Dios pudiese tener semejante poder.

—Solo digo la verdad, majestad. Me conocéis y sabéis que no soy de los que recurre al engaño o a las mentiras para conseguir lo que quiere.

—Hablaré con ellas por la mañana —prometió.

Y aunque Leif había dudado de que cumpliera, al amanecer las mandó llamar y les agradeció personalmente lo que habían hecho. No fue tan efusivo como le habría gustado a él, pero se conformó al saber que no las echaría de sus tierras, una vez los daneses se hubiesen rendido por el sitio.

—Todavía no puedo creer que el conde le haya contado la verdad al rey —Eline buscaba por los alrededores una de las plantas que su hermana necesitaba y las observó por encima de su hombro mientras hablaba—. Pensé que quería la gloria para él.

—Es un hombre noble —dijo Liv.

Habían pasado varios días ya desde aquella mañana, pero Eline seguía sacando el tema de vez en cuando. Liv sabía que había algo más en su insistencia, pero no acababa de averiguar el qué.

—Esperemos que sea tan abierto a la idea de que veamos a su hija —les dijo Maren, quizá dándole así una pista sobre lo que preocupaba a su otra hermana— porque cuando afecta a uno

mismo, no se suele aplicar la misma condescendencia. He intentado ver en las cartas si podremos hablar con ella, pero no lo he visto nada claro.

—Hay más personas que se oponen a eso —comentó Liv—. Seguramente sean ellos quienes te bloquean.

—Y a mí —añadió Eline—. No he vuelto a soñar con ella ni una sola vez. Es muy frustrante. Cuando no quieres saber algo, sucede; pero cuando lo necesitas, te encuentras con el vacío más absoluto.

—Tendremos que esperar para saber qué pasará —Liv las miró con una sonrisa en los labios porque sabía cuánto aborrecían sus hermanas no poder saber de antemano lo que pasaría. Sus dones les permitían ver más allá del presente y se habían acostumbrado a ello.

—No sé cómo lo soportas —suspiró Eline.

—¿Qué? —preguntó Liv.

—No saber nada del futuro.

—A veces, la ignorancia es mucho mejor —les dijo a ambas—. Cuando las cosas sucedan, ya me encargaré de decidir lo que debo hacer. Porque a veces, lo que averiguáis, no se cumple y os preocupáis por nada.

—Pero otras veces acertamos —le recordó Maren.

—Yo prefiero no saber lo que va a suceder —insistió su hermana mayor.

—Pues quizá te habría gustado saber de antemano que ahora tendrás una conversación con cierto sajón insistente —repuso Eline, sonriendo.

Liv se giró, solo para descubrir que Edric se acercaba a ellas con paso acelerado. Su corazón pareció querer sintonizar con su marcha y latió fuertemente en su pecho. No habían podido hablar de nuevo después de la noche que habían compartido y no estaba segura de cómo actuar con él ante sus hermanas. Por suerte, estas debieron entender lo que necesitaba, porque recogieron todas las plantas y los dejaron solos.

—Eres una mujer muy ocupada, Liv —a pesar de que debía sonar como un reproche, su sonrisa lo desmentía.

—Alguien tiene que cuidar de los heridos —se encogió de hombros.

—¿Y quién cuida de ti? —se acercó a ella.

—Estoy bien.

—Yo no diría eso —rozó con los dedos bajo sus ojos—. Te ves cansada.

—Pero estoy bien.

Después de aquella noche, Liv llegó a pensar que Edric solo había ido a buscarla para no estar solo las últimas horas antes de la partida, pues no se había vuelto a acercarse a ella, ni siquiera cuando se inició el sitio y ya no había una batalla en la que participar. Aunque se había sentido observada en más de una ocasión, nunca supo si realmente había sido él o no, porque nunca logró localizarlo. Ahora que se estaban mirando a los ojos de nuevo y vio en los suyos lo que había visto aquella noche, lamentó haber dudado de él. No había estado lejos de ella por gusto, sino por obligación, y eso la hizo sentir mejor.

—Demos un paseo —la tomó de la mano y comenzaron a alejarse de allí juntos—. El río no está lejos.

—No creo que sea muy sensato alejarnos tanto —susurró, aunque no se opuso demasiado a que se la llevase con él.

—No tardaremos, te lo prometo. Solo quiero enseñarte una cosa.

Caminaron en silencio el resto del camino hasta la orilla del río, donde Edric giró a la derecha,

arrastrándola hasta unos matorrales en los que se escuchaban suaves chillidos, que enseguida llamaron la atención de Liv.

—¿Hay un animal ahí?

—Varios, de hecho —susurró, dándole a entender que debía bajar la voz. La ayudó a arrodillarse y señaló algo en el interior— ¿Puedes verlos?

—Son zorros —exclamó en voz baja y lo miró, emocionada—. Uno de ellos es blanco.

—Sabía que te gustarían —le sonrió.

—Son preciosos —murmuró, mirando hacia los cachorros de nuevo. Eran tan pequeños, que imaginó que no tendrían más de un mes. Llamaban a su madre con desesperación, seguramente, hambrientos.

—No más que tú —dijo Edric a su vez. Cuando Liv volvió su mirada hacia él al escucharlo, aprovechó para besarla. Había deseado hacerlo desde que la vio con sus hermanas, e incluso antes. Después de la noche que compartieron, no había podido dejar de pensar en ella y en sus besos. O en el modo tan perfecto en que habían encajado, como si hubiesen estado hechos el uno para el otro. Jamás había sentido nada igual por ninguna mujer y no quería hacerlo con ninguna otra. Liv era la única a la que quería en su vida y ahora que habían sobrevivido a la guerra, no la dejaría escapar—. Quiero hacerte el amor ahora, Liv. Siento que si no lo hago, moriré.

—Alguien podría vernos —susurró ella, a modo de débil protesta.

—Nadie vendrá —le prometió, besándola de nuevo.

Sus manos desataron los lazos de la ropa de Liv y se colaron bajo ella, para acariciarle los pechos, tan suaves y tersos, que le arrancaron un pequeño gruñido de placer. Liv buscó bajo su camisa su piel y ascendió por su espalda en un gesto desesperado por sentirlo más cerca. Ya no le importaba si alguien los descubría, pues solo podía pensar en él y en tenerlo dentro una vez más.

—Edric —gimió, cuando se apoderó de uno de sus pezones con la boca y se retorció bajo él, ardiendo por sentirlo piel con piel.

La ropa desapareció rápido y pasó a formar parte de una improvisada cama donde se recostaron para disfrutar de toda la pasión que habían despertado con sus caricias. El tiempo se detuvo por un instante para ellos y nada más importó que satisfacer su deseo mutuo.

—Debemos hablar con tus hermanas —le dijo, mientras yacían el uno en brazos del otro, todavía sin decidirse a volver a la realidad—. No puedo seguir ocultando lo que siento por ti, Liv. No quiero hacerlo.

—No sé si estoy preparada para eso —admitió—. Hasta que te conocí, no había pensado en que pudiese aspirar al amor de nadie. Las völrur no...

—Lo sé —la interrumpió—, me lo has dicho. Pero sé lo que siento por ti y lo que tú sientes por mí, aunque te empeñes en ocultártelo incluso a ti misma. No voy a seguir conteniéndome cada vez que quiera besarte o abrazarte. No quiero negar que te busco porque te necesito cerca. Liv, no permitiré que tus inseguridades te alejen de mí. No renunciaré a ti. Te amo.

—Edric —no sabía qué decir, pero no hizo falta porque él se encargó de darle tiempo para procesarlo.

—Volvamos ahora —la ayudó a levantarse—. No quiero privar a los otros de tu don. Cuando termines de cuidarlos, podremos seguir hablando. Te estaré esperando cerca, como siempre.

—De acuerdo.

No estaba segura de querer mantener esa conversación, pero con el paso de las horas, al ver cómo algunas vidas se apagaban, a pesar de sus intentos por salvarlos, comprendió que vivir con miedo era como morir. No quería eso para ella, ni para sus hermanas. Ahora que tenían un nuevo

comienzo, dictarían sus propias normas. Estaba decidida a dejar entrar a Edric en su vida, pero no tuvo oportunidad de decírselo, porque fue llamado al frente de la fortaleza: Guthrum, después de días de asedio, había decidido rendirse. Y aunque nadie la había invitado, corrió hacia aquel lugar, dispuesta a ver la caída del hombre que había asesinado a su mentora y que las había arrastrado por medio mundo, para satisfacer su propia ambición. Se encontró con sus hermanas allí.

—¿Estáis dispuesto a rendiros? —gritó Alfred, manteniendo la distancia entre ellos, hasta asegurarse de que era eso lo que haría.

—Podemos negociarlo —intentó, no obstante, el hombre.

—No habrá tratos esta vez, Guthrum —sentenció el rey—. O acatáis mis órdenes o morís.

Durante un tenso momento, el mundo enmudeció. El danés paseó su mirada por todos los presentes y se detuvo algo más de tiempo en los ojos de Liv, como si tratase de decirle algo. Fuese lo que fuese, solo le provocó un escalofrío que la obligó a abrazarse a sí misma, buscando protección.

—Parece que hoy presenciáis mi caída —dijo, finalmente—, pero no me iré como un cobarde, ni como un perdedor. Al caer la noche, Danelaw seguirá siendo mía.

Y antes de que nadie pudiese prever lo que sucedería, una flecha voló por el aire.

Apenas dos días después de la cena que habían organizado en la isla, llegó la mala noticia que Ivalyn no había querido descubrir cantando. Arik y Olin llegaron cabalgando como perseguidos por el mismo diablo y en cuanto los vio, supo que algo terrible había sucedido.

—¿Es mi padre? —les preguntó, en cuanto llegó a su lado.

Había visto salir a Lynna de la casa, tan asustada como debía parecer ella en ese momento, pero no la esperó porque necesitaba saber qué había pasado. Estudió a ambos hombres, intentando descubrir lo que le dirían antes de que lo hiciesen y rezando para que su mayor miedo no se hiciese realidad. No podía pensar en que su padre pudiese estar muerto.

—Vuestro padre está bien, preciosa —la tranquilizó Arik—. Es Mael.

—¿Está muerto? —oyó que su hermana pronunciaba las palabras que se le habían atascado en la garganta a ella.

—Está gravemente herido —contestó Olin—. Vuestro padre os quiere de regreso en Sussex, por lo que pueda pasar.

—Prepararé lo necesario para nuestro viaje —la mente de Ivalyn volvió a funcionar con aparente normalidad, en cuanto supo que Mael vivía—. No me llevará demasiado. Lynna, ve a cambiarte, yo me encargo del resto.

Ivalyn corrió a la cocina donde Ada le ayudó a organizar suministros para el inminente viaje. Esta vez irían a caballo para recorrer el camino en un solo día, por más que a Lynna le disgustase la idea. Ivalyn solo deseaba ver a Mael y comprobar por sí misma que se recuperaría. No iba a sucumbir al miedo, a pesar de haber oído que sus heridas eran graves. Su amigo era fuerte y sobreviviría, ella no le permitiría morir. Y mientras terminaba de prepararlo todo, Arik y Olin fueron servidos y comieron, apresuradamente, para recuperar fuerzas. Partirían hacia el hogar de las jóvenes en cuanto estas estuviesen listas.

Cuando salieron fuera, Lynna ya los esperaba. Gerd estaba junto a ella, con los caballos ensillados y apostados para partir. Ivalyn se les unió al momento y no pudo evitar abrazarlo. Por primera vez, él respondió rodeándola con ternura, con su brazo libre. Arik miró a Olin con una expresión de sorpresa, porque jamás en su vida hubiesen creído que el viejo malhumorado pudiese albergar cariño hacia nadie. El orgullo en los ojos de Olin reflejaba el suyo propio. Ivalyn ya formaba parte de su familia, incluso antes de que su jefe lograra convencerla de que fuese su esposa.

—Todo irá bien, muchacha —gruñó Gerd.

Muchos más fueron a despedirlas. Inconscientemente se preparaban para el día en el que Ivalyn no regresase a la isla, sin saber que sería al revés, que Lynna sería la que no volviese. También ella fue abrazada, pero la diferencia en el trato, les hizo pensar a los recién llegados, que la joven se había vuelto a recluir en sí misma tras su partida. Cada vez se alegraban más de que Leif hubiese decidido romper el compromiso y esperaban que la menor de las hermanas aceptase la propuesta de ir a vivir a la isla como esposa de su jefe. A Arik le habría gustado poder ser

quien se lo dijese, para bromear con ella, pero no le correspondía. Tendrían que esperar a que Leif hablase con ella.

Emprendieron el camino en silencio y tan rápido como podían. Más de lo que habrían esperado los vikingos, dado que Lynna parecía odiar los caballos. Sin embargo, la destreza de ambas se hizo evidente al poco tiempo y pensaron que, tal vez, el problema de la mayor no eran los animales, sino el carro donde habían viajado para llegar a la isla. Nadie dijo nada al respecto, no obstante, porque la necesidad de alcanzar su destino cuanto antes era mayor que sus ganas de hablar. Y por eso, se instaló pronto una rutina en sus pasos, que solo interrumpieron una vez, para comer algo y dejar que los caballos descansasen.

Con cada kilómetro que recorrían, el ánimo siempre alegre de Ivalyn, se iba ensombreciendo. Casi tanto como el rastro de oscuridad que la noche iba dejando tras ellos. Lynna había intentado animarla durante el tiempo que pararon, cambiando por una vez sus papeles, pero nada podía eliminar el pesar que se había asentado en su corazón. El peor de sus presentimientos había tomado forma al fin y aunque tratase de ignorarlo, la sombra de una muerte inminente la rondaba. Necesitaba ver a Mael para saber que se recuperaría.

—Estamos cerca —informó Arik, aunque no hacía falta decirlo porque las jóvenes conocían aquellas tierras, incluso mejor que él.

Ivalyn apuró a su montura, hasta el punto de arriesgarse a una caída. Arik intentó alcanzarla para frenar su carrera, pero habían atravesado las murallas del castillo cuando lo logró. Y aún así, tampoco fue capaz de evitar que saltase del caballo en marcha. Ivalyn trastabilló al tocar el suelo, pero recuperó el equilibrio cuando su padre salía a recibirla y se arrojó a sus brazos.

—¿Cómo está?

—No muy bien —Godric no quiso mentirle.

—¿Dónde está?

—Arriba, en su alcoba.

El cuarto que usaba siempre que se quedaba a dormir en el castillo, así de importante había sido su presencia desde siempre en su hogar. Las imágenes de su infancia pasaron veloces por su mente, anegando sus ojos de lágrimas que no quería derramar. Todavía no. Corrió escaleras arriba, sin esperar por su hermana. Necesitaba ver a Mael y entró en la habitación como una exhalación, encontrándose con una desolada Annick, recostada contra la cama, limpiando el sudor de la frente de su pálido hermano. Ni siquiera vio al resto de personas que velaban por él, solo tenía ojos para sus amigos. Ella se veía cansada, desmadejada y con la ropa arrugada de pasar horas enteras velando a su moribundo hermano, y él pálido y demacrado, bañado en sudor y completamente inmóvil. Las miradas de las jóvenes se encontraron y Annick corrió al encuentro de Ivalyn para fundirse en un doloroso abrazo con ella.

—Ivy, se muere —lloró Annick.

—No —la rotundidad en su voz sobresaltó a la joven que tenía entre sus brazos—. No lo permitiré, Annick. Mael sobrevivirá o me encargará de matarlo con mis propias manos.

—Si alguien es capaz de hacer semejante locura, esa eres tú —una risa desesperada brotó de su garganta.

Ivalyn se acercó a la cama y tomó entre las suyas, una mano de Mael. Estaba ardiendo, pues la fiebre se había apoderado de su amigo. Eso nunca era buena señal. Empapó en agua fresca el trapo que Annick había usado instantes antes y le refrescó la cara con suavidad. Parecía tan débil. *Es fuerte, se recordó, se recuperará.*

—Liv dice que no se puede hacer nada más por él —le susurró Annick—. Solo podemos

esperar a que luche contra la fiebre. Si no le baja...

—¿Quién es Liv? —la interrumpió.

—Ella es... es alguien a quien rescataron de las garras de los daneses. Es curandera y ha estado cuidando de Mael. Es muy buena, pero dice que ahora es el turno de Mael de hacer algo por su vida.

—Entonces, se recuperará —sentenció Ivalyn, con seguridad—. Mael no se rendirá jamás.

—Eso espero —suspiró su amiga.

—Ahora quiero que te vayas con Lynna. Date un baño y come algo. Te ves agotada, ve a descansar.

—Volveré en cuanto haya comido.

—No —negó—. Dormirás hasta mañana. Ni se te ocurra acercarte porque no te dejaré pasar. No le servirás de nada a tu hermano si enfermas tú también. Yo me quedaré con él esta noche.

—Ivy...

—Nada de protestas, Annick —la abrazó antes de llevarla junto a Lynna, que las esperaba en el marco de la puerta, sin atreverse a entrar—. Ya no estás sola.

Ivalyn supo por qué su hermana no había entrado, cuando vio a Leif en un extremo del cuarto, junto a la ventana, apoyado contra la pared. Le sonrió tímidamente, aliviada de ver que se encontraba bien, mientras arrastraba fuera a Annick. Lynna le apretó una mano a su hermana, antes de llevarse a la joven con ella. Ivalyn suspiró y regresó a la cama, para continuar mojando la frente de Mael en un intento de bajarle la fiebre. Poco a poco, la fueron dejando sola, seguros de que se haría cargo de todo. Ella ni siquiera los vio salir, porque solo tenía ojos para Mael. Acarició su pálido y demacrado rostro y no fue capaz de retener por más tiempo las lágrimas. Se sentía impotente ante la dureza del momento, pues nada podía hacer ya, salvo velar su delirante sueño.

—Es fuerte, My —la voz de Leif la sobresaltó. Creía que estaba sola con Mael—. Se recuperará.

—Lo sé —lo miró con los ojos brillantes por las lágrimas—. Me duele verlo tan débil. Siempre ha estado tan lleno de vida.

Miró de nuevo a su amigo de infancia y no pudo evitar sentir el peso de sus heridas en su propio cuerpo. Con gusto se cambiaría por él. No podía soportar ver sufrir a sus seres queridos. Nunca había sido capaz, sobre todo después de lo que había sufrido durante su secuestro. No le deseaba algo así a nadie.

—¿Olsen está bien? —recordó que todavía no lo había visto— ¿Y vuestros hombres?

—Todos están bien, My.

—Gracias al cielo —suspiró.

—¿No te preocupan los hombres de tu padre también?

—Sé que están bien —se encogió de hombros—. Lo vi en sus ojos cuando me recibió en la entrada.

—Muy observadora —le sonrió, aunque ella no lo miraba.

—Conozco a mi padre —después lo miró. Había preocupación en sus ojos—. Deberíais ir vos también a descansar, Leif. Os veis cansado.

—Nadie debería velar a un enfermo en soledad —se negó.

—No me importa quedarme sola —miró de nuevo a Mael.

—Aún así.

Se acercó a ellos, podía sentirlo a su lado, pero no se atrevió a mirarlo de nuevo. Con los

sentimientos a flor de piel, podía llegar a cometer la insensatez de arrojarse a sus brazos en busca de consuelo y no estaba segura de cómo respondería él a semejante acto. De todas formas, no sería correcto que lo hiciese, pues era el prometido de su hermana. Tampoco debía olvidar que la había considerado un error.

—¿Cómo fue? —preguntó después, incapaz de quedarse callada—. No, no me lo digáis. Creo que prefiero no saberlo.

—Le salvó la vida a tu padre —le explicó—, interponiéndose en el camino de una flecha.

Ivalyn lo miró, sorprendida por aquella confesión. Que Mael estuviese herido de muerte para evitar que su propio padre sufriese esa suerte la conmovía. La lealtad de los Alden hacia el conde era bien sabida, pero llegar a tal extremo lo probaba más allá de toda duda.

—Yo mismo intenté llegar a él, pero Mael fue más rápido —continuó—. Es un gran soldado y mejor hombre todavía. Entiendo por qué lo tienes en tan alta estima.

—No es estima lo que siento por él —las lágrimas regresaron a sus ojos—. Mael es como el hermano que murió junto con mi madre hace años. No podría concebir mi vida sin él a mi lado. Me enseñó todo cuanto sé. Me enseñó a cabalgar y a usar la espada y el arco. También me enseñó a defenderme después de que aquel hombre me secuestrase. Soy como soy gracias a él y a Annick. Forman parte de mi vida y no quiero perderlos, Leif.

Leif dejó de luchar contra el impulso de abrazarla en cuanto sintió la desesperación en su voz. Nada le importaba en ese momento más que consolarla. La rodeó con sus brazos hasta fundirla con él, para que no se sintiese tan sola. Ansiaba borrar el miedo de sus ojos, pero no sabía cómo hacerlo sin besarla. Y no debía hacerlo, por más que lo desease. Todavía no tenía semejante derecho, así que debió conformarse con abrazarla contra su pecho hasta que sintió cómo se rendía a tan pobre consuelo. Cuando dejó de temblar, supo que las lágrimas al fin habían cesado. Aún así, no la soltó. Miró hacia abajo, a su maltratado cabello y a su ropa marcada por el polvo del camino, y continuó abrazándola. La mantendría allí mientras ella se lo permitiese porque tenerla en sus brazos era más reconfortante que cualquier otra cosa.

—Muchas veces quise usar mi don para que mis visiones me mostrasen lo que estaba pasando —su cabeza todavía reposaba contra el pecho de Leif—, pero tenía miedo de ver algo como esto. Ahora me alegro de no haberlo hecho. Si hubiese sabido que Mael podría morir, creo que no lo soportaría. No soportaría veros herido a ninguno.

En aquel momento, sus miradas se encontraron y no pudieron romper aquella unión ya. Leif acarició su mejilla con suavidad e Ivalyn suspiró, apoyándose más sobre él. No había pretendido que sucediese, pero su cuerpo actuaba por voluntad propia cuando se encontraba cerca del vikingo. También quería que la besase, necesitaba sentir que todo iba a salir bien. Tal vez Leif había sentido aquella necesidad porque acercó su rostro al de ella. Sus labios se entreabrieron, anticipando lo que iba a pasar y deseándolo con igual intensidad.

—Os he traído algo de comer, mi señora —la voz de Norma en la puerta, tras un par de golpes, los obligó a separarse.

Un intenso rubor cubrió el rostro de Ivalyn y se giró hacia Mael, para evitar que la mujer lo descubriese. Leif regresó a su lugar junto a la pared, aparentando más indiferencia de la que realmente sentía. Si no hubiese notado cómo Ivalyn se tensaba en sus brazos al llegar la mujer a la alcoba, no se habría detenido. La habría besado igualmente, hasta saciar su necesidad de ella. Pero tal vez había sido mejor así, pues no creía poder saciarse con un simple beso. Mejor no empezar algo que no podría terminar.

—Gracias, Norma —Ivalyn la miró en cuanto logró serenarse lo suficiente — ¿Cómo ha ido

todo en mi ausencia?

—Bien, mi señora —le sonrió—. Vuestro padre os ha echado en falta. En realidad, todos lo hemos hecho.

—Y yo a vosotros —la abrazó.

—¿Cómo os ha ido a vos? —miró de reojo a Leif.

—Le he tomado cariño a los vikingos —le guiñó un ojo, permitiéndose aquella pequeña distracción—. Son más civilizados de lo que pensáis.

—No pretendía decir...

—Creo que tu señora está bromeando —la ayudó Leif.

El desconcierto de Norma se vio reflejado en su rostro, teñido de un intenso rojo. Sonrió tímidamente al hombre, antes de inclinarse ante Ivalyn y emitir una excusa para salir del cuarto con rapidez, sin volver la vista atrás. Ivalyn sonrió, no era fácil coger desprevenida a Norma.

—Creo que he sido un poco cruel con ella —suspiró después.

—Se sobrepondrá.

—Ya que estáis empeñado en quedaros aquí —lo miró—, compartiremos la comida. Estoy segura de que no habéis comido en más tiempo que yo.

—No voy a negarlo.

Durante los siguientes minutos, disfrutaron de la nutritiva comida en silencio. Ivalyn miraba de vez en cuando hacia Mael, esperando que solo por la atención que le dispensaba, decidiese despertar y regalarle una de sus encantadoras sonrisas. Sabía que no sería tan fácil, pero no podía renunciar a sus esperanzas de verlo abrir los ojos ya.

—Dale tiempo —le dijo Leif, seguro de lo que estaba pensando—. El viaje hasta aquí ha sido duro para él. No solo la herida ha causado la fiebre.

—No puedo evitarlo —se disculpó—. Es duro verlo postrado en una cama.

—Quizá yo pueda ayudarte con eso, si te distraigo —sonrió—. Cuéntame, My, ¿qué habéis hecho tu hermana y tú estos cuatro últimos meses?

—Preocuparnos por todos vosotros —le sonrió a su vez, algo de pena.

—Aparte de eso.

Durante las siguientes horas, en las que parecía que se habían puesto de acuerdo para no interrumpirlos nuevamente, Ivalyn le relató cada una de las aventuras que había vivido en su hogar en su ausencia. La pregunta de Leif había sido una gran idea porque le permitió olvidarse durante un tiempo de la pena que la consumía e, incluso, pudo volver a reír gracias a las anécdotas más divertidas.

Leif la escuchó con interés, enamorándose cada vez un poco más de ella. Cuanto más tiempo pasaba a su lado, más convencido estaba que no habría ninguna otra mujer para él si no era Ivalyn. Estaba deseando poder decírselo, pero sabía que aquel no era el momento. Hasta que Mael no se recuperase, tendría que conformarse con pasar momentos como aquel con ella. Pero se encargaría de que hubiese muchos más. Tantos, que cuando Ivalyn pensase en su futuro, solo pudiese verlo a él. La enamoraría con su presencia, mientras no pudiese hacerlo con sus palabras.

29

Cuando Liv llegó a la mañana siguiente, se encontró con una dormida Ivalyn, sujetando la mano de Mael. Había permanecido toda la noche con él, a solas, después de convencer a Leif de que estaría bien. Pero ahora, Liv necesitaba que se fuese para revisar al herido y aunque no le apetecía despertarla, pues parecía necesitar el descanso, tuvo que hacerlo.

—Buenos días —le apretó el brazo para que notase su presencia. Ivalyn se sobresaltó y abrió los ojos casi con miedo.

Por un momento, sus miradas se prendieron y ninguna se movió. Liv creyó que tal vez Ivalyn la había reconocido del sueño de su hermana, pero cuando la vio fruncir el ceño, supo que no se trataba de eso.

—¿Quién sois? —le preguntó la joven.

—Mi nombre es Liv Landvik —se presentó.

—La curandera —añadió Ivalyn, sorprendida—. Os imaginaba mayor.

En cuanto lo dijo, un ligero sonrojo coloreó sus mejillas, al comprender que había sido un poco grosera con ella. Sin embargo, Liv no se había ofendido y así se lo hizo saber.

—Las curanderas también son jóvenes en algún momento de su vida —le sonrió, para demostrarle sin lugar a dudas, que su apreciación le había divertido.

—Disculpadme —aún así, Ivalyn no quiso aceptarlo sin pedir perdón—. Ha sido una grosería y...

—No os preocupéis, Ivalyn —negó ella—. Está bien así.

—¿Sabéis mi nombre? —se sorprendió.

—Aquí todo el mundo os conoce —sonrió de nuevo—. Desde que habéis llegado, no he dejado de oír vuestro nombre y el de vuestra hermana por doquier.

Sin embargo, ella lo sabía por Leif, pero no se lo diría. Tanto ella como sus hermanas habían prometido al conde no hablar con Ivalyn sobre el motivo por el que estaban allí, aparte de ayudar a Mael a recuperarse. Cuando habían hablado con Godric sobre la visión de Eline, a petición del vikingo, y sobre lo que pretendían hacer al respecto, el hombre se había quedado en silencio por tanto tiempo, que temieron que no les volvería a hablar. Pero el conde era un hombre razonable y sensato, y les había asegurado que podrían hablar con su hija si ella así lo quería, después de que él le contase sobre el asunto. Pero aquella flecha que casi había acabado con la vida del joven Mael, había puesto su plan en pausa y tendrían que esperar. Solo esperaba que a sus hermanas no se les ocurriese adelantarse. Las creía muy capaces.

—Cierto —asintió Ivalyn—. Por un momento había olvidado que estamos en casa. Parece que haya pasado una eternidad desde que nos fuimos.

Y aunque debería haber sonado aliviada, Liv descubrió cierta nostalgia en su voz que le dijo que no era del todo feliz por esa idea. Pero no era asunto suyo solucionar aquella parte de su vida, así que lo dejó estar y comenzó a preparar los brebajes que había traído para Mael. Debía desinfectar una vez más la herida y ayudarle a bajar la fiebre con algo más fuerte que unos paños

mojados en infusión fría de saúco. Aunque la flecha lo había atravesado limpiamente y la herida no era tan grave como parecía, el patriarca de los Allen no quiso oír sus advertencias de no embarcarlo en un viaje tan rápido y había conseguido que la fiebre se ensañase con su hijo. Cegado por el dolor, había querido traerlo al lugar donde pertenecía. Como le había dicho en su momento, si debía morir, lo haría en su hogar. Pero Liv dudaba que eso fuese a suceder, incluso con semejante contratiempo. Mael era joven y fuerte, un poco de fiebre alta no acabaría con él. Le llevaría tiempo recuperarse, pero lo haría.

—Necesito que me dejéis a solas con él ahora —le pidió, antes de seguir con lo que tenía entre manos—. Aprovechad para comer algo y hablar con el resto. Estoy segura de que muchos otros están deseando veros. Mael estará en buenas manos, mientras vos descansáis.

Ivalyn obedeció, a desgana, y bajó al salón. A aquellas horas, estarían desayunando y decidió que un poco de conversación le vendría bien. Apenas había hablado con nadie desde su llegada, salvo con Leif, y le apetecía comprobar que todos los demás estaban bien. Su mirada se deslizó al fondo del salón nada más entrar, donde una afligida Annick estaba siendo consolada por un evidentemente enternecido Colla. El menor de los Wynne mantenía su completa atención centrada en ella. Sonrió, al recordar la visión que había tenido de su amiga con él, años atrás. Aquella premonición se cumpliría pronto, pues era evidente en los ojos del hombre. Tal vez solo necesitaba un pequeño empujón en la dirección correcta y decidió hablar con él más tarde, a solas. Fue así, cómo otra importante revelación la sobrevino. Mael sobreviviría. No podía morir porque lo había visto en la boda de su hermana con Colla. El alivio la invadió y la sonrisa se instaló en su boca cuando se acercó a su padre, que conversaba con Dunstan, el hermano mayor de Colla. También estaban Cenric, el padre de sus amigos, y los cuatro vikingos. Miró un instante a Leif, antes de tomar asiento junto a Arik. Le vendría bien un poco de la alegría de su rubio amigo en aquel momento. Y el joven rodeó sus hombros con un brazo y la miró, risueño, dispuesto a ayudarla con eso aún sin que se lo hubiese pedido.

—¿Me habéis echado de menos, preciosa? —le guiñó un ojo.

—Más de lo que desearía —le siguió la broma, feliz de que no la hubiese defraudado.

—Eso suena prometedor.

—Deberíais tener cuidado con lo que decís delante de mi padre, Arik. No creo que le gusten las libertades que os tomáis conmigo.

—Vuestro padre sabe perfectamente que mis intenciones son de lo más inocentes, preciosa —miró al aludido—. Hemos tenido bastante tiempo para conocernos mejor estos últimos meses.

—Eso me parece —asintió, mirando a su padre, al que notó por primera vez, muy envejecido. Tenía más canas y las arrugas se marcaban más en su rostro. Por primera vez, vio lo que los demás veían al mirarlo: su padre ya estaba muy mayor.

—Por lo poco que he visto —continuó Arik, ajeno a sus pensamientos—, vos también habéis estado conociendo mejor a ciertas personas.

—¿A quién os referís? —la curiosidad hizo que olvidase la preocupación por su padre, por un momento.

—Al viejo Gerd. Nunca antes lo había visto abrazar a nadie.

—Me costó lo mío —rió—. Es un hueso duro de roer. Creo que él estaba más sorprendido que vos la primera vez que respondió al abrazo. Aún así, no es tan rudo como quiere hacer creer a todos.

—Después de conseguir que mi propio hermano riera, os creo capaz de cualquier cosa —rió Olin, ante la protesta gruñida del aludido.

Ivalyn sonrió a Olsen y este respondió guiñándole un ojo, tan rápido, que tan solo ella lo vio. Su sonrisa se amplió al ver que los progresos que había hecho con él no habían caído en saco roto aquellos cuatro meses. Al menos en lo que a ella se refería. La furibunda mirada que había echado a su hermano, no había pasado tan desapercibida como el guiño.

—Mi hija tiene un don —Godric sonrió también a Ivalyn con amor en los ojos—. Más de uno, en realidad.

—¡Oh, bueno! Creo que tendré que irme de aquí —protestó—. O acabaré tan roja como las brasas. Seguramente, la parejita del fondo ni notará mi presencia si me siento a su lado. Están muy ocupados mirándose el uno al otro.

Sonrió, al ver cómo todos dirigían su mirada hacia ellos, como si no se hubiesen percatado de aquel hecho hasta que ella se lo dijo. Y tal vez así había sido, porque permanecían en un lugar bastante discreto. Sin embargo, los aludidos habían escuchado cada palabra pronunciada, tal había sido la intención de Ivalyn. El intenso rubor de Annick daba fe de ello. Colla simplemente había separado sus manos unidas, pero se veía tan turbado como ella. La llegada de Lynna los salvó de una vergüenza mayor.

Se veía radiante aquella mañana. Quizá demasiado alegre y sonriente, dadas las circunstancias. Pero cuando Ivalyn recordó la conversación que habían tenido días antes, se le hizo evidente que la vida sencilla en el hogar de los vikingos no estaba hecha para su hermana. Lynna estaba acostumbrada a pequeños lujos que no tendría nunca más allí e Ivalyn suspiró, pensando en lo difícil que le resultaría regresar, una vez que todo volviese a la normalidad.

—Acabo de hablar con la mujer que está atendiendo a Mael —informó, sentándose junto a su padre—. Nos cruzamos en el pasillo y ha dicho que la herida está mejor. Está segura de que la fiebre remitirá pronto.

—Eso son muy buenas noticias —Cenric se sintió aliviado al instante—. Mi hijo es fuerte, sabía que podría lograrlo.

Aunque no siempre había sido así. Cuando lo vio en brazos del conde, con la flecha clavada en su cuerpo y sangrando tanto, pensó que iba a perder a su hijo. El dolor fue tan grande, que solo podía pensar en que no quería que muriese lejos de su tierra. No merecía perder la vida en un lugar al que no pertenecía y permanecer eternamente allí.

Norma apareció con el desayuno y la conversación se centró en temas banales, propios de una comida compartida entre amigos. Y mientras hablaban, Ivalyn los observaba alternativamente, comprendiendo que aquellos cuatro meses los habían unido más que cualquier alianza por matrimonio. Por un momento, se permitió imaginar que su hermana no tenía que casarse con Leif y que ella tenía alguna posibilidad con él, pero se reprendió después, porque eso solo la haría sufrir más cuando la realidad la golpease de lleno.

Prestó atención de nuevo a los comensales, y vio a Colla hablando con Cenric. No podía oír su conversación, pero podía ver el aprecio que se tenían. Una alianza entre sus dos familias sería beneficiosa para ambas y no entendía cómo no la habían propuesto todavía. Para ella era tan evidente, sobre todo después de ver cómo Colla había estado siempre tan pendiente de Annick de un modo u otro. Ese hombre amaba a su amiga.

Su padre conversaba con Leif en tono confidencial, mientras Lynna se concentraba en lo que Dunstan le decía. A Ivalyn le hubiera gustado saber qué se traían entre manos su padre y Leif, para abstraerse de aquel modo y se sintió tentada a acercarse e interrumpirlos con alguna tontería, solo por ver si era capaz de escuchar algún fragmento de su conversación, pero suponiendo que tenía algo que ver con su hermana y la boda, prefirió no hacerlo. Cuanto menos supiese, menos dolería.

De vez en cuando, Arik bromeaba con ella, pero básicamente, estaba enfrascado en una divertida discusión con Olin, que para exasperación de Olsen, trataba sobre él. Annick los miraba embelesada, aunque sus ojos huían de vez en cuando hacia Colla.

En ese momento apareció Liv, acompañada de sus hermanas, e Ivalyn las observó con curiosidad. Al verlas, podía saberse fácilmente que las unían lazos de parentesco, pero había algo más en ellas que le resultó conocido, aunque no supo decir qué era.

—¿Quiénes son? —le preguntó a Arik en un susurro.

—Son mujeres del norte, como nosotros —respondió, vagamente. Leif les había advertido sobre hablarle de ellas a Ivalyn y aunque le gustaba contradecir a su jefe, en este caso, comprendía la importancia de no abrir la boca. Era un tema delicado, que debían tratar Leif y el conde.

—No creo haberlas visto antes —insistió— ¿Acaso son danesas? Porque no pertenecen a nuestro grupo, de eso estoy segura.

—No —negó—. Fueron rescatadas por el rey. Liv es curandera, así que se vino con nosotros cuando el padre de Mael quiso traerlo de vuelta.

—Ah —no le satisfacía del todo la explicación, pero no insistió porque vio salir a Annick del salón y prefirió ir tras ella. Sabía a dónde se dirigía y quería darle la noticia de que su hermano se recuperaría, para aliviar su preocupación.

—Se pondrá bien, Ivy —Annick estaba sentada en el borde de la cama, cuando Ivalyn entró—. Dicen que Liv es una buena curandera. No creo que nos haya mentado al decir que está mejor, ¿verdad?

—No creo que ese sea su estilo —le sonrió—. Además, yo ya sabía que se recuperaría antes de que ella lo dijese.

—Siempre fuiste la más optimista de todos nosotros. Tú y Mael.

—Más bien los más problemáticos —rió, acercándose a ellos.

—Los más aventureros —la corrigió—. Siempre envidié tu capacidad para desafiar las normas. Nunca te conformaste como hacíamos las demás. Como cuando te empeñaste en aprender a usar una espada.

—Tu hermano me enseñó —negó—. Sin él jamás podría haberlo hecho.

—Os parecéis mucho.

—Lo sé.

—Ojalá yo pudiese ser un poquito como vosotros.

—¿Lo dices por algo en concreto, Annick?

—¿Sabes que mi padre pretende casarme con Arian? Me lo dijo antes de que el rey los reclamase hace cuatro meses. De no ser por la guerra contra los daneses, ya estaría casada con él.

—Y tú amas a Colla —el sonrojo de Annick fue suficiente respuesta para ella.

—¿Tan evidente es?

—Al menos para mí —le sonrió de nuevo— ¿Tu padre lo sabe?

—¿Cambiaría algo?

—Colla es mejor opción para él. Sus tierras lindan con las vuestras y es un gran aliado desde siempre. Unir las familias sería beneficioso para ambos.

—¿Y por qué no lo ha tenido en cuenta ya?

—Quizá porque tú todavía no has cumplido los 18 y él tiene ya 30 —se aventuró, sabiendo que seguramente aquella era una de las razones.

—A mí no me importa la edad.

—Pues deberías decírselo a tu padre.

—¿Y si no me escucha?

—Si no se lo dices, desde luego que no te escuchará —rió.

—No tiene gracia —se quejó su amiga, preocupada.

—¿Recuerdas el día en que tuve una visión sobre ti? —decidió que era la hora de intervenir, solo para envalentonarla un poco—. Te oculté cierta información.

—¿Qué información?

—Digamos que Colla y tú seréis muy felices en el futuro.

—¿Me caso con él?

—Tú decides, en última instancia, pero sabes que mis visiones siempre se han cumplido —se encogió de hombros—. Tengo que hacer una cosa ahora, pero volveré más tarde para quedarme con Mael.

Ya había abierto la puerta cuando se giró hacia su anonadada amiga y le habló de nuevo. Aquel había sido el propósito de su visita y casi lo había olvidado.

—¿Quieres que te diga por qué sabía que Mael se recuperará? —sonrió—. Lo vi en tu boda, Annick.

Salió del cuarto y bajó corriendo las escaleras. Pretendía buscar a su padre y preguntarle acerca de las tres misteriosas mujeres que habían llegado con ellos, pero al llegar al salón, ya no había nadie. Solo estaba un pensativo Colla, frente a la chimenea, y no pudo resistirse a hablar con él.

—Parecéis preocupado, Colla.

—Solo pensativo, milady —le sonrió.

—¿Y es posible que tenga algo que ver con cierta dama a la que habéis estado consolando esta mañana en este mismo salón? Espero no ser demasiado atrevida —añadió con rapidez, al ver que había sonado muy directa.

—Tal vez sea por eso —le concedió—. No podría acusaros de ser atrevida, milady, tenéis todo el derecho a preocuparos por vuestra amiga.

—No es la preocupación lo que me mueve a hablaros de ella, Colla. Sé que con vos está segura. Pero, ¿sabíais que su padre pretende casarla con Arian? —la consternación que vio en sus ojos la animó a seguir—. Estoy segura de que Cenric aprobaría una alianza con vuestra familia y Annick os lo agradecería inmensamente, si lo proponéis. Pensadlo.

No le dio tiempo a responder, pues su intención había sido solo la de informarlo sobre lo que pasaría si no se decidía a actuar pronto. Ahora era su turno. Si realmente amaba a su amiga, no se marcharía de allí sin luchar por ella. Tampoco creía que Cenric se lo pusiese demasiado difícil.

Salió fuera del castillo y respiró profundo. Todos los olores familiares llenaron sus fosas nasales, unos más agradables que otros, pero todos ellos le trajeron recuerdos de su pasado. Había echado de menos su hogar, aunque debía admitir que no tanto como había pensado al irse. El hogar de los vikingos había logrado ocupar un lugar importante en su corazón también y sabía que no le molestaría tener que vivir allí, si se diese el caso. Recordar que Lynna tendría que hacerlo, a pesar de que no le gustaba la idea, la entristeció. Cuán injusta podía llegar a ser la vida a veces.

Paseó por el recinto interior buscando a su padre, dispuesta a hablar con él sobre las vikingas que tan familiares se le hacían, pero no fue a él a quien se encontró, sino a su hermana.

—Ivy —parecía sorprendida de verla. O de que la viese a ella, pues traía las mejillas sonrosadas y el cabello desordenado por el viento. A Ivalyn se le antojaba resplandeciente,

incluso con ese aspecto desarreglado. Al parecer, regresar a casa le había sentado bien y descubrirlo pesó en su corazón, porque sabía que el de Lynna acabaría destrozado cuando tuviese que marcharse de nuevo.

—¿De dónde vienes?

—He salido a pasear —le tembló un poco la voz al responder—. He ido al lago porque necesitaba estar a solas un momento. Todo esto es muy duro.

—Sí —le rodeó un brazo con el suyo para caminar juntas—. Pero sé que mejorará a partir de ahora.

—Eso creo yo también.

—Sabes que tendremos que regresar con tu prometido —le recordó—, en cuanto la fiebre de Mael desaparezca, ¿verdad?

—No hablemos de eso ahora, Ivy —se quejó—. Quiero disfrutar mientras pueda, del tiempo que tenemos aquí.

—Lynna.

—Sé que tendré que marcharme, Ivy, pero ahora solo quiero pensar en nuestro hogar y en aquellos a quien queremos. Nada más importa.

—Y si todo va como espero —le sonrió—, tendremos un motivo más para celebrar, aparte de la recuperación de Mael.

—¿Cuál?

—Annick y Colla —dijo sin más, segura de que su hermana entendería.

—¿Era Colla? —se sorprendió—. Bueno, tiene sentido. Siempre ha estado pendiente de ella, desde que yo recuerdo.

—Nunca lo había pensado de ese modo hasta que los he visto esta mañana. Incluso sabiendo que terminarían casados —asintió— ¿Desde cuándo estará enamorado de ella?

—Puede que desde siempre —suspiró, apoyando la cabeza en el hombro de su hermana— ¿No te gustaría encontrar un amor así, Ivy?

—No siempre es posible, Lynna —no sabía si la advertencia iba para su hermana o para ella misma.

—Lo sé —la miró con fastidio—. Pero soñar no cuesta.

—Cierto —también ella suspiró.

Algunos nunca encontraban el amor y otros no podían tenerlo aunque estuviese al alcance de su mano. Una vez más, Leif invadió su mente, sin previo aviso, apoderándose de todos sus pensamientos, pero lo desterró tan rápido como había aparecido, pues pensar en él solo le hacía daño. Aunque sabía que aquello no impediría que regresase a su cabeza en cualquier otro momento. Leif había sido una constante en su vida desde que la besó. E incluso antes.

30

Le dolía todo el cuerpo y apenas tenía fuerzas para abrir los ojos. Solo la familiar mano que sostenía la suya le dio el impulso necesario para despertarse al fin. Abrió un ojo con cuidado, que cerró de inmediato al sentir la claridad del día sobre su dilatada pupila. Cuando probó por segunda vez, el brillo fue más soportable y se aventuró a abrir el otro ojo. Miró hacia la joven que dormía recostada sobre su cama y sonrió al ver a su desgredada amiga.

—Has vuelto —le dijo, con una voz que se le antojó demasiado pastosa. Sí que había debido estar cerca de la muerte. Se sentía pegajoso y muy pesado, como si hubiese perdido parte de su fortaleza de antaño y eso le impidiese moverse. Lo último que recordaba era haberse lanzado hacia el padre de Ivalyn, para evitar que la flecha lo atravesase. Por lo mal que se sentía en ese momento, seguramente lo había alcanzado a él.

—Mael, ya estás despierto —los adormilados ojos de su amiga lo miraron con alegría. Pudo ver el alivio en su rostro y le sonrió. Ella respondió al momento, imitándolo, y apretando su mano con fuerza, temerosa de lastimarlo si lo abrazaba.

—¿Cuánto he dormido? —bromeó con ella— ¿Me he perdido la boda de tu hermana?

—Eres incorregible.

—¿Pero me la he perdido?

—Por supuesto que no —lo miró con ternura—. Ha estado tan cerca...

No pudo continuar hablando, pues la desesperación que había sentido al descubrir que su amigo podría morir regresó a ella con fuerza y se le inundaron los ojos de lágrimas. La seguridad de que se pondría bien no había mitigado el dolor de verlo postrado y bañado en sudor por culpa de la fiebre, durante días enteros.

—Ya estoy bien —la consoló—. Tu padre...

—Le has salvado la vida, Mael —esta vez no pudo evitar abrazarlo, pero procuró ser cuidadosa—. Gracias. Estaré en deuda contigo después de esto. Más todavía, si eso es posible.

—No me debes nada, Spunky. Sabes que daría con gusto mi vida por tu padre. Por cualquiera de vosotros.

—No vuelvas a darme un susto como éste —lo amenazó—. No creo que pueda soportarlo.

—Lo intentaré —sonrió.

Ivalyn apartó algunos mechones de su frente, mientras lo observaba. Tenía unas profundas ojeras bajos sus ojos y se veía demacrado por la fiebre; tenía los labios resecos y agrietados; su piel brillaba y sus ropas estaban húmedas por el sudor, a pesar de que lo cambiaban a diario.

—Estás horrible —le dijo sin poder evitarlo.

—Vaya, gracias, Spunky. Es reconfortante que te digan eso, después de haber estado al borde de la muerte —sonrió de nuevo—. Al menos yo estaba incapacitado, ¿cuál es tu excusa?

—Estaba cuidándote, granuja —le golpeó en un brazo con suavidad, pero Mael gimió y se sujetó el brazo con una mueca de dolor en su rostro—. Lo siento. ¿Te he hecho daño?

—No —una amplia sonrisa iluminó su pálida cara.

—Maldito —reprimió el impulso de golpearlo de nuevo—. Creo que iré a buscar a Annick, antes de que te lastime de verdad.

—Espera un poco, por favor —le rogó—. Si la traes ahora me agobiará con sus cuidados y creo que no lo resistiré.

—Bueno, tal vez no tenga tiempo para eso —le sonrió.

—¿No? Permíteme que lo dude.

—Estará demasiado ocupada colmando a Colla de sus atenciones.

—¿Colla también resultó herido? Ni siquiera estaba allí cuando...

—No —lo interrumpió—. No es eso.

—Entonces, ¿qué es?

—Supongo que Annick me matará por no esperar a que ella te lo diga, pero alegraré que has sido muy insistente —lo apuntó con un dedo en el pecho—. Más te vale seguirme el juego.

—Prometido, si me explicas de una vez lo que está pasando.

—Colla ha pedido la mano de tu hermana y tu padre ha accedido.

—Me alegro de que por fin se haya decidido.

—¿Estás diciendo que tú ya lo sabías?

Había esperado sorprenderlo con la noticia, pero ahora era ella quien lo miraba con incredulidad. ¿Acaso su amigo era más intuitivo de lo que había pensado? Tampoco es que hablasen de esos temas. La única vez que los tocaron fue para rechazar la propuesta de su padre para unirlos en sagrado matrimonio. Ambos habían estado de acuerdo en que no lo deseaban.

—Hasta un ciego vería que Colla siempre ha sentido algo por Annick —se encogió de hombros—. Si mi padre no lo tuvo en cuenta, seguramente se debía a su diferencia de edad. Temía que Annick sufriese al tener que desposarse con un hombre mayor.

—Colla no es tan mayor.

—Lo sé —sonrió.

—Incorregible —suspiró, feliz de poder tener de regreso a su amigo.

Mael la observó mientras llenaba una copa de agua y se la acercaba. Al ver aquel apetecible líquido, sintió sed por primera vez. Trató de mojar sus labios con la lengua y los notó tan resecos que le dolían. Bebió a pequeños sorbos, ayudado por Ivalyn. Lo sujetaba con tanta ternura que lo conmovió.

—Gracias —le dijo—. Por todo.

—No tienes por qué darlas —le sonrió, apenada por los recuerdos—. Es lo menos que podía hacer por haber salvado la vida a mi padre.

—Admite que lo habrías hecho igualmente, Spunky —bromeó de nuevo, para liberarla de la pena que veía en sus ojos—. No puedes vivir sin mí. ¿Quién te haría reír sino?

—No presumas tanto de eso, Mael —lo señaló con un dedo, mientras le devolvía la sonrisa—. Te ha salido un competidor.

—¿Arik? —levantó una ceja—. No es nadie para competir conmigo.

—¿Desde cuándo eres tan perspicaz?

—He podido conocerlo bien estos últimos meses. Hemos pasado mucho tiempo juntos.

—He notado que se ha creado un fuerte vínculo entre todos vosotros.

—La guerra une.

—Un interés común une —lo corrigió.

—¿Y qué interés común te une a ti con nuestros amigos los vikingos? —le sonrió con picardía—. No han dejado de cantar alabanzas sobre ti.

—No he hecho nada en especial.

—Tú eres especial, Ivy. Cualquier cosa que hagas lo es también.

—Por favor, no digas tonterías.

—¿Sabes que cuando tu padre nos propuso comprometernos, por un momento quise aceptar?

—¿Qué? —si el cambio de tema la sorprendió, sus palabras lo hicieron mucho más.

—No te asustes, Spunky. No es nada romántico —rió—. Simplemente me parecía una gran idea tenerte a mi lado a todas horas. Haces que las cosas más sencillas luzcan increíbles. Después comprendí que no podía ser tan egoísta. Eres y serás siempre mi mejor amiga, y me encantaría conservarte a mi lado, pero mereces tener a alguien que te ame y no podía quitarte eso.

—Vas a conseguir que me ruborice, Mael —su mente vagó una vez más hacia Leif.

—No me importa, me gustas colorada.

—Creo que voy a ir a buscar a tu hermana ahora mismo y recordarle su deber hacia ti —lo amenazó.

—Juraría que alguno de esos vikingos se ha apoderado de tu corazón —la ignoró—, pero todavía no tengo claro cuál de ellos es.

—¡Oh, cállate ya! Ni siquiera sabes de lo que hablas —demasiado ciertas eran sus palabras.

Se levantó, incapaz de permanecer quieta por más tiempo mientras su amigo no dejaba de observarla tan intensamente. Temía que pudiese ver a través de ella, pues ya le había demostrado ser muy intuitivo.

—No importa —decidió—. En cuanto lo averigüe, me encargaré de que te haga feliz o lo pagará caro.

—Definitivamente iré a por Annick —suspiró.

—Huye, cobarde —rió él, mientras la veía abandonar la habitación a toda rapidez.

El corazón de Ivalyn latía acelerado en su pecho cuando salió al pasillo y su respiración estaba agitada. Que Mael pudiese haber descubierto lo que escondía en su corazón tan fácilmente, la ponía más nerviosa incluso, que el hecho de sentir aquello. Creía que podría disimular sus emociones, pero ya no estaba tan segura. ¿Y si su padre acababa por descubrirlo? ¿O Lynna? ¿O incluso Leif? Gimió, desesperada, pues que cualquiera de los tres lo supiese, suponía un problema para ella.

—¿Estáis bien? —una voz a sus espaldas la sobresaltó y al girarse vio que se trataba de Liv.

Había hablado con su padre sobre ellas, pero este había sido bastante elusivo al respecto, lo que no la había tranquilizado en absoluto. Ahora que la tenía delante, la curiosidad pugnaba por salir, pero no se atrevía a preguntar, a pesar de todo. Por alguna extraña razón, temía recibir la respuesta de boca de aquellas mujeres. Cualquiera de ellas. Sentía que no le iba a gustar lo que le dijiesen.

—Mael acaba de despertar —fue su respuesta—. Ahora iba a buscar a su hermana, para que venga a verlo.

—Esa es una buena noticia —sonrió Liv—. Mientras vais a por ella, entraré para ver cómo se encuentra.

—Sí, perdonad. Debería haberos avisado a vos primero —se disculpó.

—No os preocupéis, ya venía de camino para comprobar su estado.

Ivalyn bajó las escaleras, buscando a su amiga, después de despedirse de Liv. Cada vez que hablaban, tenía la sensación de que también ella se quedaba con ganas de decir algo más, pero ninguna parecía querer dar el primer paso.

—Deja de pensar en eso —se reprendió a sí misma.

En su despiste al caminar, chocó contra alguien y logró mantenerse en pie gracias a esa persona, que la sostuvo por ambos brazos.

—Deberías tener más cuidado, My —le dijo Leif, todavía sujetándola—. Podrías hacerte daño.

—Leif —se sonrojó—, no os había visto.

—Eso es evidente —le sonrió.

—Mael se ha despertado —sintió el impulso de compartir su alegría con él—. Liv está ahora con él.

—¿Qué sucede? —Leif notó cierto reparo al nombrar a la curandera.

—Nada —negó, pero al momento, siguió hablando—. Es que... creo que la conozco de algo y no logro averiguar el qué. Es tan frustrante.

—Y las conoces —con aquellas palabras, llamó la atención de Ivalyn—. Si me lo permites, me gustaría organizarte una reunión con ellas. Acabo de hablar con tu padre sobre ello y hemos pensado que ha llegado ya el momento de que sepas quienes son.

—¿Y quienes son? —preguntó, con miedo.

—Alguien que puede ayudarte con tu don —le dijo, después de llevarla a un lugar donde no los molestasen mientras le explicaba qué pasaría si decidía darles una oportunidad.

—No —negó al momento—. No quiero...

—No hablo de potenciarlo, Ivalyn —sabía lo que estaba pensando—, sino de controlarlo, ya sea para usarlo o para acallararlo.

—¿Quiénes son? —insistió, temiendo y sabiendo la respuesta.

—¿Recuerdas cuando te hablé sobre las vö lur? —cuando ella asintió, Leif siguió hablando—. Ellas son las últimas. Al menos que sepamos.

—Son aquellas mujeres que vi en mi sueño —exclamó, al comprender por qué había sentido que las conocía.

—Solo quieren ayudarte —insistió Leif. Le había pedido a Godric que le dejase hablar a él con Ivalyn, pero al ver el miedo en sus ojos, se sintió un miserable por hacer aquello.

—No puedo —comenzó a hiperventilar y se llevó la mano al pecho—. Leif, no puedo. Yo no...

—Ivalyn —la sujetó de nuevo para obligarla a mirarlo a los ojos—. No será tan malo como crees. No te obligarán a hacer nada que no quieras.

—Tengo miedo —le confesó.

—Estaré todo el tiempo a tu lado, si así lo quieres —le prometió.

Y aunque no tenía derecho a amar al prometido de su hermana, sintió que ya lo hacía. Se abrazó a él, buscando consuelo, no solo por miedo a hablar con las vö lur, sino por lo que acaba de descubrir.

—Está bien —aceptó finalmente—. Lo haré, si vos estáis a mi lado.

—Siempre —susurró él, queriendo gritarlo, pero no pudiendo hacerlo en aquel momento. Antes de decirle lo que sentía por ella, debían hablar con las vö lur.

Y fue en ese momento, cuando comprendió que al final ellas no habían fallado en su premonición. Era él quien las llevaría hasta Ivalyn.

31

Hablar con las vödur no había sido como esperaba. O tal vez saber que Leif estaba a su lado, le había ayudado a ir con la mente abierta. Tal y como le había asegurado él, solo pretendían ayudarla a controlar su don, ya fuese para usarlo o no. Le habían hablado de las costumbres de las mujeres, que como ella, nacían con dones especiales y le habían mostrado los suyos, en la medida en que se podían mostrar.

Se había sentido fascinada por lo que podían hacer y por primera vez en mucho tiempo, vio su don como lo que era. Tal vez nunca quisiese usarlo, pues tenía miedo de lo que vería, pero la idea de poder apagar las visiones después de cantar si así lo quería, le atraía mucho. Y quizá por eso, había accedido finalmente a trabajar con ellas hasta aprender a controlarlo.

Aunque se sintió un tanto desprotegida cuando Leif las dejó solas tras la charla para que empezasen con alguna noción básica ese mismo día, después de pasar gran parte del día con ellas, descubrió que eran más divertidas y despreocupadas de lo que había imaginado. Al conocerlas, le habían parecido misteriosas y demasiado serias, pero al final resultó ser todo lo contrario. Y le gustó.

—Es suficiente por hoy —dijo Liv—. Tampoco conviene excederse.

—Pues Groa no era de la misma opinión —se quejó Eline.

—Es que para ti siempre era demasiado, Eline —rió Maren, metiéndose con ella.

—Claro —bufó—, que tú no te quejabas después, cuando no podía oírte.

Ivalyn sonrió una vez más. Las hermanas más jóvenes habían pasado la mayoría del tiempo discutiendo entre ellas, pero se veía que lo hacían con cariño. Como si aquella fuese su forma de decirse que se querían y que siempre estarían dispuestas a todo por sus hermanas. Aquella era una bonita familia de tres.

—Vayamos a prepararnos para la cena —sugirió Liv, para terminar con la nueva disputa de sus hermanas. Así había sido durante toda la tarde.

Ivalyn se despidió de ellas y subió a su alcoba para cambiarse de ropa. Mientras lo hacía, sintió una inexplicable desazón en el pecho, que la obligó a detenerse para recuperar el aliento. Le temblaban las manos y sus ojos comenzaron a humedecerse. Terminó de vestirse con prisas y bajó al salón para asegurarse de que todos estaban bien. Sabía que su estado no tenía nada que ver con su don, aunque hubiese estado con las vödur todo el día hablando de él. Era algo más personal y supo qué, en cuanto vio que su hermana no estaba con el resto.

—¿Dónde está Lynna, padre?

—Creía que estaba contigo —la miró extrañado—. Me dijo que quería ir a verte.

—Yo he estado toda la tarde con Liv y sus hermanas —frunció el ceño.

—Mandaré a alguien a buscarla —dijo su padre—, no vaya a encontrarse indisputa.

—Yo iré —se ofreció. Un mal presentimiento se apoderó de ella mientras subía las escaleras, prácticamente de dos en dos. El recuerdo de la visión que había tenido al cantarle a su hermana, la asaltó de repente. No había vuelto a pensar en ella, pero ahora recordó el miedo que la había

asaltado aquella noche, al oír en su sueño aquella cruel risa, que le había encogido el corazón. No había podido ver el rostro de quien la esgrimía, pero la sensación de que le había hecho daño a Lynna había calado hondo en ella. Incluso en ese momento sentía lo mismo y para cuando entró en el cuarto de su hermana, las lágrimas ya bañaban su rostro, intuyendo que no la encontraría allí.

Se reprochaba no haber prestado más atención a la visión, pero saber que Mael estaba herido, había ocupado gran parte de su atención. Y la otra se la llevaba siempre Leif. No había momento del día en que no se acordase de él y no lamentase, egoístamente, el no poder estar en el lugar de su hermana. Y ahora, ella corría peligro por su culpa. La visión se lo había dicho y ella lo había desechado sin más.

Se disponía a salir del cuarto para informar de su desaparición, cuando un ligero brillo llamó su atención. Se acercó al tocador de su hermana y vio una nota bajo el anillo que Leif le había regalado. Cogió ambos y se sentó en la cama, porque le fallaron las rodillas. Temía lo que fuese a leer en la carta, porque en el fondo lo sabía. Lynna lo había estado gritando en silencio todo el tiempo, pero ella había cerrado los ojos a la verdad, creyendo que al final, su hermana acabaría por aceptarlo. Al abrir la carta, supo que aquella era la letra de su hermana y que nadie la había coaccionado a escribirla, pues se veía clara y firme.

Querida Ivy:

Lamento tanto haberte engañado todo este tiempo. Mi miedo nunca justificará el daño que mis mentiras puedan haberte causado, pero es lo suficientemente fuerte, como para arriesgarme a la ira de nuestro padre y a la vergüenza de huir de mis responsabilidades como futura condesa.

No intentes buscarme, te lo ruego. No regresaré hasta que esté segura de que las aguas han vuelto a su cauce. Me temo que tal vez ese día no llegue nunca, pero no perderé la esperanza de que nuestro padre me perdone por lo que voy a hacer.

Una vez deseaste que pudiese ver el mundo con tus ojos y realmente me hubiese gustado poder hacerlo. Sin duda, todo habría sido más sencillo. Pero poco importa lo civilizados que parezcan o lo nobles que tú dices que son. Yo los temo. Lo temo a él más que a nadie. No puedo casarme con él, Ivy. Moriría si tuviese que hacerlo.

Dile a nuestro padre que lo quiero, aunque pueda no parecerlo después de lo que haré. Sé que para él esto será una vil traición y no lo culparé si me odia, he tenido mucho tiempo para asumirlo. Solo ruego por que tú, mi queridísima hermana, no me odies por engañarte. No lo habría hecho si tuviese más opciones. Debes creerme.

Recuerda que te quiero. Eres y serás siempre mi mitad.

Lynna.

Ivalyn permaneció en silencio, mirando la carta, sin verla realmente, y sin llegar a creerse lo que había leído. No importaba que hubiese dicho que huía de Leif, dolía igualmente saber que la única opción que había visto había sido irse. Siempre habían afrontado las dificultades juntas y ahora Lynna se había alejado de ella para siempre. *No para siempre*, se recordó. No podía ser para siempre. No lo soportaría.

Se quedó sentada en la cama, mirando al vacío. Una parte de sí misma se había roto con aquella carta y no sabía si podría repararla algún día. Era tan difícil de asimilar, que hubiese preferido no haber descubierto ella la carta de despedida. Y sin embargo, su mente no dejaba de ir y venir por la bruma de su visión, mientras una imagen se iba formando en su subconsciente. De

repente, el rostro del misterioso hombre de la risa cruel apareció ante ella con tal claridad, que casi quiso que reírse de sí misma por no haberlo visto antes. Pero aquella era una idea tan aterradora, que solo pudo sofocar un grito de angustia y levantarse de la cama con rapidez. Sabía quién había ayudado a huír a su hermana y, por su propio bien, tenían que impedir que cometiese un error mayor que el de escapar con él.

Corrió escaleras abajo, movida por la inquietud creciente, y buscó a su padre para contárselo todo. También Leif tenía derecho a saber lo que su insensata hermana había hecho, después de todo, le afectaba tanto o más que a su padre. Entró en el salón como una exhalación y Godric adivinó que algo andaba mal, porque se levantó, apoyando sus manos en la mesa para sostenerse, al verla. El rostro de Ivalyn estaba pálido y le temblaba todo el cuerpo, pero se obligó a caminar lentamente hasta él, tratando de no llamar demasiado la atención del resto. Demasiado tarde, se dio cuenta de que todos la miraban con curiosidad.

—Padre —su voz sonó más firme de lo que esperaba—, necesito hablar contigo y con Leif en privado. Ahora mismo, si es posible.

—¿Está bien tu hermana?

Comprendiendo que no hablaría hasta que estuviesen a solas, miró a Leif para rogarle, con la mirada, que los acompañase y este asintió, sin decir palabra alguna, tampoco.

—¿Qué sucede, hija? —su padre no esperó a que ella hablase, en cuanto se vieron solos en la pequeña sala de reuniones que casi nunca usaba.

Ivalyn podía sentir la ansiedad en su voz y trató de serenarse antes de hablar. Si la veía angustiada, solo empeoraría las cosas, y necesitaba que mantuviesen la mente fría para pensar con cuidado lo que hacer y no actuar precipitadamente. La seguridad de Lynna estaba en juego.

—Ivy —la instó su padre, al ver que no le respondía.

—Lynna se ha ido —soltó de golpe y su estrategia de mantener la calma se fue al traste—. Debí preverlo. Vi cómo la nostalgia se apoderaba de ella día a día y cómo se iba marchitando. Creía que era por la guerra, pero debí saber que era por su compromiso con Leif. Padre, lo siento, te he fallado. Le he fallado a ella. No supe ver...

—Shhh —Godric la detuvo—. No es culpa tuya y no le has fallado a nadie.

—Pero Lynna...

—Lynna ha tomado sus propias decisiones —la interrumpió de nuevo—. No es tu culpa. En todo caso, es mía, por permitir que te hicieses cargo de ella como debería haberlo hecho una madre. Como debería haberlo hecho yo. Te he cargado con demasiadas responsabilidades, Ivalyn. No quieras llevarte también la culpa de las faltas de tu hermana.

—Padre, ella...

—La encontraremos —no la dejó hablar—. No te preocupes más por ella. Nosotros nos encargaremos de todo ahora.

—No es tan...

—Tal vez debí hablar con vosotras en cuanto llegasteis —se lamentó, sin ver que había vuelto a interrumpir a su hija—, para mitigar sus miedos. Tampoco yo supe ver lo que estaba pasando con ella.

—No hay forma de mitigar sus miedos.

—La hay —le sonrió con afecto— y de eso precisamente, quería hablaros ahora que Mael está fuera de peligro.

—¿De qué estás hablando? —por un momento, se olvidó de la visión.

—Quería que estuvieseis las dos cuando os lo dijera —su padre miró a Leif antes de continuar

y ella se permitió hacer lo mismo, fugazmente. Se encontró con su intensa mirada sobre ella y algo le dijo que había estado observándola todo el tiempo. Apartó la mirada, desconcertada, al recordar lo que le había dicho meses atrás: solo había sido un error—, pero supongo que ya no importa quien lo sepa antes.

—Ella... —quiso hablarle de su visión nuevamente al mencionar a Lynna, pero su padre la cortó una vez más.

—Estos cuatro meses, Leif y yo hemos tenido tiempo para hablar sobre muchos temas. Uno de ellos fue su compromiso con Lynna.

—¿Qué hay que hablar sobre él? —la curiosidad mató su urgencia otra vez.

—Mucho —suspiró—, porque Lynna ya no es la prometida de Leif.

—¿Te has retractado? —miró a su padre, sorprendida—. Pero han estado luchando con vosotros y eso era parte del trato. Si ahora rompes el compromiso...

—No he roto nada —la frenó—. Simplemente hemos comprendido que el matrimonio no era lo que Leif necesitaba para sentirse parte de esta tierra y querer involucrarse con ella. Al menos no es matrimonio con tu hermana.

—¿Qué? —no entendía nada. Y aunque se moría de ganas de mirar otra vez hacia Leif, no se atrevió a hacerlo, por miedo a lo que pudiese ver.

—Además, Leif no cree que tu hermana pudiese llegar a ser feliz alguna vez en la isla —continuó— o que lo fuese él cuando tuviese que venirse a vivir al castillo, una vez muera yo.

—Tú no vas a morir —lo interrumpió.

—Me temo que algún día lo haré, cielo —acarició su mejilla con cariño—. Pero no será antes de ver a mis nietos, lo sabes. Pero lo haré y Lynna ocupará mi lugar junto a su esposo. Leif no desea abandonar su tierra para cumplir con esa obligación.

—Pero ya sabía que tendría que hacerlo cuando le propusiste el trato —miró de reojo a Leif, que permanecía en silencio, con su mirada fija en ella todavía.

—Supongo que ninguno pensó bien en los términos, antes de aceptar —su padre sonrió, restando importancia al asunto—. Por suerte, es algo que podemos subsanar ahora.

—¿Qué pasará con el condado? Si Leif ya no se casa con Lynna, ¿quién lo hará?

—Deja que yo me ocupe de eso.

—Pero no podemos... no puedes... —Ivalyn no era capaz de terminar sus frases porque cientos de posibilidades se agolpaban en su mente. Y la que más clamaba por ser escuchada era la que más miedo le producía. Leif ya no se casaría con su hermana y tenía la sensación de que era su culpa. Que lo había hecho para enmendar el error que había cometido al besarla a ella.

—Puedo hacer lo que me plazca, hija —dijo él, quizá con un poco más de diversión en la voz de la que a Ivalyn le gustase.

—Godric —Leif se dirigía a su padre, pero la miraba a ella— ¿Habría algún inconveniente en que hablase a solas con vuestra hija ahora?

—Por supuesto, adelante —asintió—. Confío en vos. Os dejaré solos.

Ivalyn se abrazó a sí misma en cuanto su padre salió de la sala. No se atrevía a mirar a Leif, temerosa de descubrir que sus suposiciones eran ciertas. Si había anulado su compromiso por ella, se sentiría muy mal. Incluso aunque así liberase a su hermana de un matrimonio que nunca había deseado.

—My —sonaba como una pregunta, pero no lo miró ni dijo nada. Oyó un suspiro antes de que hablase de nuevo—. Mírame, por favor.

Ivalyn lo hizo, a regañadientes, y se encontró una sonrisa en sus labios, que la dejó sin aliento.

Finalmente encontró el valor para hablar.

—¿Por qué lo habéis hecho?

—Tu hermana no habría sido feliz conmigo —le dijo.

—Pero... —no estaba segura de cómo continuar aquella conversación.

—¿Por qué te sorprende tanto que no vaya a desposarla? —le preguntó.

—¿Por qué no vais a hacerlo? —insistió, sin permitirle reponder— ¿Es por lo que pasó antes de vuestra partida? ¿Por lo del... beso? ¿Os sentís culpable por eso y ya no queréis saber nada de mi familia?

—¿Culpable? —frunció el ceño—. No, My, jamás me sentiría culpable por haberte besado.

—Antes de partir me habéis susurrado que enmendaríais vuestro error —le recordó— ¿Es lo que estáis intentando hacer?

—Lo has entendido mal, My —extendió los brazos hacia ella y le sujetó le rostro para que no apartase la mirada—. El error fue comprometerme con tu hermana. Tú jamás serías un error para mí, Ivalyn de Sussex.

La atrajo hacia él y la besó. Se había estado conteniendo demasiado tiempo y necesitaba sentir sus labios de nuevo ahora que nadie podía verlos. Pero quería más que eso, no quería conformarse con robarle besos a escondidas. Quería tener el derecho a dárselos siempre que le apeteciese y por eso detuvo aquel.

—Ivalyn —continuó sosteniendo sus manos—, hay algo que debes saber. Otro motivo para haber roto el compromiso. Bueno, el único para mí, de hecho, que importa realmente.

—¿Cuál es? —apenas podía hablar, anticipando lo que iba a decir. Aquel beso debía significar algo. Leif no podía haberla besado, si no sintiese algo fuerte por ella. Y aún así, temía escuchar lo que iba a decir, por si estaba equivocada.

—Tú —aquella simple palabra hizo que el corazón de Ivalyn bailase en su pecho—. Tú eres el motivo por el que no puedo desposar a ninguna otra mujer. Solo contigo puedo ser feliz, My. Quiero casarme contigo, quiero tenerte a mi lado por el resto de mis días.

—Leif —apretó los labios, incapaz de hablar sin que las lágrimas hiciesen acto de presencia.

—¿Tú no quieres? —no negaría que había pensado en ello muchas veces, con miedo a que lo rechazase, pero siempre había creído que podría convencerla, que Ivalyn no era indiferente a él. Pero de repente, la duda lo asaltó, al ver aquellas lágrimas contenidas en sus ojos. ¿Y si se había equivocado al pensar, después del beso, que también sentía algo por él? No se rendiría, desde luego, pero había esperado tanto por aquel momento, que en su fuero interno, nunca creyó que ella se negase.

—No hay nada que desee más, Leif —su corazón se aligeró al escucharla —. Es solo que todos estos meses yo creía que...

La detuvo, besándola de nuevo, ahora que se sabía con derecho a ello. Habría tiempo de hablar después, cuando se saciase de ella. La apretó contra él y profundizó el beso, pero al sentir sus brazos rodeando su cuello, la arrastró hacia la pared y aprisionó su cuerpo contra el suyo. Su deseo por ella crecía por momentos y supo que debía detenerse de inmediato, antes de hacer algo inapropiado, pero había ansiado aquel beso durante cuatro largos meses y le resultaba imposible frenar. Por eso, sus manos recorrieron el contorno de su cuerpo, buscando unirse a ella tan íntimamente como el momento se lo permitiese. Sintió la sacudida que su caricia le provocó y su propia excitación aumentó. Se apretó más contra ella y se juró que lo detendría pronto, pero toda su determinación se evaporó al escuchar el jadeo de Ivalyn, cuando sus manos rozaron sus pechos. Gruñó y ahondó el beso, hasta que ambos se quedaron sin respiración.

—Leif —dijo de repente Ivalyn, en cuando se separaron para tomar aire—. Espera.

—¿Qué ocurre, My? —parecía afectada por algo más preocupante que la falta de aire y eso llamó su atención.

—Lynna.

—Creo que lo entenderá en cuanto la encontremos y hablemos con ella.

—No es por esto —se aferró a él, buscando su apoyo. Y aunque le gustó que lo hiciese, también aumentó su preocupación—. Se fue con Deniel. Están en casa de lord Irwin.

—¿Estás segura?

—Lo vi —asintió.

—¿Una de tus premoniciones?

—Sí —asintió de nuevo.

Leif no necesitó nada más para creerla e Ivalyn se sintió reconfortada. Confiaba en ella ciegamente y su corazón enamorado aleteó feliz, pero cuando la tomó de la mano y salieron en pos de su padre, se sintió la mujer más afortunada de la tierra. Se convertiría en la esposa de Leif y nada podría matar la felicidad que la embargaba en ese momento.

—¿Necesitas hablar?

Ivalyn miró hacia atrás, al escuchar la voz de Liv. Se había escabullido hasta su rincón preferido del castillo de su padre para estar sola, pues la tentación de cantar para saber qué pasaría con su hermana era muy grande. Su padre había decidido partir con el alba, algo muy razonable porque viajar por la noche era peligroso, pero ella sentía que le estaba fallando a su hermana al no ir a buscarla de inmediato.

—No hay mucho que decir —les dijo, pues junto a Liv estaban sus dos hermanas también—. Mi padre tiene razón, debemos esperar.

—No tienes por qué hacerlo —habló Maren—. Si quieres saber lo que...

—No quiero —la interrumpió—. Ya os he dicho que no me gusta lo que me pasa al cantar. No quiero ver lo que veo, ni sentir lo que siento. Entiendo que he sido bendecida con un don increíble, pero a mí solo me ha traído desgracias. No quiero saber lo que ocurrirá en el futuro. Nunca pedí saberlo.

—Sé que no te gusta tu don —dijo, con cautela, Liv—, pero puedo decirte que jamás había conocido a alguien que acertase con sus visiones en cada ocasión como lo haces tú. Lo que tú tienes es más que una simple premonición. Realmente ves el futuro y no muchas de nosotras somos capaces de alcanzar semejante perfección. Mucho menos sin habernos preparado antes durante años.

—No me importa si soy la mejor o la peor —negó—. Si quiero aprender a controlarlo es para no tener que usarlo nunca. Y menos ahora, que se trata de mi hermana. Si llego a ver algo que... no puedo. No quiero.

—Nosotras podríamos hacerlo por ti —sugirió Eline.

—No —se negó rápidamente—. Lo que tenga que pasar, pasará. Nadie lo va a impedir, así que tampoco tiene sentido saberlo de antemano. No lo hagáis, por favor.

—De acuerdo —Liv hizo callar a sus hermanas, que parecían dispuestas a discutir con Ivalyn, con una de sus severas miradas—. Ya sabes dónde encontrarnos si nos necesitas.

—No penséis —Ivalyn las detuvo cuando ya se iban— que no agradezco lo que vais a hacer por mí. Si supieseis lo que ha supuesto para mí tener esas visiones, comprenderíais por qué no las quiero.

—Lo sabemos —le dijo Maren— y por eso queremos enseñarte a usarlas en tu beneficio. Podrás anularlas siempre que quieras, pero también buscarlas cuando lo necesites.

—No las querré nunca —negó.

—A veces —añadió Eline—, aunque tengas control absoluto sobre ellas, vendrán igualmente.

—Espero que no —se espantó Ivalyn, que ya se había hecho a la idea de que podría borrarlas para siempre de su vida.

—Tienes la ventaja de que solo aparecen cuando cantas —la tranquilizó Liv, mientras miraba a su hermana por haber dicho aquello. Si bien era cierto, no tenía por qué asustar a Ivalyn con

ello, cuando todavía no se veía totalmente convencida de practicar con su don—. Será más difícil que se te presenten sin más.

Liv tenía la esperanza de que no quisiese deshacerse de él a medida que fuese averiguando cómo controlarlo, pero si Eline la asustaba con visiones espontáneas, ni siquiera querría intentarlo. Seguiría sin cantar para evitarlas y se perdería la utilidad de un poder como el suyo.

—Una vez tuve un sueño —les comentó, por primera vez. Sabía que ellas conocían ese hecho, pero no había querido hablarles de ello y parecía que la habían respetado—. Os vi a las tres.

—Eso fue culpa mía —Eline alzó la mano—. Te llevé conmigo sin querer. Creí que eras la primera volva, que se me presentaba en sueños para mostrarme algo.

—¿Podría pasar de nuevo? —preguntó con preocupación— ¿Podría estar en tus sueños más veces?

—No lo creo —miró a sus hermanas, por si alguna la contradecía.

—Yo pienso —intervino Liv— que el sueño fue una premonición que tuvo Eline sobre ti. Solo apareciste allí, para indicarnos que teníamos que conocerte.

—Cierto —asintió Eline—. Ese sueño fue el que nos dijo que existías.

—Ese tipo de conexión —continuó Maren— solo se producen entre vödur que practican juntas. Eline y yo lo hacemos a veces, cuando debemos ser más precisas. Aunque nuestro nexo es más fuerte ya de por sí, por ser hermanas.

—Dejemos las lecciones para otro día —propuso Liv—. Mañana será un día muy largo y debemos estar descansadas.

Ivalyn también se retiró a su alcoba, pero no tardó en bajar de nuevo, en completo silencio para que nadie la escuchase. No podía dormir y pensó que mirar las estrellas le ayudaría, como hacía casi siempre. Sus pasos la llevaron de nuevo a su lugar favorito, mientras sostenía con la mano una sola vela que iluminaba su camino. Con la otra, sujetaba el colgante que Leif le había regalado. Sentirlo siempre le traía seguridad y sosiego en la oscuridad. Y aún así, no pudo evitar que un escalofrío la recorriese, no solo por el frío de la noche, sino por el miedo a lo que se avecinaba. Si lord Irwin tenía en su poder a su hermana, nada bueno podía salir de allí. Su ansia de poder causaría muchos estragos.

—¿Otra vez descalza, My? —la voz de Leif la sobresaltó.

—No puedo dormir —prefirió no responder a ello, pues era evidente que había acertado.

Cuando estaba preocupada, se olvidaba de todo lo demás. Incluso de abrigarse o calzarse, antes de salir a la fría noche invernal. Agradeció la manta que Leif colocó sobre sus hombros y le sonrió cuando la sentó en su regazo, para evitar que sus pies tocasen el suelo.

—Que voy a hacer contigo —susurró, acariciando su mejilla—. Tienes que cuidarte más, My. Si enfermas ahora, no le serás de mucha ayuda a tu hermana.

—Lo sé —se acomodó entre sus brazos, sintiéndose segura. Le gustaba saber que podría hacerlo siempre que quisiese—. Tengo miedo, Leif, de lo que pueda hacerle.

—Lord Irwin quiere el condado. Si no es para él, para su hijo. No le hará daño.

—Hay muchas formas de hacer daño, sin que dejen marcas por fuera —tembló, esta vez de miedo, al recordar lo que le había ocurrido años atrás en la cueva.

—Estoy seguro de que no le hará nada —apretó el abrazo—. Le interesa que Lynna colabore si pretende desposarla con su hijo. La tratará bien, mientras no estén casados.

—Luego se deshará de ella —lo miró preocupada.

—Llegaremos antes de que lo intente siquiera —tomó su rostro entre las manos—. No le pasará nada a Lynna. Te lo prometo.

—No puedes prometerme eso, Leif. Nadie puede predecir lo que va a pasar y...

—Salvo tú, quizá —la interrumpió—, pero no se trata de predecir, se trata de hacer. Mañana iremos a por tu hermana y la traeremos de regreso.

—¿Y si...?

—No —cubrió sus labios con un dedo—. No pienses más en ello. Céntrate en el objetivo, My. En lo que hay que hacer y no en lo que pueda llegar a pasar. Visualiza el resultado que buscas y ve a por él.

—¿Es eso lo que haces en las batallas?

—Es lo que hago en todos los aspectos de mi vida —le acarició, ahora, la mejilla—. Es lo que hice cuando descubrí que a quien quería a mi lado era a ti y no a tu hermana.

—Y yo pensando que no querías saber nada de mí —ocultó el rostro en su pecho.

—Jamás podrías ser un error para mí. Ivalyn. Como te dije, el error fue comprometerme con tu hermana antes de conoceros a ambas. Lynna no deseaba abandonar su hogar —frunció el ceño antes de continuar— ¿Tú serías feliz lejos de tu padre?

—No estamos tan lejos —le sonrió, tomando ahora ella su rostro entre las manos—. Podré visitarlo de vez en cuando.

—Pero no será igual.

—Lo sé —su sonrisa permaneció para demostrarle que hablaba en serio—. Seré feliz a tu lado, Leif. Todos estos meses lo he sido. He aprendido a amar a tu gente y vuestro estilo de vida.

—Tu gente —la corrigió—. Tu estilo de vida.

—Mi gente —sonrió más—. Eso suena de maravilla.

Leif la besó. Sentía que su pecho estallaría de la emoción de saber que Ivalyn sería feliz en su tierra, con su gente. De hecho, desde el mismo instante en que llegaron meses atrás, supo que encajaría entre ellos perfectamente. Mucho mejor que su hermana, incluso. Con el tiempo lo comprobó de primera mano y aunque nunca se lo había dicho, ni creía que lo hiciese en el futuro porque solo supondría más daño para ellas, muchos fueron los que le comentaron, con pesar, que hubiesen preferido que su prometida fuese Ivalyn. Había sido una tortura más para él oírlo, porque pensaba exactamente igual que ellos, aunque no podía admitirlo en voz alta. Ahora que todo parecía ir encajando en su lugar, temía que sucediese algo que lo estropease. Pero no se permitió pensar en ello. Tal y como le había dicho a Ivalyn, debían centrarse en el objetivo: rescatar a Lynna al alba.

—Te llevaré a tu alcoba —le sugirió, cuando la notó temblar incluso bajo la manta.

—No podré dormir —se quejó, aunque no protestó cuando Leif la alzó en brazos y comenzó a caminar hacia el interior del castillo.

—Me quedaré contigo hasta que lo consigas —le prometió él, dejando un beso en su cabello.

Leif la depositó en la cama, dispuesto a arroparla y a sentarse a su lado en una silla hasta que se durmiese, pero Ivalyn parecía tener un plan diferente porque movió las mantas, dejando un hueco para él.

—Por favor —rogó, al ver que no se movía—. Si me abrazas, podré dormir antes.

—No sería correcto, My —le recordó, luchando contra su propio deseo.

—Por favor —repitió y Leif ya no pudo resistirse.

Ivalyn se giró en la cama para no ver cómo se desvestía y cerró los ojos para no caer en la tentación de mirar igualmente. Aunque ya lo había visto sin la camisa, su curiosidad no había sido satisfecha del todo. Aún así, por el pudor que le producía observar a un hombre desnudo, no se giró en ningún momento.

Pronto sintió los brazos de Leif rodeándola y se acercó más, buscando su calor y su protección. Tantas noches había soñado con estar con él de ese modo y tantas noches se había dormido llorando porque era su hermana quien lo conseguiría. Ahora, todo había cambiado. Ella sería la esposa de Leif y estaba feliz por ello, pero no podía disfrutarlo aún, porque su hermana corría peligro. Lord Irwin era ambicioso, que no se detendría ante nadie para conseguir lo que quería. Si su hermana no se desposaba con Deniel por voluntad propia, el hombre la obligaría.

—Todo saldrá bien —susurró Leif, conocedor de lo que estaba pensando.

—No puedo evitar preocuparme —haciendo acto de valor, se giró para enfrentar sus miradas. Apenas había luz, pero vio el brillo de sus ojos—. Lord Irwin es un hombre cruel y...

—Shhhh —la calló—. Esta noche no le hará nada, así que descansa. Lynna te necesitará mañana.

—Leif —susurró, segundos después—, hazme el amor.

—No puedes pedirme eso, My —la tentación de hacerlo, rivalizaba con la sorpresa por la petición. Jamás habría esperado que ella le pidiese algo así. No diría que no lo había estado deseando, pero no quería hacerlo hasta que estuviesen casados. Al menos, no, hasta que ella lo propuso—. No sería correcto.

—Eso también lo has dicho por abrazarme en la cama —insistió ella— y lo estás haciendo.

—Es diferente.

—No lo es. Estamos prometidos —le recordó— ¿Qué importa el orden?

—Importa, si tu reputación se ve dañada.

—Necesito olvidar lo que está pasando, Leif. Necesito pensar en otra cosa esta noche. Por favor —le rogó—. Te necesito.

—Ivy...

—Te amo —añadió, buscando su boca. Sabía que lo estaba manipulando y que probablemente, sin la desesperación que sentía, jamás se habría atrevido a pedirle aquello, pero tenía la sensación de que iba a pasar algo malo muy pronto, y no quería seguir pensando en ello. Los besos de Leif habían acallado sus miedos. Si le hacía el amor, tal vez, pudiese olvidar también las demás sensaciones. Y aunque él se había negado a hacerlo en un principio, después de su beso un tanto desastroso, se hizo cargo del mismo y ya no se detuvo.

Ivalyn cerró los ojos cuando sintió los labios de Leif sobre su piel y dejó que la humedad de su lengua mojase sus pechos sensibles. Ni siquiera supo en qué momento la había despojado de su camisón. Solo podía pensar en sus manos recorriendo su cuerpo, encendiéndolo más allá de lo que sus besos habían hecho hasta el momento. Nada más tenía importancia ahora, salvo satisfacer una necesidad que crecía en ella y que le resultaba tan nueva como lo que Leif le estaba haciendo.

—¿Estás segura? —le preguntó una última vez, mientras la tenía entre sus brazos, temblando de placer.

—Sí —la palabra se escapó de entre sus labios como un gemido, que lo volvió loco.

Había intentado detenerse, cuando Ivalyn lo besó, pero también él lo deseaba desde que se sabía el dueño de su amor y sucumbió ante ella como un principiante. Ahora, haciendo acopio de la poca cordura que le quedaba, le había dado la oportunidad de negarse, pero consiguió lo contrario. Su respuesta lo encendió más y supo que no habría podido parar ya, aunque ella se lo hubiese pedido.

—Iré despacio —le prometió, dispuesto a cumplir, aunque se le fuese la vida en ello. Ivalyn simplemente se aferró a él y contuvo el aliento, mientras se introducía en ella poco a poco. Sabía que sentía molestias y la besó de nuevo, tratando de hacerle olvidar el dolor. Cuando sintió que

había roto por fin la barrera en su interior, susurró en su oído—. Te amo, My. Y lo haré hasta el día de mi muerte.

Ivalyn gimió, cuando el dolor dio paso al placer nuevamente y su boca buscó la de Leif, con la necesidad de decirle, sin palabras, que también lo amaba. Cabalgaron juntos en una espiral de deseo que los llevó a lo más alto, para dejarlos caer en picado después, totalmente agotados, pero satisfechos.

—Ha sido algo mágico —murmuró Ivalyn, segundos después de que Leif la sostuviese entre sus brazos, cuando se retiró para no aplastarla con su peso. Le hubiese gustado decir algo más, pero los ojos le pesaban y se le cerraron, después de bostezar.

—Tú eres mágica, My —susurró él, antes de cerrar también los ojos, para intentar dormir las pocas horas que les quedaban de sueño.

El alba encontró a la comitiva saliendo del castillo. Aunque el conde le había pedido a Ivalyn que permaneciese en la seguridad de su hogar, esta se había negado a abandonar a su hermana. Nada de lo que su padre le dijo, sirvió para hacerle cambiar de opinión. Solo cuando Leif la apoyó, Godric comprendió que su hija ya no era más su niña y que la mujer en que se había convertido no aceptaría que decidiesen por ella. Tampoco parecían dispuestas a quedarse atrás las tres vö lur, que se le unieron, sin pedir permiso.

—Es donde debemos estar —había dicho Liv, sin más.

Junto al conde, a su hija y las vö lur, cabalgaban los cuatro vikingos y un pequeño grupo de soldados, entre los que se encontraba Edric. Este se había acercado a Liv al inicio y la acompañaba en silencio, haciéndole saber con su presencia, que la protegería.

Liv había acudido la noche anterior a él, pues tampoco habían hablado desde su llegada a Sussex. Una vez más, Edric había sabido esperarla, dándole el tiempo que necesitaba para decidir sin presiones. Aunque le había dicho que no renunciaría a ella, había dejado que fuese ella la que diese el siguiente paso.

—Te amo, Edric —le había dicho, sin más, al encontrarlo—. No sé cómo, ni por qué. Tampoco cuándo, pero te amo. Me asusta, no voy a negarlo, pero quiero estar contigo, quiero saber lo que se siente al se amada y al formar una familia. Quiero más de todo a lo que estaba dispuesta a renunciar cuando decidí ser una volva.

—Y yo quiero dártelo —sentenció él, antes de atraparla en sus brazos y besarla—. Me acabas de hacer un hombre muy feliz, Liv. Te amo.

Habían pasado la noche juntos, y poco antes del alba, habían acudido a sus hermanas, para contarles lo que, en realidad, ya sabían. Eline y Maren habían bromeado sobre ello, pero también se habían alegrado por su hermana. Aquel era un nuevo comienzo para todas ellas.

—No tardaremos en llegar —anunció el conde, horas más tarde, antes de enviar a un par de exploradores para controlar los alrededores—. Nos detendremos aquí por el momento. Cuando regresen, decidiremos lo que debemos hacer.

Ivalyn hubiese preferido presentarse directamente ante lord Irwin y exigirle que liberase a su hermana, pero Leif la convenció de que ser más cauta. Si Lynna no sabía que había sido engañada, estaría a salvo.

—¿Y si están celebrando la boda en este momento, Leif? —le había dicho con preocupación, aún así.

—Mientras que no hayan consumado el matrimonio, no será efectivo —le recordó, provocándole un intenso sonrojo, al recordar lo que habían hecho la noche anterior. Leif supo entenderlo y le sonrió—. Ahora no te avergüences, My. No hay nada de malo en lo que hemos hecho.

—¿Ni siquiera aunque no fuese correcto? —le recordó sus palabras.

—Si ambos lo deseábamos, fue correcto —respondió, sujetándola por el rostro y dejando un

pequeño beso en sus labios, que apenas sació sus ganas de ella—. Anoche solo intentaba evitar que luego te arrepintieses de lo que me habías pedido, My, pero ansiaba hacerlo incluso más que tú.

—Tiene que ser pecado sentirme tan feliz —le confesó—, cuando Lynna podría estar en peligro.

—Ser feliz no es pecado —le acarició una mejilla—. No te preocupes por tu hermana, la rescataremos.

—Lo sé —sonrió, pero continuaba sintiendo que algo no iba bien. Había conseguido dormir después de hacer el amor con Leif, pero cuando se despertó, aquel mal presentimiento regresó y ya no pudo deshacerse de él. No se lo había contado a nadie, por miedo a que se cumpliera si hablaba de ello.

—Saldrá bien —insistió Leif, abrazándola, cuando vio su ceño fruncido.

Una hora después, los exploradores regresaron e informaron de que no habían visto más guardias en las inmediaciones que los apostados en el recinto amurallado.

—Esa es una buena noticia —dijo, conforme, el conde—. Balfour cree que ha ganado ya, pero su soberbia, será su perdición.

—Deberíais acudir de frente para hablar con él —le sugirió Leif—. No le digáis que sabéis que Lynna está allí, hacedle creer que vais a pedirle ayuda para buscarla.

—¿Qué ganaríamos con eso? —preguntó Ivalyn, que solo quería entrar y recuperarla, así fuese por la fuerza.

—Mientras tu padre lo tenga entretenido —le explicó Leif—, el resto nos adentraremos en el cercado desde atrás y la buscaremos. Antes de que lord Irwin sepa lo que ha pasado, tu hermana estará a salvo y lejos de allí.

—¿Y si no funciona?

—Funcionará, hija —le aseguró su padre. Y le creyó, pues su padre nunca le había fallado.

—Voy contigo —le pidió, no obstante.

—No creo que...

—Por favor —le rogó.

—No deberíais dejarla ir, conde —intervino Liv por primera vez—. Vuestra hija es demasiado transparente y el hombre sabrá la verdad en cuanto la mire a los ojos. No te ofendas, Ivalyn, pero es así.

—No me quedaré atrás, esperando a que la rescaten sin mí —protestó.

—No lo harás —le dijo Leif—. Conoces ese lugar, pues has estado allí más veces que cualquier otro. Vendrás con nosotros.

—Cualquiera de mis hombres os podrá indicar el camino. Ivalyn no debe exponerse al peligro —Godric fue quien protestó entonces.

—Padre, iré —dijo Ivalyn—, os guste o no. Se trata de mi hermana, de mi mitad. No puedo darle la espalda cuando más me necesita.

—No quiero que ambas estéis cerca de ese lugar, si sucediese lo peor.

—Las mantendremos a salvo —prometió Olsen, situándose junto a Ivalyn y a Leif. Sus compañeros lo imitaron, zanjando el asunto de ese modo. Ivalyn se sintió orgullosa de poder decir que pronto pertenecería a un pueblo de tan valientes y leales guerreros.

Con el plan ya definido, se dividieron en dos grupos. Godric se llevó a algunos de sus hombres con él hacia la entrada principal y Leif al resto a la retaguardia. Las völur, que se habían mantenido al margen, menos cuando Liv recomendó que Ivalyn no acompañase a su padre, fueron

con los vikingos, pero su intención no era entrar en la casa con ellos, sino quedarse en la linde del bosque, ocultas de miradas indiscretas.

—Os daremos algo de tiempo —le dijo a Leif, cuando se separaron. Él no quiso saber más y simplemente asintió.

—Ivalyn —la llamó Liv, antes de que se perdiesen de vista—. Todo pasa por un motivo, recuérdalo.

Y aunque se moría de curiosidad por saber a qué se refería, tampoco ella preguntó, pues el miedo a que la respuesta no fuese a gustarle era mucho mayor.

—Tú dirás, My —le propuso Leif, cuando alcanzaron la parte trasera de la muralla.

—Hay una puerta oculta por la que solíamos escaparnos de pequeños —les dijo, concentrándose en la tarea que tenían por delante.

Mientras tanto, su padre estaba frente a la entrada ya, reclamando la audiencia con Lord Irwin. Esperaba poder darles el tiempo suficiente para encontrar a Lynna y sacarla de allí sin ningún altercado.

—Qué sorpresa, Godric —Balfour lo saludó con exagerada efusividad— ¿Qué os trae a mi humilde hogar? Cenric, ¿se encuentra mejor vuestro hijo? Aquella herida no tenía buen aspecto.

El padre de Mael, lord Alden, había decidido acompañar a Godric y se había quedado con él, cuando dividieron las tropas. Tanto Lynna como Ivalyn era como hijas para él, puesto que las había visto crecer junto a los suyos propios, y no quería quedarse al margen en aquel asunto.

—Se está recuperando, gracias a Dios.

—Me alegra saberlo —les ofreció un lugar en su mesa y miró a Godric—. Vos diréis.

—Mi hija mayor ha desaparecido —le explicó, siguiendo el plan—. Estoy reclutando hombres para emprender una búsqueda exhaustiva por mis tierras.

No había pretendido resaltar el hecho de que él era el conde y que sus tierras le pertenecían todavía, pero no pudo evitarlo. Mirar a Balfour a los ojos y tener que fingir que no sabía que retenía a Lynna, le estaba costando más de lo que había imaginado.

—Bueno —Balfour les mostró una sonrisa de suficiencia que no habían esperado, antes de hacer un gesto a uno de sus sirvientes—, creo que eso no será necesario.

—¿De qué estáis hablando? —exigió Godric, pues no había pensado que el lord fuese a confesarse con tal rapidez.

—Estoy hablando de que vuestra hija está aquí —le dijo— y que anoche se desposó con mi hijo. Estoy hablando de que han consumado ya el matrimonio y de que mi hijo será el próximo conde, por derecho de casamiento.

—No es posible —exclamó Godric, horrorizado con la idea—. Si la habéis obligado a...

—Padre —la voz de Lynna lo interrumpió—, ¿qué hacéis aquí?

—Lynna —Godric se levantó, para acercarse a ella, pero al ver a Deniel a su lado, tomándola de la mano, detuvo sus pasos—. ¿Qué has hecho, hija?

—Padre —sus ojos se anegaron en lágrimas al ver la acusación en los de su padre—, lo siento. Lo intenté, pero no podía casarme con el vikingo. No podía... yo no...

—Deberías habérmelo dicho —con pesar, recordó que lo había hecho y que él no le había dado alternativa—. Al menos, cuando regresaste a Sussex, deberías haber hablado conmigo de nuevo. Ya tenías muchos más argumentos para negarte, hija. Lo habríamos solucionado.

—Me habrías obligado igualmente —no se lo estaba recriminando, pero su padre sabía que tenía derecho a hacerlo.

—¿Te han obligado ellos? —señaló a Deniel con la cabeza.

—Yo lo amo, padre —dijo, con determinación—. Deniel es el hombre con el que quiero pasar el resto de mis días.

—¿Y tú la amas, Deniel? —preguntó, con pesar— ¿O solo has seguido los mandados de tu padre? Sé que puede ser un hombre muy persuasivo.

—No tienes por qué responder, hijo —intervino Balfour—. El amor nada tiene que ver con esto, Godric. ¿O acaso Erickson amaba a vuestra hija cuando se prometieron? Mi hijo es ahora el futuro conde y nadie va a impedirlo.

—Me amas, ¿verdad, Deniel? —Lynna lo miraba, con dudas en los ojos—. Me dijiste que lo hacías, aquel día en Rye. Y las veces en que nos vimos después, cuando volvimos a Sussex. ¿Me estabas mintiendo acaso?

—No dejes que te hagan dudar de nuestro matrimonio, Lynna —dijo él, pero a nadie le pasó desapercibido que había evitado responder.

—Cielo —la llamó su padre—, debí hablar contigo mucho antes. Habrías sabido que tu compromiso con Leif estaba anulado, pero la herida de Mael me tuvo tan absorto que...

—¿Qué? —le preguntó, sin dejar que terminase de hablar.

—Leif se casará con tu hermana. Están enamorados.

El alivio de Lynna fue evidente para todos, pero se recompuso pronto y habló de nuevo.

—Me alegro por ellos, pero eso no cambia nada. Sigo amando a Deniel.

—Como podéis ver, conde —dijo Balfour, orgulloso de su victoria—, nadie la ha obligado a desposarse con mi hijo.

—No aceptaré un matrimonio que no he presenciado —bramó el conde, sin saber qué otra cosa hacer para impedir que los Irwin se hiciesen con el condado a su muerte—. No me importa lo que digáis, lord Irwin, a mis ojos, mi hija no está casada con el vuestro.

—Es un hecho consumado —le recordó—. Ya no hay anulación posible.

—Alegaré ante el rey que la habéis obligado y...

—No, padre —lo detuvo Lynna—. No me han obligado.

—Te han engañado, hija, es casi lo mismo. Deniel no te ama, solo busca el condado.

—Eso no es cierto —negó ella, mirando a su esposo—. Deniel, me amas, ¿verdad?

—Hice lo que debía —le respondió al fin, rompiéndole el corazón en el proceso—. Tu padre jamás me habría tenido en cuenta, Lynna.

—Oh, dios —Lynna comenzó a retroceder, acercándose a su padre— ¿Por qué? He sido tan estúpida.

—Lynna, ven —la llamó Deniel, tratando de recuperarla—. Aún podemos ser felices. El amor no...

—Basta —le gritó ella—. Ya basta de mentiras, Deniel. ¿Algo de lo que me has dicho a lo largo de los años ha sido cierto? ¿Tu amistad era real o solo un engaño más, buscando tu recompensa final?

—Vuelve conmigo, por favor —Deniel dio un paso hacia ella, pero Lynna se giró hacia su padre, ignorando al hombre que le había hecho creer que la amaba, solo por avaricia.

—No hemos consumado el matrimonio, padre —le confesó—. Nos hemos casado al alba y...

—Silenciadla —gritó Balfour y sus hombres desenfundaron las armas.

No pudieron alcanzarla, no obstante, pues Godric la alejó de allí en el mismo momento en que Leif y sus hombres aparecían en el salón. Se desató una batalla en la que las espadas danzaban en un baile mortal y donde los cuatro vikingos, rodeados del resto de hombres, avanzaban hacia un lateral, intentando proteger a Ivalyn. Godric regresó a por ella para llevársela fuera del salón

también. Pero en el caos del momento, entre espadas y gritos, entre peleas y enfrentamientos, una orden se oyó, alta y clara.

—Acaba con él —Balfour parecía fuera de sí—. Mátao y conviértete en el conde.

Deniel, que se había acercado a Godric sin que este, en su necesidad de salvar a sus hijas, lo viese, alzó la espada sobre su cabeza, dispuesto a clavársela sin piedad.

—No —se escuchó el grito desesperado de sus hijas, y por un momento, el mundo pareció detenerse.

Pero no así lo hizo la mano de Deniel, que no vaciló en atacar al conde. Sin embargo, no fue su carne la que atravesó, sino la de Lynna, que se había interpuesto entre ellos en el último momento. Lo último que el joven vio, fue el vestido de su esposa teñirse de rojo carmesí, pues la espada de Olsen le rebanó el pescuezo.

—No —gritó Ivalyn de nuevo, corriendo hacia su hermana, sin importarle que la lucha hubiese comenzado de nuevo a su alrededor. Solo podía pensar en ella y en que tenía una herida en su pecho que le estaba arrebatando la vida—. Lynna, no. No te mueras. ¿Por qué lo has hecho?

Su padre ya le sostenía la cabeza y se la acariciaba, con lágrimas en los ojos, mientras veía con impotencia, cómo se iba apagando el brillo en los ojos de su hija. Hubiese preferido mil veces recibir él aquella herida y no aquello.

—Lynna —la llamó Ivalyn cuando llegó junto a ellos.

—Está bien —su hermana alzó una débil mano hacia ella, para limpiarle las lágrimas—. No llores, Ivy. Todo está bien.

—No lo está —negó, sin atreverse a mirar a otro lado que no fuesen sus ojos—. No estás bien, Lynna.

—Te equivocas en eso —tosió, antes de continuar—. Por primera vez en mi vida, siento que estoy bien. Siento que he hecho algo bueno al fin, que he sido útil para algo más que para quejarme.

—No —el llanto de Ivalyn se intensificó y su padre apoyó una mano en su hombro, intentando consolarla, aunque también estuviese destrozado por lo que estaba pasando.

—Siempre he sido un lastre para ti, hermana. Ya no lo seré más.

—No, Lynna. Eso no es cierto. Aguanta, por favor —le rogó—. No mueras. No puedo perderte. Te necesito.

—Nunca me has necesitado —le sonrió e incluso el gesto le dolió—. Yo te necesitaba a ti, dependía de ti. Sigue con tu vida, hermana. Vívela por mí.

Aunque no se habían dado cuenta, la lucha había finalizado, después de que redujesen a Balfour y a sus hombres. Y entonces, aparecieron las völur, sin haber sido llamadas. Liv se arrodilló junto al conde y a sus dos hijas, pero supo que no había nada que hacer para salvar la vida de la mayor. Eline lo había soñado la noche anterior y Maren lo había confirmado en cuanto la otra se lo contó, pero lo habría sabido igual al ver cómo la sangre había empapado la pechera de su vestido.

—Haz algo, Liv —le suplicó Ivalyn, que se negaba a pensar en lo peor.

—Me temo que no podrá, hija —respondió Godric por ella—. Lynna se va. Mi pequeña se me muere.

—Perdonadme por todo —les dijo Lynna—. No olvidéis que siempre os he querido, aunque no siempre lo he demostrado.

Ivalyn se abrazó a su padre, cuando Lynna dejó ir su último aliento. Liv se levantó y les permitió llorarla a solas. El golpe había sido muy duro.

—Dales tiempo, Leif —le dijo, cuando vio la lucha interna del hombre por ir a consolarla o esperar un poco—. Ahora se necesitan el uno al otro.

Y esperó, aunque sus brazos ardiesen por rodear a Ivalyn y protegerla del dolor. Esperó, aunque quisiese llevársela lejos de aquel lugar y del recuerdo de lo que había sucedido. Esperó, hasta que ella alzó la vista y le suplicó con la mirada, que fuese con ella. Solo entonces, la tomó en sus brazos y salió fuera, para que no viese lo que su padre pensaba hacer a continuación. Porque también había visto la determinación en la mirada de Godric, su deseo de hacer justicia a la vieja usanza. Aquel día, no solo su hija y su asesino morirían. Aquel día, Balfour Irwin sería condenado por sus actos y encontraría la muerte a manos del conde. Y Leif no quería que Ivalyn lo presenciase.

—No consigo encontrar palabras de consuelo para ti, My —dijo, una vez fuera—. Todo cuanto pueda decir, te sonará frívolo y superficial, pero estaré abrazándote, en silencio, tanto tiempo como lo necesites. Me tienes aquí, para cuidar de ti y tienes mi amor para mitigar el dolor, en la medida en que pueda hacerlo.

—Sigo pensando que esto no es más que una pesadilla —le dijo, tiempo después, cuando Leif ya creía que no hablaría— y que cuando abra los ojos, mi hermana estará allí para tranquilizarme. Pero no lo es y duele. Duele mucho, Leif.

—Lo sé, My —la abrazó más fuerte—. Ojalá pudiese sufrirlo por ti.

—Siento que esto es un castigo por haber deseado tener su vida —le dijo entre nuevas lágrimas—. Cuando te conocí, quise ser mi hermana. Por primera vez en mi vida, quise haber sido la mayor. Y ahora...

—No es culpa tuya —alzó su barbilla, para que lo mirase a los ojos—. No es culpa tuya, Ivalyn.

—No lo vi —los ojos de Ivalyn brillaban por la lágrimas—. Tuve la visión en la que aparecía lord Irwin, pero no vi que Lynna...

—Porque no estaba en tu mano cambiarlo —sentenció—. Las cosas pasan por un motivo, y muchas veces, no podemos hacer nada para evitarlo.

Entonces, Ivalyn recordó las palabras de Liv antes de separarse y supo que ellas lo habían visto. Sabían que Lynna moriría.

—Si conocer el futuro —le dijo a Leif, con determinación—, no garantiza que pueda cambiarlo, prefiero no saber lo que pasará.

—¿Silenciarás tu don?

—Lo haré —asintió—. Aprenderé a controlarlo para callarlo para siempre.

—Hagas lo que hagas —le prometió él—, te apoyaré, Ivalyn. Hoy, ahora y siempre.

—Te amo tanto —las lágrimas regresaron a ella—. Siento que no merezco tu amor, que no debería ser feliz, cuando Lynna ya no puede serlo.

—Lynna dio su vida por vuestro padre, My. Porque vosotros sois lo más importante que ha tenido siempre. Si tú eres feliz, estoy seguro de que también ella lo será. Esté donde esté ahora.

—Ojalá lo sea, Leif —suspiró, refugiándose en sus brazos de nuevo.

—Lo es —le aseguró, abrazándola con más fuerza. Él se ocuparía de que la felicidad fuese una constante en su vida a partir de aquel momento.

Epílogo

Cuatro meses más tarde

Ivalyn contemplaba con admiración, el caminar decidido de su amigo de infancia. No podía negar que había soñado con aquel día muchas veces, aunque jamás lo había imaginado de aquel modo. La felicidad del momento se entremezclaba con la nostalgia, e incluso con el dolor, todavía punzante, por la muerte de Lynna, pero como tantas veces le había dicho su padre, la vida continuaba, con o sin ellos.

Mael pasó por su lado y le sonrió, como siempre solía hacer. Él era una constante en su vida desde que tenía memoria y lo agradecía más que nunca, después de la gran pérdida que había sufrido. También para él había resultado duro, pues Lynna había sido como una hermana más. Ivalyn creía que había sido ella, su recuerdo, quien lo decidió a aceptar la propuesta que su padre le había hecho un mes antes, y que ahora estaban llevando a cabo.

—No puedo —había dicho—. Ese honor le pertenece a Ivalyn y a Leif. No sería correcto que...

—Ninguno de los dos lo queremos —le había asegurado ella—. Es tuyo, si así lo decides.

Después de meditarlo, y hablarlo con ella bajo las estrellas, como otras tantas veces, Mael había decidido aceptar convertirse en el siguiente conde de Sussex, con la bendición de Godric y del mismísimo rey. La muerte de Lynna había hecho mella en el actual conde, que se había visto reducido a la sombra de lo que en su día había sido. El dolor por la pérdida y la culpa por haber matado a un hombre a sangre fría, aún mereciéndoselo, lo habían ido consumiendo en los últimos meses. Así, había solicitado una audiencia con el rey, la última para él, y le había pedido el beneplácito de ofrecerle el condado a Mael, el hijo de su fiel amigo, el lord Alden. En aquella ocasión, el rey no había dudado en dar su consentimiento, pues conocía la valía del joven y sabía que sería un excelente conde. Y allí estaban, un mes más tarde, en el traspaso de poderes.

—Serás un gran líder, Mael —le dijo Godric, con orgullo—. No hay nadie que se merezca este honor más que tú. Y aunque también es una gran responsabilidad, sé que sabrás estar a la altura.

—Haré lo imposible por no decepcionaros, Godric —le prometió Mael.

—No tengo duda alguna de ello —le sonrió, antes de hacer un gesto al heraldo del rey para que anunciase su aparición y diese comienzo, así, la ceremonia.

Ivalyn la presenció con una sonrisa en los labios, pero tratando de que las lágrimas no escapasen a su control. En los últimos cuatro meses no había podido dejar de llorar la muerte de su hermana, sin encontrar consuelo en lo que Maren le había dicho semanas después de aquel hecho. Poco importaba que su muerte, así como la herida de Mael por la flecha, hubiesen sido necesarias para llegar a aquel día. Aunque ver a su amigo convertido en conde la hacía feliz, no compensaba haber perdido a su mitad.

—Tu padre no podía morir hasta que Mael ocupase su lugar, Ivy —había dicho Maren, una tarde que habían permanecido solas—. Liv no quería que te lo contase, pero creo que necesitas

saberlo para reconciliarte con el dolor.

—No es ningún consuelo para mí saber que Lynna debía morir para que mi padre viviese. Yo misma habría dado mi vida para salvarlo, si así ella no perdía la suya.

—Pero no es tu momento todavía. Sé que vuestra religión es diferente a nuestras creencias, pero tienen algo en común, a pesar de todo —dijo Maren, tratando de explicarse—. No se puede escapar del destino. Los vikingos lo llamamos el hilo de la vida y son las Nornas las que deciden cuándo cortarlo, y en vuestra religión, es el sino de Dios. Pero sea lo que sea, o se llame como se llame, nuestro destino es ineludible. Y sé que eso no lo hace más fácil de aceptar, pero no podemos cambiarlo. Lynna ya había cumplido con su cometido en esta vida y ahora estará en el lugar que vuestro Dios reserve a sus guerreros más valientes.

Ivalyn no lo había querido ver de aquel modo en su momento, pero no podía negar que aquella era una bonita ilusión. Lynna estaría ahora en un lugar mejor, donde el miedo y el dolor ya no existiesen y dónde por fin podría ser todo lo feliz que se merecía ser. Y aún así, sentía que le habían arrebatado una parte importante de sí misma.

—¿Estás bien, My? —Leif la abrazó, al notar que se estremecía. Desde la muerte de Lynna, había estado más pendiente que nunca de ella.

—A tu lado siempre estoy bien —le sonrió, apoyando la cabeza contra su pecho.

—Sabes que no me refiero a eso —aún así, sintió su pecho henchirse de felicidad. Jamás había pensado que pudiese amar tanto a una persona como lo hacía con ella.

Habían permanecido en el castillo del conde durante aquellos cuatro meses, aunque ansiaba poder llevársela a su isla con él, porque sabía que se necesitaban el uno al otro. Pero tenía responsabilidades, que le había legado a Olsen por el momento, y que debía cumplir pronto. Un pueblo, incluso uno tan leal como el suyo, no podía permanecer tanto tiempo sin su líder.

—Creo que estoy nerviosa —le confesó finalmente.

—¿Por el traspaso de poderes?

—Porque he tomado una decisión —negó.

—¿Qué sucede, My? —comenzó a preocuparse al ver su rostro apenado.

—Te he alejado demasiado tiempo de tus deberes, Leif —pareciera como si le hubiese leído la mente—. Aunque me encantaría quedarme junto a mi padre más tiempo, es hora de volver a nuestro hogar. Sé que él lo entenderá.

—Nuestro hogar —repitió, apretándola más contra él—. Qué bien suena eso, My.

—Lo hace —le sonrió.

—No hay nada que me apetezca más que llevarte a nuestro hogar, My, pero ¿estás segura de que es lo que quieres?

—Mi padre ya no estará solo —asintió—. Mael se quedará aquí con él, así que ya puedo irme tranquila.

—Puedes decirle que se venga a la isla con nosotros —le sugirió—. Ahora ya nada lo ata a este lugar.

—Lo atan los recuerdos —negó—. No querrá irse. Voy a echarlo mucho de menos, pero cuando acepté ser tu esposa, acepté también vivir en la isla contigo. No me arrepiento de ello, aunque me dé pena no poder ver a mi padre todos los días.

—Ahora que los daneses están más controlados, podrás venir siempre que quieras, My. Te lo prometo —sostuvo su barbilla con una mano y la alzó para besarla—. No hay nada que no haga por ti. Te amo.

—Yo también te amo —le devolvió el beso—. Eres y serás siempre mi luz.

Una semana más tarde, ya habían dispuesto todo para su partida y se despedían, con pena a pesar de todo, de sus amigos y compañeros.

—Mirad que bonita estampa —susurró Eline, no muy lejos de ellos, al ver cómo Leif cuidaba de Ivalyn en todo momento mientras se despedían. También ellas se irían y lo estaba deseando—. Se ven tan enamorados.

—¿Envidia? —preguntó Maren, con picardía.

—Pfff. Ninguna —bufó. Aunque no era del todo mentira que la sintiese. No solo de ellos, sino también al ver a su hermana mayor con Edric. La felicidad que veía en el rostro de Liv era suficiente aliciente como para desear tener algo semejante. Sin embargo, no lo admitiría delante de Maren, porque se había burlado tanto de su extraña conexión con Olin cuando la rescató del trance, que sabía que su hermana aprovecharía su envidia para devolvérsela. Así se demostraban el amor entre ellas.

—Seguro —claramente, Maren no la creía.

—Tengo algo que hablar con vosotras —dijo Liv, evitando lo que parecía ser el inicio de una nueva disputa entre ellas—. En privado.

—Tan oportuna como siempre —se quejó Maren.

—Yo no me voy a quejar —rió Eline, burlándose de su hermana pequeña.

—Leif nos ha ofrecido un lugar en su hogar —comenzó a decir.

—Estoy deseando rodearme de vikingos —dijo Eline, interrumpiéndola.

—¿Vikingos? —su hermana no perdió el tiempo para usarlo en su contra.

—Hombres y mujeres —replicó ella—. Los sajones están bien, pero siento nostalgia de nuestra gente y de nuestras costumbres.

—Estás a punto de ver cumplido tu deseo —añadió Liv—, pero no es eso lo que...

—Genial —aplaudió Eline. Luego se retractó por su entusiasmo—. Perdón, te he interrumpido.

—Siempre tan impulsiva —rió Maren—. Menos mal que es Liv quien suele hablar cuando se trata de decir algo importante o estaríamos metidas en líos a todas horas por tus arrebatos.

—Puedo ser comedida si la situación lo requiere.

—¿Sabes siquiera lo que significa ser comedida? Liv tendrá que...

—Yo me quedaré aquí —la afirmación de Liv las dejó sin habla a ambas.

—¿Qué? —preguntaron después al unísono.

—Edric formará parte de la guardia personal del nuevo conde.

—No puedes quedarte —negó Eline.

—Nunca nos hemos separado, Liv —le recordó Maren.

—Cuando decidimos incumplir las normas que Groa nos impuso en su momento —les explicó—, iniciamos una nueva etapa en nuestras vidas. Una de las consecuencias es que podemos optar a formar una familia. Edric es el hombre que amo y con quien quiero formar la mía. Si ha de ser aquí, me parece bien. Me gusta el lugar y sus gentes.

—Si tú te quedas, nosotras también —repuso Eline—. Me da igual nuestra gente ya.

—Eso —asintió Maren—. Debemos permanecer juntas.

—Sé que nunca nos hemos separado, pero nuestros caminos ya no van a la par —insistió—. No estaremos lejos, de todas formas, y podremos vernos tan a menudo como lo necesitemos. No es un adiós definitivo.

—En un mes, tendrás que ir a solucionar todos los problemas que haya creado Eline —Maren decidió que si no podía cambiarlo, lo usaría para fastidiar a su hermana.

—Eh —protestó la aludida—. Como si tú fueses a hacerlo mejor. Además, no creo que estemos mucho tiempo en la isla en breve. Después de lo que has dicho, Liv, creo que entiendo mejor el sueño que he tenido la noche pasada.

—¿Qué sueño? —preguntaron al mismo tiempo.

—Nos vi a Maren y a mí viajando a caballo, una vez la primavera llegue. Pensé que no te había visto a ti por casualidad, pero quizá sea porque no vas a ir con nosotras.

—¿A dónde se supone que iremos? —inquirió Maren.

—No sé a dónde ni con quién —negó—, pero sé que nos encontraremos al final del camino.

—¿Qué? —preguntó, exasperada, su hermana pequeña.

—Bera.

Liv y Maren se observaron con sorpresa.

—¿Estás segura? —Liv la miró fijamente—. Un viaje a nuestra tierra no es como para tomárselo a la ligera.

—No sé dónde es, Liv, pero no vi barcos —negó—. Bera está aquí, en esta tierra.

—Imposible —exclamó Maren.

—No tanto —la contradujo Liv—. Si Bera ha descubierto lo que nos pasó, no me sorprendería que hubiese decidido seguir nuestro rastro.

—Y la llevará directa a Guthrum —sentenció Eline.

—Eso no pinta bien —añadió Maren, preocupada—. Creo que lanzaré mis cartas y...

—Después —la detuvo Liv—, una vez instaladas en vuestro nuevo hogar. Os están esperando.

Señaló con la cabeza a los hombres de Leif y después sonrió con pena. Aunque se había preparado para despedirse de ellas, no le resultaría menos doloroso. Extendió sus brazos y cada una de ellas se acomodó en un costado. Cuando las rodeó en un abrazo protector, sintió cómo las lágrimas empañaban sus ojos. Las iba a extrañar mucho.

—Cuidaremos bien de ellas, Liv —le prometió Leif, a quien el había dicho ya que se quedaba en Sussex.

—Lo sé —asintió, pero era igual de duro separarse de ellas. Las miró una última vez y susurró—. Seguid ayudando a Ivalyn a controlar su don, sin que importe si decide anularlo o no. Nos mantendremos en contacto y cuando sepáis algo más sobre Bera, hacédmelo saber. Puede que no vaya a ir con vosotras, pero es también mi amiga y necesito saber que va a estar bien.

—Lo haremos —le prometieron, abrazándola una vez más.

Liv los vio alejarse, con el corazón encogido por la pena, pero cuando Edric la rodeó con sus amorosos brazos, supo que todo saldría bien. Ya no eran unas niñas a las que debía cuidar y proteger. Era hora de que sus hermanas eligiesen su propio camino.

—Esto solo es el principio, mi amor —le susurró Edric—. No el final.

—Lo sé —se giró hacia él, cuando ya no pudo verlos más—. Te amo, Edric.

—Y yo a ti, Liv.

—Soy afortunada de haberte encontrado —acarició su mejilla—. Espero que mis hermanas algún día sean tan dichosas como lo soy yo contigo.

—Yo compadezco a quien se atreva a enamorarse de ellas —sonrió.

-Edric —protestó, pero en el fondo, también ella lo hacía. Sus hermanas dejarían una huella imborrable en el corazón de quien aspirase a tener el suyo.